LOS NOVELISTAS

Enrique Amorim

FERIA DE FARSANTES

EDITORIAL FUTURO

FERIA DE FARSANTES

En el marco del París de postguerra, agitado por el sensualismo, la complejidad y la descomposición que envuelve a sectores sociales perfectamente definidos e individualizables en cada uno de los personajes, transcurre esta novela con la que Enrique Amorim incursiona por un terreno distinto, desusado en su producción, que nos permite apreciar otra interesante faceta del denso novelista de *El paisano Aguilar* y *El caballo y su sombra*. En *Feria de farsantes*, en efecto, están presentes todas las cualidades creadoras de Amorim al servicio de una intriga cuyas peculiaridades sobrepasan el contorno habitual de este género literario. Todo un mundo vivo y palpitante, que configura en cierta medida un cuadro de nuestros días, desfila por sus páginas y explica, con su conducta y sus reacciones, el realineamiento del nuevo tiempo histórico que transcurre. Porque en el fondo mismo de la aristocracia tradicional en decadencia, de la nueva aristocracia blasonada con dólares, del mundo intelectual contradictorio, de la vida afectiva y de las intrigas político-policiales que nos revela *Feria de Farsantes*, palpita un verdadero cuerpo extraño, la caducidad de un determinado sentido moral, que lejos de ser producto de arbitraria fantasía es reflejo objetivo de una sociedad y una época. En la descripción de psicologías tan dispares, de ambientes tan disímiles al paisaje campesino de otras obras suyas ,se advierte, empero, la modalidad narrativa del autor de *La carreta* y *Nueve lunas sobre Neuquén*, que acuerda al relato un inconfundible estilo.

EDITORIAL FUTURO
GIBSON 4024 — BUENOS AIRES

ENRIQUE AMORIM

FERIA DE FARSANTES

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Copyright by Editorial Futuro S. R. L., 1952.

LIBRO IMPRESO EN LA ARGENTINA

ENRIQUE AMORIM

FERIA DE FARSANTES

(NOVELA)

EDITORIAL FUTURO S. R. L.
BUENOS AIRES

PRIMERA PARTE

I

—MIRE AMIGO —dijo Dino Velardi, uno de los maniáticos huéspedes del *Château de Hendebouville*—, lo que a mí más me impresiona de la miseria europea, son esas mujeres que nos salen al paso en los lavabos y mingitorios de París, alertas para cobrar la propina cada vez que oyen el ruido de los inodoros. Nada más deprimente a mi modo de ver. Nada, amigo, nada... No me venga usted a decir que es un síntoma de miseria el hecho de que una Condesa alquile piezas en su *château,* para ir tirando... A fin de cuentas... ¿quién le dice que no tiene pasta de posadera, de tabernera fracasada? Yo creo que le place tenernos de huéspedes, se distrae escuchándonos. Nos hace hablar, le gusta oír las discusiones... Pone otra cara cuando elevamos el tono de las disputas como si le trasmitiésemos nuestra vitalidad. Al Conde, también le agrada tenernos aquí. ¿No ve usted cómo se desvive por servirnos?

El que soportaba esta andanada de la boca del compositor Dino Velardi, era un pintor español, paisajista, que vendía muy bien sus cuadros luego de haberse ejercitado durante muchos años en copiar a Corot para una clientela americana poco exigente. Se llamaba Joaquín Padine, tenía 35 años, era alto y magro de carnes y se dejaba crecer un mechón de pelo sobre la frente para manejarlo en las pausas de sus reflexiones, levantándoselo suavemente mientras ordenaba sus ideas. Tenía dificultades para expresarse como muchos pintores. Hablaba, puede decirse de él, con pincelada larga. En cambio Velardi era locuaz, parlanchín, indiscreto, muy italiano. Su renombre le había facilitado la entrada al castillo para tomarse descanso por prescripción médica. Podía malograrse por las crisis

nerviosas, los insomnios y los procesos melancólicos que empezaban a manifestarse en forma desordenada. Solía ponerse violento ante minúsculas contrariedades. Capaz de abandonar la mesa porque un comensal derramaba una gota de vino al servirse, terminó por hacerse pintoresco, nada más, y no "el hombre raro" que él presumía. Al Conde le molestó en un comienzo, ya que en el *château* no se necesitaban enfermos mentales. Pero al finalizar la última temporada se dieron cuenta que las extravagancias variaban, perdiéndose la continuidad que determinan un mal verdadero. El compositor "se hacía el raro". Lo demostraba su inconsecuencia en las locuras. No resultó un buen comediante. Una manía fija, sin alteraciones, fué la de contrariar a la Condesa, actitud inexplicable tratándose de una mujer generosa, atractiva si las hay, tanto en traje de fiesta como en su ropa de entrecasa. Pero a Velardi no le sonaba lo más mínimo. Mientras Padine, al tener que situar una figura para ajustar la composición de un paisaje, vigorizaba sus pinceles imaginando las impecables líneas del cuerpo de la Condesa, Velardi eludía todo comentario respecto a la belleza de la dueña de casa, so pretexto de que "se tomaba las vacaciones en serio y no debía distraerse en la fácil contemplación de las mujeres".

La esposa del Conde de Hendebouville, propietario del *château*, era hermana gemela de Victoria Luxtermit Harmon-Pernill, simplemente, millonaria yanqui, casada tres veces en Nevada, dama desdeñosa de los títulos nobiliarios y considerada como una excéntrica por la nobleza de su país. Vivía envuelta en un lujo modernísimo atenta a la última palabra del confort, seducida por las invenciones, como si su propósito fuese el desdeñar todo aquello que había sido la pasión de sus mayores. Victoria no había regresado a Francia desde su primer casamiento en Nueva York. Prefería residir lejos de su hermana. Si algo la trastornaba era ser confundida físicamente. Sus parecidos eran extraordinarios. Pero había que atravesar el océano para comprobarlo.

María Cristina, Condesa de Hendebouville, como su hermana Victoria, era una mujer de grave prestancia, alta, pelinegra, apenas cargada de carnes en las caderas, pero el busto fugaz, dotada de unas pantorrillas 1900 que reclamaban aquellas medias de lana negras, transparentes, que usaron nuestras abuelas para interesar a nuestros abuelos. Amaba las bellas artes y los nombres de Picasso y Matisse iban y venían de la sala al comedor, como si no pudiera vivir sin ellos.

Los huéspedes, casi invariablemente, eran artistas. También se asomaban algunos *amateurs*. Los había, por excepción, comerciantes, pero gente de categoría como Pierre Calin, un apuesto muchacho muy alto, elegante, hijo del antiguo proveedor de alhajas de la familia del Conde. Los artistas no sabían quién pudo recomendar a Calin. Para veranear en el castillo imponíase el ser autor de alguna obra de arte que resultase una garantía para los condes. Los que habían alcanzado cierto renombre en París o en el extranjero, tenían franca la puerta y la atención incomparable de los dueños de casa. Pocos sabían que Pierre Calin estaba enraizado en el pasado de la grandeza de los Hendebouville.

Del mobiliario del *château* no se desprendía mucho aroma ilustre. O los objetos fueron siempre feos, cochambrosos y tristes, o los muebles nobles desaparecieron a medida que a la familia les acosara la necesidad. Su aristocracia en los papeles podíase considerar auténtica, pero también, sea dicho en honor de los señores condes, tenían aristocráticos los modales y los gustos. Se trataba de gente cultivada con el mínimo de refinamiento del exigido por la burguesía a las personas de rango. No hay estafa más grande que la de un noble con modales de patán. Dan ganas de matarlo.

El crimen que se cometió en el *Château de Hendebouville* que asombró y distrajo a toda Francia, nada tiene que ver con venganzas y rencores de la apuntada naturaleza. Más adelante hablaremos del crimen. Es necesario que conozcamos un poco a los veraneantes habituales del castillo en aquellos aciagos días de verano que motivan esta historia. Los asesinatos del invierno, son menos originales, y más frecuentes. Cualquiera se atreve a matar en noche invernal.

—No es por la miseria ni siquiera por urgentes deudas que estos nobles ceden su casa y su parque a los artistas —dijo Padine haciendo las pausas acostumbradas para acomodarse el mechón de pelo—. Más bien me inclino a creer que los aconseja el hastío, el aburrimiento.

—Desde luego... que con lo que aquí pagamos... porque yo pago una bagatela. ¡La mitad de lo que gasto en París!... Y vale la pena, con un parque a la vista —comentó el músico italiano, señor Velardi. Y prosiguió—: Lo único que me molesta es la presencia de un piano. Cada vez que paso a su lado me reprocha mi inactividad.

—¿Por qué no toca? Ningún médico le habrá recetado un corte radical con su oficio. Eso no es recomendable —pudo decir el paisajista español.

Se hallaban sentados en la terraza del primer piso, desde la que podíase ver al Conde de Hendebouville carpir los canteros con una lentitud de comediante. Recordaba a los actores de teatro simulando en el escenario el esfuerzo en el uso de la azada.

Eran las seis de la tarde. La luz aún intensa, se filtraba por el inmenso manzano que desbordaba el muro norte del castillo. Una media hora más tarde, ya lo había observado Padine, el sol daba como un paso atrás y, casi sin medias tintas, la luz se cortaba y en la terraza se iniciaba el crepúsculo, invariablemente violeta y verde, cosa fácil de captar en el lienzo, pero de una irrealidad que ningún crítico habría tomado en cuenta. Más de una vez pensó pasarlo a la tela. Pero él también estaba allí para descansar, para dejar de ser pintor.

Esa tarde apareció repentinamente la Condesa vestida de blanco, de un blanco que en ella se hacía espumoso, casi ola de mar, por los resplandores de su carne al aire. La ola marina suele tener ese tinte cuando en la cresta se quiebran los últimos rayos solares. Se presentó con su invariable cigarrillo de tabaco rubio en los labios y el aire de una muchacha nada fin de siglo, lo menos emparentada con el ambiente nobiliario. A esa hora acostumbraba abandonar sus habitaciones en el ala derecha del castillo, su cuarto íntimo, raramente frecuentado por los huéspedes. A no ser la hija del matrimonio Borjac, una joven de veinticinco años, rubia, desleída, pero de mirada inquietante, a no ser esta muchacha poco comunicativa, bien pocos podían ufanarse de haber pasado el umbral. Por otra parte, el ala derecha del castillo estaba separada por un corredor a donde daban los cuartos de plancha, un *atelier* de escultor, una vieja cámara oscura de cuando el Conde sacaba fotografías, un desván, el de la escalera que conducía al segundo piso, etcétera. Para ir a las habitaciones de la Condesa había que tener una razón particular. Ese aislamiento era lo que le daba a ella mucha independencia y, a los huéspedes, la más absoluta libertad para moverse.

La Condesa se presentó en la terraza, pues era un pasaje obligado. Pero se detuvo, cosa inacostumbrada en ella, porque personalmente servía el té a su marido y a quienes tuviesen la costumbre de sentarse a la mesa a esa hora, no muy del uso de la singular clientela. Se diría que, de los hábitos y costumbres donde se producía la bifurcación de caminos, era "el vicio del *five o'clok tea*".

La Condesa increpó a Padine:

—Tres años veraneando en el castillo y todavía no te has

atrevido con este atardecer, con esta puesta de sol que es única en la Normandía. Amigo Padine, no sientes a fondo el paisaje por mucho que los pintes.

A la Condesa le gustaba marcar el tuteo con ciertos huéspedes como un viejo resabio señoril. Padine era tan flaco que no se atrevía a tutear a la Condesa. A ella no le disgustaba esa diferenciación. En cambio, Velardi, no bien la Condesa ensayó un leve tanteo para el tú, ya tenía pronto el aire italiano de las clases elevadas... La había conocido en la Galería Visconti, en París. Habían discutido sobre Bernard Buffet y como la Condesa tomó la cosa a la chacota, contando una anécdota de Picasso, aprovechó para dirigirse al italiano usando el *Tú*, expresivo en el cuento, no en el trato. Pero el músico, alardeando una rareza más, no titubeó y entró al tuteo familiar. En esa oportunidad la Condesa le propuso veranear en su castillo, dándole el precio de las piezas con la misma graciosa naturalidad que pasó del trato severo al burlón.

—Condesa, Condesa... ya se lo he dicho... usted no entiende de estas cosas. Usted cree que lo que ve, es pintura. Yo pinto de adentro para afuera. Cuando lo que llevo aquí —se señaló el corazón— salga al encuentro de lo que usted ve ahí... Ese día, voy a pintar este rincón. Y lo haré en su obsequio.

—Gracias... ¡lo recibiré con toda mi alma!

La Condesa se asomó a ver a su marido inclinado sobre el cantero.

—Me gusta cuando viene con las manos sucias de tierra. No hay olor tan agradable como el de la tierra mojada —dijo mirando hacia el parque.

Velardi no se había dado vuelta una sola vez para admirar lo que de admirable tenía la dueña de casa, sobre todo al inclinarse sobre los balustres de mármol de Carrara.

—El tabaco rubio, mezclado con el olor a tierra humedecida —dijo Velardi sin dar vuelta la cara—, es lo que debe gustarte.

La Condesa lo miró un momento y buscó en seguida la mirada de Padine para dirigirle un mohín intencionado.

—No te burles, Condesa —continuó el músico—. Si no estuviese en pleno descanso, me sentaba al piano y no tendrías más remedio que aplaudirme.

—Siempre estoy dispuesta a la admiración, Velardi. Te conocí como pianista antes que como persona. Cuando quieras verme a

tus pies, ya sabes que aquellas sonatas de Scarlatti me dejaron con el suspiro en la boca.

—Eso nunca me lo dijo a mí ante un cuadro —grito Padine levantándose la mecha de pelo como un actor consumado—. ¡Nunca! ... Nunca supe de su entusiasmo ante un paisaje mío ... ¡Y pretende que le pinte uno que guarda en el pecho, el paisaje que usted lleva dentro! ...

—Un poco mejor desarrollado, con alguna rima y tendrías un poema de Prevert —respondió la Condesa.

—Por favor —casi gritó Velardi— no se mueva usted, que ese ruidito que hace su sillón de hamaca me pone los nervios de punta. ¡Deténgase!

Se dirigía a Padine que al hablar se echó para atrás.

—¿Ya vuelves con las manías, Velardi? El año que viene las vas a dejar en *La Reine Blanche*, ¿comprendes? —le increpó la Condesa con tono irónico.

—Velardi tiene razón, mucha razón —dijo Padine—; a mí también me exasperan los ruidos insignificantes. Le pido mil perdones.

—No le fomentes las manías, Joaquín —aconsejó la Condesa—. Mira que ya nos hemos librado de verle con aquellas dos bolas de cristal que acariciaba el año pasado. Ahora ya nos las usa ...

—Gracias a ella pude recuperar el sueño ... No se imaginan ustedes el bien que me hacía acariciar el cristal finísimo ... Era la única glotonería que me estaba permitida —contestó Velardi—; ¡me desentumecían los dedos!

—Invenciones suyas —exclamó la Condesa, y dió espaldas a la terraza ya invadida por los tintes lilas que había advertido Padine como tema de color para un cuadro futuro.

Dino Velardi dió vuelta la cara para cerciorarse de que la Condesa no le oyese.

—Me carga, se lo aseguro ..., ¡me está cargando! —dijo dando señales de molestia.

Padine no hizo ningún comentario. Más bien sí, tomó una actitud, pero violenta, dejándolo solo en la terraza. Bajó rápidamente la escalinata que daba al jardín. A pocos pasos de ella, el Conde regaba unas flores.

II

El matrimonio Borjac —él, Blais, era poeta importante— solía acompañar a la Condesa de Hendebouville a tomar el té. El tema de aquella tarde resultó el relato de un concurso que habían hecho el pasado invierno con un caballito de madera que el Conde conservaba en su *atelier*, desde la época lejana en que pretendió esculpir. Guardaba aquel antiguo modelo con mucho cariño, repasando frecuentemente la madera de avellana, dando muestras de romántico afecto. Sobre el caballo siempre tenía montada a una venusina amazona, bien tallada, airosa. Al Conde le divertía probar el gusto artístico de sus amigos haciéndoles ensayar posiciones plásticas. Según él podíase conocer el temperamento de la gente por la forma de colocar a la bestia y el jinete.

—Casi todos arman los movimientos como si el caballo se encabritase —dijo la Condesa—. No ven más que el impulso fácil, el de las estatuas espectaculares. A Gaby, en cambio, se le ocurrió disponer el caballo y la dama, como se encuentran en el Juana de Arco de la *Rue Rivoli*.

Gaby era la hija de los Borjac. Solía pasar los fines de semana en el castillo, aun en invierno, época en que los Condes no admitían huéspedes, destinando el tiempo a cumplir con la parentela, para mantener el rango aristocrático con el trato rigurosamente establecido de gentes de abolengo. Los Hendebouville, entonces, invitaban o eran invitados a otros castillos de mayor categoría, sobre todo en Holanda y Bélgica, de donde regresaban tan aburridos que era fácil notar la depresión y el hastío que se proyectaban hasta mediar el verano al animarse un poco en contacto con los artistas.

—¿A ustedes no les resulta penoso el invierno? —preguntó la señora Borjac.

—No, en absoluto —respondió demasiado rápidamente la dueña de casa—. Nos entretenemos mucho.

—No creo que sea entretenido jugar a quien hace mejor la réplica de una estatua —replicó la interpelante.

—Pero Julieta —se interpuso el señor Borjac—, no puedes deducir por una ocurrencia del Conde que pasan los días entretenidos en cosas semejantes. Hacer sociedad —agregó, como dándole una lección— es cosa importante y difícil.

—Sí, pero ... —se atrevió a decir su mujer con voz de miedo.

—Sí, pero ... ¿qué? —la intimó el señor Borjac.

—Nada . . ., ya comprendo que he hablado demasiado —explicó la mujer del poeta.

Estas conversaciones no eran propias de la aristocracia. Seguramente ningún marido noble hacía callar a su mujer con impertinencias de ese tono. El señor Borjac vivía fastidiado por las inocentadas de su mujer, y, más de una vez, ocultaba las visitas que hacía al castillo para que la señora Borjac "no se le acoplase". Solía ir a buscar a su hija y vivían fascinados por el trato de los condes y de sus amigos. Como siempre, era más fácil representar la farsa a un hombre que a una mujer. Y, si se trataba de hacer méritos, en un "ambiente superior" el hombre se las manejaba mucho mejor solo. La señora Borjac era un lastre. Y la Condesa se daba cuenta que aquel personaje no era feliz cubriendo a cada paso las *gaffes* de su esposa, preguntas sin sentido o con mucho sentido . . . No iría muy lejos en su proyecto de dar a Gaby una educación más calificada.

Gaby, en esos momentos, paseaba tomada de la cintura del hijo del viejo joyero de los Hendebouville. Pero nadie sabía de aquellos amores ni era bueno que se supiese, porque Pierre Calin era el amante da una conocida modelo de *chez Grim*, la más hermosa de las modelos de París, discreta huésped del *auberge* Saint Simeon, en Honfleur, donde se alojaba los fines de semana para entrevistarse con Calin y no escandalizar en el *château*. Muy poca gente sabía de aquellos amores que costaban a Calin muchos francos y joyas de calidad.

La modelo se llamaba Catalina y era rubia, bien hecha, como todas las modelos y ya poseía un automóvil que iba anticipando su próxima salida de la casa de modas.

Gaby era ambiciosa como su padre, pero no lélica como su madre. No le eran particularmente simpáticos los artistas. Prefería el silencio reconfortante del joyero, presunto orfebre callado y ejecutivo, que la llevaba en su coche a *Guillaume el conquistador*, y que más de una vez conseguía desaparecer con ella y concurrir al Casino de Trouville, donde ganaban invariablemente. De aquellas ganancias, solían pasar algunos miles de francos a manos de Gaby que los ocultaba a los ojos de su padre, no de su madre, por cierto, pues ya la tenía comprada con obsequios diversos, cuya procedencia la señora jamás averiguó.

—Toma —le dijo Gaby a Pierre—, te devuelvo el dinero que

me diste el sábado, porque me quema en el bolso... ¡No sé dónde meterlo!

—Pero no seas tonta —exclamó Calin—; gástalos, gástalos mañana mismo.

—¿Qué voy a hacer con cincuenta mil francos?... No sé, no sé... —murmuró ella.

—¡Dáselos a guardar al Conde, para poder luego comprar cosas en París!... Me imagino que le cabrá ese montoncito en la caja de hierro.

Sonrió Gaby. Bajaban una pequeña colina, camino a un estanque donde estaban a cubierto de los curiosos del castillo, no así del centenar de parejas de ciclistas que en las tardes del domingo pasaban también tomados de la cintura. Ellos solían verlos, del busto para arriba, por encima de las tapias, regodeándose con aquella visión tan particular de los muchachos que pedaleaban en el silencio de las tardes estivales.

Se besaron, como de costumbre, contemplando las raudas cabezas y las espaldas encorvadas en el esfuerzo de los ciclistas atléticos.

—Me hubiese gustado mucho ser una gran ciclista —dijo Gaby.

—Y, ¿por qué no lo has intentado?

—Porque una hermana mía murió víctima de un choque con otro ciclista. Fué algo impresionante. Cayó contra una piedra y se rompió el cráneo. Desde ese día, no me dejaron andar en bicicleta. Pero me fascina tanto el ver a los otros correr que me quedaría el día entero viéndolos pasar.

—Quizás tengas algo así como un deseo de vengar la muerte de tu hermana —dijo Calin—. Es extraño que te atraigan las bicicletas que trajeron la desgracia en tu familia.

—Es posible... No se me ha ocurrido nunca pensar en un desquite —dijo Gaby—; mi padre escribió un hermoso poema, una bella elegía.

—Lo comprendo..., pero... —y Calin se quedó callado, como si rindiese homenaje a la víctima del trágico accidente.

La Condesa trataba a Pierre como a un ser inferior. Era el hijo de su tallista, del joyero al que mandó reformar cien veces una misma joya, hasta que quedaba tal como ella la quería. Se contaban los malos humores de la Condesa en sus relaciones con el viejo Calin, rico orfebre, con casa en la *Rue de la Paix* y clientela en los cinco continentes.

—¿Te gusta la Condesa? —interrogó repentinamente Gaby—. Nunca te lo he preguntado, pero anoche soñé que con un buril ¡le abrías las faldas de un tajo! Un sueño idiota que recuerdo ahora, ni sé por qué...

—¿Gustarme? ¡Vaya si me gusta! Mi padre me traía al castillo cada vez que debía entregar una joya de valor. Nos quedábamos dos, tres días... cuando este *château* era verdaderamente un *château*, sin extraños, donde se gastaba un lujo que no se ve ahora. Mi padre venía con su socio, el que lo sucedió en una sucursal que teníamos en Berlín, antes de la guerra. No sé que se hizo. ¡Ese sí que abusaba de la Condesa! Cuando mi padre preparaba las cuentas, sin consultarlo, le agregaba cien o doscientos mil francos más, "para pagarse el mal genio", decía.

Hablando de esas cosas los besos se ahogaron en pueriles palabras.

—El sábado que viene nos haremos una escapada a Trouville —dijo Pierre.

—Y, ¿cómo? —preguntó Gaby—. ¿No tienes cita en Hanfleur con tu modelo?

Gaby no ignoraba las relaciones de Calin con la chica de *chez Grim*. Esperaba pacientemente que "su flirt" se cansara de Catalina. Disputándoselo a una mujer desconocida, famosa por su belleza, sentíase un poco heroína de novela. Casi le complacía aquel juego, porque Calin con unos amoríos que el *tout Paris de la couture* comentaba, pasaba a ser más interesante.

—No me hables de ella —dijo Calin en una reacción demasiado violenta para ser simulada—. Yo te ruego que no me hables de ella, y menos con esa irritante naturalidad. ¡No me gusta!

Gaby se asustó. El nunca le había dirigido la palabra con un acento semejante. Fácil le fué comprender que en la cólera de Pierre había algo más que ella no dejaría pasar por el aire. Así, le dijo mirándolo fijamente, para que no se le escapara:

—¡Estás celoso! Temes que ande con otro. En verano no hay amor que resista... La tentación de las playas...

Pierre tuvo que contenerse para no lapidarla con una frase. Pensó que Gaby no era tan tonta como lo parecía y que sus miras serían muy otras en aquel *flirt* inocente. Ella no lo trataba como a un hombre casado que se le concede un poco... Lo tenía como candidato para casarse, eso era otra historia.

—Déjame en paz... —exclamó con desdén—. Ese es asunto

mío . . . Yo te invito para ir el sábado a la noche al Casino. Debes decir sí o no. ¿De acuerdo?

A Gaby el encontronazo le había herido. Más que las palabras de Pierre, cargadas de masculina agresividad, le impresionó el ademán, las actitudes físicas de Calin, los modales y los gestos, toda una red de movimientos que amenazaban cercarla.

—De acuerdo Pierre —respondió Gaby—. Después de comer nos iremos a Trouville.

Calin se había puesto de pie y como si tendiese la mano a un niño al que no se le da importancia, mirando para otro lado, esperó que Gaby se levantase con su ayuda.

Pero ella lo hizo sin apoyarse en él, lo que dió al retorno un sabor amargo.

Cuando subieron las escaleras de piedra, parecían contar los peldaños, tal era la lentitud de sus movimientos. Velardi los vió desde la terraza, porque una de las "rarezas" del pianista consistía, por aquellos días, en situarse en la terraza con unos antiguos catalejos y buscar algo entre los árboles. Todavía no había conseguido que nadie le preguntase qué buscaba en la fronda. Y esta negligencia lo disgustaba mucho.

Si el buen trato que la gente noble dispensa, o dispensaba, a la servidumbre, es un signo de aristocracia, el Conde de Hendebouville podía presumir de ser el perfecto aristócrata. Trataba con dulzura a Jean Bonot, el viejo jardinero que de la cocina bajaba de tanto en tanto a poner en orden la exigua sementera del castillo.

Como terminó por ser el cocinero, se diría que las tareas del parque eran sus vacaciones. Hacía este trabajo a voluntad, conversando con el Conde, mascullando palabras ininteligibles mientras fumaba su pipa. Cocinaba discretamente, no todo lo bien que se puede suponer de un hombre a servicio de una vieja casa. Sus platos no variaban mucho, sobre todo en verano, cuando la clientela del castillo se hacía heterogénea y resultaba práctico "dar mucho vapor a la máquina" . . . Una cosa era cocinar para las visitas del invierno que no pagaban y, otra, para las del verano que redituaban. A las que pagaban había que tratarlas como asunto comercial. A los invitados de honor, era natural que se les brindase los beneficios del veraneo. Siempre es más o menos así, en todos los órdenes de la vida. Los "petit pois" de la mesa veraniega sabían de la magra cosecha del castillo, y los coles y algunas otras verduras. En cambio las utilizadas en invierno, solían venir de Bélgica o de Holanda, como

las *andiles* que Bonot preparaba con nueces y a la crema, reputándose como una especialidad del *château*.

El cocinero ignoraba inteligentemente a los huéspedes. De ellos recibía propinas regulares, pero prefería las alabanzas de los amigos de los condes. Las primeras podían ser grandes, pero en los elogios y fuertes apretones de manos que daban a Bonot, al despedirse, venía la verdadera satisfacción, el honor con que se muere.

Al cocinero no le gustaba nada el orfebre Pierre Calin. No le gustaba porque pertenecía y no pertenecía al pasado. Además, porque era negligente y dejaba rastros en las hierbas, pisoteaba los canteros y sus botas quedaban marcadas en los senderos humedecidos.

Con Rosa, la criada de la señora Condesa, acostumbraba a clasificar a la clientela del veraneo y no se equivocaba en un franco al tasar el bolsillo de los huéspedes:

—La *petit* Gaby, este año te va a dar dinero... hasta para hacerme un regalo a mí.

Y así suponemos que fué. Rosa repasaba la ropa de la señorita Borjac y por el olor a tabaco que traía pegado a los vestidos, sabía que habían estado en el Casino. Pero estos descubrimientos no eran para comentar con Jean, porque sabía que largaba la lengua, en el *bistrót*. Sobre todo cuando venía de Elbeuf su hermano, guardián del Museo de Ornitología, el que viajaba de tarde en tarde para chismear con Jean, para que éste le contase las historias e intrigas del *château* pues en el trabajo se aburría demasiado. Los pájaros embalsamados dan tristeza. Su hermano volvía a las colecciones del Museo Noury con cuerda para rato. El castillo de los Hendebouville se ponía día a día más pintoresco. En Bourg Achad, en Pont Andernes, en muchos parajes a la redonda, se comentaba sobre la particularidad de los dueños que habían resuelto transformarse en hoteleros. Los antepasados no habían sido tan originales, por cierto.

Como Calin tenía coche y no podía guardarlo en el castillo, pues la cochera estaba ocupada con el de los Borjac y el del Conde, el garagista Morand se lo cuidaba a un precio razonable. No tenía lugar para otros automóviles ni le interesaba guardar otros coches que el suyo, el de un amigo y el de Calin u otro huésped del castillo. Se defendía bien con la nafta que gastaban los vecinos y el Conde, aunque para mejor precisar, poco consumía el Conde, mucho más la Condesa, y los amigos que en invierno frecuentaban el castillo, a la sazón, veraneando en Deauville, Biarritz, Arcachón.

Calin poseía un hermoso automóvil Lancia, italiano, carrosado en Francia. Coche de joyero, por supuesto. Negro con filetes blancos, tapizado de cuero, etcétera. A Gaby le gustaba verse en el automóvil, pero a veces pensaba que en el lugar que ella ocupaba, iría muchas veces la *mannequín*, y eso era motivo de desagrado. Después reflexionaba que sus relaciones con Pierre eran de índole distinta, y terminaba por bajar en la puerta del Casino de Trouville muy dueña de sus actos. ¡Allá él con su vida irregular! Ella era la señorita Borjac, hija de un poeta conocido y nieta de un importante concesionario de negocios en Indochina. Y, ya es bastante.

A Morand, el garagista, el Conde podía confiarle cualquier cosa. No era la primera vez que dejaba documentos en el coche y, la Condesa, guantes, pañuelos o el echarpe de seda siempre elegante, que solía colocarse en el cuello con la marca de Hermes para afuera, como una burguesita cualquiera. Morand se quedaba extasiado viéndola acelerar el viejo Delage carrosado por Kellner, aquella casa que en Champs Elysées ofrecía, antes de la guerra, las máquinas más hermosas del mundo.

Morand le tenía cariño al Delage, pues conocía todas sus chocheras. El ventilador a veces tocaba las rejillas del radiador. El klaxon, nunca estaba a punto. Un elástico delantero amenazaba quebrarse desde hacía años. Morand se sentía responsable como el fabricante del automóvil de los condes de Hendebouville.

El garagista solía conversar con los huéspedes del veraneo y particularmente con los amigos del invierno. Con Calin era uno de los que más tiempo se tomaba, en divagaciones y chismes, porque su padre le había ayudado a los Morand cuando instalaron el garage. Aquel sábado, en que Pierre se preparó para viajar hasta Deauville con Gaby, fué Morand que lo tranquilizó al decirle que los Borjac habían tomado la carretera de París. Gaby lo sabía pero bien podía haber sido una treta de los padres.

—El que anduvo por aquí, el otro día, fué el socio de su padre —dijo Morand a Calin. ¿No fué por el *château*?

—¿El socio de mi padre? —se preguntó tontamente Pierre. Con la pregunta, quiso disimular su desinterés.

—El mismo... con una muchacha muy linda.

Como Calin pasase a hablar de otra cosa Morand comprendió que habrían roto las relaciones.

—¿Quedó mal con la gente? —preguntó Morand.

—No sé... a lo mejor —respondió Pierre.

—Porque cuando el Conde vino a poner nafta, él se escondió en mi escritorio. No querría que lo viesen con la muchacha que viajaba, me imagino. Yo no le dije nada al Conde... Y eso que estuvo bastante tiempo aquí, porque no dábamos con las llaves del coche.

Pierre Calin se limitó a sonreir. Cargó nafta y bajó la colina en dirección al *château* donde lo esperaba Gaby.

Y fueron al Casino, al Casino de Trouville porque era más popular y seguro. Allí, Calin jamás perdía.

III

La Condesa *née* Maria Cristina Luxtermit tomaba los veranos como un verdadero descanso. Se susurraba que era la amante de un noble holandés, un Barón que viajaba todos los veranos hacia el extranjero, por asuntos de negocios. Durante el invierno pasaba muchos días en París. Se la veía salir de una casa de huéspedes del Quai Voltaire, vecina al Pont Royale, vieja residencia del holandés. Sus paseos predilectos se desarrollaban por las calles de Bac, sobre todo por la calle Jacob, visitando los anticuarios. Con sus propietarios tenía largas conversaciones y, a más de uno de ellos, le vendió objetos de arte que fueron a parar al mercado de las Pulgas más tarde, cuando sus chafalonías no se cotizaron en esa calle por veleidades de la clientela extranjera. Los objetos antiguos también se sometían a las fluctuaciones de la moda. Conocía bien las cosas que tenía entre manos y se dijo que era experta en grabados. Llegó a cobrar bien por el expertizage de unos de Goya, primeras ediciones, maravillas que salieron clandestinamente de España. Tenía autoridad en la materia y la hacía valer.

—La conocí en la calle de Seine —dijo Dino Velardi— en la galería de Mr. Grenier. No sé que haría ella allí, porque no se trata de la casa de un anticuario. Y de pintura moderna, no sabe nada.

A Joaquín Padine le volvió a molestar la forma despectiva de expresarse del italiano. Cuando el pianista se refería a la Condesa, el pintor eludía el tema. Velardi prosiguió:

—Tiene varias vidas, como los gatos... Y esto es lo que no me gusta de esta mujer. Nada entre dos aguas.

Padine seguía callado. Le irritaba que hablase así delante de la escultora argentina Delia de Gómez, una ardorosa muchacha de ojos

extraños fascinada con la Condesa. Hacía viajes rápidos en invierno, a veces quedándose por la noche, para terciar con las amistades de los Hendebouville. Delia no se atrevía a defender abiertamente a la Condesa, tomando las críticas de Velardi como cosas de maniático o de resentido. Todos los huéspedes, aun el señor Borjac, podían ser candidatos de la Condesa. Y a Delia le molestaba que una mujer tan generosa, se viese traicionada por sus amigos.

—María Cristina —la señorita de Gómez era de las pocas personas que no la nombraba por su título, para que no se creyese que era por aristócrata que la admiraba—. María Cristina no es como ustedes piensan. Todos ustedes le hacen la corte en forma velada o francamente —dijo con dificultades en la expresión, detalle que aprovechaba para poder excederse en los juicios.

Velardi se precipitó en su defensa como ofendido seriamente:

—Está usted en un error... A mí... no me interesa.

Pero la señorita de Gómez era lo suficientemente mal educada para animarse a desoir a la gente. Continuó con su defensa como si el músico hubiese pedido un vaso de agua... (Si hubiese solicitado un buen *Calvados* quizás habría permitido una interrupción, porque a Delia le gustaba demasiado el alcohol normando además del escocés y el vodka).

—María Cristina tiene la cabeza bien puesta y es ésto lo que los hombres no perdonan. El hombre, sólo se aprovecha de la mujer que no sabe lo que quiere. ¡Y se estrella con las otras!

—Eso será en tu país —dijo Joaquín que conocía a Delia desde hacía tiempo, y se burlaba frecuentemente de los sudamericanos.

—Aquí y en todas partes —respondió la escultora argentina—. En tu país ven a la mujer con los mismos ojos que en Francia. No conocen a las mujeres más que por sus debilidades. Cuando tienen frente a frente a un carácter, como es María Cristina, se dan las explicaciones más peregrinas y descabelladas.

Joaquín Padine se sentía molesto en el tema que debatían, sobre todo con el desdén del italiano.

Dino Velardi para salir del paso, echó manos a la rareza de turno. Le pidió a la señorita de Gómez que no se hamacara en el sillón.

—Qué delicado que te estás poniendo —le contestó Delia con agresividad—. ¡Si me da la gana de seguir haciendo ruido con el

sillón, lo voy a hacer! ¡Así vas tomando nota del carácter de las sudamericanas!

Joaquín se levantó y por entre el ramaje que cubría el extremo derecho de la terraza vió al Conde arrancando flores para adornar la mesa.

—Voy a darle una manito al Conde —dijo—. ¡Perdónenme!

Y bajó las escaleras rápidamente.

El Conde lo recibió con una sonrisa feliz. Tomaba muy en cuenta la simpatía del pintor por su persona, pues era sensible y vanidoso como pocos. Su afán por las plantas formaba parte de la comedia de su vida. Nada conocía de botánica ni sentía la naturaleza, pero sabía en cambio que aquello vestía mucho, que debía ser tradicional en la familia. No le costaba nada agacharse y carpir canteros como si cubriese un papel de actor y mostrar su señorío con el cocinero, al que debía no sabía él cuantos años, de un prometido aumento de sueldo. Imaginaban, patrón y sirviente, que estaban guardados en una especie de caja de ahorros.

El Conde era seco como una vara, alto, y debió ser un buen mozo durante la última guerra. Joaquín le calculaba 55 años, casi el doble de su edad. Había en su cuerpo algo raro, una especie de inflexibilidad, escasez de movimientos, una rigidez que el noble quería vencer quizás en el trabajo de jardinero. Al inclinarse, no se sabía si era por dificultades o porque un aristócrata no debe bajar mucho la cerviz, su solidez chocaba un poco. Carpía señorialmente como si temiese ser confundido. En cambio, resultaba un perfecto garzón de café cuando se levantaba a servir a algún cliente del veraneo que solicitaba vino, pan o cubiertos. Había dos versiones: una, que habría hecho algún voto de servidumbre, impuesto por un pecado o una falta que Dios y su conciencia le hacían acreedor de sacrificios. La otra versión, consistía en que tanto la Condesa como él tenían una marcada vocación de servidumbre. Pero la verdad era que necesitaban de aquellas entradas del veraneo para ir tirando... Se veían venir días aciagos y el turismo extendido al parque del castillo resultaba algo así como abrir el paraguas para atajar la tormenta.

El pintor tomó en sus manos el ramo de flores aliviando al Conde. Este preguntó si había llegado Delia de Gómez.

—Discute con Velardi la cura de la neurastenia por el tratamiento de los ruidos molestos... —dijo Padine por decir algo.

—Velardi es un extraordinario pianista. Y puede darse el gusto de cultivar rarezas —dijo el Conde.

—Así es. Me gustaría oírlo —dijo Joaquín ya en camino a la escalinata.

—¿No lo ha escuchado nunca? ... No sabe lo que se ha perdido ... Tal vez toque si yo le digo que usted no lo conoce. Habrá que insistir mucho. El piano no es muy bueno, pero algo saldrá de allí.

Entraron en el comedor. Un ambiente fresco, de habitación mantenida en penumbra por cortinados que dejan filtrar el aire, los puso en trance de beber un *pernod* como en secreto. El Conde lo sirvió y luego dispuso las flores, no olvidándose de colocar una dalia azul sobre la caja de hierro que se hallaba en la primera piecita contigua. Era una caja de hierro no muy antigua pero que tenía sus años. El Conde la había comprado a un vecino cuando empezó a manejar dinero hacía ya seis años, al iniciar la nueva faz del *Château de Hendebouville*. La caja ocupaba el lugar de un magnífico arcón que se llevara el anticuario de Rue Jacob y Bonaparte y que no había esperanzas de venderlo por su peso y dimensiones. Disimulada tras de una puerta, la caja de hierro cumplía sus funciones sin mayor aparato, pero más de una persona pensaba que allí debían guardarse los valores del castillo. Una única llave tenía la caja y estaba en el llavero que el Conde usaba a diario.

El comedor era muy amplio porque quitadas las puertas que lo separaban de una salita contigua y corridas las que daban a la terraza se transformaba en un solo ambiente. Pero había días en que la luz hería la vieja terraza y los comensales preferían yantar bajo techo. La terraza quedaba reservada para ciertas noches de verano, no muy frecuentes, en que se comía al aire libre con la alegría de improvisar una mesa casi siempre de mantel exiguo. Detalles como éste, daban a los huéspedes la oportunidad de hacer una comida fuera de lo común, en que unos a otros se ayudaban a servirse, dando a los condes un hermoso espectáculo de fraternidad. El tema de las conversaciones era elevado, se desarrollaba en un plano de especulaciones muy diferente del invernal. Rosa, la mucama, llegaba a hasta quedarse a oirles para poderse explicar algunas de las razones para que el señor Borjac levantase la voz en la controversia con el músico Velardi al negar éste a Wagner, por ejemplo, exaltando a un nuevo compositor soviético cuyo nombre

no acababa de fijarse en la mente de Rosa, con lo aficionada a la música que era ella.

El pintor Padine recibía visitas. Colegas, escultores como la señorita de Gómez con la que éste hablaba español, cosa insólita para Rosa que no había salido jamás de la Normandía y sólo había ido una vez a París, al cumplir veinte años. Ya tenía sus buenos cincuenta.

La noche del crimen se habían sentado a la mesa todos los huéspedes y el buen tiempo los puso de excelente carácter. El flirt de Calin y Gaby tenía el beneplácito de todos, pero nadie podía suponer, con excepción de Rosa y, quizás Velardi, que el Casino de Trouville era el real escenario y no la terraza del *château*, desaprovechado escenario romántico. Desde allí se podían ver las luces del villorrio, las ventanas iluminadas con esa luz misteriosa y atrayente de las habitaciones desconocidas. El poeta Borjac consiguió una pausa silenciosa, diciendo primero por lo bajo, como un tanteo, y luego en voz más resuelta, el poema a las ventanas de Beaudelaire.

Más tarde, cuando los huéspedes se habían olvidado del poema de las ventanas y de "El Extranjero" sobre todo que fué el que impuso silencio, el poeta Borjac dijo el suyo dedicado a Beaudelaire, escrito en la pieza que ocupara el poeta en un hotel del Quai Voltaire. Cuando Borjac precisó el número del inmueble la Condesa dejó ir sus ojos en gesto nostálgico hacia la terraza como si de allí la hubiesen llamado. Aquella dirección le recordaría otra casa quizás del Quai Voltaire. La suspicacia del Velardi, que creía estar enterado de los amores de la Condesa, se manifestó en una mirada intencionada que Padine recogió con repugnancia, arrojando la servilleta sobre la mesa. Delia de Gómez, que ocupaba un lugar entre el Conde y la Condesa abrió unos ojos enormes —los tenía exageradamente grandes dándole a su rostro un aire de hechizo y asombro— y puso la mano sobre el brazo de la Condesa. Padine interpretó mal ese gesto. Delia procedía así para llamarle la atención y rogarle que le acercase el plato con los quesos, pues era una glotona del buen *camamber*. Padine creyó que su amiga lo distraía con un acto menudo para salir del mal paso. Pared por medio de la dirección del citado hotel, donde había escrito Borjac el poema al gran poeta, estaba la casa del supuesto amante de la Condesa . . .

Nada de tales cosas sucedían, por supuesto. Posiblemente la Condesa no pensaba en el Barón holandés, ni el poeta Borjac había dado detalles sobre el lugar de su creación para preocupar a nadie.

Los españoles y los sudamericanos reparan demasiado en esos detalles. La Condesa, que al concurrir a sus citas iría automáticamente al Quai Voltaire, maldito si relacionó una casa con la otra.

Hacía calor y el parque tentaba con su espesa fronda de robles y castaños. Una fragancia delicada de frutales escondidos tras inmensas filas de árboles centenarios invadía los cuartos. Dos hectáreas de bosque representan una constante presencia. Los huéspedes vivían sintiéndose como admirados por la naturaleza. No era posible asomarse a una ventana sin recibir el hálito silencioso de la espléndida aboleda. Las cuatro almenas del *château* tenían una curiosa disposición. No era posible ver de una ventana a la otra. Pero se podía oir la voz, al punto de que el poeta Borjac hablaba a veces con Padine de ventana a ventana sin verse las caras. También se oían perfectamente los ruidos y el juego de los goznes, sobre todo los de las aberturas modernizadas, las de guillotina, que caían con un golpe seco. Siempre que se oía un cierre estruendoso se pensaba en Velardi, cuyo mal humor desquitábase con los objetos que tenía a mano, con muebles, puertas o ventanas. Una vez, Padine y Borjac, a media noche, entablaron un simpático diálogo en voz baja que se hizo murmullo en los pliegues de la oscuridad. No se sabía qué misterioso eco contribuía a hacer posible un nítido entendimiento. Una extraña poesía surgía del diálogo más pueril. La voz de uno llegaba a la ventana del otro transformada. El fraseo seudo-literario de Padine, tartajoso a veces, incitaba a Borjac a decir cosas hermosas sobre la noche. Era curioso comprobar que en los cuatro ángulos del castillo, de ventana a ventana, sucedía cosa parecida. Es decir, se suponía que era así, porque la Condesa no se ofreció a que verificasen el fenómeno auditivo, intercambiando voces de su cámara a la del Conde. Nadie se permitió caminar por el largo corredor cubierto que conducía a las habitaciones de los dueños de casa. Una vez se habló de esa galería y dijo Velardi:

—A mí, ni me ha tentado esa Galería de los oficios venida a menos. ¡Allí se tropieza con estatuas alegóricas de esas que ni para los yanquis sirven!

En realidad el corredor que conducía a las habitaciones de los "señores" era campo vedado. A veces se veía a Rosa traer y llevar ropa en la intimidad del castillo... Aquellos recintos que se suponían similares a otros del castillo, estaban reservados para la vida invernal. En la galería podía verse una estufa de origen polaco con azulejos *bombée* de un azul desvanecido. Los condes no podían

ofrecer más, por tan escasa paga. La disposición de los cuartos había hecho practicable la idea de alojar a artistas en vacaciones, mediante una suma razonable de francos.

* * *

Era sombrío el castillo en invierno. No llegaba a ser tétrico porque de pronto se oía la risa cristalina de la Condesa, intempestiva al sentir del Conde. María Cristina se reía, a veces, sola pero con una carta en la mano, un abanico ridículo, un documento increíble...

—Mi padre —decía el Conde— habría hecho buenas migas contigo. Premiaba la alegría.

María Cristina solía pasarse las tardes invernales, revolviendo papeles como si le interesase saber algo más de su marido, como si no terminara nunca de curiosear en su pasado. En estas inesperadas aventuras tuvo por compañeros, unas veces a Pierre Calin, otras a la escultora argentina Delia de Gómez para quien era una fiesta andar entre papeles archivados y libros curiosos. A la Condesa le sorprendía la perspicacia de Delia cuando barajando libros en la biblioteca daba en el clavo interpretando algunos rasgos de su desconocido suegro. Tenía éste la manía de mandar encuadernar los novelones, los tratados, las poesías o lo que fuera, de acuerdo a la impresión que le dejara su lectura. Se pasaba las horas enteras estudiando las cubiertas de los tomos sin dar con las razones de ésta o aquélla ocurrencia del bibliófilo, sin poder penetrar en su intención. El irónico viejo Conde de Hendebouville mandaba encuadernar los libros después de diseñar elegantes alegorías que debían imprimirse doradas o al rojo vivo. Intervenía en su ocurrencia, la mayoría de las veces, el águila de su blasón o algún otro símbolo del escudo familiar.

—No entiendo —dijo Delia tímidamente— la intención en estos dibujos.

Y alargó a María Cristina el grueso volumen de un tratado de caballería, latoso sin duda, pero ricamente ilustrado por la mano intencionada de su dueño. En la tapa aparecía un mar encrespado de oleaje violento, y, en una orilla, playa salvadora, el aguilucho ya a salvo...

—A pesar de este mar de estupideces, decía mi suegro —aclaró la Condesa— ¡me he salvado! En este intencionado dibujo está el juicio que le merecía el autor del libraco.

—¡Y tiene dedicatoria! —dijo Delia leyendo las obsequiosas palabras.

—Este otro, mira, Delia, este libro de Paul Morand lo mandó encuadernar Esteban.

La escultora tomó el libro de Morand y se quedó atónita ante la portada. En ella, paralelo al lomo, había sido diseñado un termómetro.

—¿A que no da usted con la interpretación? —dijo la Condesa.

Delia pensó un poco. Observó que la columna mercurial no pasaba de 36 grados. Y como una luz, se adelantó:

—¡Ya caigo! . . . —exclamó en español—. Este es un libro de temperatura por abajo de la normal . . . ¡No da fiebre!

—"Europa galante" . . . —leyó María Cristina—. No le sacó de la normalidad a mi marido. Es una buena ocurrencia. ¿Verdad?

—El Conde ha heredado el humor de su padre —dijo la Condesa.

Una tristeza imprecisa bañaba su rostro.

—Esta noche tenemos una comida en la Tour d'Argent —dijo con desgano—. Hemos sido invitados para hacer número, para ayudar a un noble holandés que quiere cerrar un negocio con un americano al que le impresiona bien la mesa con aristócratas. ¿No quiere usted venir? ¡Te presentaré como millonaria argentina! Yo sé de muchos sudamericanos que se prestan para estas trampas. El hombre de negocios parece que se ablanda con apellidos ilustres.

—¿Yo, millonaria? —protestó Delia.

—¿Por qué no? Tú no tienes cara de artista. Con tus ojos puedes pasar muy bien por una potentada argentina. Te presto alguna joya, y verás cómo nos divertimos . . . ¿Te animas?

—No, María Cristina. Tengo una comida en Montparnasse, en el *atelier* de Peinado . . .

La Condesa la miró con envidia. Ella no podía renunciar a un mundo al que estaba ligada.

—¿No pasan estas cosas en tu país, Delia?

—En París yo vivo una vida muy distinta de la de mi patria —dijo la señorita de Gómez—. Es posible que en todos lados sea lo mismo. No he visto hombres de negocio de cerca.

—A nosotras, las francesas, nos han acostumbrado a intervenir en los negocios de los hombres. Si mi marido fuese ambicioso yo lo sería. Pero ha llegado el momento de que seamos ambiciosos todos por igual. La vida ya no es tan fácil.

Y la Condesa le hizo confidencias a Delia. Le contó como se formalizaban las comidas, a veces para que los personalidades, simplemente hombres de negocio, pudiesen conversar mientras los restantes comensales se aburrían a más no poder. En otras oportunidades, para facilitarle a un diputado una conferencia política. De ella, solían sacar partido algunos más activos que el Conde.

—Hay títulos —dijo en tono confidencial María Cristina— que se alquilan para dar solemnidad a las comidas.

Delia iba a decir que era más razonable alquilar cuartos pero se contuvo. La Condesa leyó este pensamiento en los ojos que acababa de elogiar.

—Confieso que las grandes cifras me asustan. Tanto a mí como a Esteban. Cuando escucho alguna conversación en la que se dicen cifras fabulosas, me entra frío por el cuerpo. ¡Debo tener o un gran respeto por el dinero o un asco muy extraño!

Era la primera vez que Delia recibía confidencias de ese carácter. María Cristina hasta ese momento se inclinaba más bien a confidencias de orden sentimental, a contarle galanteos de hombres que Delia ignoraba. Las muestras de amistad se las había dado en tertulias invernales, acompañándola, los fines de semana, cuando en el castillo no tenían huéspedes de abolengo.

—Cuando se habla de millones de francos, ¡cuánto más grande es la cifra a ganar, más miedo me da! Siempre pienso que alguien tendrá que suicidarse para disminuir el pecado de ambición. Desde hace tiempo, los grandes negocios terminan o en desaparición o en suicidio... ¿No lo has notado?

Delia no había notado nada, nada le importaba que un banquero desapareciese o se arrojara de un avión.

—Menos mal que Esteban es la prudencia en persona... por no decir el miedo personificado. No es ambicioso. Preferimos arreglarnos con lo poco que nos queda, antes de tentar la especulación.

Aquella tarde trastornó a Delia. No le gustaba verse envuelta en pensamientos que poco tenían que ver con las artes plásticas. Y para calmarse volvía una vez más a mirar con ojos de artista la hermosa cabeza de María Cristina, que quizás un día esculpiera para darse un gusto. Pero a Delia la sugestionaba el ambiente aquél y no quería, simplemente, hacer una cabeza de la Condesa. Pero su propósito iba más lejos. Deseaba dar a un tiempo la atmósfera en que se desenvolvía la bella mujer, y el ambiente un tanto desconcertante, con hombres que la festejaban, con artistas que hablaban

mal de ella, con nobles taciturnos, hasta siniestros, que la miraban a Delia como a una intrusa.

—¿Serviré para algo más que para redondear negocios, para triquiñuelas y planes políticos? —le preguntó la Condesa como si Delia tuviese crédito de consejera.

—Espero que un día me posarás, María Cristina —dijo la escultora con ínfulas.

—De mil amores. Sé que tu pedido es bien desinteresado.

Cerraron la biblioteca donde se conservaban las chifladuras del viejo Conde. Como los amigos conocían perfectamente, uno a uno, los libros tan caprichosamente encuadernados, María Cristina aprovechaba de los huéspedes curiosos para volver a ellos. Tenía siempre la vaga esperanza de hallar entre las hojas, algún documento, lámina o grabado que pudiese tener valor.

El castillo era frío, inhospitalario. Sobre todo en el ala donde se hallaba el salón biblioteca, vecino al taller de escultura del Conde, ya hecho un desván lleno de trastos.

Caminaron por la galería que Velardi detestara. María Cristina tomó a Delia por la cintura.

—Me dan miedo estos bustos, estas estatuas tan inexpresivas . . .

El último rayo de luz crepuscular atravesaba un falso *vitraux*. Delia tuvo la sensación de que recorrían aquella galería por última vez. Era porque ella se sentía una turista cansada de andar por corredores cargados de esculturas sin valor.

* * *

Nadie podía presentir que en el castillo se iba a cometer uno de los crímenes más sensacionales de Francia. Porque hay casas, aun modestas casas, en las que se puede leer la crónica de un crimen, de un crimen que no se ha cometido, que no se cometerá quizás mientras uno viva. Pero esas casas están señaladas por el destino. ¿Nadie ha entrado a una pieza en desorden en la que le parece ver el cadáver de un hombre, las huellas del asesino? Las casas, como las gentes, tienen rostro. Hay rostros con rasgos criminales, existen fisonomías clasificadas por la psiquiatría que responden a las líneas lombrosianas, determinantes de una criminalidad en potencia. El cine ha lanzado al mundo una serie impresionante de rostros perfectamente diferenciada. El del malvado, el del cobarde, el del criminal, el del sádico, el del cínico, etcétera. Por esta razón, ya no hay

sorpresas en las fisonomías humanas y en la cinematografía de Hollywood ha desaparecido el interés argumental. No se puede engañar a nadie con caras perfectamente definidas. Un gran film que los americanos no han querido hacer, y que se lo propuso un escritor que veraneaba en el castillo de Hendebouville, un gran film sería aquel en que el canalla de viles facciones, resultase *el bueno* de la película y el de cara bondadosa o alegre, el abominable malhechor. Si fueran trastrocados en forma inteligente, los rostros y las características determinadas por una realidad fingida, la película resultaría de un gran interés. De Hollywood saldría una interesante y sorprendente película para contrarrestar a los films italianos cuyo secreto está en que no hay villanos ciento por ciento ni criminales o pistoleros para toda la vida.

Decíamos que la fisonomía del castillo era más bien plácida, vulgarona, anodina. En ningún cuarto, salvo en los sótanos como se comprenderá, donde había cien botellas de un *Beuajolai* bastante malo y buen Calvados en porrones sólidos, salvo esos sitios fáciles de considerar siniestros por la mala literatura, el resto de la casa gozaba de buena reputación... Jamás un huésped de la banda veraniega dijo, como se suele decir ante algunos lugares particularmente atrayentes o misteriosos: "Aquí debe haberse desarrollado una escena brutal, un crimen. Y, si no pasó nada, amigos míos, aquí van a pasar cosas espeluznantes".

El castillo de Hendebouville no tenía pasta para escenario. Aquellos muros no habían presenciado estupros o violaciones, menos aún, podía suponerse que se mancharían de sangre o serían mirados toda la vida como antros del crimen. El castillo era tan anodino como sus antiguos moradores, y éstos fueron tan normales como en el trato resultaban los condes, sus actuales dueños. Si a alguien se le preguntase: "Aquí va a producirse un hecho trágico: ¿dígame dónde cree usted que puede pasar?", el interrogado se vería en aprietos. Y si se le preguntase: "¿Dónde cree usted que se puede situar la acción de un estupro?", quizás respondiese luego de visitar el castillo: "¡En el sótano, salvo que exista una buhardilla que no está a la vista o en un desván o en el rellano de la escalera!"... Por fin, se daría por vencido o respondería que en cualquier parte se puede matar a una persona. Pero seguramente nadie negará que hay casas con fachadas criminales. Castillos con aire trágico, palacios con rostro innoble, marcado por innobles habitantes. El de Hendebouville, como decimos, era un castillo anodino, ni bello ni

feo, aburguesado, sin mucha historia, sin verdines de abolengo. Quizás un hombre de sensibilidad extraña a Francia, un sudamericano, podría vaticinar mirando el castillo y encontrar aires nefastos, rachas misteriosas.

Y eso fué lo que pasó con la señorita Delia de Gómez. Dos días antes del crimen, le dijo a Padine, al encontrarlo en la estación Saint-Lazare:

—No sé explicarme —dijo Delia— pero no acabo de sentirme a gusto en Hendebouville... Hay algo que me frena... No se si es la gente que allí aparece tan mezclada... o es el mismo castillo que se me hace siniestro en la noche o porque en Sud América no tenemos castillos... Pero es el caso que siento algo muy raro... como la inminencia de un peligro... no sé, una advertencia misteriosa que me inquieta... Pero no me hagas caso porque yo soy medio loca —terminó la señorita de Gómez temerosa de impresionar a Padine al que tanto quería por su discreción al tratar a las mujeres. A ella nada le molestaba más que los donjuanes. Y Calin era objeto de ese desdén.

—No te inquietes, Joaquín, por mis tonterías (Iba a decir *macanas* y se contuvo). No tienen asidero. Será porque yo voy al castillo en invierno y he tropezado allí con algunos de esos nobles libidinosos que me han dejado un regusto repugnante. En verano es otra cosa. Ayer me había quedado, pero quiero terminar una cabeza de niño que tengo entre manos.

Padine era un muchacho impresionable. Viajó, en la víspera del crimen, con una rara sensación, según contó después. Tenía una idea absurda sobre los sudamericanos. De niño había leído muchos libros de exploradores y las leyendas se le quedaron metidas en la sesera, al punto de que, cada vez que conocía a un latinoamericano lo relacionaba instintivamente con sus lecturas. En los grandes ojos asombrados de Delia quería ver los de una raza de indios videntes, de hechiceros indígenas.

Aquella vez llegó al castillo muy impresionado. Lo encontró vacío, desierto y se fué al *bistrót* de la *gare*, a beber unos tragos con Morand el garagista. Charló y bebió hasta más allá de la medianoche.

A las once y media aproximadamente, según los médicos forenses, moría estrangulada la Condesa de Hendebouville.

La primera idea que atravesó la cabeza de Padine al conocer la trágica noticia, fué pensar en Delia de Gómez, en sus ojos de mu-

ñeca asombrada, pero de una muñeca que sólo se puede encontrar en los bazares de los coleccionistas precolombianos. Alguna figura negra de Tristán Tzará tenía aquellos ojos que podían ver al través de los muros de los castillos. Padine estaba impresionado con el descubrimiento.

María Cristina Luxtermit, Condesa de Hendebouville, moradora del *Château de Hendebouville,* había sido encontrada muerta, presumiblemente estrangulada con un echarpe de seda, la cabeza asomada hacia el jardín y en la nuca el presunto golpe de la ventana de guillotina, que en ningún caso podía ser mortal, según el peritaje médico-legal.

La Condesa fué encontrada muerta a las diez de la mañana del martes 5 de julio, habiéndose producido su deceso a las once de la noche del día lunes. Como es de suponer, *prima facie,* las relaciones con el Conde o no eran cordiales —nadie pudo aclarar ese punto, dada la excelente educación de los cónyuges— o ambos tenían relaciones muy convencionales. El Conde bajó como todos los días a recoger fruta del vergel. Rosa, la criada, no acudía jamás si no se la llamaba. El Conde no siempre desayunaba con los huéspedes. Con algunos de ellos como el señor Pierre Calin, no lo hacía jamás. Preferentemente el dueño de casa tostaba el pan para la señorita Gaby. El poeta Blais Borjac, que había comenzado la traducción de una versión francesa de Firdusi, preparando, al mismo tiempo, una teatralización de la leyenda de Lindaraja, hacía una hora que trabajaba en su cuarto pudiéndose oir el repiqueteo de la máquina desde la habitación ocupada por Padine. Este, se levantó tarde y fué Rosa la que lo despertó, diciéndole:

—Señor Padine... debe usted levantarse. ¡Han llamado a la policía!

—¿Por qué va a venir la policía? —preguntó el pintor que en ese momento se peinaba ante el espejo del gran armario imperio.

—¿Cómo? ¿Usted no está enterado? Pero, Dios mío..., si han asesinado a la Condesa, señor Padine, la han asesinado y...

En ese instante el agente policial que intervenía como primera providencia, le hizo una seña a Rosa y la quitó de la puerta sin más trámites.

Casi al oído le dijo:

—Usted a su pieza ¿eh? y sin hablar con nadie nada. ¡Inmediatamente!

Se oía a Padine.

—No haga esa clase de bromas, Rosa. Puede entrar, ya estoy vestido.

La puerta se abrió y no fué precisamente Rosa la que traspuso el umbral. Un joven agente de investigaciones, se había hecho cargo de los primeros trámites hasta que llegase la brigada especializada. Era un muchacho de unos 25 años, fornido, atlético, que por su apostura y cómica solemnidad estaba diciendo a gritos que debutaba, que le quedaba grande el papel.

Joaquín Padine lo miró extrañado.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el entrecejo, con el mechón de pelo sobre los ojos.

—Han asesinado a la Condesa. Todos ustedes están incomunicados hasta que lleguen las autoridades.

—¿Asesinado a la Condesa? ¿Quién? ¿Quién la mató?

—Vaya la pregunta —respondió sin titubeos porque ya le habían propuesto el mismo interrogante con el mismo sentido idiota. No sería nada raro que el propio asesino la hubiese formulado con emoción y fingida curiosidad.

—¡Qué espanto! . . . —exclamó el pintor—. Y, ¿cuándo, cuándo?

—No sabemos nada. Amaneció muerta. Es todo lo que puedo decirle. Arréglese para acudir a la comisaría y, mientras tanto, no salga de la pieza ni hable con nadie. Son órdenes . . .

—¿Pero cómo? . . . ¿Debo quedarme aquí encerrado como sospechoso? Me parece demasiado. Deseo hablar o ver al Conde.

—El Conde está incomunicado, mi querido amigo. Cada uno en su respectiva pieza. Y será mejor que no intente usted moverse de aquí para no embarullar el asunto. ¿Entendido?

—Y ¿qué van a hacer? —preguntó Joaquín.

—Pues lo que se hace en estos casos . . . Desconfiar de todo el mundo. Sobre todo ahora que el castillo es un *auberge*. Antes era otra cosa. Le ruego que se tranquilice, y no entorpezca la investigación.

El joven policía dió un paso atrás y fué cerrando la puerta suavemente como si estuviese preparado para una actitud violenta de parte del pintor.

—No está muy claro lo que aquí pasó. Por eso se toman todas las precauciones —dijo al entornar la puerta ya con medio cuerpo afuera—. Sabrá comprender que es por su propio bienestar . . .

—Pero ¿cuándo fué? . . . ¿cuándo? ¿Anoche? —preguntó el pintor sinceramente angustiado.

—Anoche, sí, anoche —contestó el policía— y no diga que se lo conté . . .

Cerró la puerta. A Joaquín le pareció que aún dormía, que se hallaba influenciado por las palabras de Delia. Era ella la que le había metido en la cabeza la horrible pesadilla. Aún dormía si . . . No había despertado. La bebida de la noche anterior era mala. He ahí el resultado de una embriaguez infrecuente en él.

Pensó un momento. Había regresado más allá de la media noche. Que estaba un poco ebrio, no podía negarlo. No encendió las luces para que no se enteraran de la hora de su llegada y porque era muy hermoso desnudarse con las ventanas abiertas, frente a los árboles del parque, recibiendo en el cuerpo la brisa nocturna. Al despertar encontró las ropas en desorden. Lo que creyó una broma pesada de Rosa, cosa extraña en ella, resultó un repiqueteo en las sienes. No conseguía dar crédito a lo que el policía le acababa de decir. Los ojos de la argentina se le clavaron en la memoria. ¿Necesitaría declarar ante el Juez su entrevista con Delia? ¿Contarle que la escultora le había anticipado el crimen? Era estúpido pensar que la Gómez estaba en complicidad con el asesino o con los asesinos . . . Completamente idiota pensarlo. Se trataba de una coincidencia, nada más que una coincidencia siniestra. Cómo le gustaría hablar con el poeta, de ventana a ventana . . . ¡Ah, sí podía hacerlo! Nadie los escucharía. Borjac debía estar encerrado en su habitación con su mujer y Gaby, cumpliendo órdenes parecidas.

Se aproximó a la ventana. Dijo dos veces, rápidamente, el nombre de Borjac, bajito, como para ir tanteando el encuentro.

Borjac tosió para darse por aludido. Padine pensó que en el cuarto de Borjac estaría la policía y que era imprudente asomarse a buscar las cuencas del eco que otras veces los comunicase.

"Yo no la maté —pensó—, no podría matarla, por mucho que me empeñase. De manera que si razonablemente no la maté, ¿podría matarla borracho? . . .

Detuvo su pensamiento. No. No se atrevía a seguir analizándose. Bajaba y subía su mechón de pelo como si se tratara de la manivela que daba cuerda a su cerebro.

"No la mataría ni borracho —se dijo—. Además, recuerdo perfectamente todo lo que hice antes y después del vino. No la maté, seguramente. No estoy loco. De manera que si no la maté

yo, no tengo por qué temer a la policía y es exagerado el miedo que me impide entrar en conversación con Borjac. Debo esperar su decisión. El me va a llamar, seguramente."

Esperó un momento. Creía que había transcurrido más de un cuarto de hora, y apenas habían pasado seis largos minutos en los relojes de todo el mundo. Se aproximó a la ventana. Se situó convenientemente en el sitio donde el eco conseguía su mayor amplitud y levantándose el mechón de cabello tosió una y otra vez, secamente.

Unos segundos después, la voz de Borjac se filtró más misteriosa que nunca. Dijo:

—Señor Padine —no tenía mucha confianza con el poeta, pero hubiese querido que esa persona, la única en el mundo con la que podía comunicarse, lo tuteara, fuese su mejor amigo—. ¡Ha pasado algo espantoso! —exclamó—. La Condesa apareció estrangulada en su pieza...

—¿Cómo lo supo? —fué la pregunta rápida de Padine.

—El Conde y Rosa me llamaron para verla muerta... —respondió el poeta.

—Y, ¿por qué no me despertaron? Creí que era una broma de Rosa. Es horrible —habló el pintor—. ¿Por qué no me llamaron?

—Habrá que soportar las primeras investigaciones... Después creo yo, nos dejarán tranquilos —oyó con más claridad la voz de Borjac.

—¿Usted, está solo? —preguntó Padine.

—No, estoy con mi hija que de un ataque de nervios ha pasado a un llanto que no cesa. Se halla en la pieza de al lado. Mi mujer la atiende —aclaró Borjac.

—Cuando tosía... —dijo Padine.

—Cuando tosí a usted estaba aquí la policía —se adelantó el poeta.

—¿No haremos mal en comunicarnos? —preguntó Joaquín.

—¡Merde! Ya me está resultando molesto el asunto. ¡Yo no la maté y no me voy a callar! ¡Si dentro de una hora, no se aclara esto, armo la de San Quintín!... ¡Qué embromar!... Que me dejen en paz... ¡Esto es demasiado!

Ahora la voz se hacía realmente comprometedora. Podían oírle en el parque, en los corredores. Al pintor, le pareció una imprudencia hablar de cuarto a cuarto con... ¡bueno, con uno de los hipotéticos asesinos! Todos, en resumidas cuentas, todos, podían

haberla estrangulado. Todos menos él, por supuesto. De manera que lo más prudente era callarse la boca. Borjac era un gran poeta, traducía del inglés, pero tenía una mujer bastante inferior a él y una hija un poco rara. El no dejaba de mirar a la Condesa con cierto deseo en la mirada. Se les veía muchas veces en el jardín, recitando a Beaudelaire, a Paul Eluard y, claro está, el poeta le dirigió la metralla pesada de sus propios poemas, sobre todo algunos que hija y madre desconocían. La Condesa era algo así como su confidente veraniego o el poeta recurría a ella para resolver problemas sentimentales. Padine había escuchado palabras cruzadas entre los dos, con un sentido limitado, exclusivo de ambos, no hacía muchos días...

Resolvió alejarse de la ventana prudentemente y meditar tirado en el lecho sobre las sábanas en desorden.

Los pintores tienen una imaginación limitada por los impedimentos técnicos, y por eso imaginan en proporción directa con sus medios expresivos. Así, Picasso tiene una impresionante imaginación porque nada ni nadie puede oponérsele en el terreno de las realizaciones. Todo esto es correcto, pero la imaginación de un pintor o de un sastre se agiganta en casos como el presente. Padine llegó hasta observar con ojo detectivesco, las sábanas de su cama, por si en ellas hallaba un rastro, las huellas de un posible crimen inconciente. El alcohol, lo sabía bien por lecturas de la adolescencia, puede precipitar al hombre a cometer delitos incontrolados. Le dolía la cabeza como si los hubiese cometido. Le golpeaban las sienes. Se miró las manos, sus pobres manos de paisajista con las que se ganaba la vida, y le entraron unas ganas terribles de llorar. ¿Podía él, haber entrado en el cuarto de la Condesa, en estado de frenética embriaguez y haberla asesinado? ¿Estrangulada? ¿Cómo se estrangula a una mujer? ¿Con una, con las dos manos? ¿Con una cuerda?

Desde la cama con ojos atentos recorrió la pieza con cuidado. En un rincón descubrió un par de botellas. Se puso de pie como movido por un choque eléctrico y se lanzó sobre las botellas. Una era de Macon. Todavía conservaba la etiqueta. Recordó que había almorzado hacía poco con un cliente uruguayo en el Hotel de La Poste, en el Ralais Fleuri de Roun. Para no olvidar aquel *Canard a la rouennaise* bañado de vino tinto, se había traído consigo la botella, so pretexto de necesitarla para una naturaleza muerta. Y allí estaba, al lado de otra botella y, ésta, de vino blanco, transparente el vidrio. Ignoraba su procedencia. Podía haberla traído la noche

pasada. Tocó con la yema de los dedos la botella de Macon y la cutícula de polvo le hizo pensar que desde el comienzo de sus vacaciones la tenía allí arrumbada. Pero ¿la segunda botella? ¿Qué hacía la segunda botella, con más de un trago en el fondo como si acabase de dejarla en el rincón? Hizo memoria. "Sí, la traje anoche —se dijo—. La traje anoche. Me la metió en las manos Morand, al dejarme en la puerta del castillo". Morand estaba muy contento porque Padine nunca había consentido emborracharse con él. Se ganó un amigo y en una noche perdida de incontrolada francachela.

Levantó la botella, la colocó sobre la mesa de luz y empezó a pasearse en el cuarto.

El día se presentaba caluroso. Echó una mirada a la novela que estaba leyendo, la última de Roger Vaillant, autor que conocía personalmente y que le dedicó el ejemplar en el estreno de "Heloisa y Abelardo". Pensó que lo mejor que podía hacer era seguir la lectura, sin entrar en análisis de su persona evitando así toda reacción comprometedora. Si se le interrogaba para que hiciese cuenta de qué era lo que había hecho la noche anterior, Morand se encargaría de salvarlo.

¿Y si Morand, como él, perdía la memoria con la tranca? No. Morand no era de los que se pescan una mona cada tres meses. Sabía lo que hacía cuando el alcohol se apoderaba del cuerpo. Él lo salvaría de su torpeza.

¿Por qué Padine se había emborrachado? ¡El, que no solía hacerlo, se emborracha precisamente la noche del crimen! ¿Qué temía, qué sabía él que iba a pasar en el castillo? ¡No había más remedio! . . . No le quedaba más remedio que contar el impresionante vaticinio de la escultora.

Tomó el libro y se acercó a la ventana para recibir mejor la luz. De paso estaría atento a los llamados de Borjac.

IV

El cuerpo de la Condesa se mantuvo en la horrible posición hasta pasadas las doce del día. Fué el cocinero el que lo descubrió en aquella extraña y difícil postura final. Y fué Bonot que se impuso a todos, aun al Conde. Parado en la puerta como dueño del crimen, llamó a gritos a Rosa para que fuese a la comisaría. Rosa se negó acometida por miedo a la justicia. Bonot le dijo al Conde, que acudió

mondando una banana como si la alarma del cocinero fuese la natural ante el hallazgo de una rata que él ya había visto correr por la galería:

—Señor Conde —tartamudeó Bonot con voz patética—. Si quiere entrar entre a ver lo que ha pasado... Pero será mejor que se prepare para recibir la noticia. La Condesa ha sido asesinada al parecer con un golpe de guillotina.

—Pero... ¡qué dice usted, gran imbécil!... Déjeme pasar... —gritó el Conde.

Entró el Conde y quedó paralizado. Vió a su mujer en piyama como atrapada por la ventana de guillotina, la cabeza fuera, los brazos tendidos, exánime. Aparecía colgada como una becasina... o como una devota presa en un confesionario de pesadilla.

Su primer movimiento fué adelantarse para librarla de la prisión de la ventana. Iba a levantarla cuando Bonot se precipitó y le dijo:

—Señor Conde... un consejo, señor Conde... No se complique usted... Deje ese cuerpo quieto... ¡No lo toque, si no quiere pasar un mal rato!...

Las palabras en boca del cocinero, tomaron una importancia inmensa. Rosa temblaba en la puerta y presenciaba la disputa de aquellos dos hombres que demostraban tanto coraje ante la muerte.

—Yo sé por qué se lo digo, señor Conde —continuó el viejo—. Usted no sabe que en mi juventud yo he trabajado en la policía. No hay cosa que embarulle más que alterar el cuerpo del delito.

El Conde lo miró entre iracundo y sumiso. Pensó que Bonot le daba un sano consejo, porque se trataba de un hombre de más edad que él, de un ciudadano hecho en otros ambientes, de... un ex-policía, como acababa de decirlo. De manera que no tocó el cuerpo mortal de su bella mujer, y, repentinamente, como un niño al que se le sorprende en un delito, se echó a llorar, pero a llorar infantilmente no como un hombre. Rosa lo acompañó en seguida, quejándose como si la castigasen. Entonces, Bonot le dijo a Rosa:

—Si no vas tú, voy yo. Pero no armes barullo y deja que la policía vea todas las cosas tal cual las vemos ahora. No cambies un solo mueble... No intentes tocar a la Condesa...

Se persignó rápidamente y mientras el Conde habíase recostado a un muro corrió a dar parte a la comisaría que no estaba muy lejos. Unos cien metros más allá del garage.

Al bajar las escaleras vió a Borjac que se dirigía a desayunar,

seguido de su hija. El poeta quiso hablarle. Bonot, para cortar por lo sano, le respondió:

—Perdone, señor Borjac... Debo ir a la comisaría. La señora Condesa, que Dios la tenga en su gloria, ha sido asesinada.

Padre e hija se miraron desconcertados.

—Viejo loco —dijo el poeta.

Pero Gaby sintió la presencia de la muerte. Las mujeres suelen sentirla antes que los hombres. El horror hizo correr un escalofrío por sus espaldas casi desnudas.

—¿Asesinada? —preguntó Gaby.

—¡Déjame enterarme mujer! —respondió el poeta, y luego, contrariado—: ¡Es lo único que nos faltaba! Un crimen en el castillo... ¡Lo único que nos faltaba!... Bien me parecía a mí...

—¿Qué te parecía, padre? —preguntó Gaby cuyo cuerpo se iba helando poco a poco.

—Nada, nada... ¡Déjame! Anda a tu cuarto y de allí, no te muevas.

Gaby subió a su cuarto temerosa del encuentro con su madre a la que no podía ocultar lo que pasaba.

—¡Qué cara que traes! —le dijo a su hija la señora Borjac. Gaby, estrenaba un modelo de Dior.— No me parece bien que vayas a almorzar a Deauville con esa cara.

Gaby había entrado en el cuarto, sin chistar. La señora terminaba de arreglar las ropas de la hija, siempre por el suelo o arrugadas sobre los muebles. Porque Gaby era el descuido en dos patas, la desprolijidad en persona.

Sin oir lo que la madre le decía, empezó a desnudarse con parsimonia como quien no está muy resuelto a hacerlo. Se detuvo frente al espejo del armario y parecía despedirse de aquel hermoso modelo que ya no luciría en Deauville, adonde pensaba ir con amigos de París, los que al pasar por Hendebouville se detendrían a buscarla.

Gaby pensó en los cornetazos del automóvil y en la excusa que les iba a dar. Le parecía muy raro tener que transmitir la noticia de un crimen, cosa bien distinta a la de contar que una persona ha fallecido.

—Pero, criatura... ¿qué te pasa? —preguntó la señora Borjac al contemplar a su hija en bombacha con el leve corpiño Bikini que usaba en verano.

—No voy a salir... No podría salir ahora... —dijo Gaby.

—¿Por qué? Te va a hacer bien. Estos últimos días, más vives de noche que de día... Te hará bien un golpe de mar, un poco de aire puro —le aconsejó la madre.

—No podría, mamá. Tú no lo sabes... ¡Ha muerto la Condesa!...

—¿Muerto? ¿Cuándo? ¿Ahora mismo? —se atropellaba la señora Borjac.

—No, anoche... Amaneció muerta.

Ambas mujeres quedaron pensativas. Gaby, al fin dejó caer su "robe de Christiam Dior" sobre una banqueta para baúles y sacó del armario un traje gris muy para el trance.

—Muerta... ¿y de qué? —preguntó la señora.

—No sé mamá... Sea de lo que sea, la Condesa ya no vive...

Al decir "ya no vive" sintió unas repentinas ganas de llorar. La frase le resultó emotiva. Al llorar como una estúpida, frente al espejo, pensó en Pierre. ¿Lloraría Pierre cuando lo supiese? "Ya estará enterado —pensó—. Debí, tal vez, ir a decírselo"... Pero si la gente ha empezado a murmurar, no convenía que la viesen entrar en el cuarto de Calin situado en el otro extremo del *château*.

—¡Qué horror! —dijo de pronto—. ¡Qué horror!...

La señora Borjac no fué nunca sensiblera, difícilmente se entregaba a la congoja o al llanto. Eso lo dejaba para su hija, digna muestra de la sensibilidad hiperestésica de su marido. Ella no parecía la mujer fuerte de la Biblia, pero lo era.

—La muerte es cosa natural... ¡No sé por qué dices que es un horror! Todos, tarde o temprano tenemos que morir —dijo la señora con enervante calma.

—Pero no así, mamá... ¡No así!...

—¿Cómo así?

—Dicen que fué asesinada... mamá. ¡Qué horror!

—Eso ya es otra cosa, ves. ¡Otra cosa! Un crimen pasional, seguramente. Los hombres gustaban demasiado de su belleza. Los hombres se pelean por las mujeres hermosas. Y a las mujeres hermosas les gusta que los hombres se peleen por ellas. La mataron ¿eh? ¿En su cuarto? ¡Qué escándalo!

La señora Borjac luchaba internamente por mantener su presencia de ánimo ante el llanto convulsivo de Gaby.

—Lo mejor que podemos hacer es marcharnos en seguida. Nada ganaremos con quedarnos aquí para acompañar al Conde, al que la policía no lo dejará tranquilo.

Hizo una pausa porque iba imaginando lo que vendría por delante:

—Y, tampoco dejará tranquilos a los otros —dijo sin reparar en el efecto que producían sus palabras en el ánimo de la hija.

—¿Por qué a los otros? —preguntó ella.

—Aquí, todos, con excepción de tu padre, parecían tener amores con la Condesa, dicho sea ahora sin agravio a su memoria. Todos presumían tener que ver con ella. Formaban un enjambre en su torno. Bueno, esto no es cosa mía... La señorita de Gómez, también pensaba lo mismo. Ella me dijo que le daba asco ver a los hombres —titubeó un tanto— ... le daba asco verlos tan relamidos al dirigirse a la Condesa.

—¡Todos no! ... Pierre la consideraba como una hermana —dijo prontamente Gaby.

—Sí, una hermana, pero le gustaría ser incestuoso, ¿eh? ¡El también!

—Mamá, mamá ... ¡las cosas que dices! Si estuviese papá aquí, te haría callar la boca.

—¡Porque no está aquí, es que aprovecho y hablo y digo algunas verdades! No soy mal pensada si te digo que de cualquiera de estos pensionistas ... ¡puede salir el asesino de la Condesa!

—Mamá, mamá ... ¡Qué monstruosidades estás diciendo! ... Es horrible —gritaba la muchacha ya vestida de gris, transpirando, entre sollozos y lamentos—. Quiero irme en seguida de aquí ... No podré soportar nada, ¡nada! ...

Una luz le encendió la memoria. ¿Cómo reclamar al Conde, nada menos que en esos momentos, los cincuenta mil francos que en un sobre cerrado le entregara para guardar en la caja de hierro? Al pensar que quería huir hacia París, o al otro extremo, a Deauville, donde tan bien saldría de aquella pesadilla, al calcular los pasos futuros, pensó que con esa suma de dinero tendría cierta libertad. Pero ahora, resultaba difícil pedírsela al Conde y salir volando del maldito castillo.

Y Pierre Calin no venía, no aparecía. No podía salir a buscarlo y contrariar las órdenes del padre. La desesperación fué poco a poco acorralándola hasta que una crisis nerviosa la sacudió como a un mimbre. Los rubios cabellos parecían desprenderse de la cabeza, cayendo sobre los hombros en un torrente.

En ese momento entró el señor Borjac acatando las órdenes del agente policial.

—¡Julieta . . . Julieta! . . . —se dirigió a su mujer al ver a Gaby en convulsiones de demente—. ¿Qué pasa Julieta? ¿Qué le pasa a Gaby?

—Los nervios, nada más que un poco de nervios . . . —respondió la señora Borjac intentando disminuir la impresión que la crisis de su hija podría producir en el policía—. Ya se le pasará . . . No es nada.

El poeta tomó a su hija por la cintura y la llevó a su habitación pasando por el cuarto de baño y un estrecho corredor. El policía, entrando un poco en la pieza de los Borjac se asomó curioso a ver qué pasaba con la muchacha. Una crisis nerviosa de tal naturaleza le pareció anormal. Esperaba alguna palabra indiscreta. Como "police du pays" conocía mejor que nadie las salidas nocturnas de la muchacha y quería verificar por qué puerta escapaba sin ser vista por sus padres.

Lo consiguió satisfactoriamente. Gaby podía cerrar la puerta que daba al corredorcito del cuarto de baño y quedaba perfectamente aislada. Correría riesgo, pero muy escaso riesgo, escapando por la noche. El policía, Morand, la amante del garagista y muchas otras personas conocían las citas de Gaby con Calin. Y como este personaje era petulante, sus pasos resultaban agrandados o deformados en razón de la antipatía que provocaba. Morand no dejaba rodar los chismes de un cliente cuyo padre le había ayudado a instalarse. Pero, le era imposible desmentir ciertas versiones. Calin, con su gran estatura, resultaba de por sí un poco espectacular, como si se llevase a la gente por delante.

El policía fué retrocediendo a medida que aminoraba la crisis nerviosa de la señorita Borjac. Miró de arriba abajo, con insolencia, a la señora, y ella desafiante, como respuesta, también lo miró de arriba abajo.

—Conviene que cada uno se mantenga en su cuarto —dijo al retirarse—. Después se verá lo que decide el Juez y los pesquisas.

La señora Borjac por primera vez sintió miedo. Sabía muy bien que para calmar a su hija, nadie mejor que el padre. Quedó en el umbral con los brazos cruzados, reflexionando.

"¿Qué se habrá llevado en la cabeza el policía? —pensó. Ella lo había observado por la ventana del corredorcito—. Hizo anotaciones en la libretita que todos esos tontos siempre llevan en el bolsillo".

Después entró en el cuarto de su hija, un cuarto sin armarios

porque no había mucho espacio, con los muros cubiertos por un papel de color verde desvanecido que disimulaba las manchas de la humedad.

Tirada sobre la cama Gaby continuaba con sacudidas convulsivas.

Padre y madre se miraron un instante.

—Se le pasará... No estaba bien, pobrecita... Se le pasará —dijo la señora Borjac.

Al momento Gaby se mostró tranquila. El silencio de sus padres que "podrían pensar algo raro", la hizo entrar en razón.

—Déjame con mamá —dijo la muchacha.

Cuando una hija dice que quiere estar sola con su madre es porque le va a comunicar algo íntimo. El poeta, por muy poeta que fuese no podía ignorarlo. Y el señor Borjac, padre al fin, no titubeó. Se asomó a la ventana y tuvo la corta comunicación con Padine que el lector ya conoce.

V

Dino Velardi andaba por el parque con un admirador. Sabiéndolo de vacaciones en el castillo de Hendebouville por una noticia leída en *Le Figaro*, fué a hacerle una corta visita. Se había anunciado en la víspera. Se trataba de un joven compositor americano del norte que tenía a su madre en Deauville y nada le costaba demorarse en la ruta. Dejó el coche en el garage de Morand para que le cambiasen el aceite. Como yanqui práctico mataba dos pájaros de un tiro.

El visitante se llamaba John Harmon. No era un desconocido en Francia. En la Sala Pleyel se había ejecutado una Rapsodia suya con marcado éxito de publicidad. Pero la crítica seria, o llamada seria, aún no había "tocado ningún dollar" del presunto talento de Filadelfia.

La anunciada visita de un admirador de nombradía llevó a Velardi hasta el teclado. La noche del crimen destapó el piano de los condes y la emprendió con todo su repertorio. A la hora del hecho, él ejecutaba aires eslavos con un brío que sólo Rosa, la criada, pudo disfrutar, primero oculta detrás de un cortinado, luego sentada en la escalinata. El anuncio de una visita tan calificada lo puso de buen humor.

—Anoche me desentumecí un poco los dedos —dijo a Harmon cuando éste, llamándole maestro, le interrogaba sobre sus actividades.

Quiso impresionar al yanqui con alguna manía. Mientras caminaban en dirección al estanque iba pensando en la correspondiente *boutade* que lo caracterizase como un hombre raro. Fué así que se le ocurrió caminar por la sombra, sin pisar una sola vez los claros que en el bosque aparecían como caprichosos senderos.

—¡Me hace tanto bien pisar las sombras! Hay días en que me irrita los nervios tocar una sola cosa dañada por la luz solar —dijo dando pasos repentinamente arbitrarios que llamaron la atención del visitante.

Harmon sonrió, caminando con la testa al aire, y en short, buscando precisamente el sol para tonificarse.

—No crea usted que es un mero capricho. ¡No! Jamás, si está en mis posibilidades, me dejo tocar por el sol. ¡Qué descanso, el solo hecho de buscar con los ojos las sombras! Uno de los secretos de mis veraneos en este parque. ¡La frondosidad de sus robles me permiten esta exageración! ¡Perdóneme!

Se sentía contento por haber sorprendido al colega.

—Yo podría decir que hago lo contrario, maestro —respondió Harmon—. Ando como a cabezasos con el sol.

Se tendieron en la hierba, recostados al tronco de un castaño. Velardi en el trecho de más densa sombra, el yanqui a pata ancha, allí donde el sol podía quemarle la piel de sus piernas al aire.

Desde aquel punto se divisaban las veletas del castillo, el resto escamoteado por la arboleda.

—El año que viene, maestro, si la Condesa lo permite —mi padre se casó en segundas nupcias con su hermana Victoria— le haré compañía. ¡El mar me sacude un poco y, sobre todo, la gente, me carga la gente a la que le gusta el mar! ¡Son tan pobres de espíritu los que se dejan llevar por esa enorme bobería del mar domesticado de las playas! En los hoteles se tropieza con la peor gente. Saludaré a la Condesa y le hablaré de su hermana. ¡Mi padre es feliz con ella! Reservaré una habitación para el año venidero...

—No tendrá inconvenientes. Como todo noble la Condesa prefiere a los extranjeros. Es su debilidad. Aquí siempre se encontrará con algún artista importante. ¡Ahora está el español Padine, un buen paisajista, un poco lánguido como persona pero buen artista! Suele alojar a holandeses un poco torpes y reservados. Pero gente

honrada bajo el punto de vista artístico. Está Borjac, el poeta... y...

—Me gustaría conocerlo, maestro. En mi maleta llevo sus "Cantos del mediodía". Traduce a Firdusi, según *Les nouvelles littéraires* —dijo Harmon.

—Personalmente es un hombre fino, con una mujer muy tonta y una hija bastante lista —prosiguió Velardi—. Las amigas artistas de la Condesa, son un poco raras. Algunas vienen, pasan un par de días y no se sabe quienes son porque hacen vida aparte, por su lado. La única que nos ha presentado es una sudamericana, una chica de ojos muy extraños, audaz como toda sudamericana.

—Es gente que no me gusta —comentó Harmon arrancando una hierba y llevándosela a la boca.

—No haga eso —dijo Velardi—. En este parque entran perros enfermos y apacientan vacas de la finca vecina. Puede pescarse alguna enfermedad.

—¡Oh, estoy inmunizado! —contestó el yanqui—. A mi nada me hace mal, maestro.

No le gustó que el norteamericano lo desobedeciese. Para dar una sensación aguda de sus manías, replicó, dando vuelta la cara:

—No me gusta verlo masticar esas hierbas. ¡La bocas es un lugar sagrado!

Harmon sonrió y arrojó el tallo jugoso.

—No valen gran cosa las mujeres que frecuentan el *château*. Es lo que no me gusta en este ambiente. Pero hay libertad para eludirlas y, salvo uno que otro encuentro obligado, uno las puede evitar.

Transcurrieron unos minutos en que escucharon las doce campanadas del reloj de la iglesia vecina.

—¿Está usted casado? —preguntó el músico italiano con un tono familiar que se insinuaba por las confidencias.

—No —respondió su admirador—. No. ¡Ni pienso casarme, maestro! ¡Horror!

—Ah, ah... Eso me parece muy bien. Los artistas yanquis creo que no son partidarios de la vida libre en materia sexual.

—Tal cosa pensamos nosotros de los europeos —replicó Harmon con insolencia.

—Tienen ustedes la existencia tan ordenada que no pueden evitarlo —dijo Velardi.

—La vida del artista americano, se parece a la vuestra...

Se hizo otro silencio que los unía más que separarlos.

—Pero no se dan casos como el de la Condesa, en su tierra... ¿No es así?

—No sé en qué sentido, a qué aspecto de la vida de ella se refiere. Conozco a su hermana gemela, actual mujer de mi padre y...

—Pues... a la de entregar la intimidad de su casa a los artistas. Los millonarios de su país no tienen fervor por las bellas artes, según nos dicen.

—No, por cierto, la gente mercantilizada. Los Estados Unidos son muchos países en uno, maestro. Los de mi región, Nueva Inglaterra, tenemos una aproximación con Europa que nos salva. En el Oeste, allá por Pasadena, hay casas con ambiciones artísticas —respondió Harmon.

—La Condesa no es una excepción. ¡Pero temo que sean otros los móviles de esta mujer! Por necesidad no se aloja a pintores, poetas, etcétera. Por falta de brillo tampoco. Quizás esta mujer tenga una doble vida que ignoramos.

—Su hermana no tiene veleidades artísticas... todo lo contrario...

De la mitad del terreno que los separaba del *château* surgió una figura que Velardi súbitamente no reconoció. Decía a gritos su nombre:

—¿Quién será? —preguntó tontamente— ¿ese que viene gritando?

El hombre avanzó.

—¡Ah, es el cocinero! —dijo Velardi—. Habrán adelantado la hora de almorzar. ¿Qué hora tiene usted?

Harmon respondió mecánicamente en inglés. Velardi le agradeció en la misma lengua.

—¿Usted habla inglés? —preguntó Harmon.

—No, no hablo inglés...

Bonot ya estaba cerca.

—Señor Velardi... ¿Quiere tener a bien regresar al castillo?... Ha sucedido una desgracia.

El hombre trastabillaba entre las sementeras vecinas. Mientras hablaba con voz patética, ambos se pusieron de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó este último.

—¡Una desgracia, señor! A la Condesa la hemos encontrado muerta. Y la policía reclama la presencia de todos los huéspedes.

—¿Muerta? . . .

El rostro de Velardi se alteró. Nada podía herir tanto su sensibilidad como mencionar a la muerte. Esto sí que no era una rareza. Era una realidad que pocos conocían.

—¿Muerta . . . muerta? . . . Pero, cómo, ¿muerta? —decía mientras se encaminaba en dirección al castillo, sin acordarse para nada de Harmon.

—Sí, señor, una terrible desgracia . . . —comentó el cocinero.

—¿Terrible desgracia? . . . ¿Es que acaso ha sido asesinada? —preguntó Velardi deteniéndose.

—Sí, señor . . . Apareció muerta con un golpe en la nuca producido por la ventana de guillotina. Algo horrible señor Velardi . . .

El músico italiano no pudo avanzar, quedó como paralizado. Harmon y Bonot, lo advirtieron, después de haber andado un buen trecho. Bonot dió vuelta la cabeza.

—¿Qué pasa? —dijo como para sí al verlo inmóvil.

John Harmon miró para atrás.

—Maestro . . . ¿Qué le pasa?

Velardi no podía hablar. Un temblor le recorría el cuerpo.

—Llevémoslo a la sombra —dijo el americano recordando la obsesión de Velardi.

Lo tomaron por los brazos y como a un inválido lo condujeron bajo la sombra de un roble creyendo que bastaría para volverlo en sí. Pero el compositor italiano comenzó a temblar espantosamente. Harmon le palpó las manos y las encontró heladas.

—Habrá que llamar a un médico —dijo.

—No hay médico aquí . . . Hay policías —respondió Bonot.

—La policía —repitió despectivamente Harmon— ¡qué se vayan al diablo!

Desde el castillo alguien los había visto. Uno de los pesquisantes que acababa de llegar con el Juez, y Calin, que se secaba la frente y el pescuezo con un pañuelo. Sudaba a mares, por cierto mucho más que el resto de la gente.

—¿Puede caminar, maestro?

—Lleguemos al castillo. Apóyese en nuestros hombros —Y, en voz baja a Harmon—. Parece estar insolado . . . —pronosticó el cocinero.

Cargaron con Velardi. El se dejaba llevar arrastrando los pies.

Ya Bonot había hecho una seña que Calin comprendió y, seguido de un agente uniformado, se adelantó al encuentro.

—Le ha dado un ataque —le dijo Bonot a Calin—. No puede hablar. Se le trabó la lengua...

Calin debió agacharse para ver la cara de Dino Velardi, pues tenía el mentón hundido en el pecho.

—¿Qué siente, Velardi?... ¿Necesita agua?... —dijo Calin estúpidamente.

—Déjela andar —se interpuso Harmon—, será mejor tenderlo a la sombra.

Harmon, que no usaba sombrero, le quitó a Calin de las manos un periódico que éste llevaba fuertemente plegado. Más parecía una pequeña vara. Los nervios de Calin, se habrían ejercitado en el diario de la mañana. Harmon lo desplegó e hizo con el mismo sombra protectora sobre la cabeza del desdichado. Como Harmon era un artista bien educado y no perdía su sangre fría se presentó a Calin, tendiéndole la mano con la secreta intención de distinguirlo ante el policía.

—Soy John Harmon, amigo del maestro Velardi.

Calin dijo su nombre sin mucho empaque y le dió la mano. No estaba la atmósfera como para andarse con modales caballerescos.

Entre tanto llegaron al banco donde acostumbraban a sentarse por la noche cerca de una mesa de mármol.

—¿Se siente mejor, maestro? —preguntó Harmon.

Pierre Calin suponía que el contratiempo era una de las tantas rarezas del compositor y esperó el final. Pero el compositor en lugar de responder al americano empezó a temblar con más fuerza y a lanzar por la boca una espuma nada agradable.

Bonot se acercó a Calin:

—Será prudente llamar a un médico... Para mí, es un ataque de epilepsia.

Pierre Calin encogió un poco los hombros y le hizo una seña al uniformado como para que el agente policial decidiese.

—¿Está usted mejor, maestro? —preguntó Harmon.

Como no obtuvo respuesta buscó a Bonot y casi en forma de reproche, con marcada violencia, le dijo:

—Hemos pedido agua... un poco de agua. ¡Yo no sé dónde está el agua!

Bonot comprendió el tono del pedido y corrió a buscar agua.

—El médico está examinando el cuerpo. No bien termine, puedo llamarlo. Antes, no —explicó el agente.

Examinaban el cuerpo para determinar las causas de la muerte de la Condesa.

Se acercaron a Velardi tres personas extrañas al *château* que evidentemente eran de investigaciones. Vigilaban la entrada del castillo junto a la verja que daba a la ruta Nº 319.

—¿Se accidentó? —preguntó el más viejo al policía uniformado.

—Parece que tiene un ataque de... ¡de no sé qué!

Dino Velardi temblaba menos, babeaba menos, pero tenía la mirada tan lejos, tan vaga y extraña que un loco de verdad no haría tal papel.

Con Bonot vino el Conde que no había perdido su apostura y seguía rigiendo los destinos del castillo con inalterada prestancia.

—Señor Velardi —dijo el Conde— ¿no se siente bien? Tome usted un poco de agua...

Velardi no levantó la cabeza. El Conde le puso el vaso de agua bajo los ojos. Nada. No reaccionaba.

—Será mejor tenderlo en el banco —dijo.

Harmon hizo ademán de inclinar al maestro. Velardi, como si lo necesitaba se echó para atrás y fué fácil ponerlo de espaldas sobre el banco.

—Ya va a reaccionar —dijo el americano.

Y no bien terminó la frase tendió la mano al Conde, volvió a decir su nombre y le dió el pésame.

Calin seguía secándose el sudor. Los agentes policiales lo observaban como diciendo: "No es para tanto. No hace tanto calor".

El Conde dando señas de una inmensa pesadumbre regresó al castillo. Subió las escaleras, paso a paso, muy en hombre doliente.

Pierre Calin recogió el diario que había dejado caer el americano y se dió aire. El sol calentaba. Los gorriones, ajenos a cuanto sucedía esperaban como todos los días las migas de pan que a esas horas se les arrojaba de la terraza.

Harmon le preguntó al mestro si no se hallaría más a gusto con su saco bajo la cabeza y Velardi le sonrió. Los tres sujetos de investigaciones se asomaban a verle la cara, a estudiarlo discretamente.

Cuchichearon entre ellos. Uno, precipitadamente subió la escalinata a grandes zancadas. De pronto se oyó el chirrido de las ruedas de un automóvil repentinamente frenado en el alquitrán caliente.

Dos periodistas, seguidos de un fotógrafo, avanzaron como desaforados por el camino de la entrada. Al ver a Velardi tendido sobre el banco, el fotógrafo se precipitó sobre él, mientras los que le acompañaban eran detenidos por los policías. El fotógrafo esquivó a uno de ellos y mal que mal, pudo sacar una foto sin ninguna seguridad de haber dado en el blanco.

—¿Por qué? —preguntó Harmon con su acento extranjero—. ¿Por qué a él?

El fotógrafo, como todo fotógrafo que se precie, no prestó oídos al desconocido. Volvió a preparar la cámara y al tiempo que trataba de convencer al agente uniformado, como en tantos otros crímenes, le propinó un empellón y volvió a fotografiar a Velardi.

El músico italiano se dió cuenta de lo que pasaba en su torno. Se irguió haciendo un esfuerzo muy grande, y tomó a Harmon por un brazo.

—¿Qué tengo que ver con el crimen?

Harmon creyó oír esta frase, pero no podría asegurarlo.

Los agentes explicaban a los periodistas que el médico forense examinaba a la víctima con el Juez.

El fotógrafo miró a Velardi, luego a su compañera, la cámara, como reprochándole su angurria y enfiló escaleras arriba.

Dos imágenes de Velardi ya marchaban en el celuloide. Convenía sacarle fotos a todos los huéspedes del castillo, por si alguno de ellos resultaba el criminal.

Pierre Calin pidió fuego al policía uniformado. No era un fumador empedernido, pero aquel *Gaulois* realmente le resultaba el mejor compañero.

Sobre todo al mirar hacia las habitaciones de la Condesa. No podía dejar de hacerlo de tanto en tanto como si de allí fuese a aparecer la difunta con aquellos trajes blancos, espumosos, que la hacían tan apetecible.

En la terraza se asomó la madre de Gaby llamando a Rosa. Se le dijo que la interrogaba el Juez y la señora dió media vuelta y entró sin agradecer.

Pierre Calin supo entonces que había empezado el interrogatorio.

—Parece que se sospecha de todo el mundo —dijo al policía que lo guardaba.

—Así es —respondió el hombre sin inmutarse.

La situación de Harmon resultaba muy particular. Pidió para hablar con el Juez. Le respondieron que eso no era posible.

—Debo continuar camino —dijo el americano—. Yo aquí estoy de paso.

—No soy yo el que tengo que resolver su asunto —contestó el policía—. Vaya y hable con el comisario.

Velardi lo miró como pidiéndole que se quedara.

—Lamento mucho, pero me esperan en Deauville, maestro. Voy a solicitar permiso para salir del castillo.

Velardi había perdido el habla. Intentó decir algo y sus labios más bien parpadearon que modularon sílabas.

Harmon lo miró inquisitivamente. Luego le dijo:

—Si se siente mejor, maestro, podré continuar mi viaje. ¿Me lo permite?

Velardi no le respondió. Apenas si pudo suspirar. Había evidentemente perdido el uso de la palabra.

—Voy a hablar con el comisario... ¿Se puede? —preguntó dirigiéndose al policía—; ¿puedo ir hasta donde se encuentra el comisario?

Calin se sentó al lado de Velardi. No se atrevía a dirigirle la palabra por temor a la horrible comprobación.

Y ambos, con vigilancia a la vista, esperaron el desarrollo del sumario.

* * *

El Juez de instrucción era un gordo setentón que se tomaba mucho tiempo para todo. A cada momento suspiraba como si se tratase de un doliente. Era de baja estatura. Allí donde iba, tenía a su secretario que de tanto en tanto le ofrecía cigarrillos y le daba fuego. Se llamaba Andrés Bonniaud. El médico forense era un joven de apariencia dinámica. Minucioso en su tarea, fué moviendo el cuerpo de la víctima con delicadeza extrema. Su nombre, Gabriel Holan. Quería dar por terminada su misión lo más pronto posible, de tal forma que no se le molestase en adelante.

En los primeros movimientos que provocó del cuerpo de la víctima, aseguró que la Condesa no había muerto desnucada por el golpe de la ventana de guillotina como se presumía. Eso era lo que el criminal intentó hacer creer.

—Quizás el muy bestia temió que volviese en sí... y cargó la ventana sobre la nuca. Pero ya había muerto por asfixia. Estrangulada por un echarpe o pañuelo de seda o algo más fino aún. Sus

dedos tal vez ejecutaron el fatal movimiento de estrangulación —iba diciendo en voz muy baja el detective.

La víctima se encontraba en esos momentos sobre la cama que hallaron en desorden, al punto de que uno de los extremos de la sábana de arriba llegaba hasta la mitad de la pieza.

—Falleció antes de la medianoche. Habría bebido alcohol. Una botella de Calvados se hallaba sobre una consola, destapada y por la mitad. No la arrastró hasta la ventana. Se hallaría asomada tomando el aire cuando se la atacó por atrás, se la estranguló y su cuerpo fué cayendo sobre el alféizar. Fué entonces cuando el victimario dejó caer la ventana de guillotina sobre la nuca.

El detective encontró a uno y otro lado, en los vidrios, las improntas clarísimas del asesino. Dos marcas digitales tan bien estampadas que a la sola aplicación de la lupa dieron trazos perfectos.

—Corte los dos vidrios, o sepárelos, que nos lo vamos a llevar —ordenó el detective a su ayudante.

El comisario observaba en silencio. Se acercó al Juez y le habló por lo bajo:

—Si usted puede influir en el sumario, *maître*, le ruego que trate de poner este asunto en manos del más bruto de los pesquisantes. No hay que olvidar de que en el castillo casi todos los huéspedes son artistas, escritores, etcétera.

—Y ¿qué me dice con éso? —masculló el señor Bonniaud despertando en la envoltura de su grasitud corporal.

—Es una idea personal... Como casi todos los artistas son medio tarados, conviene que no se encargue del proceso a uno de esos investigadores que se van por las ramas y lo malogran todo. No se necesita —dijo muy seriamente— gente de gran talento para lidiar con estos personajes. Busquemos a uno que trate las cosas como si fuese un crimen entre campesinos. Va a resultar muy difícil si se empieza a complicar las cosas con peritajes de gran plano.

Tosió el Juez como dando la respuesta. No tenía ganas de retrucarle al comisario. Se sentía él un poco un intelectual y, si el móvil del asesinato era cuestión pasional, escapaba a la mentalidad del comisario, en aquel instante con un empaque de dueño del drama.

Entró uno de los ayudantes del detective y ayudó al que estaba empeñado en quitar los vidrios de la ventana. Lo hacían con una aplicación de cirujanos.

El detective tomó la botella de Calvados en vilo, acercándola a la luz de la ventana y le aplicó la lupa.

—Esto, con sumo cuidado —dijo dirigiéndose al que había entrado.

El detective era muy conocido. Su nombre, un tanto ridículo para los franceses del boulevar. Se llamaba Casimiro, Casimiro Kassin. Gastaba unos lentes de grueso carey y, cargado de hombros, daba la impresión de que la función le había hecho inclinar las espaldas hasta transformarlo en una víctima del oficio.

Conversó con el médico, el doctor Holan, y lo que ambos se dijeron no llegó a los oídos del resto.

—Crimen pasional, *prima facie* —dijo el detective al Juez quitándose los guantes—. Debemos saber si faltan objetos, si hay desaparición de dinero... y creo que habrá que interrogar a todos los huéspedes.

—Entendido —respondió el Juez.

Y se puso de pie. Miró a la víctima. Estaba verdaderamente hermosa sobre la cama. Hizo un seña, y al punto uno de los ayudantes le cubrió la cara con la sábana.

—En un cuarto contiguo al comedor —dijo el detective— hay una caja de hierro.

—Vamos a verla. Llame al Conde — ordenó el Juez.

Salieron de la pieza y dejaron sola a la Condesa. Bonot se hallaba en el corredor. Al verle, el detective le dirigió la palabra.

—Fuiste el primero que la vió muerta, ¿no es así?

—El primero, señor Casimiro, y no dejé que nadie la tocase. Nadie la tocó antes de usted, señor Casimiro, nadie. Ni el Conde, porque yo se lo aconsejé...

Lo miró largamente. Le molestaba que lo llamasen por su nombre, porque la prensa enemiga había dicho una vez que con semejante nombre él jamás sería eficaz.

—¿Cómo sabes que me llamo así? —preguntó a Bonot.

—Yo dejé la policía cuando usted empezó a trabajar, señor Kassin. Fué mi último trabajo antes de entrar a servicio del señor Conde.

—¡Ah, ah!... El Conde... ¿es una buena persona, señor?

—Bonot... Me llamo Bonot.

—Tu nombre me suena —dijo el detective—. Contesta: ¿el Conde es una persona como la gente?

—El mejor de todos, señor Kassin... El mejor. Yo conozco muy bien a la gente del castillo.

—¿Recibía a otras personas... la Condesa?

—A nadie, jamás... Era una buena patrona. Es una injusticia...

—¿De dinero... andaban mal?

—No, señor Kassin, me pagaban siempre... Y más ahora que teníamos huéspedes. Me subieron el sueldo desde hace cuatro años.

—¿No se peleaban entre ellos? ¿Algunas discusiones? ¿Eh? ¿Anoche oíste algún ruido extraño?

—Nada de extraño, salvo el piano, señor Kassin. Fué la única noche que se hizo música. Según Rosa, no había nadie en la casa. Yo creía que la señora Condesa estaba en París. Había salido en el coche, con el Conde..., a eso de las seis de la tarde.

—¿Y ese que apareció esta mañana, el americano?

—Es la primera vez que lo veo. Se anunció ayer por la mañana. Rosa sabe bien todo eso... Yo lo sé porque ella me lo contó.

—Bueno, si se te ocurre alguna cosa... ¿comprendes?... me llamas a este número.

Escribió Kassin un número en su tarjeta de visita. Era el teléfono de un *auberge* a pocos pasos del *château*. Un modesto *auberge* donde solía quedarse a dormir el hermano de Bonot, guardián del Museo Ornitológico de Elbeuf.

Bajaron en busca del Conde.

En un extremo de la mesa del comedor, mientras Rosa ordenaba los cubiertos para el almuerzo, estaba el Conde, una mano en la frente, la otra tendida de la que pendía un pañuelo blanco. En mangas de camisa resultaba lo menos noble que podían imaginarse los pesquisantes. Abatido que producía lástima, pero una lástima muy particular que tenía relaciones con la magnitud del *château*. Antes de dirigirle la palabra todos lo miraron a un tiempo. Y él no tuvo más remedio que levantar la cabeza y decir:

—¿Han terminado?

El Juez M. Bonniaud, por su edad y categoría, resultó el indicado para alterar el reposo del duelo. Le preguntó:

—¿Podemos revisar la caja fuerte, señor Conde?... Si usted no lo ha hecho, sería conveniente cerciorarnos si lo que el señor Conde guarda está en orden...

El señor Conde llevó las manos al llavero y se lo entregó, sin articular palabra.

—¿Quiere usted acompañarme? . . . Después ya podrá disponer del . . . cuerpo de la Condesa —dijo el Juez.

Se dirigieron a la caja de hierro. Maniobró en ella el propio Conde, previa inspección del detective.

Y la puerta se abrió. Si alguien pudo sorprenderse fué el Conde. A primera vista, casi al borde del estante, había una gruesa suma de dinero, a ojos de buen cubero, más de cien mil francos en billetes de mil.

La primera intención del Conde fué dar un grito de alarma. El no había guardado allí ese dinero. Su sorpresa no fué advertida por las autoridades. Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Levantó la mano hasta el montón de billetes y al tocarlo, el Juez le dijo:

—No es necesario que revuelva. Queremos saber si halla algún detalle significativo . . . , si le falta dinero . . . ¿Guarda usted joyas en esta caja, señor Conde? ¿Títulos, documentos?

El Conde se hallaba tan confundido que le temblaban las piernas.

—No —dijo—, no han tocado las joyas. ¡No han tocado nada!

Abrió el cofre donde las guardaba. Pero sus ojos estaban fijos en el montón de billetes que él no había colocado ni sabía de dónde procedían. Pensó súbitamente que era dinero de su mujer. Pero ella no tenía llave de la caja de hierro. No obstante, allí estaban los miles y miles de francos en un montón tentador. Era absolutamente inexplicable.

—¿Han tocado sus intereses? —preguntó el Juez.

—Por lo que veo, no han tocado nada . . . —se atrevió a decir, sin titubeos.

Miró el sobre con los cincuenta mil francos de Gaby que guardara a su pedido, para defenderlos de los padres.

La inmovilidad tan propia de un marido que ha perdido a su mujer fué respetada por los policías.

—Si usted nos dice que no han violado su caja fuerte, tomamos su declaración como muy útil y, formalmente, no relacionamos el crimen con móviles de robo . . . —dijo el Juez.

En ese momento el Conde deseaba ardientemente que su mujer hubiese muerto víctima de un atraco de ladrones. Su reputación estaría a salvo. Pero no se animaba a decirles que en la caja aparecía un dinero cuya procedencia desconocía. Solamente su mujer, y,

aun sacándole del bolsillo la única llave, podría haber puesto allí una suma de tal importancia.

Al Conde le asediaba un monólogo interior plagado de interrogantes: ¿Cómo lo justifico? ¿Quién ha dado a mi mujer una cantidad tan abultada y cómo un marido puede ignorar que su esposa maneja fondos? ¡No! Es mejor callarse. El dinero es dinero, venga de donde venga. Y mucho peor sería denunciar la anormalidad y tener que investigar sobre el origen de esa suma.

—¿Quiere contar la plata? —le preguntó Kassin—. Puede faltarle algún billete...

El Juez tuvo piedad del doliente y se adelantó:

—No es necesario. El ladrón habría marchado con la suma entera. Deje usted. En la deposición suya, constará. Y ahora puede disponer los funerales, señor Conde. Hemos terminado por ahora. Gracias...

Al Conde le temblaban las manos. Sólo pensaba en preguntarle a Gaby si no le había dado más dinero, si no sería suyo ese montón de francos que aparecía, como por arte de magia, en su caja de hierro, de tiempo atrás sin una suma de esa importancia.

Le temblaron las manos como a cualquier mortal.

Y el Juez y los pesquisantes comenzaron la tarea de tomar rápidas declaraciones a los huéspedes.

Metiéndose las llaves en el bolsillo, el Conde caminó envejecido, arrastrando los pies. Le seguía Bonot, lamiéndole la sombra.

VI

El Conde pudo disponer de los servicios de Rosa, que ya había sido interrogada. Con ayuda de la lavandera y sus dos hijas que prestaban servicio en el castillo, y a las que la Condesa regalaba su ropa vieja, empezó a disponer los funerales.

Una de las muchachas fué en busca del sacerdote previa autorización del comisario. Bonot, al preparar café para las autoridades, recordó que en la casa había un enfermo: al músico quizás le animase un pocillo de café.

Casimiro Kassin hzo una rápida visita a los huéspedes, casi de cortesía. Le interesaba particularmente conversar con el pintor, porque habían encontrado, tirada entre los arbustos del parque, una bicicleta de rodado muy viejo, manubrios de goma gastados, pedales

en idénticas condiciones, asiento de cuero que no pertenecía a la marca de la máquina, frenos en perfecto estado, faroles delantero y trasero inútiles para su servicio. Para el señor Kassin el hallazgo resultaba de singular importancia. A su modo de ver, o más bien dicho, de sospechar, aquella bicicleta jugaba un papel muy importante en el esclarecimiento del hecho.

Dedujo que uno de los posibles aficionados al ciclismo podía ser Calin. Que el Conde no podía usarla por su edad y salud. Que el poeta Borjac no se vería jamás en bicicleta ni dejaba que su hija usase ese modesto medio de locomoción, por el trágico fin de su hija mayor. Bonot no era hombre de hacer ciclismo, y Velardi, por supuesto, no aceptaría subir a un aparato tan absurdo para él, sobre todo...

Quedaba por averiguar si Rosa sabía andar en bicicleta y si Padine la había usado la noche del crimen. Era el único al que se le vió entrar pasada la media noche, en estado de ebriedad.

Aquella bicicleta abandonada en el jardín próximo al castillo resultaba inquietante. ¿Quién la había dejado allí? Su dueño, ¿sería el autor del crimen? En ese caso, el asesino no estaba entre los muros del castillo. Era un forastero, había que buscarlo en París o en Deauville, en cualquier lado, menos en la casa. Ya había mandado hacer las averiguaciones pertinentes en las casas del ramo. Pero ¡pasaban tantos deportistas por el camino!... Ese verano como nunca se habían visto ciclistas. Los dueños de los millares de esos vehículos lanzados en la postguerra por cantidades fabulosas.

La máquina era de una marca ya desaparecida. No así la montura que podía haber sido comprada en los aledaños del castillo. El comisario no dió noticias sobre posibles repartidores de almacén o panadería que tuviesen algo que ver con la Condesa.

Un detalle sorprendió al detective. Un solo detalle en el que fincaría toda la pesquisa, si es que aquella bicicleta que nadie reclamaba como suya, había servido al criminal para llegar hasta el castillo, no para regresar, pues podría ser detenido por falta de luces.

Alguien pudo arrojarla por entre las rejas para ocultarla como robo y recuperarla más adelante. Pero en la mañana de la víspera, Bonot no la había visto y eran muchos los que transitaban por el sendero cercano a donde la había encontrado.

El señor Kassin tuvo buen cuidado de hacerla llevar para ver si encontraban rastros de impresiones digitales. Dos empleados salieron del castillo con la bicicleta a cuestas como si estuviese en *panne*.

El detective entró en el cuarto de Padine para presentarle excusas. No bien lo saludó, le dijo:

—Yo sé que es molesto verse envuelto en un asunto de esta naturaleza, pero no tenemos más remedio que proceder así, para tranquilidad de ustedes todos. Le suplico que me diga qué hizo usted anoche, para abreviar el trámite.

Padine contó sin una sola omisión, lo que sucedió aquella noche fatídica. Su borrachera, la botella que Morand le había brindado, su visita a París, el encuentro con la Gómez. Ocultó el vaticinio de Delia. No se lo contó porque en aquel momento no le daba la gana. Simplemente por pereza y porque quería salir de una vez por todas del pantano, hacer las maletas y mandarse a mudar.

—¿No vió a nadie... a nadie entrar o salir? —preguntó Casimiro Kassin.

—¡Sería la primero que le diría! ... ¡No vamos a hacernos preguntas estúpidas, señor! Sería cuestión de nunca terminar —respondió fastidiado.

—Si a usted le molesta, no le pregunto nada más. No está obligado a hacerlo ante mí, bien lo sabe usted. Yo no tengo ninguna autoridad, absolutamente ninguna. Como me voy a hacer cargo de la pesquisa, no deseo estarlo molestando para una y otra cuestión. Ya los citará el Juez y ustedes sabrán como deben conducirse. Lo hago en beneficio de cada uno de los huéspedes y en consideración a la calidad de todos ustedes. Aquí ha aparecido estrangulada un señora...

—¿Estrangulada? —preguntó Padine, porque no se acostumbraba a la idea.

—¡Sí, estrangulada, señor! Y comprenderá que no es cosa de broma ni de provocar molestias así por que sí —dijo Kassin—. Si a usted no le parece correcto, pues dejamos para más adelante las preguntas. Dentro de unos días a usted le será mucho más difícil contestar. Eso es todo.

—¡No sé nada de trámites ni de términos! Si puedo serle útil, pregunte, que no me va a dar miedo responder —replicó Padine casi temblando.

Hubo un silencio desagradable. El señor Kassin, que usaba sombrero y que lo había dejado sobre la mesa en donde el pintor colocaba su carnet de dibujo, lo recogió e hizo ademán de retirarse. Ya había hecho la inspección ocular que le interesaba. Los datos de Padine serían corroborados por el garagista.

—¡Usted comprenderá que a estas horas, son las dos de la tarde, podían haber terminado! ¡En realidad, yo no tenía compromisos fuera, que si los hubiese tenido no son ustedes los que me retienen aquí! —exclamó el pintor para darse coraje.

El señor Kassin ya salía sin saber si a Padine le gustaba andar en bicicleta. Por su estatura podía ser que...

—Usted, ¿alquiló ayer una bicicleta, señor Padine? —le preguntó—. Porque ha aparecido una en el parque y no sabemos de quién es...

Padine tuvo un repentino ataque de rabia. El mechón de pelo bajaba y subía. Le contestó, después de un instante en que las palabras no le salían:

—Será..., pues será del asesino..., ¡mía no es!...

—Puede ser del asesino, por supuesto...

Y este fué el comentario que el detective hizo al abandonar la pieza.

"El único que puede haber usado esa bicicleta —pensó Kassin— es el joyero. El único, evidentemente..."

Los fotógrafos, tanto el del peritaje policial como los de *Samedi Soir* y *France Dimanche*, tomaban vistas de aquel castillo inédito hasta ese momento. "El crimen del castillo de Hendebouville" a grandes titulares, iba a ocultar con su movediza bandera amarilla un escándalo político en el que se veían envueltos personajes de rango y gente encumbrada. Las grandes planas de la prensa se cubrieron de fotografías espectaculares con el plano del *château*, retratos de la protagonista en diversas épocas de su vida, por lo general acompañada por notabilidades del primer plano artístico. Algún periódico adelantó la sospecha de la sustracción de una tela de Picasso de la época azul. Pero se malogró el "camelo" por no haberse puesto de acuerdo sobre la época de Picasso a que pertenecería el supuesto robo. Otro hebdomadario dijo que habría desaparecido un excepcional y nada conocido *tableau* del genial pintor perteneciente al período romano. Aquella divergencia echó a perder el *potin*. No sólo se dieron cuenta los artistas de que se trataba de una burda invención, sino que también las *concierges* y los mozos del café Flore y la burguesía de Saint Germaine, demasiado alertada con la literatura del señor Sartre, se burló del infundio.

El periodismo debía jugar un papel importante para enturbiar la pesquisa. Hábilmente planeado iba a ocultar hechos delictuosos, venalidades que podían hacer caer al gabinete. La Condesa de Hende-

bouville, con su cabeza atrapada por una ventana de guillotina, venía a salvar de la guillotina a un buen número de personalidades. Una fotografía del cuarto donde fué ultimada o el simple perfil de Bonot que se resistía a ser retratado, eran suficientes para salvar del escándalo a personajes de las finanzas. No faltó quien se diese cuenta y, en una caricatura, aparecieron los que debieran ser condenados por el veredicto público, deshojando flores sobre la tumba de María Cristina que tan oportunamente había sacado la cabeza por la ventana.

El Conde pensaba constantemente en viajar. Viajar a Buenos Aires con Delia de Gómez. Porque sospechaba que poseía algunas confidencias de su mujer, le dedicó las más tiernas expresiones de aprecio. No podía tenerlas con los amigos de rango, los cuales demostraron su indiferencia y cobardía no apareciendo por el castillo para los funerales.

Unos, "estaban veraneando y no leían diarios". Otros, salían ese día "para un crucero por el Canal". Los amigos se excusaron. Cinco o seis señores de abolengo, un holandés, otro belga y tres franceses, aparecieron con sus señoras y presentaron frías condolencias. Eran enemigos de mezclarse en asuntos turbios. Y fué así como el Conde llegó a entender en qué consistían las relaciones humanas en su medio. Las buenas burguesas del villorrio, unas por curiosidad y otras por ser solidarias con el vecino que no era antipático, se hicieron presentes. El Conde no podía decirles que se fueran.

Se vió en la necesidad de pedir a la escultora argentina, que no se moviese de su lado. Delia de Gómez siempre pensó que al fin iba a atreverse a pedir al Conde el caballito de madera. Por su cabeza atravesó la idea de llevarse bajo el brazo un pequeño Bonnard que decoraba la pieza donde se encontraba la caja de hierro. La cleptomanía estaba de moda entre artistas extranjeros. Entre Le Royale y Deux Magaut pululaban presuntos cleptómanos que hacían más significativa la presencia de la iglesia calle por medio. Una amiga de Delia había ido a colocar una vela a la virgen para que la protegiese en el robo de un Fernand Leger de casa de Paul Eluard.

Estas y otras negligencias contaba Delia al Conde para distraerlo. Sonrió levemente cuando le dijo que al regresar a su país le iba a regalar el caballito modelo de escultores, para "que tuviese un buen recuerdo del castillo".

El Conde volvió nuevamente a hablar del asesinato. No podía espantar a sus fantasmas. A pesar de la buena compañía de la seño-

rita de Gómez y de los anodinos aristócratas que le hacían iniciar partidas de ajedrez, a pesar de los motivos de distracción, sabía sollozar en silencio. Otras veces recobraba valor:

—El miserable sabía muy bien —dijo— que todos los sábados yo salía a comer con el Barón de la Cachemira. Y que regresaba tarde y no molestaba a mi pobre María Cristina. Usted sabe bien, Delia, cuánto le costaba recuperar el sueño si se la despertaba por la noche... Consideré durante toda la vida su modalidad. Ni me acercaba a su pieza y me metía en la cama a veces en verano con las luces apagadas, para que el reflejo de las lámparas proyectado en el muro de frente a mi ventana, no diese en su cuarto y la despertara... ¡Ya ve cuánto detalle íntimo que he tenido que explicar al Juez y a cuánto mentecato me lo solicitó! ¡Sobrevivirla para este bochorno, es lo espantoso!... ¡Ah, pero ya daremos con el malhechor! Tengamos fe en el Santísimo que a ella jamás la abandonó...

Delia, entre sus muchas cualidades, tenía la del fino humor del artista, un poco atrevido. Dijo, irónicamente:

—Verdaderamente... el Santísimo...

Lo dijo, porque no podía guardárselo y también porque ensayaba mejorar su francés, lo perfeccionaba repitiendo aquellas palabras que no venían siempre a la conversación: "Verdaderamente el Santísimo", le pareció una buena oportunidad para perfeccionar el acento.

—Creo que no podré guardar un secreto —dijo él por lo bajo al oído de Delia—. Necesito decírselo a alguien... ¿Sería usted tan amable de acompañarme a dar un paseo por el parque?

Delia de Gómez se sentía muy a gusto andando bajo los árboles con aquel hombre que demostraba a cada rato su amor por la naturaleza. Caminaron un trecho en silencio. El Conde se sentía observado por encima de las tapias, al través de las rejas de hierro...

—No puedo contar a nadie lo que le voy a decir a usted, Delia —comenzó el Conde con voz transida—. La policía, como sospechara que los móviles pudieran ser el robo de mis joyas o el dinero que se supone que atesoro, me hicieron abrir la caja fuerte.

Hizo una pausa. Los trinos de los pájaros no le prestaban ayuda. Resultaban perturbadores. Golpeaban en sus oídos.

—Al abrirla, encontré una fuerte suma de dinero. La he contado. Suman trescientos mil francos. No me atreví a enterar a la policía...

Delia quedó desconcertada.

—No sé qué hacer con este dinero. Dudo si debo o no entregarlo a la policía... ¿Qué piensa usted?

—¿Qué pienso yo?... —dijo ella—. Yo pienso que sería útil para la pesquisa. Pero también pienso en María Cristina.

—¿No le parece que lo complicaría todo? —preguntó el Conde, deteniendo el paso y sentándose en un tronco cortado que esperaba el hacha de Bonot.

—¿De dónde sale ese dinero? Ha roto definitivamente con su hermana Victoria.

—¿En qué abismos voy a hundir la memoria de María Cristina? ¿Tenía ella algún deudor que así paga su deuda y que la mata después? ¿Y quién metió ese dinero en la caja si la única llave, la única, oiga usted bien, está en mi poder? ¿Me ocultó María Cristina, toda su vida, la posesión de una llave? ¿Cuándo tomó el molde de esa llave en caso de haber una réplica? ¡Comprenderá que es para enloquecer a cualquiera!

—Es extraño, qué duda cabe... ¡Todo está resultando muy extraño! —Delia observaba su figura reflejada en el agua quieta del estanque. Su doble presencia la acompañaba.

—Creo que ofendería a María Cristina. Mejor es dejar las cosas como están —dijo el Conde—. Pero no quiero conservar el dinero, me queman esos francos. No puedo comprender qué fina venganza hay en ello... ¡No puedo, no puedo!

La desesperación no parecía fingida.

—Indudablemente nadie se va a presentar a preguntarle si encontró ese dinero... —dijo Delia por decir algo.

—Un día quizás algún crápula me lo eche en cara... Y ése sería, en todo caso, el que mató a mi mujer —replicó él.

—Verdaderamente raro... —dijo Delia.

Se quedaron reflexionando. Delia de Gómez quería realmente a la Condesa. Le parecía ofensivo a su memoria mezclarla con asuntos de dinero. Ella prefería el drama pasional, "el amor violento estrellándose en la noche", fueron sus palabras tropicales.

—¿No prestó la llave a nadie, señor Conde? —preguntó mirándolo como se mira a una criatura a la que se le desconfía.

—¡A nadie, a nadie!... Mire, aquí está —le enseñó la llave—, nunca me separo del llavero. Las tengo todas juntas y no son muchas... La yale de la puerta, la llave del automóvil, la llave del garage y la de la caja de hierro. Las restantes andan en otro llavero que me da lo mismo perderlo. La última vez que abrí la caja fuerte

fué para guardar una suma de dinero que me entregó la señorita Borjac. Entre paréntesis, aún no me la ha reclamado. Y creo que se van esta tarde.

Los huéspedes preferían alejarse del lugar. De todos, el que no había anunciado su partida era Pierre Calin.

—Se irá no bien se alejen los Borjac.

Delia de Gómez odiaba a Calin por su doble faz para ella inaceptable.

—Espero que usted no dejará de venir a visitarme —dijo el Conde. Y no titubee en traer amigas o amigos. Es con usted con quien yo me siento más a gusto. Ya puede sacar conclusiones de esta confidencia.

Ella le prometió pasar los fines de semana en el castillo.

—Debo quedarme en el castillo por algún tiempo. Después, creo que me iré al extranjero... Quizás a su país —terminó el Conde.

Delia no habló. Miraba hacia la casa. Por el camino del coche entraban dos personas. Una de ellas, lo reconoció. Era Dino Velardi. Parecía haber recuperado el uso de la palabra.

Regresaron paso a paso. El sol declinaba. El Conde seguía con la obsesión de que era vigilado, pero no se animó a decírselo.

El paseo que habían hecho servía para convencerlo de que la policía, o discretos particulares al servicio de la policía, no le perdían pisada.

Vieron a Velardi y el desconocido subir las escaleras.

Más tarde con éste salían los Borjac, en el coche, camino a Deauville. La señorita de Gómez preguntó a Velardi cómo se sentía:

—Mucho mejor. Vengo de hacer una larga exposición sobre lo que aquí ha sucedido... Creo que van a haber sorpresas.

—¿Lo citaron? —le preguntó.

—Sí y no... Quise precipitar los acontecimientos. Mi vida es un cristal transparente. Siempre pensé, usted lo sabe muy bien, que la Condesa jugaba con fuego...

—Prefiero hablar con otra gente —Delia le respondió altanera—. No es usted un caballero.

Los grandes ojos de la señorita de Gómez no se apartaron de Velardi. Más que eludir la presencia del músico, la buscaba en un reto al que él no estaba acostumbrado. Clavó sus pupilas aindiadas y se mantuvo en silencio, hasta que Velardi tuvo que recurrir a alguna de sus salvadoras manías.

—¡Mucha luz, mucha luz! . . . —le dijo por lo bajo a la criada—. Entorne las puertas, Rosa.

Pero ella no le hizo caso. Ya sabía que el maniático dejaba el *château*. Podía irse al diablo con sus rarezas.

—Sería conveniente que cada uno de los huéspedes ponga en claro lo que hizo la noche del crimen. Es lo menos que piden las investigaciones. Yo me senté al piano y toqué hasta la una. Vi entrar al señor Padine. Eso es todo —repetía su nerviosa declaración.

Rosa había dicho que Velardi, sentado al piano, tocaba unos aires eslavos que ella conocía. Los escuchó porque la música es su único placer. Pero resultaba un tanto extraño que no habiéndose sentado al piano en todo el veraneo lo hubiese hecho precisamente la noche del crimen.

—Había recibido el anuncio de una visita importante. Un gran compositor americano vendría a verme al día siguiente . . . Eso me puso de muy buen humor . . .

—Sin embargo, no es suficiente para justificar sus ejercicios a esas horas . . . —le dijeron fríamente—. Un tanto raro.

—Será raro, muy raro, pero es así —le gustaba que aquella gente se diese cuenta de que no era un hombre como los demás.

Alguna razón tenía el comisario al pedir que la pesquisa estuviese en manos del más bruto de los pesquisantes. Si empezaban a hilar fino, a interpretar a aquellos artistas, no se llegaría a esclarecer el hecho. Ya empezaban por vérselas con un huésped que toca el piano precisamente en momentos en que se ultimaba a la dueña de casa . . .

Para colmo, Padine no pudo soportar el peso de una responsabilidad: contó el vaticinio de Delia.

Las investigaciones seguirían en torno a Delia con más cuidado. Pero, si ella estaba en antecedentes . . . ¿cómo iba a ser tan torpe de anticipar su complicidad?

A pesar de que los vaticinios son eso, nada más que vaticinios, y de que los artistas anticipan los hechos y suelen ser videntes, el caso de "la Gómez" merecía atención.

Más aún, y éste sí que iba a ser analizado a fondo, el caso de Pierre Calin. Alguien había oído hablar a la señora Borjac, y al parecer de ella "cualquiera de los huéspedes, con excepción de mi marido, pueden haber asesinado a la Condesa". Entre los presuntos criminales no había por qué eliminar al Conde.

En Pierre Calin se centraron las pesquisas. Se hizo acompañar

por un gran abogado famoso en defensas difíciles. Y bastó la exageración del supuesto victimario, para que la opinión pública no dudase de su intervención, por lo menos, indirecta. Quizás fuese un cómplice.

Kassin, antes de lanzar la noticia del hallazgo de impresiones digitales en los vidrios de las ventanas y en el cristal de la botella, se jactó de su sagacidad con el poeta Borjac y un escritor de novelas policiales que le acompañaba. Intencionadamente, observando al señor Borjac, dijo:

—Nos faltan algunos datos sobre lo qué hizo Calin la noche del crimen. Se guardan reservas, por verse complicadas otras personas, a las que creemos extrañas al suceso... Hay que ser prudentes.

—Eso de las impresiones digitales no tiene importancia —dijo el escritor—. Absolutamente ninguna importancia. El hecho de que se encuentren allí, no puede ser una pista infalible.

—Y, ¿para qué sirven entonces las huellas digitales? —preguntó irónicamente Casimiro Kassin, en ese instante, de buen humor y como hablando con neófitos a los que se les oye por oír—. ¿Quiere usted decirme para qué sirven entonces?...

Los miraba inquietamente. El poeta le hizo una seña al novelista. No valía la pena discutir cuando el sentido que daba él a sus palabras era mucho más profundo que las preguntas del pesquisante. El novelista preparaba una pieza teatral cuya tema era precisamente una huella papilar equivocada.

El señor Borjac y su amigo salieron a la calle en silencio. En el automóvil los esperaba la señora Borjac y su hija.

Enfilaron hacia Deauville.

Era muy penoso pensar que Pierre Calin podía ser el asesino. Nadie dejaría de suponer que se trataba del amante de la Condesa. Era lo que faltaba averiguar. Para Gaby le resultaba la más estúpida impostura. Y ella sabía bien por qué...

En el trayecto nadie habló del crimen. Iban a Deauville a olvidar. Se instalaron en el Hotel de France en el boulevard Maureaux y pensaban desquitarse un poco de la comida monótona del castillo con unas exquisitas "moules a la creme" que el poeta había probado allí hacía algunos años.

Los diarios de la tarde, con la técnica del escándalo, preguntábanse con grandes titulares:

¿Un huésped del castillo, presunto asesino?

La señorita Borjac había sido citada por Pierre en la estación

ferrocarrilera de Trouville. Era raro que no llegase en automóvil. Y Pierre Calin no apareció. Era la primera cita a la que faltaba. Se resistía a creer que la patraña de los periódicos se referían a él. Prefería atribuírsela a Padine, tan flaco, tan nervioso, siempre con dificultad para ordenar sus pensamientos y aquel inquietante mechón de cabello sobre la frente. Un día vió a la Condesa que se lo levantaba pinzando el bucle capilar con sus dedos finísimos y aristocráticos . . .

Llegaba el momento de comenzar a hacer historia, de recapacitar, de poner en claro detalles sin relieve, anteriores al día del crimen. Después del trágico hecho, se hacían de un valor sospechoso. Si la señorita Borjac, que no veía más allá de sus narices, empezaba a acumular acontecimientos desperdigados, hasta hacerla olvidar de que se hallaba en una estación esperando a un hombre, si buscándole tres pies al gato podía llegar a abismarse y hacer de cada huésped del castillo un presunto asesino, más aún trabajaba la cabeza del Conde cuando el Inspector —detective que pusieron al lado de Casimiro Kassin, un tal Antonio Supernille— le dijo en forma intimante:

—Señor Conde, si usted no cree que el señor Calin es el asesino de su mujer . . .

—¡No puedo creerlo . . . —interrumpió el Conde—, lo que es muy distinto!

—Bueno, si no puede creerlo . . . Le pedimos —volvió a hablar en forma extraña, irrespetuosa por cierto— que nos oriente, pues tendrá usted sospechas que nosotros desconocemos . . .

Pierre Calin fué interrogado. Tenía que explicar cómo en la botella y en los vidrios de la ventana aparecían sus impresiones digitales. En su favor, o, más bien, como hecho desconcertante, estaba el hallazgo de la bicicleta. Si Calin era huésped del castillo, ¿por qué fué en bicicleta a cometer el crimen?

—El criminal dejó en el *château* la bicicleta porque el farol no funcionaba —dijo Casimiro Kassin—; después de matar a la Condesa pudo escapar sin ser visto. Es evidente que la persona que cometió el crimen conocía al detalle las costumbres del castillo y lo que hacía cada uno la noche del crimen. Escapar en bicicleta es lo lógico e ir a un determinado sitio, un casino por ejemplo, para completar la coartada urdida.

VII

Kassin reconstruía el crimen de Calin. Un crimen pasional. Sospechaba que era él el amante incógnito de la Condesa. Habría tenido una disputa. Podía saberlo su prometida. Luego de una noche de amor, la mata, la estrangula con su echarpe, y regresa después de jugar en Trouville, en su calidad de huésped.

—¿Por qué llega en bicicleta? —preguntó el Inspector Supernille.

—Para confundirse entre los cientos de muchachones que pasan por frente al *château*. De una de esas bandadas de ciclistas se desprendió el asesino. Dejó la bicicleta preparada para escapar. Nadie puede haber dicho que vió al señor Calin entrar o salir a una hora comprometedora. ¡Todo esto —dijo rojo de indignación— creo que es suficiente para no desdeñar las impresiones digitales! . . .

—Calin niega haber entrado jamás en esa pieza . . . —dijo el Inspector.

—¡Cómo no va a negar! Sería declararse amante de la Condesa y presunto autor del crimen —argumentó Casimiro Kassin—. ¡Por favor!

—Es demasiado fácil acusar a un hombre por el hecho de hallar sus improntas en ventanas y botellas del cuarto donde se cometió el delito. He examinado las huellas. Son demasiado claras, demasiado patentes . . . como si los vidrios se hubiesen colocado, previa la marca de los dedos pulgares, perfectamente tranquilos, diríamos. Había que ver si el criminal no facilitó antes la botella de Calvados al victimario, a la persona a la que querían hacer cargar con esta muerte. Créame, Kassin, aquí hay algo que escapa a toda observación primaria. Las impresiones digitales son evidentemente de Pierre Calin. Cómo llegaron a ese recinto sin que él haya entrado jamás, es cosa que debemos averiguar antes de sentirnos satisfechos del hallazgo.

—Me parece fantástica la idea de que esos cristales hayan podido ser tocados por una persona que no entrara jamás a la pieza —argumentó el señor Kassin—. ¡Sencillamente cosa de novela policial!

—¿Olvida usted las triquiñuelas? —preguntó el Inspector Supernille—. El asesino despista en esa forma . . . Será un tanto rara la cosa, pero no está mal como treta inducirnos a creer que Calin es el criminal.

—Tenía interés en terminar con la Condesa. ¡Ella no permitiría que se casara con la señorita Borjac! —dijo el señor Kassin.

—Muy fácil..., muy fácil... Aquí hay algo más bonito... ¡Tenemos entre manos algo mucho más sabroso! —dijo el Inspector Supernille, paseándose por la pieza donde el aire se iba poniendo cada vez más denso.

Y, ¿si el Inspector estuviese allí para dar largas a la pesquisa, para embrollar el asunto?

—¡Tenemos un caso interesante, créamelo! Y no lo vamos a gastar en un tiro directo —habló tratando de hacer menos seria la discusión.

El detective Kassin lo miraba en forma amenazante. Se diría que esperaba un golpe definitivo, que estaba madurando el instante de darlo, porque enmudeció para dejar al inspector fuera de combate.

—Y, ¿por qué no fué el Conde el matador, al saber que andaba en amores con Calin, al descubrir a éste en el cuarto de la Condesa? —preguntó Supernille—. ¿Por qué no cargar sobre el marido?

—Porque a la hora en que fué ultimada la víctima, el Conde estaba en casa de unos amigos que han declarado que se retiró mucho después de la medianoche, y Morand, el garagista, vió pasar el coche después de dejar al pintor en la puerta del castillo completamente borracho. ¡A esas horas la Condesa ya había pasado a mejor suerte, señor inspector!

—¡Bien digerido! Y como el único que aparece con una noche un tanto turbia, es Calin, y además encontramos huellas digitales en el cuarto, ¡Calin es el asesino! —exclamó sarcástico Supernille.

Kassin no le respondió. Estaba como en acecho. Esperaba el instante preciso para dar el golpe.

Pero fué la violencia del Inspector la que volvió a primar.

—Y por qué no pensar en el músico Velardi, ¿eh? —dijo colérico—. Se levantó del piano, liquidó a la Condesa y volvió a tocar, hasta muy tarde para despistar. ¿Eh? ¿por qué no se les ocurre atribuirle el crimen? ¿Es suficiente que se hallase al piano? ¡Cómo si el piano fuese un testigo capaz de declarar en su favor!... ¿Es suficiente, dígame, un concierto que pudo ser interrumpido una media hora? ¡Aquí nos encontramos ante un sujeto anormal, farsante que simula desmayarse cuando recibe la noticia, que simula un ataque para decirnos que es incapaz de cometer un atentado aquel que no soporta una noticia trágica!... ¡Rosa no nos asegura que tocó sin interrupción! ¡No es posible tocar el piano desde las once a

la una y pico de la mañana! ¡Y hemos dejado de lado a *ese* personaje, verdad, por unas impresiones digitales que no valen nada, absolutamente nada! ... ¡Son huellas de un día de fiesta! ... Ja, ja, ja ...

La risa del Inspector impresionó a Kassin. Pero no le hizo desviar de sus propósitos. Salió un momento de la pieza sin pedir disculpas, y manoteando la bicicleta que estaba en el cuarto contiguo, le preguntó con fingida serenidad:

—¿Cree usted que esta bicicleta, tal como está, puede ser utilizada por otra persona entre los huéspedes que por el señor Pierre Calin?

"¡Podría montar en ella ... —iba a decir— el General de Gaulle!" ... pero el Inspector se contuvo. No pudo menos que observar el punto en que estaba fijado el sillín de la bicicleta. Comprobó que sólo un sujeto de una estatura más allá de la normal, un hombre verdaderamente alto, solamente un tipo como Calin, podía andar en aquella bicicleta. Usarla sí, pero andar en ella regularmente, no. El sillín colocado en su punto máximo decía a las claras que Calin pudo haberla utilizado.

—Solamente para ... —hizo una breve pausa— un tipo de dos metros de estatura. ¡De acuerdo! —levantó la voz Supernille.

—¡Y bien —dijo Kassin—, esta bicicleta que como usted sabe fué encontrada en el parque, está denunciando a Calin!

—El muy estúpido —dijo Supernille— pudo bajar esta montura y obligarnos a mirar este aparato, horas enteras, hasta marearnos a conjeturas y deducciones.

—¡Pero no lo hizo! —contestó con aire sobrador Kassin—. Y aquí tiene una prueba más para juntarla a la otra. ¡He ahí el descuido de Calin!

Supernille movió la cabeza de un lado a otro.

—Es necesario establecer claramente qué es lo que él hizo entre las seis de la tarde y las doce de la noche el día del crimen —dijo Kassin—. Si no están claras sus andanzas hay que detener a Calin.

—Estamos ante un hecho inteligentemente urdido, al punto de poder burlar a un hombre avezado como usted —dijo Supernille en fácil alabanza de su colega—. Hay detalles pueriles que configuran a un criminal muy reflexivo. ¿Le sería difícil a usted indagar en la vida de su candidato? A mi modo de ver, podemos caer en una trampa. Las circunstancias ofrecen un criminal como el pícaro *furet* que proporciona la liebre al cazador ... "¡Ahí está —parece

decirnos el verdadero asesino—, ahí lo tienen... No me busquen más!"...

—Está tejiendo una novela —dijo Kassin—. Señor Supernille... ¡Esto es más sencillo de lo que usted supone! ¡Creo que usted está impresionado por tratarse de un ambiente que los botarates y adulones llaman "ambiente superior", porque cada uno de los sospechosos ha pintado o escrito algo! ¡No nos dejemos impresionar por el papel pintado!

El señor Holan, el médico, y el Juez, el *maître* Bonniaud, opinaban como Supernille, dando caracteres de crimen sensacional al asesinato. Pasiones ambiguas entre intelectuales, gente hiperestésica de rencores agudizados y violentos. Un asesinato que venía de perlas a la causa de la política sucia, no podía tener un epílogo burdo. Debíase dilatar el escándalo, darle mucha publicidad para desviar la atención pública. La venda del sensacionalismo policial impedía ver claramente lo que hacían los políticos venales con los dineros del pueblo.

Una Condesa que al irse de entre los mortales produce una cortina de humo tan intensa, que iba a merecer la consideración de las marionetas del oficialismo.

Un título apasionó a los lectores de los semanarios destinados a distraer la opinión:

Se busca al hombre alto del Château de Hendebouville.

No se dió a la prensa la fotografía de la bicicleta, de manera que los dibujantes expertos en escándalos ofrecían diseños del veló con el sillín muy alto...

Cuando el detective Kassin quiso protestar por la orientación que se le daba a las pesquisas, le taparon la boca con órdenes expresas de dilatar el final de aquel folletín hasta que se lograse formar gabinete.

Algunos interesados temían que un brusco corte echase por tierra la tensión lograda milagrosamente. Empezaron a llover los anónimos. Cientos de sugestiones y de falsas denuncias que intentaban perturbar el trabajo. Kassin amenazó con abandonar la partida. Llegó a temer que Supernille fuese un agente secreto encargado de enredar el asunto hasta que se reuniese la Asamblea y diese un voto de confianza al gobierno. A la postre volverían sobre Calin. Por esta razón no le perdían pisada, él se hacía cargo de una vigilancia estrictísima.

Trouville venía a ser el campo de concentración de Pierre Calin. Se le insinuó que no era conveniente para las investigaciones que se alejase de la ciudad balnearia.

Esta medida un tanto improcedente la había conseguido el señor Kassin. No se sabía con qué objeto. Según unos, era para descubrir entre las amistades de Calin al asesino que mataba por pasión y se vengaba del presunto amante de la Condesa. Según otros, Calin sería detenido y no se escaparía, no bien se afirmase el gobierno. Pasado el período de peligro no era lícito dejar a Calin en la calle con tanta prueba en su contra.

Dos agentes secretos vigilaban sus pasos en Trouville. Su afición por la ruleta lo llevó a tomar un cuarto en el Hotel Bellevue. Tenía una ventana que daba a la Plaza Mariscal Foch y de allí podía divisar las puertas de Casino. Cuando veía entrar a Gaby bajaba rápidamente. Como hacía mal tiempo no daba mucho trabajo a los pesquisantes, pues casi nunca iba a la playa. Cuando más, una rápida escapada hasta Deauville donde se entrevistaba con amigos, por lo general gente del gremio de los joyeros que andaban de paseo. Calin cerraba su negocio durante los meses de verano. Tenía un hermano en el Mediodía con casa en Saint Tropez. Ambos tomaban demasiado a pecho las vacaciones para verse durante la época de descanso.

Recibió una carta de su hermano. Estaba alarmado por el crimen del castillo de Hendebouville. Decía que por aquellos lares no se hablaba de otra cosa. Le preguntaba si no sería él el criminal, ya que la Condesa le gustaba tanto...

A Pierre le disgustó la broma. La policía se enteró de algo que ignoraba. Enseñó la carta a Gaby y su amiga aprovechó para contarle la conversación que había tenido su padre con un autor de novelas policiales.

Gaby comenzaba a sentirse heroína. Tenía la certeza de que Pierre no había estrangulado a la Condesa. De manera que la excitaba el ir y venir de los chismes y la repercusión que tenía el suceso, en los lugares de veraneo. Le agradaba responder a las preguntas que en los hoteles le hacían algunos audaces desconocidos enterados de la permanencia del poeta Borjac y de su familia en el castillo fatídico. Se vendían más los libros del padre y a Gaby le terminó por fascinar la vida que le tocaba vivir entre un conocido joyero, amante de la buena vida, y su padre, reputado poeta. Pensaba que al regresar de las vacaciones iba a tener mucho que contar a sus compañeras

de la editorial que dirigía. Entraría a París con un brillo que no se imaginó.

La señorita Borjac esperaba ansiosa el momento de volver al castillo de Hendebouville para reclamar al Conde los francos que había entregado. Dejaba pasar el torbellino de los primeros quince días para tener una secreta entrevista con el Conde. Calin prometió llevarla una noche que perdieron hasta el último franco. La primera noche de mala fortuna, se desquitó con una "comida con champagne de marca, caviar, etcétera", como sólo Calin era capaz de ofrecer.

Al llevarla a Deauville en el regio Lancia por tanta gente envidiado, Gaby le preguntó por la modelo.

—Anda en un crucero por el Mediterráneo... Le gusta la vida en los yates —respondió él con gran indiferencia.

—¿Y, si vuelve? ¿Qué pasará? —preguntó Gaby—. ¿Si viene a Deauville?

La muchacha hablaba en una forma tan lamentable que, de golpe, a Calin se le presentó la madre de Gaby. Parecía tenerla al lado y estar oyéndole sus peregrinas ocurrencias.

Pierre Calin no presumía de mantener rarezas ni querer diferenciarse. Pero más de una vez les había dicho a sus amigos: "Yo tendría que casarme con una huerfanita. No puedo soportar ese parecido que las muchachas tienen con sus madres. Las madres son las caricaturas de las hijas... Y luego en la cara de las jóvenes, se ve la vejez y la fealdad inevitable que las espera."

—No me gusta oírte hablar como tu madre... —protestó Pierre—, te echas años encima... Si quieres pelearme, peléame de frente... Me gustas mucho, pero no quiero que me recuerdes a tu madre.

Calin reflexionó. No era decente lo que estaba diciendo.

—Tu madre es una malva... Su sumisión a tu padre es lo que me choca. ¡Te quiero más bravía, Gaby!

Se dieron un beso largo, frente al hotel de Deauville.

El pesquisante anotó en su libretita el dato y se quedó satisfecho. A él lo esperaba una muchacha huérfana, en el *bistrót De la Marina.*

VIII

De Dino Velardi se habló, y no poco, en Saint-Germain-des *Prés.* Su primera entrada en *La Riene Blanche,* causó sensación. Allí

encontró a mister Harmon. Hablaron mal de la difunta y se les ocurrió escenas perversas. No se sabía si por la publicidad que se le dió a su nombre o porque ya se había curado de sus dolencias, la cuestión es que un *manager* del americano del norte, le organizó conciertos para octubre y una gira por Bélgica y Luxemburgo. La sola idea de que pudo atribuírsele a él el brutal asesinato, lo satisfacía íntimamente. Harmon se consideraba un tanto el Angel de la Guarda por haber acudido en ayuda del pianista y compositor en momentos tan patéticos. Ambos tenían horror a la muerte. Aquel trance nervioso los unía. Y, en un semanario de literatura sartriana y escandalosa, con el título de *Drama entre artistas y aristócratas*, pusieron en primer plano a Dino Velardi. Si se trataba de un chantage los peñolistas desconocían el favor que gratuitamente le hacían.

El Conde de Hendebouville que no tenía joyas para vender, ni cuadros a exponer, ni sabía tocar el piano, nada ganaba. Perdía, en cambio, su reputación de marido. Por eso le ofrecieron una residencia temporal en Holanda en casa del comerciante de ultramar, y noble como él, a quien se le cargaba el mochuelo de ser el "amante invernal" de la Condesa.

Esta oportunidad, como ciertos pasos que no se atrevía a dar, merecían el sabio consejo de la argentina.

Se citaron en París para evitar a Delia el viaje por tren, y poder conversar en el automóvil, sin testigos.

Delia de Gómez era *habitue* de La Royale en Saint-Germain-des-Prés, y allí citó al Conde. Siempre había lugar para estacionar el coche en el boulevar, frente a *La Reine Blanche* o a la *Brasserie Lipp*.

Delia se sentó en la terraza. No estaba en sus planes aguardar al Conde con otra gente. Pidió el *Richard* acostumbrado (pensaba tomar tres *pernod* antes de que el Conde llegase). Pero pagó al mozo porque aparecieron amigos latinoamericanos. Un pintor brasileño, una joven actriz mexicana, dos compañeros de la *Grand Chaumière*. Los tuvo de pie sin invitarlos a sentarse para ahorrarse las explicaciones.

Era una tarde de calor y en los aledaños a Saint-Germain-des-Prés pululaba una muchedumbre pintoresca, muy similar a la de un *set* de cine, cuando se va a filmar varias películas a un tiempo. Más que una encrucijada de París, parecía un inmenso bar de Hollywood. Iban y venían toda suerte de disfraces. Disfraces de pintor, disfraces de escultores, trajes de artistas fracasados, indumentos de poetas

célebres; ropas de deportistas indiferentes y desaprensivos; shorts, bombachas, pullovers ridículos, lana, seda, paños sucios, cabelleras de 1900 y pelucas imperio, peludos y pelados, carnes al aire y pelambres inverosímiles como si los directores de las películas a filmarse se hubiesen puesto de acuerdo para poner en ridículo a la humanidad entera. Muchachas con pantalones y ningún hombre con faldas, como si la audacia de los encargados de disfrazar a los *extras* se limitase a burlarse de las mujeres, dejando a los hombres en un plano de cordura. Pero no se sabía quiénes aparecían en el film más ridiculizados. Salían y entraban en imaginarias escenas con una música de fondo: el rumor de los automóviles, ese inconfundible y delicado rumor de París, único en el mundo. Se diría que al toque de una campana todas aquellas gentes iban a entrar a trabajar al unísono porque no era razonable que anduviesen tanto tiempo sueltas.

Estaba inquieta. No quería que le viesen subir al descangallado Delage de los Hendebouville. Ella tenía también sus prejuicios. A fin de cuentas, había nacido en Buenos Aires.

Vió pasar al enlutado Conde que buscaba lugar para *parquear*. Le hizo una seña y él se detuvo sobre la calle de Rennes. Una sola de las personas que se hallaban de pie, junto a su mesa, la vió: la actriz mexicana. Pero nada importaba porque la joven actriz, como se sentía genial, era distraída.

Pagó su segundo *Richard* y cediéndoles la mesa, ordenó un poco el bolso veraniego que llevaba, se ajustó el cinturón de los pantalones, dió fuego a un Chesterfield y dobló en la calle de Rennes.

No había andado cinco pasos cuando oyó que la llamaban. Uno de los compañeros de la *Grand Chaumière* le pidió prestados doscientos francos. Le tendió un billete de cien que tenía a mano. No quería demorarse más y que el agente de tránsito molestase al Conde, mal estacionado por su culpa. Los ómnibus pasaban raudos casi tocando los guardabarros del viejo Delage.

Y enfilaron para La Port de Saint-Cloud. La ruta estaba magnífica. Un olor a heno, una fragancia maravillosa mandaban los bordes de la autopista, por donde corría el coche. Delia no había hecho ese camino desde el invierno. Las colinas le parecieron "de sueño". Cuando salieron de la autopista los pueblos le fueron sonriendo y ambos se sentían tan felices que les pareció que iban al encuentro de la bella Condesa de Hendebouville. El Conde tenía mejor aspecto. Los diarios ya empezaban a hablar del crimen misterioso, del crimen perfecto, de una muerte inexplicable que quizás

pasase a la leyenda como tantas otras muertes entre gente de la nobleza.

—Y los que hablan de misterios, Delia —dijo el Conde—, ignoran lo del dinero... ¡Imagínnese si usted no me aconseja bien y entero de ese misterio a la justicia!...

—Deje las cosas como están —le dijo ella—. No habría hecho más que embarullarlo todo.

Rodaban sobre la Nacional número 13. Al atravesar Evreux, Delia le preguntó al Conde:

—¿No es aquí que venía Balzac, a una hostería llamada del Sol de Oro?

—¡Ah, no, no! —exclamó el Conde—. Esa hostería ya no existe, por cierto, y tengo entendido que era en Vernon. Sí, en Vernon, a pocos kilómetros de aquí.

En Lisieux el Conde le pidió permiso a Delia de Gómez para detenerse. Deseaba entrar en la iglesia Saint Jacques.

—Me gustaría orar unos minutos —dijo el Conde— si a usted no le molesta...

No podía molestarle si el fatigado conductor deseaba descansar en una ruta cuyo tránsito se hacía diabólico. Las carreteras nunca se habían visto tan transitadas. Un alud de turistas de todas partes del mundo, a pesar del tiempo inseguro, corría desaforadamente hacia las playas. Al llegar a Lisieux, nubarrones marinos anunciaban tormenta. Le venía bien que el Conde desease estar al día con Dios. Un hombre fatigado en una ruta como aquélla, puede ocasionar una catástrofe. Ella bajó del automóvil y se sintió reverenciosa con las ruinas, con las horribles huellas que había dejado la guerra al pasar por allí. Mientras el Conde oraba de rodillas frente a una imagen, creyó que un respetuoso recogimiento ante los muros quemados por la metralla, bajo los techos, por entre cuyos agujeros se veían las nubes negras, un recogimiento de asombro y de repudio a la guerra, podían significar lo mismo que las oraciones del Conde. Sentíase obligada a cumplir con su conciencia entre escombros lamidos por las llamas.

Anduvo por una callejuela de tétrica fisonomía. Pocas ruinas había visto hasta entonces. A veces, al pasar, aquí y allá, puentes destruídos, casas acribilladas. Pero era la primera vez que se acercaba a un muro mordido por la metralla. Sintió en el aire el olor a la pólvora. De su entraña de mujer salió una maldición a la guerra y a quienes la provocaban. Veía pasar a la gente de vuelta

del trabajo. Tal vez ya habían olvidado el pavor de los cañones. Alguno se dió vuelta y miró en la misma dirección hacia donde miraba la forastera, para descubrir el objetivo de su interés. Delia se mantenía silenciosa como ante un muerto, como ante una imagen sagrada. Una oración que poco tenía que ver con las del Conde, una oración violenta, una plegaria de fuerza inédita le creció en el pecho con ímpetu de ola. Al final, el grito que condena a los hombres inhumanos capaces de lanzar a los pueblos, a aquellas pobres gentes que pasaban, a la aventura bélica. Su plegaria podía trocarse de pronto, en una inmensa blasfemia contra los que pretenden arreglar al mundo con el acero, la metralla y las fórmulas científicas de exterminio. "Todo lo que se haga en contra de los hombres, va en contra del Hombre que inspira la fórmula de destrucción" —pensó.

El Conde estuvo menos tiempo en comunicación con Dios que ella con las ruinas. La plegaria cristiana pasó rápidamente por sus labios de puro sabida. La de Delia era nueva, áspera, delicada, profunda y resuelta. No había terminado de jurarse a sí misma trabajar por la paz en cualquier lugar de la tierra donde se encontrase, cuando el Conde se acercó, silencioso, como advirtiendo y respetando el momento patético de Delia, tan grave como el suyo en el templo.

—¡Qué horror! . . . —dijo ella.

—¡Qué le vamos a hacer! —respondió él con oscura resignación.

—"Qué le vamos a hacer" —repitió sarcásticamente Delia—. "¡Qué le vamos a hacer!" . . . —Repitió las palabras del aristócrata mientras sentía crecer su indignación. Lo miró rabiosamente, como se mira a un pelele repulsivo . . .

"¡Sí que sabe usted qué hacer! . . . ¡Sí, hay un momento en que todos saben lo que tienen qué hacer y no lo hacen!" Ese momento ahora lo dejan pasar. Pero, aparte de sentirse molesta al lado de un hombre que hablaba así de la guerra, no sintió ganas de reñir.

Tomaron una copa en un *auberge* de la ruta y enfilaron para el *château*. Se hallaban a cincuenta kilómetros y marchaban lentamente, cuando un automovilista pasó a una velocidad excesiva, haciendo sonar la sirena. El Conde pensó que alguna señal le hacían. No alteró la marcha. A lo sumo se separó un tanto a la derecha, por si distraídamente había tomado la mano izquierda.

A pocos kilómetros el Citroen 15 HP. que los pasara, cuyo

número era particularmente memorable pues tenía la cifra curiosa de 1987, se mantenía a una velocidad que fácilmente podía superar el Conde con su viejo Delage.

Lo pasó, sin apresuramiento. Del coche que los doblara a gran velocidad salió un rostro que desconocían. El breve saludo del automovilista apresurado, los desconcertó.

—Es con usted la cosa —dijo el Conde—. Yo no lo conozco.

—Pues en mi vida he visto esa cara —dijo Delia—. Y saluda como si fuésemos amigos... Curioso...

Delia dió vuelta para mirar hacia atrás.

—No le haga caso. Si se ha equivocado, es mejor dejarlo en su error...

No había terminado de hablar cuando el Citroen del desconocido, acelerado rápidamente, se ponía al lado.

El conductor se asomó y esta vez, sacando la mano en una reverencia muy cortés y versallesca, dijo:

—Señor Conde...

El Conde frenó un poco y prestó oídos a lo que el sujeto le decía. Como su coche era un modelo viejo tenía la dirección a la derecha. Se inclinó sobre Delia para poder escucharlo.

Venían otros coches de frente y de atrás. Debieron separarse.

Volvió el desconocido a ponérsele al lado.

—Señor Conde... —oyó perfectamente que le decía—. La rueda trasera de la derecha... desinflada... ¡Le falta aire!

AVISO AL LECTOR:

La página 80 debe leerse como la 86 y viceversa.

no tanto como para aquella espectacular maniobra que casi los hace chocar con gran riesgo.

—Una mala maniobra —señor Conde—. Perdone... No sé si

nobles. Y ¿si fuese él quien la mandó matar como se decía en diversos medios?, ¿por qué aparecía aquel dinero en la caja fuerte? Ella, única en el secreto, podía terminar, echar por tierra la hipótesis de un Conde cobarde que manda asesinar a su mujer. ¿Para heredarla? No. La fortuna del Conde fué siempre la que contó. María Cristina no heredó gran cosa. Delia tenía el convencimiento de que no se hallaba ante un malhechor... Pero en el castillo podían pasar cosas tremendas. Lo sentía así y no podía evitarlo.

—¿De manera que me rechaza un regalo cuyo valor es tan solo sentimental? ... Era de mi madre, Delia... No era de María Cristina... Acéptemelo como... como recuerdo de un ex-colega... ¡no se olvide que fuí escultor!...

—Preferiría que me regalase el caballito de modelo —dijo para salir del paso.

—Cuando quiera, ¡puede llevárselo!

—¡Qué amable!... Eso sí que lo guardaré de recuerdo de usted.

Cerró el Conde el cofre dando muestras de desagrado.

Delia no era insensible como para no advertir los gestos de disgusto de aquel hombre que no le intimidaba pero que era el dueño de un castillo en el que tendría que dormir sola esa noche.

—Bueno, le acepto el camafeo... —dijo con la informalidad de un sudamericano—. Se lo acepto... ¡Démelo!

El Conde, esta vez sin mirar el efecto que producía en la escultora la talla ofrecida, se la colocó en la palma de la mano tendida, diciéndole, muy noblemente:

—Me hace un honor, Delia... Y ¡se lo agradezco tanto!

Comieron y bebieron como pocas veces. Rosa suspiraba a cada instante. Siempre le agradó *mademoiselle* Gómez, de manera que le era placentero servirla con delicadeza.

—Rosa la estima mucho a usted —dijo el Conde—, lo he notado.

—Le gustará como hablo —respondió Delia con modestia.

—No sé, pero nos ha servido con una buena voluntad que no es habitual en ella desde la muerte de María Cristina.

Tomaron café. Delia necesitaba café a discreción. Como le gustaba el vino, sobre todo el blanco seco, un Poully helado ofrecido sin retacco, se sentía algo mareada.

La noche no parecía de verano. Rachas frías pasaban de tiempo en tiempo, venidas del mar en borrasca.

ocasionó la violenta frenada de un segundo. El tráfico de la ruta no se iba a interrumpir por una pelea sin brillo.

Delia bajó del coche cuando las gruesas palabras habían reemplazado a los puños, ya inservibles o fatigados.

—No está bien . . . —dijo Delia, y luego como no acudían a su memoria las correspondientes palabras en francés, los insultó con un lenguaje muy porteño.

Unos turistas alegres que pasaron en un viejo coche descapotado, la emprendieron con los que habían visto de lejos darse de bofetadas. Uno le gritó a Delia:

—¡Decídete pequeña! ¡El más viejo da más jugo! . . .

Y esa intervención insólita les dió a ambos la sensación del ridículo. Prometiéndose violencias de las que no eran capaces, se encaminaron a sus respectivos vehículos.

Enfiló velozmente el Citroen. El Conde dijo:

—¡Creo que lo reconocería entre mil . . . de ahora en adelante! Pero estoy seguro que es uno de los componentes de una odiosa banda de compañeros de colegio que no nos dejaban en paz por nuestra condición social. Es uno de ellos, ciertamente . . . ¡Maldito si yo recuerdo haberlo visto antes!

Hablaba reponiéndose de la refriega mientras echaba a andar el Delage.

—Repugnante sujeto —dijo Delia para solidarizarse con el Conde.

—¡Si no hubiesen hecho tanta publicidad con el crimen, cosa bochornosa de nuestra infecta prensa amarilla, ese sujeto no se acordaría de mí!

—La verdad —dijo Delia—, mucha gente recién se habrá enterado que usted existe.

—Justamente. ¡Qué desagradable! . . . ¡Le pido mil perdones, Delia!

—Todos los días se aprende algo —ella pensó en voz alta.

Anduvieron en silencio, hasta llegar al castillo.

El portalón estaba abierto. Entraron. La casa parecía desierta. Rosa se acercó a hablarle privadamente. Anunciaba la visita de la señorita Borjac con Pierre Calin.

—Vendrán esta noche, si el señor Conde no manda contraorden —dijo Rosa.

El Conde de Hendebouville, con cara de honda preocupación, miró a la señorita de Gómez como reclamando ayuda.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella pensando que Rosa le habría dado una mala noticia.

—¿Recuerda usted el número del automóvil de aquel crápula?

El Conde la observaba atentamente y hacía esfuerzos para concentrarse. Prosiguió:

—¿Recuerda que nos llamó la atención por la cifra? . . .

Delia de Gómez pensó un instante y resueltamente contestó:

—No tengo la menor idea . . . Era una cifra con muchos números repetidos, ¿no?

—¡Qué mala memoria visual! . . . Yo no recuerdo el número pero sé que era fácil de retener . . . ¡Y no puedo fijarla!

—¿Piensa hacer una denuncia? —preguntó Delia.

—¡En absoluto! . . . Pero debimos anotar el número.

—El físico del hombre no me será fácil de olvidar. Era repulsivo.

—Sí, desagradable, me fué desagradable desde el primer momento. Esa impresión tendría en la escuela y por eso nos hemos odiado desde la infancia. ¡Las complicaciones que puede traerme en la vida este horrible episodio de la muerte de María Cristina!

Y cayó en una silla del comedor apesadumbrado, dando muestras de dolor.

—No sabe usted cuánto le agradezco que pase este fin de semana en el castillo. Se anuncian la señorita Borjac y Pierre. Ella vendrá a retirar su dinero, seguramente . . .

Delia de Gómez hubiese preferido no encontrarlos. Rechazaba físicamente a Calin, y en cuanto a ella, el trato no había pasado de un conocimiento de sociedad. Además, Gaby, de ex profeso, se expresaba en un francés cerrado y cuyo hermetismo fonético molestaba a la extranjera. Se complacía en ofrecerle dificultades para que la entendiese. Era la única picardía de Gaby, más bien, una instintiva forma de alejar a Delia por haber comprendido que le gustaba a Pierre.

—Ahí está el dinero —dijo el Conde mirando hacia la caja fuerte—. Y la suma de la que le hablé, Delia, que espera la aparición de algún documento firmado por María Cristina, para darle destino . . .

—¿No ha hecho cambiar la cerradura? —preguntó Delia.

—Aún no . . . No he tenido tiempo. Pero es mi intención hacerlo, por las dudas. Tendré que llamar a un cerrajero . . . ¡Qué misterio, qué extraño asunto el de esa suma de dinero! ¿No serviría para dar con el asesino? —preguntó el Conde sin entusiasmo.

Delia demoró la respuesta. Comenzaba a dudar. Resultaba demasiado extraño que la noche del crimen alguien depositara una gruesa suma en la caja fuerte. Pudo haber sido la Condesa. Ella estaba segura que María Cristina había depositado esa suma de francos con una llave que hacía tiempo tenía en su poder, o simplemente...

—Cuando usted duerme —preguntó— ¿deja usted las llaves en alguna parte?... ¿dónde las guarda?

El Conde la miró como si estuviese bajo el agua. La pregunta de corte policial le molestaba un poco.

—Pues... a veces, en mis propias ropas. Otras... sobre la mesa de luz. En alguna oportunidad quedaron por tierra, en el llavero... con la cadena y...

Delia le cortó la frase:

—Pudo haberla recogido María Cristina, usar la llave, guardar ese dinero, pensar en decírselo y haber llegado el trágico momento...

—Sí... pero, ¿de dónde sacaría ella trescientos mil francos? ¿De dónde?

Se quedaron pensando en silencio.

—La aparición de ese dinero es una ofensa a su memoria... ¿No lo cree usted Delia? Es una terrible ofensa... Ni que el malhechor hubiese pagado su muerte... Es sencillamente brutal pensarlo.

Sí, era horrible pensar así. Sólo un Conde como aquel Conde, podría pensar semejante cosa de su difunta.

Por la cabeza de Delia pasaron otras suposiciones más denigrantes aún. La Condesa, pagada por un hombre, guarda ese dinero en la caja. Piensa contar cualquier mentira a su marido, dándole una procedencia honrada a los trescientos mil francos. Pero tiene una disputa con el hombre que se los ha brindado. Este, en un momento de cólera, ante la indiferencia o el rechazo de la Condesa, la mata y pierde el dinero adelantado...

—No puedo pensar en un sucio asunto de dinero... Esa suma pudo adelantársela alguien... —dijo el Conde—. Quizás, después, llegó el trágico momento...

No se atrevía a agraviar a la difunta.

—No podemos ofenderla de esa manera... —dijo Delia.

—¿Usted había pensado algo semejante?... ¿Dígame?... ¿Pensó en algo de esa naturaleza? —preguntó angustiado.

—Sí, pensé en eso —respondió Delia.

—Pues me alivia usted, señorita de Gómez... Me alivia... Delia... Creía que era yo un villano al pensar así de mi mujer...

—Por esa razón, le aconsejé callarse la boca. Ahora dudo... Pero con la publicidad que se la ha dado al crimen, señor... ¿Cómo habría quedado la reputación de la Condesa?...

—¡Tiene usted razón, tiene usted mucha razón!

Y, en los ojos del Conde brotaron dos lágrimas.

—Es horrible, de todas maneras, es horrible.

Caminó hasta la caja fuerte. La abrió maquinalmente. Miró el fajo de billetes.

—Venga Delia... Mire usted...

Delia observó el interior de la caja de hierro. A la derecha estaba el montón de billetes. El Conde había contado aquel dinero. En un sobre cerrado estaban los cincuenta mil francos de Gaby.

—¡Ni una sola cosa fuera de lugar!

El Conde echó mano a un cofre dorado. Lo abrió. Allí estaban las alhajas de la Condesa como ella las dejara después de la última tertulia del invierno.

—Como usted sabe... La Condesa no era muy afecta a las joyas.

Delia observó el montón por ella nunca visto, de anillos, broches y collares de perlas que el Conde colocaba bajo sus ojos.

Como si necesitara la admiración de la señorita de Gómez, levantó la vista para ver qué efecto le producía el pequeño tesoro. Los ojos de Delia se habían agrandado y la natural fascinación de la mujer se estrelló en el contenido principesco.

—No es una fortuna... pero algo valen... Pertenecieron a mi familia y muchas de estas joyas, las trabajó el padre de Calin.

Cerrando de un golpe el cofre, dijo el Conde, teatralmente:

—El asesino debió marcharse con ellas para evitarme tanta desconfianza. Debió desaparecer el cofre la noche fatal...

Los ojos de Delia aún estaban con la impresión de las joyas. El Conde, como arrepentido de haber cortado aquel momento de admiración, volvió a abrir el cofre. Movió las joyas con la punta del índice buscando una determinada alhaja. La encontró. Era un pequeño camafeo de hermosa talla. Un personaje.

—Verxingetorix —dijo el Conde tomando el camafeo entre el índice y el pulgar de su mano izquierda—. Mi madre lo llevó mucho tiempo. A María Cristina no le gustaba... ¿Quiere usted aceptarlo Delia, como recuerdo?

A Delia le corrió frío por las espaldas. La rara impresión que acudiera a su mente en el encuentro de la Gare Saint Lazare volvía a azotarla. De pronto, el castillo se le hacía siniestro y el Conde, un falso Conde tratante de blancas o algo por el estilo. Le corrió frío por el cuerpo, al sentir la joya en la palma de la mano. La miraba naturalmente, pero un extraño maleficio la dominaba.

—No... no, señor Conde... No son alhajas para mí. Es demasiado. Guárdelo usted... Son cosas sagradas —respondió confundida.

—Me hace usted un gusto... Le debo consejos y es usted la única persona en la que confío... ¿Cree que a alguien he contado yo lo del dinero? ¡A nadie! ¡Ni a mis íntimos como el Barón de la Cachemira y su mujer, ni a la hermana de María Cristina se lo diré!

Delia de Gómez sabía que la Condesa tenía una hermana en Nueva York casada tres veces y dueña de una inmensa fortuna. Aprovechó la referencia que de ella hacía el Conde, para salir del paso:

—Debe usted esperar a que venga su cuñada para disponer de estas joyas —dijo devolviéndole el camafeo. Lo dejó caer en el cofre y, al hacerlo, sintió esa atracción por los brillantes que autores de novelas y argumentistas de cine han explotado hasta el cansancio—. Aguarde su regreso, para ofrecerla —dijo terminante.

—Victoria no vendrá, es demasiado cómoda para molestarse. No vendrá a acompañarme... Por eso se la dedico a usted... No estoy solo, gracias a usted...

En su voz había un temblor extraño. O comenzaba a hacerle la corte o realmente se sentía derrotado y ella significaba el único apoyo, la única persona que no lo veía como el marido de la mujer asesinada por un amante. La piedad, la lástima podía hacerla cambiar, pero el miedo podía más. Deseaba que cuánto antes llegasen Calin y Gaby. Tal vez encontrase un pretexto para volver a París o seguir a Deauville y romper el compromiso de quedarse en el *château* esa noche. Repentinamente comprendió que por más extranjera que fuese, por muy desprejuiciada, corría riesgo quedando sola con el Conde en el castillo de Hendebouville, magnificado en las crónicas de los diarios, vigilado por los detectives, cercado por los periodistas y, ¡vaya a saber si no existía un tercero, pesquisante ignorado, que tuviese una pista!...

Estaba segura de que el Conde no había asesinado a su mujer. Le constaba que la noche del crimen él se encontraba con sus amigos

ha sido por el largo tiempo que no te he visto... impresionado quizás...

—Usted perdone —se expresó con gran diplomacia el interpelado—. No tengo el gusto...

—¡Ah, ah!... Con que no tienes el gusto Gran Normando —dijo el desconocido, tuteándolo—. Recuerdas en el colegio... ¿Eh? ¿Recuerdas que te decíamos Gran Normando y te gustaba mucho?

—Sí, pero... le pido mil disculpas... del colegio a estos días —bulbuceó el Conde.

—No, no data del colegio... Otras veces te he visto, Conde de Hendebouville. Y tu memoria siempre me fué ingrata —dijo el desconocido en un tono de reproche.

Se hallaban el uno frente al otro en plena ruta desierta, a pocos pasos de Delia que podía oir el diálogo desconcertada por la actitud de ambos.

—Francamente... Me hubiese gustado saber de usted —dijo el Conde—. Pero le confieso mi total pérdida de memoria...

—Sí, se pierde la memoria muy fácilmente, para lo que no se quiere recordar. También eras así, indiferente y desmemoriado en el colegio... Te olvidabas de muchas cosas para distinguirte... —insistió el insolente.

—Perdone, pero si no dice su nombre, no podré continuar este diálogo que...

—No pierdes las mañas, eh, siempre insolentito Gran Normando desinflado... Siempre pensé que algún día te diría estas cosas en la cara. Pero no imaginé este encuentro con otra mujer. ¡Te quería encontrar con tu Condesa para decirte algo más!...

—Es usted un insolente, señor y retírese de mi presencia —gritó el Conde.

—¡Gracioso Gran Normando! ¿Crees que el mundo es tuyo? ¡Soy yo que te digo que te retires de mi vista si no quieres que te aplaste! Cómo se ve que no lamentas mucho la muerte de tu mujer... ¡Ya tienes a otra!

—¡Miserable! —gritó el Conde y sin más aplicó una bofetada al desconocido reaccionando como cualquier hombre sin abolengo.

El desconocido respondió con un puñetazo directo a la mandíbula. Una vez en *clinch* fueron cayendo juntos en la cuneta, a los tumbos y trompicones. Pasaban automóviles. Uno detuvo el paso y

El Conde tenía que darle una noticia para tranquilizarla.

—¿Sabe quién viene a pasar la noche? —preguntó.

—¿Quién?

—De paso para París hará noche aquí . . . y es raro que no haya llegado para tomar su café . . . ¡Joaquín Padine!

A Delia le volvió el alma al cuerpo. Si Padine quedaba esa noche, ya no tenía miedo.

—Vamos a ver a qué horas vienen Calin y la señorita Borjac... No creo que se queden hasta tarde. Preferiría que estuviésemos los tres solos . . . como en otros tiempos. Quiero saber qué hay de nuevo entre los pintores del Select . . . Ya sabe que tengo cierta debilidad por los españoles . . . Y esas noticias me van a distraer.

* * *

Cuando llegaron Pierre Calin y la señorita Borjac, Delia había preparado un mutis correcto. Rosa la llamó para consultarla sobre algo relacionado con su maletín.

—Supongo que no se quedarán a dormir —dijo Delia a la criada.

—Cómo se van a quedar . . . No están casados, creo yo . . . —respondió Rosa con malicia.

—¡Ah! —exclamó Delia— creí que se habían casado . . .

—Vamos, señorita Delia —dijo la criada—, si se hubiesen casado . . .

Estaban en la amplia cocina del castillo y en ese momento entraba Bonot murmurando algunas palabras completamente incomprensibles para la argentina. Por unos minutos hablaron entre ellos un *patoi* ininteligible. Al ver que Delia se quedaba en blanco, la criada repitió lo que había dicho Bonot cuando éste se retiró sin saludar.

—Dice Bonot que no se explica cómo el Conde recibe al señor Calin, cuando la policía sospecha que fué el autor de la muerte de *madame*.

Delia conocía la versión por un relato que le hiciera Padine. No había querido hablar de eso con el Conde.

—No hay nada serio, Rosa. La policía está desconcertada. Alguien entró, alguien que nosotros no conocemos, Rosa . . .

Cada vez que se hablaba directamente de la muerte de la Condesa, Rosa sollozaba. Delia la palmeó:

—Debemos resignarnos . . . —dijo.

—Sí, señorita, resignarnos . . . Pero ¡lo que he tenido que oir

sobre la señora son cosas espantosas! Esos policías son unos canallas. No hacen otra cosa que ensuciar su memoria. ¡Viese usted los anónimos que me mostraron, las calumnias sobre la pobre Condesa que Dios guarde a su lado!

Rosa ocultaba el rostro. Se sentó en una silla enclenque pidiéndole disculpas.

—Todas las cartas dicen que el asesino es ese hombre que está con el Conde. ¿Y no lo meten preso? ¿Quiere explicármelo señorita, por qué no lo meten preso? —Rosa estaba excitada—. Si es el asesino, ¿por qué está suelto? Todo, todo demuestra que él es quien mató a la señora. Yo se lo dije a la policía, sí, señorita... se lo dije... ¡no pude aguantarlo más tiempo!

—¿Qué le ha dicho a la policía?... No entiendo.

—Le conté todo lo que yo sé de ese señor... Tuvo una discusión con la Condesa porque ella no quería aceptarle un dinero sin decírselo al Conde... Yo escuché la disputa. El señor ése... quería cercar a la Condesa, señorita, quería tenerla en un puño... ¡por la necesidad! Y la señora Condesa se defendía, señorita... Usted sabe como son los ricos... no piensan sino en dominar a la gente. A la pobrecita señora Condesa la quiso tener en un puño... como tiene a esa tonta de la señorita Borjac... como quiso pagarme a mí, dándome más propinas que los demás huéspedes... como tenía comprados al señor Bonot, y a Morand el garagista, y a todos... Aplastados con su dinero...

—Es su manera de ser... pero de ahí a matar —dijo Delia tímidamente.

—Con la señora Condesa, no podía... y por eso la mató... Yo sé que la mató. Y si lo dejan solo va a matar a la señorita Borjac, ya lo verá usted, señorita Delia, ¡la va a matar!... Hizo desaparecer a una muchacha muy linda que trabajaba en una casa de modas, una tal Catalina... La hizo desaparecer... Lo sé por el hermano de Bonot, el del Museo de los Pájaros de Elbeuf. Ese hombre es un criminal... ¿No ve usted que ha crecido más que el resto de la gente?... Yo no iré al comedor si el Conde me lo pide... ¡No iré, no quiero verlo! Ya se lo dije a la policía y yo tengo palabra. ¡Me da miedo verlo tan alto, tan grande, señorita, tan grande como un asesino!...

Rosa temblaba. Sonó la campanilla. Automáticamente, porque lo hacía desde niña, se secó las lágrimas, alisó la falda y se dispuso a responder al llamado.

Delia le colocó la mano sobre el hombro y le ordenó:

—No, usted se va a la cama . . . Rosa. Deje que yo voy a atender al Conde y sus visitas. Usted no aparece para nada en el comedor. Prepáreme el cuarto y deje mi bolsón sobre el velador.

Rosa obedeció. La señorita de Gómez respondió al llamado del Conde.

—¿Dónde está Rosa? —le preguntó—. Acabo de llamarla y . . .

—Rosa se siente mal. La mandé que se acostase. Yo puedo servirle.

—Pero Delia —respondió el Conde— ¡eso no puede ser! Les serviré la sidra yo mismo. ¡No faltaba más! . . .

Delia siguió al Conde al *office*. Le ayudó a servir la sidra. Marchó el dueño de casa con las copas servidas mientras Delia para darse ánimo bebió tres copas de coñac una tras otra.

A medianoche la pareja se despidió. Gaby se llevaba consigo los cincuenta mil francos. Si el Conde hubiese prestado oídos a las explosiones del motor del coche de Pierre Calin, se habría anticipado a los acontecimientos. Mejor dicho, no le habría sorprendido el regreso de Gaby una hora después enloquecida de terror.

El señor Calin había sido arrestado por la policía. No bien salieron del castillo dos pesquisantes le ordenaron detenerse. Durante un lapso bastante largo, estuvo parado el coche frente al castillo, mientras Calin discutía con las autoridades que no le permitieron depositar antes a la señorita Borjac. Ella quería a toda costa ocultar sus pasos, que sus padres no se enteraran de que acompañaba a Calin en el momento de ser detenido.

Fué inútil que Calin reclamase el derecho de ponerse en comunicación con su abogado. La señorita Borjac tenía un tren a la madrugada si quería regresar a Deauville. Podía elegir. Estaba en libertad de acción. Prefirió volver al castillo.

Las pruebas en contra de Calin eran muy firmes. El pesquisante Kassin exigía que se le hiciese subir a la bicicleta . . . En el Casino de Trouville seis asiduos concurrentes, aseguraban haber visto salir a Pierre Calin la noche del crimen. El que vigilaba los automóviles no vió detenido el escandaloso Lancia. Se presumía que el asesino, tomando la bicicleta, había andado en ella los 20 kilómetros que había entre Trouville y el castillo. Este recorrido lo habría hecho a pie, de regreso, ante la imposibilidad de andar, luego de cometido el crimen, porque la bicicleta no tenía faroles de seguridad. Si se le detenía en la ruta, corría riesgo. Prefirió marchar a pie al Casino

donde jugó hasta las tres de la mañana. Una coartada tan fácil no era problema para la pesquisa. Aquella noche no lo acompañaba la señorita Borjac. El *concierge* del hotel declaró que no había abandonado el hotel. Pidió una tisana a medianoche para tomar una aspirina. Los amigos de Calin, respetables vecinos y conocidos comerciantes, no tenían por qué vigilar los movimientos del acusado, dentro del salón de juego. Lo habían visto jugar, siempre con fortuna, y no creían que hubiese abandonado la mesa del bacarat. Nunca había estado tan concurrido el Casino de Trouville como en aquella noche. El mismo cuidador de vehículos pudo estar distraído y no ver a Calin salir en el coche, dejarlo en algún paraje y proseguir en bicicleta, mezclado en una de esas bandas que en fila india van de un pueblo a otro en las noches templadas.

La señorita Borjac estaba en la entrada del castillo golpeando en la puerta principal, que pocas veces se abría, temerosa de andar por la zona oscura del jardín, cuando se detuvo el coche de unos amigos del pintor español. Bajó Padine, ajeno a cuanto acontecía y al ver a Gaby, sorprendido, la llamó por su nombre. El automóvil de Calin con los pesquisas dentro, ya se había alejado.

—¿Qué andas haciendo a estas horas? —preguntó Padine.

Una crisis nerviosa precipitó a Gaby contra el pecho de Joaquín. Este la estrechó en sus brazos con natural instinto de protección. No sabía qué hacer ante la actitud de aquella muchacha que temblaba contra su cuerpo.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó.

—Pierre ha sido detenido —respondió Gaby—; no sé cómo volver a Deauville. ¡Dios mío, qué situación, Dios mío! . . .

Se abrió la puerta del castillo. La luz perfiló la silueta del Conde. Entraron como a un refugio.

Delia, que había seguido bebiendo con el Conde en espera de Padine, no se movía de un sillón porque no tenía fuerzas. El miedo, una vez más, la acorralaba. Miró a la recién llegada, la que no se dignó darle las buenas noches. Hablaba como aturdida, sin concretar los hechos, pero insistiendo en que debía volver a Deauville en seguida.

—Llámeme un auto de alquiler —decía—. No puedo estar más tiempo fuera de casa.

El Conde de Hendebouville la tranquilizó. Si Morand, el garagista, no podía llevarla, la conduciría él en persona.

—¡No... no! Con Morand no vuelvo. No me gusta nada ese hombre. Puede...

No completó su pensamiento. Lo que podía ser Morand para ella, era un cómplice del criminal. Gaby tenía entre ceja y ceja al garagista y jamás subiría a su coche de auxilio.

—La acompañaríamos, Gaby —dijo el Conde señalando a Padine.

—No, que venga otro coche... pero no el de Morand.

—Si es así —dijo el Conde— la llevaremos en el mío.

Gaby seguía censurando a la policía y protestando.

—Tendré que contar a mi padre que han detenido a Pierre... ¡Cómo se complican las cosas!... Es horrible —exclamaba ante la indiferencia de los restantes.

—La llevamos con Padine... ¿Usted viene con nosotros, señorita de Gómez? —preguntó el Conde.

—No, yo no puedo ir con ustedes... —dijo Delia— y sola, aquí, no me quedo.

—¿Entonces? —preguntó Gaby muy extrañada.

—Que si el señor Conde la lleva a usted, señorita, Joaquín se queda a acompañarme.

Hubo un momento de embarazo ante la firmeza de la extranjera. Podía ser más explícita, y lo fué:

—El Conde la lleva a usted, sencillamente... Si es que no puede ir con Morand o el que sea...

—Bueno —terminó el Conde—, voy a sacar el coche.

Salió levantando su sombrero, que se hallaba sobre una silla próxima a la señorita de Gómez.

Gaby se paseaba nerviosa. Delia la seguía con la mirada y adoptaba un aire de desafío que llamó la atención de Padine, al que no se le ocurría nada. Hacía bajar y subir el mechón de cabello con una inusitada coquetería. Se miró una y otra vez en los cristales de una vitrina. No sabía qué hacer entre las dos mujeres.

Se oyó el ruido del motor.

—¿Me acompaña hasta el coche? —preguntó Gaby dirigiéndose a Joaquín.

—Con mucho gusto...

Salieron sin mirar a Delia, que ya había empezado a tararear un tango para darse fuerzas. Padine no quería tentar a su amiga. Con una dignidad muy española acompañó caballerescamente a la señorita Borjac.

Cuando el coche arrancó, Delia miró hacia la puerta que daba a la terraza. Joaquín no regresaba. Esperó un momento. De pronto, le pareció que tardaba demasiado, que podía haber partido con el Conde y Gaby. Se puso de pie presa de una inquietud a cada instante más acentuada. No podía imaginar que la dejasen sola en el *château* del crimen. Un repentino horror la hizo correr hasta la puerta llevándose una silla por delante que, al caer, produjo un ruído mayor del que ella esperaba. Nunca le habían dicho que bajo el piso había una bodega vacía.

Creyó no tener fuerzas para avanzar. Las piernas le fallaron. Cuando ya iba a caer, entró Padine.

—¿Por qué has demorado? . . . Casi me encuentras por el suelo . . . ¡He tenido una impresión espantosa!

—No demoré más tiempo que el que utiliza cualquier mortal en abrir el portón de hierro. ¡No seas loca!

Delia volvía en sí, pero muy lentamente. Buscó una silla y se sentó junto a la mesa de los huéspedes.

—Dame un poco de coñac —pidió con voz transida.

Padine caminó hacia el *office* y encontró la botella de *Courboisier* destapada. Se sirvió una copa. La bebió en menos que canta un gallo y llenó otra copa para Delia.

Cuando se la ofreció, Delia tenía los ojos fijos en el suelo. Sus enormes ojos clavados como puñales en el piso.

Bebió un trago y devolvió la copa.

—¿Quieres más?

—¡Sí, quiero, sí, sí . . . !

Se repitió la operación de beber y servir.

Luego se quedaron ensimismados.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Padine—. ¿Es el joyero?

—Sí, es el joyero . . . sí, sí . . . te lo aseguro . . .

—¿Cómo lo sabes? . . . ¡Por que tú lo sabes todo, Delia! . . . ¡Dí cómo!

—¿Cómo lo sé? . . . Espera . . . No lo sé muy bien. No te puedo decir si el joyero es capaz de matar a alguien. Pero sí sé que si no vienes esta noche, creo que me vuelvo loca.

—¿Te sientes mal?

—No, mal no . . . ¡Peor que nunca! Estoy viendo cosas muy extrañas por delante.

—Vamos —dijo Padine—, lo mejor que puedes hacer es acos-

tarte. No te creas que por aquel pálpito eres realmente una vidente... No seas necia.

—No veo otro crimen —respondió Delia—. ¡Me veo asesinada!

—Idiota —informalizó el diálogo Padine con el miedo ya en la voz—. ¡Idiota sudamericana!... Te crees vidente. Bueno... Anda, tonta, ve a acostarte. Te acompañaré.

—¿Duermes en la pieza que tenías antes?

—Sí, en la misma —respondió Padine—. Te hablaré mañana por la mañana, de ventana a ventana. Y podrás estar desnuda que no sabré si te han operado de apendicitis.

—¡Estúpido! Siempre ese gusto tan español para tus bromas...

Pero Delia lo decía con una sonrisa amistosa y franca.

Joaquín comprendió que Delia había bebido más de la cuenta. La tomó de un brazo, la condujo hasta el cuarto que ocuparan los Borjac y en el umbral luego de dar la luz, le dijo:

—Me dan ganas de besarte... No sé si podré contenerme.

—¿Ganas de qué?

—¡De besarte, tonta, de darte un par de besos! —dijo sacudiéndola.

—Como mañana no me acordaré de nada... ¿por qué no lo haces? —respondió ella.

—Pues, por eso, porque mañana serás capaz de negar que te he besado... por esa razón me contengo... ¡Pero no sabes qué fuerzas dan los besos para soportar cualquier contrariedad!...

—A mí no me gusta. Los besos no ayudan para nada —dijo ella recostada en el marco con las manos puestas en los hombros de su amigo.

—¡No estar solo, no sentirse solo!... Eso es lo que produce el besarse. Mira, si te besara, te haría cerrar los ojos y no verías más por un rato largo...

—Eso es lo que quiero. No ver, no oir, no saber que estoy aquí, no hablar...

Padine necesitaba besarla y la besó. Ella se dejó besar de miedo y sabía que era lo único que podía hacer. Por miedo besaba a un hombre que no le gustaba.

Les atacó una crisis de carcajadas y rieron al separar las bocas.

—¡No sabes besar, Joaquín!... ¡No tienes la menor idea!

—¡Cómo sabes besar tú, Delia!... —exclamó él muy satisfecho.

—Hasta mañana —dijo ella y le cerró la puerta en las narices.

El pintor se dirigió al *office*, empinó la botella y se sentó a esperar al dueño de casa.

Resueltamente el beso había demorado mucho más de lo que él creía, pues al instante oyó el ruido de los neumáticos en las piedras del jardín.

El Conde, al verlo, le pidió disculpas y le dió las gracias.

Conversaron desordenadamente de pintura, de los amigos del bar Select de Montparnasse. Era una forma de eludir el tema candente. Al final, el Conde le dijo, ya en camino a sus respectivos cuartos:

—Se acumulan las pruebas en contra de Calin. Pero no puedo creerlo.

—Duerma usted tranquilo, señor Conde —le aconsejó Padine—. Se llegará a solucionar este enigma para bien de todos. No se aflija usted. Yo tampoco lo creo.

La noche se puso calurosa y tanto Padine como la señorita de Gómez se vieron obligados a abrir las ventanas. Tentado estuvo el pintor de dirigir alguna broma a su amiga, hablar con ella sin verla, como lo hacía con el poeta Borjac. Pensó que Delia no estaba en condiciones de bromear. A él le había hecho mal el coñac. No quería volver a las experiencias alcohólicas después de lo que le sucediera la noche del crimen.

Por dejar las ventanas abiertas de par en par —aquellas ventanas no eran de guillotina como las de los aposentos de los Condes—, por mantenerlas abiertas durante el sueño, Joaquín participó de la pesadilla de Delia en forma inusitada.

Fué un sueño dialogado. Sobre dos sueños entremezclados no se ha escrito quizás por discreción de los matrimonios. Tal vez por falta de taquígrafos en tales momentos, cosa bastante comprensible. Cuando el sueño en voz alta de un marido llega a sorprender a la consorte en idéntico trance, puede establecerse el diálogo aumentando la angustia de ambos. De esto no se habla en textos del señor Freud. Algunos criminólogos han hecho estudios con los sueños de los condenados esperando obtener conclusiones favorables sobre las reacciones de los asesinos mientras duermen. Poco se ha llegado a conseguir. Es un camino penoso. El delincuente fatigado de ver por delante a la víctima o de tener presente su delito difícilmente cae en el error de soñar. Se sueña con lo que no se ve en la realidad. Reproducirla sería una chambonada.

La señorita de Gómez se durmió vestida, de espaldas en la cama,

para estar pronta a huir del castillo si acontecía algo irregular. Una precaución perfectamente razonable. Se durmió con los pantalones puestos. No había tenido tiempo de mudarse para la comida como lo aconsejan las reglas elementales de un *château*.

El sueño de Delia no fué, por cierto, plácido. El lecho que ocupaba había sido el de Gaby Borjac. La cama estaba situada contra la pared, de manera que de un costado recibía el calor natural del muro, y del otro el fresco agradable del jardín, pues la ventana abierta dejaba entrar la brisa nocturna. Antes de dormirse, en los pocos segundos en que se pierde la vigilia para ganar el sueño, pensó en lo que le diría a Padine a la mañana siguiente desde la ventana cuyas características tan particularmente habían impresionado al poeta. El eco que se obtenía hacía fácil una conversación con el vecino de pieza sin necesidad de asomarse. Aquellas indiscretas ventanas habían sido planeadas por un diabólico arquitecto, ¡qué duda cabe! . . . Tan atrayente particularidad dió tema al poeta Borjac que escribió un poema de atmósfera singular. Un poema que escribiera en Deauville, a pesar del crimen, temiendo que cayese en manos de la policía y sirviese ¡vaya uno a saberlo! para deducciones de detectives frente a casos policiales de ambiente literario.

Delia de Gómez —lo supieron al día siguiente el Conde y Padine— había sido presa de esta pesadilla:

Viajaba en el Metro de pie, en segunda clase, apretujada, reduciéndose progresivamente el sitio que ocupaba. A su derecha un hombre robusto se le venía encima. Por momentos era el Conde, luego un amigo de la infancia que en Argentina anteponía a su apellido la preposición *de*, como ella, para presumir nobleza. A la izquierda, viajaba una mujer a la que no podía ver la cara, pero por la nuca la reconoció. Era Maricota, su mejor amiga, muerta en un accidente de aviación. Maricota se le echaba encima y Delia para complacerla enseñaba un terno masculino de verano, blanco, transpirado, humedecido como esos que se ven en las calles de Río de Janeiro. Del otro lado, Delia se veía vestida con pieles, magníficas pieles de visón. Eso le daba mucha alegría, sumo placer. Sus manos acariciaban la piel con voluptuosidad. El hombre, a veces el Conde, buscaba sus manos y juntos acariciaban el visón de arriba abajo. Sonreía placentera como si regresara de la peletería donde acababa de adquirirla. Por su parte, la mujer, siempre la misma, obsesivamente la misma amiga muerta, de espaldas, no dejaba de palpar su traje transpirado. Llamándola por un nombre de varón

—oyó decir Pedro una y otra vez— aquella amiga se dió vuelta para secarle el sudor, la parte de la frente por donde rodaban gotas de sudor. A Delia no le gustaba que Maricota le secara la frente. Pero ella insistía. Al ver su cuerpo vestido la mitad con géneros livianos sintió frío de ese lado. Del otro, le llegaban olas de calor como el aliento de un camello fatigado. La piel se le arrebataba por la acción del visón. Era tanto el calor, que deseaba vestirse como en Río de Janeiro, con telas de hilo del lado que portaba pieles de Alaska y viceversa. Desde la ventanilla del Metro, vió el *château* cubierto de nieve tal como ella creyó, en América, que debían de ser los castillos. De pronto, la difunta Maricota, molesta porque no le dejaba secar el sudor de la frente del hombre que Delia encarnaba, violentamente la atravesó con sus dedos fríos y entre las costillas sintió el hielo del puño de la amiga muerta. ¿Qué buscaba Maricota? La mano del hombre, que dejó de ser la del Conde para transformarse éste en Padine, seductor de la víspera y admirador del visón que cargaba en el hombro derecho. Unidas las manos de la muerta y la de Padine, comenzaron a agitarlas para terminar en una estrella giratoria que le raía las entrañas. Se abrieron las puertas del wagón y entró en el *metro* la Condesa vestida de blanco pero mutilada. Se le podían ver los muñones de los brazos como dos rosas de horribles pétalos. Traía en la boca un inmenso rubí, que empezó a gotear provocando a la gente a que se agachara a recoger los fragmentos de la piedra. Delia se asfixiaba lentamente. No podía soportar la presión de un hombre, el Conde casi siempre, contra el visón, y del lado donde aparecía vestida de varón, el flanco de la mujer. No podía continuar presionada por uno y otra. Le gritó a la Condesa, pero ella no le oía. Dejaba caer los rubíes en el piso del wagón. Gritó más aún, hasta detener el tren. Y fué en ese instante cuando vió que un automóvil decapitaba a la Condesa de Hendebouville al pasar velozmente. Miró la placa del coche. Leyó perfectamente 1987. El conductor se llevaba la cabeza en el coche. Trepó los árboles, unos inmensos álamos que entraban en el cielo. Delia dió un grito, un espantoso grito que fué a rebotar en el hueco del castillo y que se proyectó en el cuarto de Padine.

El pintor español soñaba en ese instante con la Condesa. Soñaba que le arrancaba el mechón de pelo y se lo llevaba a la comisaría donde Kassin lo enredaba en las ruedas de la bicicleta, hilándolo como en una rueca. Gritó ante el dolor, gritó como loco y ese

grito cayó en el eco de las ventanas y se hizo un solo grito. Ambos huéspedes dando un salto de vértigo corrieron a la ventana, llamándose por sus nombres. Ella dijo: Delia, y él dijo: Joaquín.

Pero en realidad, no se habían despertado. Soñaban que estaban despiertos comunicándose por el eco de las extrañas aberturas del *château* donde se había cometido el crimen perfecto. Delia, tomada de los cabezales de la cama, creía hallarse en el alféizar de la ventana. Padine, boca abajo en su lecho, abrazaba al colchón como a una mujer, dirigiéndose a su vez a Delia y tranquilizándose, cuando ésta, a través del eco, le gritaba:

"¡La Condesa no ha muerto! ¡Todo ha sido una broma!"

La Condesa bajaba del *Metro* en la Concorde. No había muerto. Podía seguir durmiendo tranquila.

Pero el Conde oyó los gritos y como no podía conciliar el sueño quiso enterarse de lo que pasaba. Aguzó el oído y oyó la risa nerviosa de Delia, y las palabras sueltas de Joaquín.

Su desilusión fué muy grande. El no tenía muchas esperanzas de conservar la amistad de Delia por mucho tiempo, pero sabía que si Padine y ella se entendían, difícil iba a ser continuar una relación agradable.

A la mañana siguiente la señorita de Gómez fué muy bien tratada por Rosa, no así por el Conde. Algo raro notó en su rostro, algo más que cansancio y preocupación.

El pintor español se levantó tarde y desayunó de mal humor.

Delia se sentía muy bien. No obstante se descompuso su mañana, cuando el Conde, al hablar de Calin y su detención, se refirió a la bicicleta con el sillín muy alto:

—Parecía un camello —dijo sombríamente— y la coincidencia de la altura de Calin con la posición de la montura, resulta comprometedora para nuestro huésped. Lo lamento mucho... Su padre era mi joyero, el joyero de toda mi familia...

Delia no le escuchaba porque, súbitamente al oír la comparación que usó el Conde para la bicicleta, recordó el aliento del camello del sueño, recordó el sueño en total y se lo contó al Conde que la miraba incrédulo con un elegante escepticismo en la mirada.

Al oír el relato de su pesadilla, de la intervención que en él había tenido el eco que corre de ventana a ventana, Padine dejó de beber su taza de café y la memoria se le aclaró. Contó que había oído gritos y como le sacaron de una pesadilla, de la misma forma que las voces de Joaquín habían salvado a Delia de la suya,

del abominable apretujamiento del *Metro* donde ella viajaba ¡mitad hombre, mitad mujer!

El diálogo matinal iba aclarando, de manera muy simple, la peripecia de la noche.

El Conde, satisfecho, dijo gravemente:

—¡Con decirles que vine hasta la puerta de vuestros cuartos a oírles! ¡Tal era el escándalo!

Padine y Delia se miraron intercambiando sus asombros. Habían tenido un sueño dialogado.

—¡Reían, reían los dos! —aclaró el Conde.

—Señor Conde... supongo que usted no está mintiendo —dijo Delia sin la más leve cortesía—. ¿Me jura que nos oyó reír?

El Conde se limitó a sonreír. El no juraba nunca.

—Pues ha sido usted testigo de algo sensacional... sueños dialogados...

—¿De qué marca es el coñac que me dió a beber? —preguntó Delia.

—Courboisier... No sé la fecha —contestó el Conde sin dar importancia a la respuesta.

—Hoy mismo me compro una botella... El efecto que produce es muy particular. Quiero saber más de mí, por aquello que puedo soñar...

Los dos hombres, como es corriente, no entendieron nada.

IX

A juicio de Casimiro Kassin las cosas habían sucedido en la siguiente forma:

Sin necesidad de profundizar en las relaciones entre la víctima y el señor Calin, era fácil deducir que el joyero, hombre de vida donjuanesca no era indiferente a las tentaciones que ofrecía la Condesa. Proveedor su padre y él, a su vez, de las joyas que lucía la hermosa y noble mujer, sólo una relación de otro orden le mantenía en contacto con el castillo de Hendebouville. El invierno también le fué propicio, a pesar de la vida totalmente ajena a los artistas que la Condesa llevaba en esa estación. Calin, aprovechaba del verano para galantear a las huéspedes en las vacaciones que se tomaba la modelo, su amante oficial. Estas relaciones, quizás toleradas por la Condesa, le servían para aparecer ante el marido

como un hombre comprometido que no pensaba en traicionarle. Pero no fué cauto al cultivar a la señorita Borjac. Esto no se lo habría perdonado la dueña de casa. En una violenta discusión, totalmente ignorada por los huéspedes —versión de la criada que escuchó la trifulca—, habría jurado eliminar a la Condesa. Una noche, la noche del crimen, de vuelta del Casino o aprovechando la coartada de hallarse en una mesa de juego, fué al castillo en bicicleta, seguramente no por primera vez, usando un medio de locomoción tan discreto. Nadie lo había visto llegar. Asustado por el epílogo de aquella última entrevista, y careciendo de luces la bicicleta nada menos que la noche que más las necesitaba, volvió a pie a las mesas de juego. Allí se le vió hasta la hora de cerrar el Casino. El haber abandonado la bicicleta no le preocupó, pues jamás se le había visto en semejante aparato, sobre todo no se podría suponer que el propietario de un automóvil como el que Calin tenía, regresara a pie. Esto, si se le sorprendía en la ruta. Si Calin hubiese bajado el sillín, sería un criminal avezado, un verdadero delincuente. No lo es, por supuesto, al dejar sus huellas estampadas en la botella y sobre todo en el cristal de la ventana. Inútil resulta el argumento de que las huellas en los dos casos se redujeran a los trazos papilares del pulgar derecho e izquierdo. Ellos son los que apoya el hombre en un esfuerzo de tal naturaleza. Son perfectamente suyas. Y es interesante señalar que la negativa tan persistente del acusado, de que jamás traspasó el umbral del cuarto de la Condesa —cosa que negó desde el primer momento sin que se le dijese que se habían encontrado sus impresiones digitales—, su negativa lo hace más sospechoso aún. ¿Cómo se explica que aparezcan sus trazos si allí jamás entró? Una diabólica casualidad pudo llevar hasta sus manos la botella y dejar estampadas sus improntas. ¿Cómo explicar, en cambio, las huellas en la ventana? Aparecen en el cristal que el asesino necesitó tocar para hacer caer la guillotina y ofrecer el espectáculo truculento de una mujer decapitada. Vaga ilusión de un criminal poco reflexivo. A nadie podrá hacer creer que la ventana, a pesar de su peso, produciría la muerte de una persona. Si buscó esa elegante salida, es porque existen jueces capaces de entrar en el complot y salvar del escándalo a una familia noble, haciendo pasar por accidente lo que es un bárbaro crimen. Si pensó ésto, cosa por cierto muy posible, cometió el error que lo llevará a pudrirse entre rejas. Por último, abandona el medio de locomoción y deja en evidencia el detalle más comprometedor a mi modo de ver: el

sillín altísimo, tan alto que sólo podría andar en esa bicicleta otro hombre de dos metros de altura. ¿Dónde encontrar ese hombre de estatura tan poco frecuente? ¿Quién de los amigos y aún de las relaciones de la víctima, ya se busquen en el medio literario, ya entre la nobleza, tiene dos metros de estatura? El asesino es el que abandonó la bicicleta. Sobre este detalle están de acuerdo mis colegas. Si uno de ellos encuentra a un solo sospechoso de semejante talla, empezaría a dudar. Todos los otros hombres que se suponen festejantes de la Condesa, son de baja estatura. Entre otros, el Barón holandés al que han citado ayer. No se trata, por descontado de un crimen cuyos móviles están en el robo. Se trata de un crimen pasional, de un asesinato con toda la imprudencia de que es capaz un delincuente no avezado, de un hombre que se ve ante el hecho consumado y no atina a guarecerse tras de una coartada de experto. La de dejarse ver la noche del crimen en un Casino, es digna de la peor película norteamericana. A ningún argumentista francés se le ocurriría una salida tan infantil.

Estas palabras más o menos, en estilo de detective, tal vez más estricto fué el informe que elevó Casimiro Kassin. Y fué por este informe que se decretó la prisión preventiva de Pierre Calin, procesándolo por presunción de muerte de la Condesa de Hendebouville, en un momento en que se aseguraba la presidencia de un gabinete trastabillante y que la opinión pública ya creía ver por tierra. Pero fué tan grande la ola que levantó el crimen, el llamado "crimen perfecto", que no bien se estabilizaran los poderes del oficialismo el asesino tenía que aparecer.

La reconstrucción del crimen de la Condesa de Hendebouville no dejaba la menor duda sobre el autor.

Pero Pierre Calin tenía un abogado que, una vez que la política recuperó su "curso normal", podía demostrar la inocencia de su defendido.

X

En Nueva York, el folletín tejido por los semanarios escandalosos, tuvo una repercusión particularísima en el ánimo de la hermana gemela de la Condesa de Hendebouville, la señora Victoria Lextermit Harmon-Pernill. Toda una vida, treinta y tres años de edad, quince de residencia en Estados Unidos, los destinó en cortar

toda vinculación con su patria, dedicándose a contrariar a sus relaciones y posesionarse del estilo de vida americana como una salvación para sobrevivir. De nada le valió su empecinamiento. Su tercer marido, fabricante de heladeras Polo Sur, Walter Harmon-Pernill, le dijo:

—Ha llegado el momento de que tú me prestes un gran servicio, Victoria. Tú sabes que el hijo de Lucile —hablaba de su mujer anterior— quiere conquistar a París.

Victoria ya sabía a dónde iba su marido. Sonrió irónicamente:

—¡Si te adelantas a pensar —dijo fastidiado— no sigo! ... Bien ... —prosiguió el fabricante de las Polo Sur—. Yo no sé dejar pasar una oportunidad. Mis colegas, mis socios, me lo reprocharían. Ya se habló en el directorio de la fábrica. Debo imponer nuestra marca en París. Dentro de poco se abrirá el Palais des Arts Menagers. Allí deben aparecer mis aparatos.

—Y tu hijo —agregó Victoria— aprovechará para lanzar sus partituras ... ¿No es eso?

—Sí, es eso ... Mejor dicho, el éxito de mi hijo, me servirá para que la firma Harmon and Company, suene ... suene más en Francia —mentía Mr. Harmon.

—¡Imagínate —rápidamente replicó Victoria— si agregamos la noticia de la llegada a París de la hermana gemela de la Condesa de Hendebouville, nada menos que mujer del gran fabricante de heladeras Polo Sur!

A pesar de la vivacidad de Mr. Harmon, se sorprendió de las palabras de su mujer. A fin de cuentas era una francesa, vale decir una persona inteligente, bella, noble, agradable, sociable, pero jamás podría ser una "femme d'affaire". No la podía ver dotada de sentido comercial. Esa postura la creía inconveniente para un hombre como él, que había elegido a la más inútil de las mujeres, a la muñeca de lujo, sintiéndose completamente feliz de tener tal animalito a su lado. Un triunfador como él no debía verla de otra manera.

Pero está visto que los americanos nunca entenderán a las francesas. Victoria se sentía nacer repentinamente para la publicidad. Pero nacía con un impulso tan grande que por más que Míster Harmon se lo propusiera, no alcanzaría a imaginar lo que es capaz una mujer francesa resuelta a abochornar a un comerciante yanqui.

—Como darme asco —dijo Victoria—, me da tanto asco que

no puedo buscar una comparación... Pero, ¡cuidado conmigo Walter!... Mira que así como salí de París dando bofetadas a los nobles, puedo...

Míster Harmon le tenía miedo. Ella había divorciado dos veces y no de pobres diablos. A pesar de su propósito, de los consejos y directivas de sus socios, le entró pánico. El era rubio, más bien bajo, de rostro chato, atlético, carente de agilidad mental, saludable físicamente, pero de mentalidad torturada por los números.

—Te acompañaré a París... Nos asaltarán los periodistas y los fotógrafos. Soy capaz de vestirme como una condesa parisiense, solamente para que se me confunda con mi hermana asesinada. Ya verás el resultado de la propaganda. ¡Gracias a mí impondrás tus heladeras y el hijo de tu Lucile tocará ante públicos inmensos!

Míster Harmon era insensible al humor. Ella dábale tiempo para reaccionar, pero su actual marido americano, como los anteriores, no hacía el más leve comentario.

—Además, Walter, yo creo en la inocencia de Pierre.

Míster Harmon la miró extrañado. No sabía a quién se refería.

—Pierre... Pierre Calin, el asesino —dijo Victoria.

—¿El asesino? —exclamó míster Harmon con un tono interrogativo muy particular—. ¡Ah, el asesino!

A míster Harmon volvió a entrarle miedo. La sola mención de que en el negocio iba a entrar un asesino, fuese inocente o no, le puso las carnes de gallina. Nada le gustó la referencia al hombre que ultimara a la hermana de su mujer. Daba por descontado de que Calin era el asesino, y, a pesar de ser muy democrático, no le habría gustado nada que el asesino resultase alguno de la nobleza. Mucho más lógico que se tratase de un burgués y más aún de una persona con una estatura tan poco simpática. Detestaba a los hombres altos y jamás habría hecho negocios con gente de una talla dudosa. Para comerciar prefería los de baja altura...

—Muerta mi hermana me siento libre, Walter —declaró Victoria—. Tan libre que comprendo mucho mejor a tus hermanas...

Volvió míster Harmon a mirarla desconcertado.

—No me mires así, sin aceptar lo que digo —gritó Victoria.

—¡Ya sabes que no tengo hermanas, mujer! ¿A qué esa invención?...

Victoria estaba habituada a las inocentadas de aquel atlético lobo de los negocios. Prosiguió, burlona:

—Comprendo mucho mejor a las mujeres americanas, hermanas de Wáshington, de Lincoln... Mujeres que son un ejemplo para el mundo...

Míster Harmon se irguió un tanto porque era sensible a los hombres de la historia, a las canciones patrióticas, a las cifras de los negocios y a las de las estadísticas, y a nada más...

—Hasta la muerte de mi infortunada María Cristina me he sentido como en una prisión. No me dejaba vivir... ¡Ahora, es otra cosa, será otra cosa!

Míster Harmon Pernill no reparó en los arreglos que Victoria se hizo para parecerse más aún a su hermana desaparecida. El corte de pelo se acomodaba a las últimas fotografías de la Condesa que publicaron las revistas.

María Cristina no aprobó nunca las excentricidades de su hermana. La creía deshumanizada, enloquecida por el alcohol o trastornada por los millones. Se escribieron diez cartas en los quince años de separación. Por lo general para Navidad o cuando Victoria cambiaba de nombre, vale decir, de marido. Pero fué la última carta de la señora Harmon-Pernill la que cortó definitivamente las relaciones. Se negó a conceder un préstamo en dólares a su melliza que en Francia mantenía penosamente la tradición familiar. Victoria respondió en inglés. Y fué esta forma la que echó por tierra para siempre la fraternidad.

Victoria y María Cristina se odiaban. No había otra razón que la de ser gemelas. Una quería anular a la otra. Ahora, un amigo de la infancia, Pierre Calin, borraba del abolengo a la Condesa de Hendebouville.

Mrs. Harmon-Pernill ensayaba parecerse en todo lo posible a su hermana asesinada. No tuvo escrúpulos en enterarle al *coiffeur* de su propósito. Le proporcionó una foto recortada de "Radar", donde se le veía muy bien.

Salió de la peluquería muy contenta. Podía ser la Condesa de Hendebouville en cualquier momento. Un título, un presente que ninguna de las mujeres americanas, de las quinientas millonarias como ella, podría recibir, y, menos aún, renunciar a él.

Y se embarcaron en el "Ile de France" rumbo a Francia.

En todos los barcos hay un periodista americano que parece un espía, pero que no lo es. El periodista lleva máquina fotográfica y la emplea a diestra y siniestra. Esas fotos aparecen después

en los diarios y el pasajero se ve en la necesidad de recordar al sujeto.

Esto sucedió en aquel memorable viaje de la gemela de la Condesa asesinada.

Al desembarcar subieron a bordo los repórteres para entrevistar a los pasajeros notables. Un político francés que regresaba luego de "conversaciones satisfactorias", un industrial que figuraría en el *Grand Palais* en la muestra de *Arts et Menagers*... Abundaron las fotografías, las declaraciones, las palabras entrecortadas, los tartamudeos y, al fin, entregando el político sus declaraciones, el industrial sus saludos, la actriz autógrafos y el escritor sus majaderías, los repórteres tomaban rumbo a París y entregaban sus trabajos que salían, muchas veces, traspapelados. El saludo de Míster Harmon de la *Polo Sur,* fué atribuído a un escritor de Los Angeles. Las declaraciones del escritor las pusieron en boca del industrial y las palabras del hombre de Estado no se dieron a la estampa. En pocas horas los acontecimientos políticos habían cambiado. Ya de nada servían las declaraciones del hombre público. Pero las columnas destinadas a las fotografías de Victoria, de Mrs. Victoria Harmon-Pernill, no se alteraron. Las planas aguardaban como bocas abiertas dispuestas al mordisco, los retratos de la mujer francesa más rica de los Estados Unidos, hermana gemela de la Condesa de Hendebouville, cuyo matador negaba su crimen y daba pretexto para que el abogado Paul Moulin-de-la-Chasse hiciese una de las más sensacionales defensas de los últimos tiempos.

Mrs. Harmon-Pernill visitó al ilutre abogado. No por azar se hallaba en su bureau el Inspector Supernille.

La señora Harmon-Pernill entró en el despacho del abogado con una desenvoltura nada francesa. Se la podía tratar "a la yanqui" y el Inspector, para dar mayor crédito a su oficio, debió quedarse sentado y con el sombrero puesto. Pero era francés, vale decir susceptible a la belleza y se inclinó como ante la Condesa resucitada. El abogado —se contaba entre los amigos del *Château de Hendebouville*— tuvo una fuerte impresión al verla entrar. Ella lo notó y tendiéndole la mano, le dijo:

—Comprendo que para usted es un sensible recuerdo.

El *maître* de-la-Chasse miró a Supernille y se lo presentó rápidamente.

—La tesis del Inspector favorece notablemente mi punto de vista en la defensa.

Mrs. Harmon-Pernill sabía que el detective no estaba conforme con la orientación de las pesquisas y que creía seriamente en la inocencia del acusado.

Habló del viaje, de su prolongada ausencia, del transatlántico que honra a la marina francesa, de los propósitos que la traían y terminó por ponerse a las órdenes del abogado para salvar a Pierre Calin.

El abogado la dejó hablar porque paulatinamente aquella falsa señora yanqui, pasó a ser una simpática y hermosa señora francesa, sencilla, agradable, francota.

Pero a Supernille no le cayó en gracia. No había abierto la boca hasta el momento en que la gemela de la Condesa de Hendebouville se puso a disposición de los investigadores dándoles las señas, es decir, el número del departamento que ocupaba en el Hotel Gorge V.

Fué entonces cuando el Inspector se atrevió a dar su opinión:

—Lamentamos mucho, señora —dijo con voz sardónica—, que usted no tuviese un poco de prudencia en anunciarnos su arribo. Habría sido muy útil.

La señora lo miró con mirada de dama yanqui.

Sin inmutarse, prosiguió Supernille:

—Yo tenía un plan... Y era aprovecharnos para probar a determinados sujetos que ignoran su existencia, señora...

—¿Qué quiere usted insinuar? —preguntó Mrs. Harmon-Pernill.

—Quiero decirle que si su llegada hubiese pasado inadvertida, yo pensaba colocar a más de uno sindicado como asesino o... ladrón fracasado, para impresionarlos con su presencia.

La señora quedó un tanto confundida.

—Sencillamente, aprovechar de su extraordinario parecido para impresionar al criminal y hacerlo pasar un mal rato... Tal vez dar con él, más fácilmente.

—¿Aprovecharse de mi persona? —protestó la señora.

El abogado quiso intervenir para aclarar.

—Desde luego —insistió el Inspector—. ¿No quiere acaso que se ponga en claro el crimen?

—Por cierto..., pero no sirviéndose de mi parecido... ¡Perdone, pero esto me resulta una mala película yanqui, señor!

—¡Sí. mala o buena película yanqui, habría sido muy útil su

presencia en Francia, sin esa publicidad desmesurada! —se animó a criticar Supernille.

—Soy libre de hacer lo que me da la gana —respondió la señora Harmon-Pernill estirando la mano al abogado con un gesto de fastidio. Se disponía a marcharse, intempestivamente.

—Bastaba con postergar la publicidad de las heladeras *Polo Sur* —dijo fastidiado el Inspector—. Por lo menos, por unos días...

Una sonrisa muy parisiense tajeó los labios del Inspector.

—No viajo tan solo por la muerte de mi hermana... Vengo por negocios. Mi propósito principal es ayudar al abogado para defender al señor Calin. Esto es todo.

—Es una lástima —respondió el Inspector agrandando su sonrisa hasta tranquilizar al abogado de que la sangre no llegaría al río—. Es una lástica porque es un asunto que bien vale una buena película de Hollywood... ¿No le parece *maître*?

—No vamos a encarar las cosas así... Inspector. La señora quiere que se esclarezca el crimen para evitar una injusta condena. Salvar a Calin es su interés como el mío —respondió el abogado.

—En eso estamos, *maître*. Pero yo lamento que tanta gente le esté sacando partido a un asesinato como el que tenemos entre manos. Primero fué la política que exigió distraer la atención pública. ¿Recuerda usted, *maître*? Y, ahora...

—No insinuará que quiero sacar provecho... ¡Yo no voy a heredar, señor Inspector!... Y permítame que me retire, porque mi marido me está esperando y no tengo derecho a hacer esperar a nadie. Soy puntal y no estoy acostumbrada a perder el tiempo. Ya saben mis señas. ¡Hasta la vista, *maître* de-la-Chasse!

Se inclinó a saludar al Inspector que se separaba un tanto para darle paso. Inclinándose gentilmente, él le dijo:

—No estuvo en mi ánimo entrometerme... Pero en estos momentos en que se quiere condenar a un inocente, muevo todos los resortes, señora, no dejo un solo gozne sin hacerlo jugar...

—Ok, Ok!... —le respondió con marcado acento neoyorquino—. Good Bye!...

A pesar de la brusquedad de sus modales con los que reprochaba al Inspector, la señora le tendió la mano con la intención de decirle algo cáustico en el instante de despedirse.

El Inpector, que no tenía amor propio y sabía el paño que cortaba, no dejó escapar la oportunidad:

—¿Usted cree, señora, que el acusado estaba enamorado de su hermana?

La pregunta pretendía borrar el encontronazo. Y así fué. La veleidosa franco-yanqui no quiso dejar pasar la oportunidad de darse importancia. Había hecho aquella visita para ser el eje de las investigaciones y no podía marcharse como si se tratara de un vulgar testimonio.

Miró al señor Supernille con ojos de policía, colocándose de igual a igual.

—¿Qué papel juega el amor en estos casos? —preguntó a su vez.

—Un gran papel, señora. Estamos en un crimen pasional. ¿No le parece a usted? ¿Qué opina, señora?

No le disgustaba que el móvil de la muerte de su hermana fuese considerado así. Un robo habría resultado bochornoso, inferiorizante.

—Mi hermana no creo que desatase pasiones irrefrenables —se dirigía al abogado. desdeñando al Inspector al exponer delicados puntos de vista.

—Calin frecuenta el castillo desde su niñez. Es posible que se hubiese enamorado de María Cristina —miró al Inspector—. Pero no a ese punto, al punto de matar. Los hombres de su condición no se exponen a tanto...

—Y ¿una venganza, señora? ... —preguntó con modestia Supernille—. ¡Era tan bella!

La señora Harmon-Pernill movió de un lado a otro la cabeza. Sentíase sinceramente satisfecha de ser interrogada en tal forma, de que se le pidiese opinión sobre un aspecto tan delicado. Contestó con presunta autoridad de médico psiquiatra:

—Las venganzas sí... pueden llegar al crimen. Nosotros fuimos siempre muy desdeñosas. No tanto yo, ¿eh?... porque supe liberarme..., pero mi hermana, sí. Orgullosa de su título, producía reacciones desagradables... —hizo gestos y ademanes de continuar pensando y de que no se le interrumpiese:

—Tal vez si el móvil se atribuye a una venganza, llegarían a conclusiones interesantes.

—¿Y deudas, señora? —preguntó el abogado.

—¿Deudas?... Ya nadie mata por deudas —respondió segura de lo que decía.

—Si el señor Calin estaba enamorado de la Condesa —dijo el Inspector— podía haber un rival.

—Por ese camino anda bien —opinó la señora Harmon-Pernill—. Un rival, quizás.

Ambos hicieron silencio.

—Mi hermana no estaba hecha para el amor, pero bien pudo alguien enamorarse de ella y matarla. La atmósfera del *château* no fué nunca clara . . .

—Y sus relaciones con el Conde, señora . . . ¿Qué opinión tiene usted de las relaciones de los dueños del *château?* . . .

El Inspector preguntaba porque a M. de-la-Chasse le quedaba mal meterse en esos temas que para él resultarían chismes ordinarios del castillo.

—El Conde de Hendebouville es . . . —iba a ser terminante, iba a largar una de las frases que estampó en una carta desde Nueva York y que terminaron con las relaciones epistolares. Pero se contuvo. Debía definir al Conde con benevolencia— es un hombre frío, serio, seco —dijo—; en fin, no era un hombre para María Cristina. Y por eso se llevaban tan bien.

Mirando al abogado, pues él sí que entendería sus palabras, continuó sonriente:

—Cuando hay pasiones por medio, entran los grandes tormentos y hay que separarse.

El señor de-la-Chasse estaba interiorizado de los divorcios de la millonaria franco-yanqui. Sonrió amablemente como subrayando sus palabras.

—El Conde es una excelente persona . . ., tendré que hacerle una visita de duelo —dijo fríamente.

—El señor Calin hace mal en negar su inclinación hacia la belleza de la víctima. No podía serle indiferente. ¡Al lado de una mujer como la Condesa, ningún hombre puede pasar indiferente!

Estas palabras al parecer dichas sin tener en cuenta que Victoria era hermana gemela, podían pasar como una distracción del Inspector.

—Gracias —dijo la señora Harmon-Pernill rápidamente—, pero no es para tanto . . .

—¡Ah! . . . ¡Oh! . . . Bueno . . . —exclamó el señor Supernille mirando al abogado como si le pidiese ayuda—. Le hablo por el recuerdo que tenemos de la señora Condesa . . . Analizando las inclinaciones de Calin hacia ella . . . Usted sabe que las niega y un her-

mano del señor Calin asegura lo contrario . . ., sin acusarle, desde luego, pero asegurando que su hermano tenía una debilidad inconfesada . . . por la Condesa.

—Es posible . . . —dijo Victoria, y mirando al abogado, satisfecha de la galantería del Inspector, agregó. tendiéndole la mano—: Ya sabe que quiero una entrevista con Pierre . . .

El señor de-la-Chasse le besó la mano. Ella sintió un extraño temblor, como si alcanzase una sensación olvidada.

Se inclinó sin besarle la mano, el señor Supernille.

Y salió a la americana, rápidamente, dirigiéndose en voz alta a la secretaria del abogado para que tratase de que su chófer acercara el coche, pues debía haber estacionado lejos de la puerta de calle.

En el Faubourg Saint-Honore no era fácil *parquear* a esas horas. No tenía ganas de caminar hasta la Avenida Roche. El Octavo Arrondissement era fatal para hacer visitas en automóvil en horas de la tarde.

Al recordar este detalle empezó a sentirse muy parisiense.

Y, le pareció delicioso, volver a los secretos de París, recuperar lo que había perdido en Nueva York.

XI

El abogado Paul Moulin-de-la-Chasse miró fijamente al Inspector con la gravedad de su papel de defensor. Moulin-de-la-Chasse vestía de negro, era un hombre de sesenta años, circunspecto, atildado. Pareciera que mirase desde un escenario como si se colocara, al monologar, tras de un cortinado de felpa. Era hombre de asomarse, apenas, y desaparecer. Tal sensación se sentía al verle por vez primera.

No tenía amigos *maître* de-la-Chasse. Mejor dicho, tenía muchos enemigos. Ya había dejado de ser un candidato para ciertas damas amantes de las celebridades del Foro. No obstante, con su aire de viudo para alianzas por razón, *maître* de-la-Chasse tenía éxito con las mujeres. Lo hacía creer, lo que es casi lo mismo. Porque esa reputación se tiene muchas veces sin disfrutarla. Es más cómodo . . . Resulta muy difícil la comprobación de las aventuras.

El abogado, como si se asomara corriendo un cortinado tras del

cual estuvo oculto durante la visita de la franco-yanqui, puso en antecedentes al Inspector de quién era la hermana gemela de la condesa asesinada.

—Desde niñas se odiaron —dijo dramáticamente el abogado—. Quizás la palabra odio sea poco. Los niños son crueles por naturaleza. En este caso la crueldad fué cultivada por los padres. Apoyaba a Victoria, el padre, que ha impreso de ella un carácter que no acabo de definir... La madre se puso de parte de María Cristina y la casó apaciblemente con el Conde de Hendebouville. Victoria se supone que no vino para la boda, porque el mismo día de formalizarse el compromiso, su padre, contra la voluntad de todos, la mandó a los Estados Unidos. Se comentó mucho aquella huída tan intempestiva. Hasta se dijo que ambas muchachas estaban enamoradas del mismo hombre. Cosa que dudo mucho, por la indiferencia que ha manifestado por el Conde...

—Yo pienso lo contrario —interrumpió el Inspector—. La definición que dió del Conde, es para despistar sus sentimientos.

—No creo en esas habilidades... No. Victoria no estaba enamorada ni pretendía al Conde. Le odiaba a la par que odiaba a su hermana. Comprendiendo que podían pasar cosas muy graves... el padre la embarcó para los Estados Unidos, dirigida a un célebre médico psicoanalista que estudiaba el caso de las mellizas bajo una faz científica. Se trataba de un amigo de la familia, de manera que al alejarla de Francia nadie sospechaba que era para someterla a un tratamiento. El padre alejaba a la hija porque le temía. En la batalla desencadenada durante la adolescencia pasaron cosas inenarrables. Parecen historias clínicas. Caín y Abel, en atmósfera morbosa de un París de nobles en franca bancarrota. Algún día le contaré detalles que espeluznan. Los niños mimados resultan monstruos, porque es monstruoso deformar a la infancia en el terreno afectivo. Por las caricias, se puede hacer de un gato o de un perro un animal de tal degradación que sólo la psiquiatría no rechaza su estudio. El padre hizo un monstruo de Victoria cuando la enfrentaba a María Cristina a la edad de quince años. Perro y gato colocados frente a frente. La sorda rivalidad fué creciendo. El padre hizo viajar a Victoria antes de que ésta llegase a ejecutar una siniestra venganza. Imagínese usted que había urdido una trama para suplantar a su hermana la noche de la boda, encerrando a María Cristina. ¡En París hay quienes creen que llegó a hacerlo con el consentimiento del padre y que el viaje fué para despistar!...

¡Figúrese usted! cuando la embarcó para los Estados Unidos se había consumado el hecho. A Victoria ya se le conocía un amante. En cambio María Cristina era pura.

—¡Vaya historia! —dijo el Inspector interesado en el folletín.

—Daría materia para un estudio psiquiátrico. Eso es lo que se cuenta... Y tengo entendido que, a pesar de vivir separadas, a una distancia considerable, la una estaba perfectamente enterada de la vida de la otra. No son más que versiones antojadizas, pero nunca hay que descartarlas. Victoria, no bien muere su padre, luego de un tratamiento en la clínica de Nueva York, se casa por primera vez con un banquero alcoholista. Muere la madre de las gemelas pocos días después del marido, de un ataque al corazón. Las hermanas no se ven ni para guardar duelo. Y es entonces que empieza la carrera desenfrenada de esta señora, ¡casándose y divorciándose tres veces! Los dos últimos maridos la abandonaron, dejándole propiedades y títulos que la fueron transformando en una potencia... Se casa con Harmon-Pernill, doblando la fortuna cuantiosa del fabricante de neveras. Mientras la desdichada María Cristina simula una vida conyugal que está lejos de ser feliz, pasa dificultades muy grandes y olvida a su hermana, a la que seguramente veía como un fantasma a la distancia. Al parecer le pide ayuda, un préstamo. Quizás a instancias del Conde. Victoria se lo niega y empieza a hablarle por teléfono desde Nueva York para molestarla con insultos y amenazas. María Cristina anda de un ambiente a otro. Anda con intelectuales, frecuenta nobles, es amiga de comerciantes belgas y holandeses, se distrae con un poco de tristeza y termina sus días, si no pobre, modestamente francesa, estrangulada por un desconocido.

El señor Supernille bajó la vista. La tenía demasiado clavada en los ojos del abogado, encendidos por el relato. Pensaba: "¡Cuánta cosa sabes tú que yo ignoro de esta gentecita! ¡Cuánto debes saber y qué fácil me sería a mí descubrir al criminal si fueses más explícito!"...

Maître de-la-Chasse que había hablado con énfasis como si cubriese un papel en la escena, continuó:

—Quizás deba contar estas cosas en la defensa... para impresionar al jurado. En esta danza macabra, Pierre Calin era una marioneta. Vendía alhajas a Victoria, espléndidas joyas... Hay quien dice que especulaba contándole que acababa de hacer una semejante para María Cristina. Aprovechaba de los celos. Pero

cuando Victoria recibió el pedido de préstamo, comprendió que no era cierto que su hermana vivía cubierta de brillantes. Y Victoria, que vencía materialmente, ya no sabía qué hacer para maltratar a su hermana, cómo podía ofenderla . . .

—Y . . . ¿le hizo alguna otra trapisonda . . . a la distancia? —preguntó el Inspector.

—Sí, invitó a Calin a viajar a los Estados Unidos. Calin desapareció, pero dijo que iba a Egipto con la *mannequín*. María Cristina tenía postales remitidas por Calin desde El Cairo. Viajó en barco, hace dos inviernos. Victoria mandó a María Cristina una fotografía en la que aparecían Pierre Calin y ella, en un cabaret de Nueva York. María Cristina murió creyendo que era un truco . . . Hay quien dice que Calin tomó un avión y fué a Nueva York . . . ¡Y que también estuvo en El Cairo. desde donde habló por teléfono con María Cristina y el Conde para despistarlos! Algo sencillamente diabólico. Como usted comprenderá Pierre Calin era un instrumento de ambas mujeres. Estas peripecias nunca llegaron a oídos de los artistas, de los intelectuales que, en cierto sentido, purificaban la vida de María Cristina.

Se hizo un silencio muy embarazoso. El abogado preguntó, al final:

—¿Cree usted que Calin es el asesino?

—¿Cree usted que si lo creyese . . . iba a seguir trabajando?

La respuesta era ofensiva para el abogado. Tosió éste, se ocultó un momento detrás del imaginario cortinado y pasándose las manos por la cara como si se la lavara, dijo:

—Yo no le oculto nada. No quiero que usted sea prudente conmigo. ¿Dónde puede estar la pista? ¿En el terreno pasional? ¿En el de venganzas? ¿En el de robo? ¡Dónde! . . . Porque yo no creo que sea Calin el asesino. A pesar de huellas digitales y bicicletas con el sillín por las nubes . . .

—Por cierto, por cierto . . . ¡Son esas huellas y ese sillín . . . tan bien montados, los datos que me inquietan!

El abogado esperó alguna conclusión del Inspector. Y la obtuvo:

—Para mí, no hay otro trabajo que buscar entre los inventores . . . Será difícil, pero es entre gente de invenciones . . . de descubrimientos de ese orden que hay que buscar el autor material del hecho. Esto es algo muy nuevo . . .

—De acuerdo . . . pero, ¿quién la mandó matar? ¿Para qué la mataron? ¿Qué representaba esa mujer para el matador?

—*Maître* de-la-Chasse —dijo el Inspector—. Déjeme usted pensar en esos dos monstruos de belleza tan espléndida... ¿Quién le dice que han asesinado a Victoria y no a María Cristina?

—Está usted loco —respondió el abogado.

—Usted me ha enloquecido —contestó el Inspector.

Le dió la mano y salió despacio, lentamente, como un francés que medita.

XII

Al salir del George V el tapado de visón de la señora Mrs. Harmon-Pernill, dejó comentarios flotando en el hall, donde burgueses de tres por cuatro, pululaban buscando encandilarse con el brillo de magnates y de estrellas. Llamando en voz alta a Gastón, su chófer, con un acento americano que irritaba a sus compatriotas, la señora Harmon-Pernill miraba a diestra y siniestra porque sospechaba que varios fotógrafos seguían sus pasos como a las estrellas de cine.

No se equivocaba. El fabricante de heladeras *Polo Sur*, los tenía a sueldo. Un fotógrafo para la mañana, otro para la tarde, ocupados en documentar sus andanzas. A veces, ellos necesitaban una seña convenida para aplicar sus lentes. Otras veces, se excedían y tomaban fotografías de la millonaria franco-americana allí donde menos se pensaba.

Solía salir sola para causar más sensación. Y no sabía dónde ir porque algunas puertas se le habían cerrado. Daba paseos por los barrios latino y existencialista como una buscona difícil de conformar.

La tarde de la inauguración del Salón de Arts Menagers, salió del hotel dejando una estela de perfume y una cola de comentarios. Atravesó el hall del hotel a esa hora en que regresan los sudamericanos a dormir la siesta; los españoles de difícil digestión; los actores y las actrices que necesitan reposo luego de las comidas, y aquellos que vagan de hall en hall, del *George V* al *Príncipe de Gales*, de éste a *Fouquets* y de allí a Chez *Alexandre*. Cumplida la égira del desocupado con millones, los hoteles guardan calma aparente. Y, en ese momento el hall del George V merecía ser tomado en cuenta. La señora Harmon-Pernill lo atravesó espectacularmente. Tenía tiempo para dar una vuelta por Champs Elysées antes de cumplir con

la cita del peinador que se complacía en perfeccionar su parecido con la Condesa asesinada.

Era una sensación bastante difícil de sobrellevar aquella de ser observada, medida, ponderada, comparada . . .

Al salir desconfió de un fotógrafo que supuso de *Match*, por los modales, y por las oportunidades que elegía para imprimir sus placas.

El Packard de Mr. Harmon-Pernill la devoró como un monstruo. Y arrancó seguido del fotógrafo en un coche pequeño.

Victoria sonreía. Jamás soñó con una popularidad semejante. Por un lado, era la mujer asesinada que recorre las calles para ser devorada por las cámaras fotográficas. Por el otro, la mujer del poderoso americano, "el industrial más simpático de Nueva York".

Al entrar en Champs Elysées creyó ver a un amigo de Nueva York, un francés con el que iniciara una aventura muy sabrosa. Iba a hacer detener el coche pero pensó en la imprudencia que significaba con la nube de fotógrafos que tenía a sus espaldas. Como lloviznaba suavemente, el tráfico se hacía lento. Ordenó a Gastón que bajara en dirección al *Rond Point*. Al acercarse a la calle *Berry*, como una muchacha recién llegada buscó algún rostro de otros tiempos. En una esquina un andrajoso pobre diablo cargaba un pesado letrero anunciando un film francés desconocido para ella. Le impresionó aquel sistema de anuncios porque el hombre llevaba el cartel invertido. Había que esforzarse para leer lo que decía. Pero nadie osaba acercarse al infeliz para decirle que marchaba con su cartel al revés.

"¿Lo llevará ex profeso, invertido? . . . ¡Sí, sí . . . lo lleva invertido para producir curiosidad! ¡Qué ingenioso! . . . ¡He ahí una manera de avisar que llama la atención! Parece mentira que a los americanos no se les haya ocurrido antes . . ."

Sin embargo, al regresar, pues le ordenó que girase en torno al Obelisco y volvieran hacia *l'Etoile*, nuevamente vió al infeliz mortal detenido junto a la boca del Metro, bajo la garúa, con su cartel patas para arriba.

—Gastón —le preguntó al chófer bajando los cristales— ¿es para llamar la atención que lleva el *affiche* invertido?

—¡No, señora! . . . —respondió el chófer que había visto el anuncio del cine—. Si los patronos lo ven, no le van a pagar el día . . . ¡Pobre tipo!

—Pare, pare —gritó la señora Harmon-Pernill.

Gastón detuvo el coche. Y la señora bajó sin decir esta boca es mía, atropelladamente. Se acercó al hombre. Le habló casi al oído... ¡Qué fotografía magnífica!: Mrs. Harmon-Pernill, en Champs Elysées, la gemela de la Condesa asesinada, advierte a un hombre sandwich que lleva el anuncio al revés. Llena de dólares la bolsa vacía del infortunado, etcétera.

No podía ser otro el epígrafe en una revista ilustrada.

Dos semanas después, en el *coiffeur* de la calle Matignon, Mrs. Harmon-Pernill veía la foto que le habían sacado los fotógrafos junto al hombre con el *affiche* al revés.

Pero cerró con asco la revista porque el muy estúpido de su marido había cometido la torpeza de decirle que los fotógrafos de París eran una sarta de ladrones. Habían intentado robarle y hasta hacerle un chantaje con las fotografías tomadas a su mujer en lugares comprometedores precisamente por indicación suya. Fué la cólera que le produjo este "abuso de confianza" lo que echó por tierra la delicada ocurrencia de documentar el viaje con instantáneas, para poder brindárselas al regresar a los Estados Unidos en un álbum con cantos de oro...

Los maridos cuando se exceden en este tipo de galantería, corren el riesgo de no agradar a sus mujeres. Mr. Harmon-Pernill pensaba siempre bien de su esposa.

—¡Hubiese preferido que me mandasen sacar las fotos por celos y no para la publicidad! —gritó enfurecida.

—¿Celos? ¡No seas estúpida! No tengo tiempo para celarte. Yo soy un hombre de negocios no un conquistador de mujeres. ¡También le puse un fotógrafo a mi hijo, sin que él lo supiese, para brindarle un regalo de sus andanzas en París!

Al llegar a este punto el americano de tentaculares medios de publicidad, debió callarse y hacer un gesto de desagrado.

—Y ¿qué? ¿Le sacaron muy lindas fotografías a tu cordero lunático? —preguntó con tono burlón.

—Sí, tantos retratos le sacaron que los negativos de las fotos, tomadas en *La Reine Blanche* me van a costar muchos miles para evitar el escándalo. Mi hijo anda con una gentecita que... ¡que no me gustan las amistades de mi hijo!

Victoria no tuvo tiempo de hacer una pregunta más. El americano dió un portazo y salió hecho una furia.

debe ser: ambiguas

Le habían preparado un hábil chantaje aprovechándose de las amistades antiguas del joven compositor de Filadelfia.

La publicidad es un arma bastante difícil de manejar.

XIII

Mrs. Harmon-Pernill iba a respirar a gusto. Inaugurada la Exposición de "Artes y Menajes", dispuestas las sucursales de la firma, tomado el pulso de París sobre los efectos de la propaganda escandalosa, el fabricante habló de regresar a Nueva York.

A Victoria comenzaba a gustarle París. "Otra vez París, París todavía" decíase a cada rato en voz alta, delante de la criada y para que el chófer la oyese.

El señor Harmon-Pernill había salido en forma intempestiva del George V cuando Victoria le dijo algo que le puso los pelos de punta.

—Ahora que sé cuál es el perfume que gastaba mi pérfida hermana, iré a ver al Conde... Usaba Fleur de Rocaille.

Mister Harmon-Pernill la miró como taladrándola. El tenía cierto poder, un extraño poder más bien, sobre aquella muñeca de lujo. Pero ese día sintió, como en otras oportunidades en Nueva York, que su influencia se desvanecía ante la risita irritante y francesa de su mujer.

—Deberíamos volver, Victoria —dijo con calma—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

—Sí, tenemos que hacer. Tus negocios, Walter, han terminado. Pueden empezar los míos... ¿No te parece?

—El doctor... tu médico te dió permiso por un mes a lo sumo —le dijo.

—Los médicos yanquis saben mucho allá... Aquí, saben los médicos franceses, mi querido.

Mister Harmon-Pernill agotado por los negocios, acorralado por los fotógrafos de su hijo cuyo inminente *debut* como compositor moderno podía derivar en un estruendoso escándalo, no titubeó mucho y tomó el primer avión para Nueva York.

Ni su actual mujer ni su hijo le pidieron que se quedara.

Lucile, la madre del genio musical le habló varias veces por teléfono pidiéndole que regresara y se trajese al muchacho.

Voló solo, como un magnate, haciendo cuentas, sumando, res-

tando, dividiendo, multiplicando. Sobre todo multiplicando, hasta que el aparato aterrizó en Nueva York.

Perfumada en las mismas esencias que su difunta hermana, Victoria se preparaba para visitar el *château* maldito.

Por primera vez en su vida, sentíase libre. Libre del médico que la asistía en los Estados Unidos, libre de su marido, libre de su hermana gemela.

Quería entregarse a las conquistas que en París ... —decía a los domésticos y a los amigos ocasionales— "a las conquistas que en París cuestan poco o no cuestan nada". La frase era de Pablo Picasso.

No siempre a los millonarios les vienen estos ataques. Victoria era millonaria, pero francesa.

XIV

Como se anunció la visita de Victoria para la tarde, el portalón estaba abierto y el viejo Bonot y su hermano, querían ser de los primeros en ver a aquella mujer que repetiría en los muros centenarios la figura fascinante de la Condesa. La aguardaban ansiosos. También Morand, el garagista. El hermano de Bonot, el guardián del Museo Ornitológico de Elbeuf. sonreía nervioso. Sólo Rosa se resistía "a ver a la señora", porque suponía que era una exageración decir que se parecían como una gota de agua a otra gota de agua. Además, ella no podía creer que había en el mundo otra mujer como la Condesa desaparecida. Por último, temía recibir una fuerte impresión.

—Parece que sólo se le distingue en la voz. Habla diferente. —dijo Morand que le habían dicho unos turistas a los que no conocía y que habían estado detenidos ante el castillo el día antes.

Siempre andaba alguien que podía ser o no pesquisante, rodeando el *château*. Entre los curiosos entabló conversación con uno que se dijo escritor, cuyo nombre desconocía pero que había visto una tarde salir hacia Deauville con los Borjac. Con ese personaje era el único con el que había hablado. Le respondió a más de una pregunta que le hizo. También Morand podía opinar. Sobre todo después de la declaración a que le sometió la policía. Por lo que aquella gente le preguntara pudo sacar más de una conclusión. El único personaje tolerable resultó el escritor. Algunos curiosos lo miraban como a un asesino en libertad ...

Morand quería verla pasar. Ya estaba enterado que vendría en un Packard. Echando una mirada al estante de los repuestos ni un solo tornillo podía ofrecer para aquella marca destinada a los millonarios. Era una lástima.

Con el hermano de Bonot se situaron inteligentemente en el *bistrót* para verla pasar.

Y pasó Victoria espectacularmente por el trecho de carretera que rodeaba al castillo y la pudieron descubrir tras los cristales con la mano enguantada apoyada en la ventanilla.

Era evidentemente la Condesa, pero más brillante aún, como aureolada por gasas invisibles, con un fuego en la mirada que todos pudieron disfrutar al inclinarse ella hacia adelante para mirar los negros hierros de la verja.

Bonot se quitó el sombrero. Al pasar la Condesa se llevó la diestra al ala del sombrerazo que gastaba y se mantuvo con la calva al aire, al aire frío del otoño que trajo al castillo, con las hojas doradas de los robles, la impresionante visita.

Al pie de la escalinata la aguardaba el Conde de Hendebouville. Enlutado, sombrío y solemne, dió unos pasos hasta el automóvil. Ella bajó arrogante. Al lado del Conde, casi de su misma estatura, ofrecía la repetición de tantas escenas desarrolladas en esa misma escalinata cuando el matrimonio recogía la admiración de nobles y plebeyos.

El Conde no sabía si adelantarse a besarla en una y otra mejilla o bajar la frente hasta las manos de la cuñada y besarlas ceremoniosamente.

Hizo ambas cosas, pero invirtió los términos. Primero lo familiar, lo afectuoso. Luego, lo ritual, lo que exige el trato.

—Mon cher —dijo Victoria en francés.

Pero no había respondido el Conde cuando ella agregó en un inglés un tanto deficiente, pero intencionado:

—Places change more than people faces.

El Conde hizo un gesto breve para hacerla subir la escalinata. La había esperado como en un día de fiesta, en pleno verano. No quería utilizar los corredores sombríos, las marquesinas que en días de lluvia eran frecuentadas por los íntimos. Prefería darle a la recepción un tono más convencional, de acuerdo a una dama millonaria que atraviesa el mar para dar un pésame.

—Comprenderás, cuñado, que no podía regresar sin saludarte. I wished to see you again and these cheep woods.

—Te agradezco tanto, Victoria... Han pasado apenas quince años... —respondió él por decir algo.

El perfume que ella gastaba lo había desconcertado. Pero no sabía qué era, con certeza, lo que le embargaba al punto de perder por completo el dominio de sí mismo.

—Yo ya he perdido los buenos hábitos... te diré, hermano, las buenas costumbres de mi familia... Me siento ante ti, como una salvaje y te pido mil disculpas... No sé expresarme de otra manera... Además, en aquel país el duelo por los difuntos, es sumamente distinto. Nada tiene que ver con nuestra modalidad. Ellos me han enseñado a ahorrar torturas.

—¡Lo comprendo, Victoria, lo comprendo muy bien!

—Te pido que me perdones si me encuentras un poquito diferente a María Cristina...

Ella quería saber hasta qué punto le había impresionado su presencia.

—Cuando bajaste del coche... creí desmayarme, Victoria...

Ella hizo silencio. Necesitaba saber si era sincero.

—... Cuando empezaste a hablar, me entró el coraje. Ya sabes que siempre, la belleza de María Cristina... —iba a decir, "y la tuya", pero no se animó— me ha fascinado. ¡Cómo el primer día, así fué hasta la hora fatal!...

—El primer día... —exclamó Victoria—. ¿Recuerdas los primeros días? ¡Qué difíciles fueron! Culpa de mi padre... Y de mi madre, también... Hace quince años yo podría burlarme de ti... ¿Recuerdas?

El Conde no podía sonreir. Debía sonreir siniestramente si pensaba que quisieron burlarse de María Cristina, jugarle la más horrible de las burlas. El nunca creyó en ello. Debía sonreirle y sonrió.

—¡Era tan joven yo, como para ser diabólica! ¡Verdad, man *chunx!*

El Conde dejó de sonreir.

—¿Contesta? ¿Era tan diabólica como me creen los yanquis o era una niña mimada?...

Como el Conde no se atrevía a hablar, ella continuó:

—Tú nunca supiste que María Cristina me había jugado antes una partida semejante a la que yo... en fin... me ví obligada... Un juego malsano... También ella era capaz de malas acciones...

El Conde levantó la vista y clavó los ojos en Victoria.

—Sí, Esteban, sí... Ella también era diabólica como dicen los

hombres tontos de los Estados Unidos... Mis tres maridos anteriores. ¡María Cristina cuando podía me jugaba partidas terribles!... ¡Era todo un carácter bravío, Esteban! Tú la volviste a la vida cuando ella andaba bordeando en la locura. ¡La salvaste, lo sabemos!

—Dejemos eso, Victoria... ¿Quieres una taza de té de Ceylán? ¿Eh? ¿Una taza de té o prefieres un whisky a la americana?

Esta invitación irió a Victoria.

—No, hace tiempo que dejé esa majadería del té. Dame whisky si tienes buen whisky... Si no, un poco de coñac.

El Conde hizo sonar una campanilla y casi al segundo acudió el nuevo valet porque espiaban con Bonot y Rosa.

—Sírvanos coñac, Andrés, por favor.

No bien salió el *valet* ella arremetió:

—Tú no sabes, Esteban, que la volviste a la vida... Y tampoco sabes que se te escapó para la muerte... No es casual que una mujer como mi hermana haya sido...

Iba a decir *estrangulada, asesinada* o algo semejante y se contuvo. El *valet* aparecía con las copas de coñac en enormes vasos Napoleón.

Victoria se sirvió, bebió rápidamente sin calentar la bebida, se hizo servir una copa más y cuando el mozo se alejó tomó la palabra:

—Sí, convéncete... Gracias a ti, estuvo tanto tiempo en esta vida. Quizás la dejaste escapar y ella buscó este drama espectacular. Lo buscó, Esteban... y te lo digo para que no pongas tanta aflicción. Es cosa de ella... podía ser cosa mía... Así, como lo estás oyendo... Ella lo provocó.

—Te ruego, Victoria... No sigamos hablando así...

—No es hablar por hablar. ¡No! Es lo que tenemos que decirnos. No negarás que se fué dejando una estela de misterio. Y un pobre diablo como Pierre, será condenado. Diabólicamente acusado con impresiones digitales, con su amor propio que no le aconseja decir la verdad. ¿Crees que María Cristina, no te engañaba? Responde, ¿no te engañaba?

El Conde de Hendebouville guardó silencio. Su educación esmerada no le permitía hablar.

—¿Qué? ¿Prefieres el crimen pasional o el vulgar saqueo fracasado? ¿Guardas en la caja, plata, títulos, joyas?

El Conde la miró y estuvo en un trís de contarle el secreto del dinero aparecido.

—María Cristina no guardaba dinero... Sus joyas hace tiempo

que dejaron de ser importantes. Apenas si nos quedan las familiares cuyo valor es solamente sentimental. No había dinero en la caja. Nunca hubo dinero en la caja fuerte. Bien lo sabes tú, Victoria. La muerte de nuestra querida María Cristina se debió a espantoso error. No puede explicarse en otra forma.

—¿Qué quieres insinuar, Esteban? No alcanzo a comprender.

—Mira, después de tantas pesquisas, de cien suposiciones, queda una hipótesis seria: sólo un error pudo llevarse a nuestra querida María Cristina en esa forma brutal, asesinato de baja estofa, muerte que linda con la criminalidad más grosera.

—¿Crees tú, Esteban, que tu mujer no te engañaba? —dijo Victoria como si quisiera dominarlo con la pregunta.

—Te ruego que cambies de tema, Victoria...

El Conde se puso de pie.

—Desde que has llegado no haces otra cosa que interrogarme —dijo.

—Por momentos, Conejo... —habló Victoria llamándolo por el nombre cariñoso inventado por su difunta mujer en la época del noviazgo—. Conejo —repetía alevosa— dime... ¿no te sientes frente a mi hermana? ¿Acaso he cambiado, acaso he envejecido?...

El tono de Victoria se iba transformando a melida que hablaba. En voz baja, con una contenida violencia, se expresaba como a relámpagos.

El Conde, daba la espalda en un corto movimiento, para evitarla.

—¿Me encuentras envejecida? ¿Eh? ¿No murió igual a mí? Contesta, Conejo, dime: María Cristina, ¿murió más joven que yo? ¿Es que no nos parecíamos como una gota de agua a otra gota de agua? ¿Me encuentras una... una sola, ¡dime!... una sola arruga que ella no haya tenido en la cara? Conejo —gritó poniéndose de pie—, ¡Conejo, dime la verdad!... ¿Ella te resultaba más hermosa? Ahora que está muerta, puedes hablar, Esteban... ¡No te cierres así! ¡Dime que María Cristina murió exactamente como yo soy ahora, igual, igual!... ¡Contesta Esteban, o te araño!... ¡Te araño, si no me miras!

El Conde dió vuelta la cara y la miró con lágrimas en los ojos.

—¿No tienes una palabra para mí? ¿Una sola? ¡Entonces, no estabas enamorado de María Cristina... porque si estuvieses enamorado de ella, te precipitarías sobre mí o... no soportarías tener-

me a tu lado! . . . No la querías, lo sé, ya no se querían . . . Me lo está diciendo este perfume que huelo en mi ropa y que tú no sientes . . . Yo se que no te asomabas a su cuarto. ¡Este es el perfume que usaba ella, huele, es éste y nada te dice, Esteban! Lo que quiere decir que jamás te acercabas a ella cuando se perfumaba . . . Por eso no puedes decirme que yo me he conservado más joven, sí, sí . . . mucho más joven que mi hermana . . . Nací después que ella. Tengo una hora menos de vida que ella . . . ¡Y se me ve en la cara! Acércate, Conejo, ¡te lo mando! . . . ¡Acércate!

El Conde dió dos pasos hacia ella. Victoria hablaba en voz tan baja que él estaba seguro que nadie en el castillo podía oir su alocado monólogo.

Se acercó persuasivo a calmarla.

—¡No te aproximes todavía, Esteban . . . Conejo! . . . No te acerques todavía. Respóndeme para calmarme . . . ¿María Cristina, murió más joven que yo? ¿Tenía más fresco el cutis? Las manos . . . sí, en las manos es donde me veo envejecida . . . Dí: tenía las manos así como las mías . . . ¡Míralas Conejo!

—¡No sigas llamándome así, Victoria, te lo suplico!

—¡Ah, me hablas, me respondes! . . . ¡Qué alivio! Pero déjame que te llame Conejo, porque ella te llamaba así, cuando eran novios . . . Yo supe que te gustaba que te llamasen por pequeños sobrenombres. Otros apodos te voy a decir, si no me desilusionas . . .

Tomó las manos del Conde entre las suyas. Prosiguió en voz baja, inaudible a pocos pasos.

—Yo quiero saber si al morir era más hermosa que yo . . . ¡Yo quiero saberlo! Mientras vivía yo sé que era idéntica a mí, ¡igual, igual, igual! . . . Pero al morir . . . la noche antes, dos días antes . . . Contesta: ¿Era igual a mí, Esteban?

—Serénate, Victoria, calma, calma —balbuceó el Conde anonadado, vacilante.

—La última vez que la miraste . . . ¿cuándo fué? Dímelo, Conejo . . .

—No sé decirte nada, no sé qué quieres saber . . . Es mejor que vuelvas a París, Victoria.

—No volveré como he venido . . . Esteban . . . sólo quiero saber si ella estaba hermosa la víspera, si se parecía a mí, a su hermana gemela. ¡Y quiero saber si te engañaba . . . porque si ella te engañaba, Esteban! . . .

—¡Por favor, Victoria, por favor! . . .

—Si ella te engañaba, Conejo —dijo Victoria tremante la voz, alzando la boca hasta el oído del Conde—. Si ella te engañaba y tú lo sabías... ¡Está mal!... Pero si tú crees que María Cristina te engañaba y lo ignoraste hasta la noche del crimen... si es así... Escucha, Conejo, yo...

Los labios de Victoria casi pegados a la oreja. El Conde no podía separarse.

—Si ella te engañaba... yo quiero que vuelvas a ser mío... Esteban...

El Conde sintió que el aliento de Victoria quemaba la piel de su mejilla.

Transcurrieron unos instantes en que ella aguardaba un movimiento del Conde para decidirse.

—Escucha, será mejor que nos veamos en París, con calma... Victoria, ¡estás tan hermosa... como María Cristina!

Victoria se separó rápidamente. En voz alta gritó con fosforescentes ojos de loca:

—Si la hubieses amado no podrías soportarme al lado. Si la amas todavía, ¿por qué me rechazas?... ¡Te odio! ¡Te odio!... ¡Te odiamos las dos!

El Conde la vió ponerse rígida como una estatua. Parecía María Cristina en algunos momentos de orgullo, de arrogancia teatral. Pero era Victoria, porque dijo como si hablase una autómata:

—Yo la mandé matar, Esteban. Quería ser libre, pero no lo he conseguido. Ahora me arañan el cerebro unas uñas frías y afiladas... Yo la mandé matar. ¡No encontrarán jamás al asesino porque antes de dejar Nueva York hablé con él... no lo busquen, imbéciles!

El Conde sintió que le subía por las piernas un frío glacial insoportable. Se le fijaba en la cintura, luego en el pecho...

—La mandé matar. Y lo han hecho tan perfectamente, Esteban, que no podrán adelantar un solo paso... Si hablas, te mando matar a tí. De acuerdo, Esteban, ¿vas a callar?

Al fin se cumplió lo que Victoria anhelaba. El Conde de Hendebouville cayó como electrocutado en un sillón. Los brazos le pendían, las piernas ingobernables, abiertas, la cabeza hacia atrás, desfalleciente.

Victoria giró sobre los talones. Salió a la terraza. Bajó las escaleras lentamente y vió a Gastón que le abría la portezuela del Packard, casquete en mano.

—Merci, Gastón. Entremos a París.

Si Victoria hubiese levantado la vista habría descubierto en cada ventana del caserío, una o dos caras asomadas, mirándola pasar.

La ruta estaba maravillosa, dorada, húmeda, empapado el follaje; algunos árboles sin hojas, esqueléticos, decorando el paisaje. Y aquel delicado ruído de los neumáticos en el pavimento mojado... Pasaban los pueblos, quedaban hacia atrás, grises, dorados, verdes con musgo, verdines tenues. Y los sembrados y los huertos y los frutales ateridos, malva-amarillo, amarillo-gris, malva...

El Conde reaccionó con una infusión de tilo y se metió en la cama.

Los domésticos no se atrevían a dirigirle la palabra.

Bonot le dijo que iba a talar un manzano enfermo de los que se afirmaban en el muro. El muro del declive que al pasar los ciclistas por el camino elevado cortaba sus figuras por la cintura.

Y llegó la noche, con un llamado telefónico de París. Vino la voz de Delia de Gómez. Quería saber cómo había encontrado a su cuñada. Una atención digna de valorar.

—Ha sido horrible —respondió el Conde—, le ruego que venga mañana a primera hora.

Y el Conde trató de dormir.

Y se durmió antes de medianoche.

XV

El Inspector Supernille había verificado que los vidrios de la ventana no habían sido quitados para provocar las impresiones digitales de Pierre Calin en forma accidental. En ellos aparecían netas las trazas. Desde muchos años atrás no se habían cambiado aquellos vidrios. El análisis daba perfectamente claras —*demasiado claras*, dijo Supernille desde el primer momento— las huellas de los pulgares del inculpado.

En la botella de Calvados aparecían otras impresiones, superpuestas. Sin embargo no se veía muy precisas aunque se vislumbraban algunas que podían ser del inculpado.

—¿Un falsificador de impresiones digitales? —se animó a preguntar el abogado de-la-Chasse—. Sería muy curioso... ¡pero es imposible falsificarlas!

Supernille sonrió. Le parecía muy disparatada la hipótesis en

boca de un neófito, pero nada despreciable en su caletre. Lo pensó más de una vez, mejor dicho, desde el comienzo se dejó trabajar por esa idea como se deja un perro avanzar por los parásitos para dar el lengüetazo final.

—Es descabellado suponer a un criminal munido de impresiones digitales de otra persona. Parece descabellado, pero... no es inadmisible. Este sí que es camino que me gusta andar.

El abogado esperaba el momento más propicio para dar al Inspector la noticia que le había transmitido el Conde de Hendebouville: "La hermana gemela de la víctima le habría mandado matar". Cuando se lo contó, Supernille no tuvo más remedio que rascarse la nuca. Se le arrugó la frente y no hizo ningún comentario.

—¿Qué piensa de esa loca? —preguntó el abogado.

—La hemos estado vigilando. Debe haber muchas mujeres así, en los Estados Unidos. Aquí, no se dan esas flores. Resulta una mezcla curiosa. Pero es candidata para psiquiatras, para algún psicoanalista. No es para mí. Desde aquella entrevista me dí cuenta que le faltaban varios tornillos. ¡Con que ella dice que mandó matar!

—El Conde de Hendebouville vive aterrado. Creo que soy la única persona que lo sabe. Guárdeme el secreto.

—Pues olvídelo. Esa señora tiene un amante que vive entre caballos de carreras. Más allá de perder dinero, no es capaz, ni ella ni él, ni los que la rodean. Su situación se arregla mandándole un anónimo. Ese tipo de mujer, es sensible a los anónimos y a la quiromancia... La asustaremos con un anónimo...

—¿Nos puede estorbar? —preguntó el abogado.

—Un poco... La haremos regresar a Nueva York. Sus enredos pueden aumentar. Hay un peligro: que Casimiro Kassin se ponga en relación con ella. Estaríamos perdidos. La haría montar en la bicicleta.

—¿Debo contárselo al Juez Bonniaud? —preguntó el *maître* de-la-Chasse, un tanto confundido.

—No sería útil. Si el viejo la ve... ya sabe usted que chochea... La americana es realmente una bella mujer. El señor Bonniaud no ganaría nada conociendo a criminales en potencia.

Ambos se quedaron silenciosos. De pronto el Inspector le preguntó si conocía a la escultora Delia de Gómez.

—El Conde la tiene a su lado... —dijo de-la-Chasse.

—Es la única mujer que lo visita —dijo el Inspector.

—¿Sospecha algo, Inspector?

—¡En absoluto! A esa señorita le entretiene correr riesgos. ¡Con qué desenvoltura y seguridad acepta los interrogatorios! Es como si se sometiese a un tratamiento para adelgazar... Dichosa estaba de ser uno de los engranajes de la rueda...

—Y, ¿qué me dice usted de aquel novelista o autor policial que acompañaba al señor Borjac? ¿No encuentra raro que quiera estar en todos los entretelones del asunto?

Volvió a rascarse la nuca el Inspector. Allí alojaba a una nidada de presunciones.

—Raro no es. Lo mismo hacen los periodistas de imaginación caliente. Quizás esté escribiendo la historia de la Condesa de Hendebouville. ¡El misterio del castillo de Hendebouville! ¿Con qué nombre apareceré yo?

—Usted no tiene nombre de detective —dijo sonriente el abogado.

—Le darán mejor papel a... ¡Casimiro Kassin! —respondió burlón el Inspector.

Antonio Supernille tenía necesidad de ordenar sus ideas. Necesitaba estar solo y bajó hasta la calle Wáshington por la que pupulaban las hijas del crepúsculo. Era el día 5 del mes de diciembre. Todavía quedaban algunos billetes en los bolsillos de los que cobran mensualmente. Entró en un bar ribeteado de uniformes americanos y se puso a beber en su propia salza. Taciturnos alcoholistas, apoyados en el mostrador, mataban el tiempo antes de que el tiempo los matase a ellos.

* * *

El Inspector separó dos anónimos que había recibido para releerlos en el restaurante entre plato y plato. Uno caligrafiado se componía de pocas palabras. El otro, contenía veinte líneas escritas a máquina. Una relectura a conciencia era necesaria. Salió de la Prefectura y fué paladeando por anticipado el *poulet Vallee d'Auge* que se haría preparar en el *Trou Normande* del *quai de la Tournelle*. Tarareaba una canción normanda *J'irair revoir ma Normandie* en homenaje al Conde de Hendebouville. Andaba contento. La colaboración del público no podía ser más nutrida. Llovían anónimos. Era fácil sacar la conclusión de que a las clases acomodadas les place dirigir anónimos y disfrutarlos. Porque el que envía el billetito con la intriga no se contenta con meterlo en el buzón. Quiere que su

esfuerzo no resulte estéril. Un aproximamiento al escenario de las denuncias, si es posible a las víctimas, es conveniente para recibir de rebote el efecto del anónimo. Para el Inspector, aquellos era pan comido. Casi aseguraba que uno y otro estaban escritos por la misma persona. No obstante, convenía no dejarse llevar por la primera impresión.

Se situó en una mesa de la derecha, junto a la ventana, para poder ingerir con las torres de Notre Dame por delante. Si algo en el mundo podía aconsejarle prudencia eran aquellas presencias serias pero graciosas; jóvenes y vetustas, fugaces y eternas. Tuvo una rara sensación al segundo trago de Calvados. Le parecía que las torres de Notre Dame acababan de posarse en tierra cada vez que levantaba la vista para mirarlas. Como si durante su ausencia momentánea, se ausentaran. Volvía a mirarlas y las encontraba tan nuevas para sus ojos que le hacían feliz.

Y leyó por segunda vez los anónimos. El redactado de puño y letra, le aconsejaba vigilar a Joaquín Padine, el pintor. La fineza de la esquela, la traviesa economía de palabras, la insinuación no podía venir de otra persona que del músico Velardi.

Había que vigilar a Padine, desde luego. A pesar del estilo calumnioso del anónimo resultaría interesante una visita sorpresiva.

El segundo anónimo, dactilografiado con los caracteres firmes, ni una sola letra titubeante como acostumbran a hacerlo los profesionales, podía afirmarse que lo había enviado Gaby Borjac. Bastaría una visita a la casa editorial para que cayese en la trampa, o proporcionarse un original del poeta. Gaby, era su secretaria y le pasaba en limpio los poemas.

Las intrigas de aquellas veinte líneas sin mencionar a Pierre Calin condenaban a Gaby. Pretendía proyectar sombras sobre el garagista Morand.

Supernille no necesitó de aquella insinuación. Volvía precisamente de conversar largo y tendido con Morand. Terminó por convencerse de que éste era el que menos interés tenía en asesinar a la Condesa. Que él encubriese al criminal era hilar demasiado fino. Al Inspector le hizo gracia la conclusión final del garagista:

—Usted no lo creerá, señor —le djo—, pero desde la noche del crimen he debido triplicar los pedidos de gasolina. Debo ser uno de los pocos beneficiados con el escándalo.

—¿Pocos? —preguntó Supernille—. Estoy por averiguar, para

darle un premio, al que no le haya sacado algún provecho. ¡Soy la excepción!

Recordaba esta entrevista en el restaurante con los anónimos sobre la mesa.

Estaba solo. Por lo general a esas horas la clientela era escasa. Solían recurrir al *Trou Normande* los que no encontraban mesa agradable en la *Tour d'Argent*. Pero en aquel tibio mediodía, a veces soleado, otras, con cielo amenazante, lo dejaban comer a gusto en la más absoluta soledad pues el mozo solía desaparecer como si él hubiese llegado allí con una hermosa muchacha.

Sí, una visita al estudio de Padine no era mala idea. Claro que el muchacho iba a darse un susto porque las tres veces que fué citado manifestó tanto azareo que se pensó seriamente en un cómplice de primera.

Con el anónimo dactilografiado venían cinco líneas destinadas a intrigar al novelista Garnier que para Supernille resultaban inexplicables. ¿Qué interés podría tener dicho señor en enturbiar las aguas? Se le presentaba como interesado en complicar las cosas. El autor o la autora de ese anónimo debía tener algún resentimiento con el novelista. Desde luego que se trataba de alguien interiorizado en la pesquisa, informado no por los diarios sino por personas que conocían los cardinales del asunto.

Pero cuando se ha bebido bien y se ha comido mejor, convencido uno que se merece los manjares como premio a la tenacidad y el talento, se dejan de lado los anónimos como incalificables desperdicios.

Estuvo a punto de romperlos pero se los echó al bolsillo.

Pidió la cuenta para estudiarla entre el humo del cigarrillo y el sabor delicado de un mal café muy bien servido.

El mozo se acercó atentamente y, casi al oído, le dijo:

—El almuerzo se lo ofrece la patrona. Y gracias, señor Inspector.

Supernille levantó la cabeza, miró al muchacho que le había servido como si quisiera leer en su rostro las cifras de la cuenta.

—Bueno, gracias —respondió confundido.

El mozo se alejaba. El Inspector lo llamó. Mientras se acercaba de nuevo, sacó un billete y lo metió en la mano del mozo. Agradeció el servidor y Supernille volvió los ojos a las torres de Notre Dame como para agradecerles el milagro.

También él empezaba a aprovecharse del crimen de la Condesa.

Salió dando apretones de mano a los dueños casi convencido que se lo merecía, con un aire de superioridad.

No bien se alejó por el *quai* mirando de soslayo a los *bouquinistes* que le conocían, se dijo: "Así no vale. Cuando se invita se debe avisar. Yo hice un menú barato porque pensaba pagarlo... Un buen *fine champagne* no me habría caído mal"...

* * *

Cuando preguntó a la *concierge* de la casa de Padine si el pintor estaba en su taller la mujer le respondió:

—Sí, está... Pero no es día para verle. Ha subido un cliente de esos que tienen mucho dinero... Americano, me parece. Y yo que usted lo dejaba solo... No todos los días caen pájaros con esa pluma.

—Bueno, será para otra oportunidad —respondió el Inspector sorprendido de dar con una *concierge* solidaria con su inquilino—. Pero no será la primera vez que vienen americanos a visitarlo.

—Y... antes de lo que pasó en el castillo, señor, no los vi por aquí. Venía la Condesa asesinada, de tiempo en tiempo.

—Era una buena mujer, protegía a estos muchachos... —dijo Supernille.

—Si los protegía, no sé... Pero antes el señor Padine se hacía la comida en el taller. Hoy, come en el restaurante de enfrente y paga lo que consume. Han cambiado los tiempos.

—De manera que ahora le va bien. Me alegro. Es un buen amigo —comentó Supernille.

—Yo no lo he visto a usted por acá —dijo la mujer que era flaca, con aire de gitana, seguramente del Mediodía, sin acento extraño pero con un aire físico de tierras soleadas.

—Lo veo poco, pero lo estimo mucho —dijo al Inspector—, es un gran artista.

—¡Si lo será!... ¡Por semana, ya salen dos o tres cuadros vendidos! Desde el pasado verano todo cambió. ¿Curioso, no?

—Usted sabrá que es cuestión de suerte.

—¡Ah, que duda cabe! —respondió vivamente la *concierge* que volvía automáticamente a sus labores, sentándose como si la visita fuese la de uno de los inquilinos latosos—. De eso no cabe duda. El pintor del quinto a mi modo de ver... yo entiendo poco... ¿ah? pinta mejor y más rápido que el señor Padine... Vende, pero yo sé que le pagan mucho menos. Ya ve... A éste le hace falta una clientela como la del señor Padine.

—¿Gente rica?

—Rica o no rica... Gente que compra cuadros. A veces discuten los precios. Discuten por miles, usted comprenderá. En cambio en el quinto piso se discute por cientos...

—¿Tardan esos americanos?

—Hoy van a tardar poco. Cuando viene la hermana de la Condesa asesinada, no quedan mucho rato. Esa señora es un cohete. No calienta mucho las sillas. ¿Usted la conoce, no?

—¡Quién no la conoce!... ¡Tan parecida a la finada!

—Mire, esas son tonterías. Se le parece bastante, pero no mucho. Yo la he seguido con la mirada mientras sube las escaleras... A esta le cuesta llegar al tercero. En cambio, la Condesa, era una luz... Yo creo que lo hacía para conservar sus hermosas pantorrillas. Esta... bueno, no está mal... Pero tiene los tobillos más gruesos y no me diga que no pesará como tres kilos más que la finada. ¡Ahí sale! (Se oyó un portazo). Ya baja. Ahora podrá ver a su amigo.

Supernille se despidió. Ante la sorpresa de la *concierge*, en lugar de subir, salió a la calle.

La *concierge* miró atentamente por el rectángulo de vidrio de la puerta que no había dejado pintar a fin de poder observar a las visitas, sin necesidad de levantarse del asiento o moverse de la cama.

La hermana de la Condesa bajaba con un pequeño cuadro en las manos. La seguían dos caballeros muy bien vestidos, sonrientes. La *concierge* creyó entender que se reían de algo que había dicho el pintor. Oyó que decían: "¡Qué imbécil!... ¡Qué idiota!"... etcétera y escuchó un chistido imponiendo silencio, seguramente de la señora...

"Siempre los que tienen plata dicen que son idiotas los que no se ingenian para ganarla sin trabajar" —díjose para sí la *concierge*.

Al instante vió subir al desconocido que encendía un cigarrillo mientras andaba.

"Fué a comprar tabaco" —pensó la mujer.

Y volvió tranquilamente a los fundillos de los pantalones de su marido. Iba a pasar el resto de su vida, zurciéndoles las asentaderas. Y estaba resignada. Otras zurcen las rodilleras, las bragüetas, los codos, pegan botones, remiendan las medias. Todo relacionado con el oficio del hijo o del marido que lleva la pitanza.

—No me imagino lo que pasará cuando mujer y hombre trabajen a la par... —dice filosóficamente, pero oyéndose a medias, como los locos—. No habrá ropa que se gaste, seguramente.

Supernille salió con una acuarela bajo del brazo. He ahí las consecuencias de meterse en el taller de un pintor atrapado por un miedo infantil que difícilmente se quitaría del cuerpo aquel artista. El Inspector lo miraba fijo como a un colegial y le hacía gracia verle sacudir el mechón de pelo, pretexto de persona tímida o de torpeza expresiva.

—Es un artista de verdad —díjose seriamente Supernille—. Merece la buena racha que le ha traído la Condesa...

La acuarela que le había regalado era una pequeña joya de nerviosidad, de gracia, de fugacidad adrede. Un paisaje normando con una tenue vibración de verdes muy propios de la región en verano.

Joaquín Padine no pudo disimular su antipatía por Velardi. Dijo con desprecio que lo veía de tarde en tarde. También el italiano habíase distanciado del compositor de Filadelfia, hijastro de Victoria, después de una exitosa gira por Bélgica y Luxemburgo. Acababa de contárselo el propio Harmon que le había presentado a un cliente americano gran coleccionista de pintura.

Si Padine le hubiese ocultado la visita de Victoria y Harmon, habría empezado a sospechar.

Se alejó de la casa de aquel artista al que el azar levantaba en vilo, con la certeza de que nada tenía que ver en el crimen. Pensó que así solían nacer las estrellas en el firmamento plástico. Por un toque del destino...

XVI

Una mujer puede soportar sola un secreto. El hombre necesita compartirlo. A Delia de Gómez no le pesaba la confidencia del Conde. No le molestaba pensar en los trescientos mil francos, en frescos billetes, reposando en la caja fuerte del *château*. Aquel dinero depositado en forma tan misteriosa, le sirvió para convencerlo de que su cuñada nada tenía que ver con el acto material del crimen, ni lo habría inspirado. Deseaba, seguramente, la muerte de María Cristina. Alimentada por el odio, Victoria había vivido en los Estados Unidos una existencia tormentosa, torturada por una ausencia enervante. La oscura rivalidad entre las dos hermanas, era otra novela. Una novela que no tenía relación alguna con el trágico fin de María Cristina.

Si ella hubiese participado en el crimen... ¿Cómo podía ignorar los trescientos mil francos aparecidos en la caja de hierro? Si sus intenciones eran agraviar al Conde, la sola mención de aquel dinero bastaba para herir a cualquiera.

"La aparición del dinero en mi caja fuerte sigue siendo inexplicable —había dicho el Conde—. Pero, ¿qué decir de la utilización de mis llaves, únicos ejemplares?"

Delia, no creía en la existencia única de esas llaves. Siempre hay dobles que se guardan, se esconden, se extravían, se recuperan.

—¿Piensa constituirse en detective para dar con quien tiene las llaves? Es una simple coincidencia. María Cristina guardó allí esa suma y, después... ¡pasó lo que pasó! Sobre el dinero usted necesita una explicación satisfactoria para usted, señor Conde. Pero la pesquisa no tiene que inmiscuirse en los manejos de su dinero. Quizás existiese una deuda vieja que usted olvidó... y que María Cristina recibiera ese día como pago.

El Conde había hecho con la cabeza algunos signos de aprobación.

—Todo eso es posible... Pudo haber prestado esa suma y le fué devuelta. Desde luego que no es regular pagar así una deuda. Temo que pueda ser una pista importante la existencia de otra llave.

—No agraviemos a María Cristina. Una cosa no está en relación con la otra. Usted se empecina en vincularlas. ¡No! Es grotesco suponer que un asesino entrega dinero al marido de la víctima. Comprenda usted. Esa suma es cosa privada, asunto que no interesa a la policía.

—¡Ah, pero las llaves, las llaves, Delia! He hecho memoria... ¡No se separaron de mi cadena! El llavero no pudo tocarlo María Cristina...

Al Conde nada le tranquilizaba tanto como la irresponsable seguridad de la señorita de Gómez. Hablar con ella era la mejor manera de quitarse las culpas.

Pensó muchas veces si no bastaría una palabra suya para que todo se aclarase. Tenía ganas de sacrificar la memoria de su mujer. Ir al juez y decirle: "Calin no puede ser el asesino. En mi caja fuerte nadie podía meter las manos. Allí se introducen trescientos mil francos la noche del crimen, ignoro su procedencia. ¿Les sirve a ustedes como justificación de alguna sospecha, el hecho que sólo yo poseo llaves de esa caja fuerte?"

"Calin puede ser el asesino" —le había dicho una vez la seño-

rita de Gómez. Pero el Conde no se atrevería a exponer a Delia a un penoso interrogatorio. Sus palabras no tenían ningún asidero.

Descartaba la hipótesis de que fuese Pierre el que la hubiese ultimado, después de una escena de violencia, necesariamente de carácter pasional.

Pasó muchos días recordando los actos dudosos de Calin. Enumeraba los más nimios, los desconcertantes, los inexplicables. Sus gestos de desagrado extemporáneos, si María Cristina opinaba en contra suya; sus entradas y salidas al castillo, a veces injustificadas, ya de día, ya de noche; una cierta suficiencia al dirigírsele... Antes de casarse él, Calin merodeaba la casa de su mujer acompañando al viejo joyero de la familia. Luego se hizo asiduo contertulio del castillo, en invierno, cuando ellos no podían darse el lujo de habitar en París. Y, al aceptar huéspedes en verano, él eligió una habitación independiente, aislada...

Pero sus amoríos fueron demasiado ostensibles con la *mannequin* y no era razonable pensar que María Cristina se los hubiese tolerado. Esa ligadura que, al parecer, nada significaba para la señorita de Borjac...

¿Seguirían aquellas relaciones? *Mademoiselle* Borjac debía atender su empleo, atada por un horario. A Calin, que le gustaba tanto brillar... ¿Le convenía la rubia desleída?

Nada supo el Conde de Gaby. Ninguna muestra de solidaridad habían dado los Borjac. Y, seguramente el poeta no admitía que su hija se interesase por el destino de un presunto asesino. Los poetas son prudentes y Borjac era un poeta *pompier* excento de imprudencias estilísticas. No iba a arriesgarse por un Pierre Calin entre rejas, por más fantásticas joyas que exhibiera en los escaparates de la *Rue de la Paix*. Por otra parte, el Conde sabía que el señor Borjac no estaba enterado de aquellos amores. Sería la muerte para él, ver a su hija interesada en la vida de un presunto malhechor.

Las mujeres se sienten más íntegras al guardar un secreto. Un gran secreto es coraza del corazón femenino. Apoyada en una intimidad parisiense que jamás sospechara, Delia sentíase "ciudadana de París".

Pero los permisos de residencia se terminan. La escultora argentina a pesar de los trabajos presentados en concursos y de tener en regla lo relacionado a sus medios de vida, fué invitada a salir de Francia, luego de renovar tres veces el permiso de residencia.

¿Podía ella alejarse de Francia con un secreto que la afincaba?

Tuvo varias citas con el Conde de Hendebouville. Al fin, éste la acompañó a la Prefectura de Policía. Y el resultado fué negativo. Debía abandonar Francia, renovar la visación, arreglarse como ella lo creyese conveniente, pero caducaba el permiso de residencia.

Salieron de la Prefectura sin hablar. Caminaron hasta la plaza San Miguel. Como el sol brillaba sobre el Sena y los cristales del restaurante *La Perigourdine* también brillaban; y *Notre Dame* se mostraba más magnánima que nunca; y había estudiantes al borde del río, mirando correr las aguas, tomados de las cinturas, tácitamente enamorados..., el Conde le pidió que le acompañase a almorzar en el restaurante del *quai des Grands Agustine.*

Delia no había comido nunca en *La Perigourdine.* Contando que resultaría la despedida de París, aceptó de buen grado.

Se sentaron en una pequeña mesa de la planta baja, desde donde se veían las torres de *Notre Dame* testigos de un almuerzo inocente, de camaradería. El sol se ocultaba a veces, y entonces el cielo amenazaba tormenta. Pero cuando brillaba, hacía hormiguear a la muchedumbre y a los *bouquinistes.* Ellos y el público se asemejaban a esos bichos que se encuentran bajo las piedras y que al levantarlas hierven a la luz como burbujas. Jóvenes, viejos, mujeres presumiblemente bellas, nada bonitas si se las observaba con detenimiento, se acercaban a los escaparates de los libreros del Sena y revolvían en ellos para seguir andando, como si en esas oscuras fuente tomasen fuerzas para seguir viviendo.

Mientras el Conde hacía el *menú,* Delia había renunciado a toda elección, confiada en aquel buen *gourmet;* ella se despedía del encanto de París con dejo de melancolía en el rostro. El Palacio de la Justicia agrisaba sus grandes ojos. Y no era sólo el gris, el triste gris de sus muros, sino su presente imponente y molesto. Pero el Sesa limpiaba sus emociones, las humedecía primero, y luego se las hacía desaparecer como se lleva el agua las calcomanías desprendidas de páginas de un album.

—Un buen borgoña nos volverá el alma al cuerpo —dijo el Conde.

Delia sonrió porque sí. Había oído al Conde pero poca atención puso a sus palabras.

—¿En qué piensa? —preguntó él— si no es indiscreción preguntarle qué piensa a una mujer de vida tan independiente y tan lejos de la mía...

A Delia le gustó la manera galante de expresarse. Pensó que

los franceses siempre aciertan al hablar. Lo miró un momento y le dijo:

—Me estoy despidiendo, señor Conde...

Delia lo miró como miran las argentinas a los hombres que sienten en acecho. Presumía la acechanza.

—Y, bueno, si es más cómodo para los dos... Esteban. ¿Por qué no?

—*Merci*, Delia, *merci*.

Tenían apetito. El estómago vacío enmudece a la gente. La hace introspectiva. El hambre, en cambio, puede encender la cólera.

Cuando apareció un jamón crudo tan delgado como una gasa, Delia picó aquí y allá en el plato de cornichones y pickles, y bebió en una copa grande y finísima, sonriendo.

El Conde aprovechó para decirle, secándose los labios suavemente:

—¿Sabe cómo podría quedarse usted? ¿Sabe, Delia, la única forma de poder quedarse?

Delia volvió a beber. A ella le gustaba tanto el alcohol que seguramente el Conde tendría que pedir otra botella. Bebía con la precipitación de los extranjeros. Más que paladear el vino, parece que se desquitan de los brebajes horribles bebidos en sus países.

—¿Casarme?... Claro, sí, casada no me echarían.

—Es que no la echan, Delia. Le limitan el permiso de residencia.

—¡Es usted un cándido, amigo!... A mí se me expulsa, ni más ni menos... No pensará que me toman desprevenida.

—Y, ¿por qué van a expulsarla? Son palabras mayores —dijo el Conde.

—Se me expulsa... —hizo una pausa. El borgoña debía dictarle el resto. Si no se lo dictaba, seguramente era malo, no podía ser un vino generoso. No valía la pena aquella etiqueta con un castillo desvanecido—. Se me expulsa, querido Esteban, porque he firmado un documento que usted ni sabe que existe.

—¿Un documento? ¿Qué? ¿Cometió alguna acción indiscreta, precipitada?

—Sí, precipitada. Me anticipo a la guerra. Firmé el Llamado de Estocolmo... ¿Es que usted lo firmó?

—Realmente... ustedes los artistas —dijo él.

—Somos los auténticos seres independientes. Somos la fuerza más independiente de la tierra. Aunque nos va en ello la vida, el

aprendizaje, lo grande que se puede pintar o esculpir . . . tomamos actitudes. Nos anticipamos a todos. Vemos venir la guerra y no queremos que ella venga ni para ustedes ni para nosotros.

—¿Ustedes? ¿Quiénes?

—Los que no combaten por la paz. Y dejemos estas cosas . . . Esteban. No me amargue este vino tan honrado que es el que me hace hablar. En esta copa hay algo más francés que usted . . . Y yo hablo por este borgoña que me calienta las ideas.

—Respeto cuanto usted piensa, Delia —dijo él, seriamente.

Pasaron unos minutos en que ambos se miraron sin titubeos. Frente a frente. Ella no bajaba los ojos ni ante el llamado del borgoña.

El, veía llamas en las pupilas de Delia.

—¿Recuerda, Esteban, aquel día gris del verano pasado . . . cuando pasamos por Lisieux?

—Sí, usted estuvo orando entre las ruinas —dijo vivamente el Conde—. Después, tropezamos con un energúmeno en la ruta. ¿Recuerda aquel día?

—Pues ese día —continuñ Delia con la mirada fija en el rostro del Conde, que veía inalterable, firme, varonil—, ese día, ¡juré trabajar por la paz! . . .

—Ha hecho usted muy bien. Estamos en un país de libertades —dijo el Conde con orgullo.

—¡Sí, libertad! . . . Como premio a esa libertad, me "insinúan" abandonar la tierra de las libertades . . . ¿Cree que si no hubiese firmado, me mandarían llamar para observar mi permiso de residencia?

El Conde la mió como ella no pensaba que podía mirar un Conde. En verdad ya era Esteban a secas, como había terminado por ser María Cristina, y no la Condesa, para una muchacha argentina de ojos encendidos.

El Conde se sintió avergonzado. Además de ser el marido cuya mujer muere en un misterioso drama pasional, era un pusilánime desprovisto de argumentaciones.

Comieron unos riñones a la crema sencillamente dignos de Brillant-Savarin.

—Casándose —dijo Esteban— usted puede quedarse, ¡casándose!

Delia contestó:

—¿Usted está loco, Esteban? ¿Cómo me voy a casar? Primero es necesario tener un hombre al lado y que ese hombre sea francés . . .

El Conde sonrió. Iba a preguntarle: "¿Y no soy acaso un hombre y un francés?"

—¡Qué plato maravilloso! . . . ¡Nunca había comido esto! ¡Formidable! —exclamó Delia.

Rió el Conde y se animó a volver sobre el punto:

—De manera que necesita un novio y un francés. Yo no soy su novio, ni usted pensó jamás en que podía llegar a serlo . . . Pero, Delia, puedo ser ese marido francés que necesita usted . . .

Delia exageró la réplica. No tenía un trago tan apremiante en la boca, ni necesitaba inclinarse como pidiendo perdón para ingerir y poder contestar. El Conde no la dejaba reflexionar. Habló con la copa de vino a la altura de los labios como en un brindis.

—Delia, si quiere quedarse, puede quedarse bajo la responsabilidad de mi nombre. Dejemos transcurrir algún tiempo y el verano que viene regresa usted de su país, de Suiza, de donde sea y se queda usted aquí . . . ¡para siempre! ¡Ya sabe que mi Pegaso de madera, todavía puede volar!

¡Oh qué hermoso llamarle Pegaso al caballito que le había prometido! Aquel hombre tenía una reserva de sensibilidad realmente promisora. ¿Era el vino, la comida, el Sena, Notre Dame? Sí, era el Sena, Notre Dame, el vino, la comida y la lengua francesa, tan admirablemente dotada para los secretos del alma. ¡Cómo le gustaría tener a su lado a Joaquín Padine y analizar con él, todo aquello que le estaba pasando!

—Esteban . . . —dijo—. Es usted generoso . . . Me gustaría quererlo mucho. Me gustaría haberlo querido mucho . . . y terminar oyendo esto que me dice con . . .

Puso una de sus manos sobre la diestra en reposo del Conde de Hendebouville. El sonrió. A ella le pareció muy bien que callase y sonriera.

Y se quedaron largo rato mirando pasar la gente acariciada por un sol raquítico como Delia calificaba al sol de París.

El Conde, Esteban, se precipitó en aquellos grandes ojos sudamericanos, misteriosos.

XVII

El Inspector Supernille investigaba sin descanso en la vida de Pierre Calin. Conoció a la modelo de la casa de modas de la Rue

Royale y la interrogó varias veces. La muchacha no contaba con Calin para la *rentrée* del invierno. Volvió radiante de un crucero por el Mediterráneo. Había estado en Nápoles, en Capri. Fué muy gentil con Supernille porque temía las complicaciones y le habían aconsejado que lo invitase a tomar un *cocktail* en su casa, en su hermoso departamento en la margen derecha del Sena, allá por el quai Bleriot. En aquel departamento no había huellas de Calin, salvo una que otra joya de valor que la muchacha no se desprendía de ella por nada de este mundo. Entre las fotografías del crucero aparecían millonarios, siempre millonarios en paños que parecían menores, pero que no lo eran, desde luego. Camisas floreadas, en Capri; pantalones cortos, en Nápoles e indumentarias de falsos marineros, en Sicilia, de esos marineros que ganan tierra no bien sopla una brisa irrespetuosa.

Guardó en la memoria varios nombres de rostros inverosímiles, tipos que podían ser confundidos como criminales al disfrazarse de piratas o de marinos corsos. Pero no era fácil determinar cuál de aquellos hombres podía ser sospechoso. Todos lo parecían. Quemados por el sol, barbudos, con el cabello largo y la mirada expresamente cruel, cualquiera de ellos podía cometer un crimen.

—Los rostros de sus amigos, parecen de ex presidiarios —dijo bromeando.

—¡Justamente lo que yo les decía a ellos! A veces usaban cuchillos y dagas de piratas... ¡Pero, créame, son incapaces de matar una mosca!...

Ella le enseñó un album. Había sujetos de pie pero ninguno de estatura respetable. Eran más bien bajos, rechonchos, barrigones, grasientos. Las caras hoscas, sí, pero con aquellas barrigas no podían escapar luego de cometer un asesinato.

Tenía en sus manos un grupo tomado en la Marina Grande en Capri.

—¿Todos amigos? —preguntó.

—Todos... no sé... Sí, sí —dijo mirando la modelo—, no hay ningún desconocido.

Hojeó el montón de fotografías de Nápoles. En todas ellas la palabra Vesubio.

—¿No hay otra cosa que el volcán -se? —preguntó el Inspector.

—No fuimos al volcán. Todo es muy sucio allí. Estuvimos en el hotel Vesubio. Estas fotografías las tomaron los muchachos en la terraza del hotel. Y estas vistas, son del castillo que hay enfrente...

Y ésta de los restaurantes donde se comen mariscos... ¡el *Cyro*, lindo lugar!

Nada sacaba en limpio. Y no podía menos que agradecer la buena disposición de la modelo. Pero pensó: "Esta gentileza, ¿no es acaso sospechosa? Pierde el tiempo, me da parte de su intimidad, su confianza... Quizás el personaje que busco le ordena lo que debe hacer. Porque es raro que sea tan fácil al interrogatorio. Las mujeres, sin embargo..."

—Y si sale Calin... ¿vuelve con él? —preguntó.

—¡En absoluto! Ya es cosa terminada entre los dos. No le agradezco que me haya mezclado en un asunto así... Menos mal que al día siguiente de la muerte de esa señora, salimos de Toulon en el yate... Si no, me habrían interrogado y... no en la forma que usted lo hace... ¿Sabe dónde nos enteramos? En Sicilia, ¿se da cuenta? Casi un mes después...

—¿Qué decían sus amigos? ¿Conocían a Calin?

—Más o menos... Usted sabe... son clientes suyos. Lo conòcen pero no saben que yo tenía algo que ver con él.

Era muy hermosa la bella Catalina. Y vino a buscarla otra muchacha tan esbelta como ella que quedaba muy bien a su lado, porque era morena y contrastaban sus cabellos.

Ante la llegada de la amiga pensaron que el Inspector se iría. Pero no fué así... El necesitaba saber algo de esa compañera que no había sido de la partida por el Mediterráneo.

Y allí se estrelló Supernille. La morena apenas hablaba. Fumaba mucho. El paseaba sin cesar, tarareaba, y a cada pregunta contestaba con un *sí* o un *no* que terminaba enfriándose en el espejo donde se miraba dando las espaldas al detective.

La morena iniciaba temas expresamente enervantes para el Inspector. Temas frívolos con intención de fastidiarlo.

Cuando anunció que debía irse, la morena, con una frescura irritante, le dijo:

—Pero no se vaya, señor... ¿Dónde va a estar mejor que aquí?... ¿Verdad, *ma chat* que no debe irse? ¡Aquí está muy bien, quédese, señor!

Tuvo ganas de plantarle una buena respuesta pero optó por despedirse haciéndose el desentendido.

Fué muy gentil con Catalina. Valía la pena haber hecho brillar esa joya. Y se desquitó dando las espaldas a la recién llegada.

Al saludarla la llamó *Petit,* despectivamente, cargando los *mademoiselles* con la modelo rubia.

Mientras esperaba el ascensor oía las risas de aquellos dos hermosos animalitos afortunados.

El señor Antonio Supernille había pasado una de las tardes más encantadoras de su carrera. ¿Por qué negarlo? . . . No siempre se le presentaba la ocasión de visitar modelos con suerte . . . Pero, se decía, "¡qué caras más horribles las de los tipos que disfrutan de estos pajaritos! ¡Y cómo les gusta a esos millonarios disfrazarse de piratas y criminales!"

Tomó el *quai Bleriot* hacia la Place del Alma marchando despacio en su vieja Delahaye.

"Se lo voy a contar a *maître* Moulin-de-la-Chasse" —se dijo. Y detuvo el coche antes de llegar al puente porque necesitaba fijar en el carnet los nombres de los personajes, algunos escritos en el álbum y otros al dorso de las fotografías.

Encendió la luz del coche e hizo memoria.

SEGUNDA PARTE

I

Aquellos dos señores no se conocían, no se habían visto jamás. Pero tenían muy visibles los característicos rasgos del turista, de manera que sintiéronse de idéntica condición social. Ambos habían colocado sus respectivos coches bajo el cobertizo del *auberge*. Dos Citröen 15 H.P. diferenciados apenas por las fundas. Uno las gastaba verde oscuro, el otro beige. Allí quedaron las máquinas juntas, con el gris polvoriento de la ruta como si hubiesen hecho idéntico recorrido. Con un poco de imaginación se diría que las máquinas empezaron a contarse las penurias del camino, las velocidades a que las sometían sus dueños. Desde el primer piso de la hostería se podía divisar las culatas de los dos vehículos.

Sus dueños no habían intimado durante el aperitivo porque hacía mal tiempo pero no tan malo como para lamentarse al unísono. En Honfleur suele llover en febrero, durante un lapso bastante pronunciado. Pero si hace buen tiempo, se ven hermosas nubes marinas y el aliento del mar resulta muy agradable. La baja marea deja en el aire una atmósfera salina particularmente tonificante.

Al escritor René Garnier, bien poco conocido antes de intentar la novela policial, le tocó en suerte la habitación más hermosa de la Hostería Saint Simeon. La *chambre Corot:* así se llamaba aquel aposento que ofrecía desde sus ventanas, como es fácil imaginar, un paisaje digno del gran pintor. Odette, su mujer, se sintió tan bien

en aquel cuarto que halló un pretexto para no bajar a beber el aperitivo... Dijo que "se sentía mal". Y que de allí no la movían. Realizaban una apacible gira por la Normandía sin pedirle mucho el placer de ambular porque no era la temporada. Si no encontraban buen tiempo se resignarían a comer y beber al abrigo de unos leños. Les gustaba vagar al azar como si Odette comprendiese que la manera mejor de ser la mujer de un escritor, autor de novelas policiales, es dejarse llevar por los acontecimientos. Ella había leído una página de su marido en la que éste aseguraba que el mejor paisaje es aquel que se logra en el accidente, en el desperfecto del motor, en la parada exigida por circunstancias ajenas al itinerario regular. Odiaba él los planes y cartas de ruta y más de una vez hizo girar el volante y entró sin consultarla en el camino secundario, por el menos frecuentado, siempre a la caza de lo imprevisto.

No era de extrañarse que Odette se quedara en su *chambre Corot* y que su marido metiese las narices en las otras habitaciones. Leyó el letrero que designaba el nombre de cada cuarto y no se detuvo hasta poder curiosear el paisaje que desde aquellas ventanas se podía contemplar en el incierto atardecer: *Manet*... *Monet*... *Renoir*... *Corot*...

No se dió el gusto en la *chambre Renoir*... Estaba ocupada.

—Yo creía que éramos los únicos pasajeros —dijo Garnier a la bella camarera que les atendía.

Su mujer, Odette, le iba a hacer notar que cuando llegaron parqueaban su automóvil otros turistas. Pero se contuvo. Sin duda René se hacía el distraído para encontrar un pretexto de charlar con la muchacha. Y así resultó. Odette dijo, cuando terminó el breve interrogatorio:

—Estuve a punto de pescarte en una gravísima falta de observación, pero tu mirada hacia el cobertizo te ha salvado...

—Sí, creías que no me había dado cuenta de que ya estaban instalados los que venían en el coche 1987... no me conoces todavía.

—¿En el qué? —preguntó Odette.

—En el Citröen 1987 —contestó René rápidamente.

—¿Hasta los números del coche?... ¡Eso ya es una manía!... —dijo Odette con desgano tirándose largamente en el sofá, dispuesta a descansar de su marido, de sí misma, de la vida que llevaban en París.

—Muy fácil... ¡Es el año en que pienso tirar la pata, que-

rida! . . . No antes. Por eso no leí inútilmente el número de la placa. Todos leemos los números sin darnos cuenta . . . Vivimos leyendo a destajo . . . sin entender nada, amontonando letreros, avisos, números de casa, nombres de calles. . .

—¡Basta, querido, basta! . . . ¡Por favor! . . . Me siento mal. Déjame contemplar este Corot de ocasión que se viene una tormenta de esas que a ti te gustan.

Su marido la miró. Una sonrisa levísima que parecía irónica le atravesó el rostro. No dijo nada. Se peinó un poco porque había salido de la furiosa ducha como una discusión acalorada. Y mirándose al espejo, fugazmente, articuló unas palabras, todavía:

—Lo más difícil del mundo es descansar . . . Te dejo . . . Necesito un buen whisky con agua y mucho hielo. Y descubrir caras extrañas, mirar a desconocidos que es lo más recomendable para quitarse la fatiga del cuerpo . . .

Abrió la puerta espectacularmente. Leyó una vez más el letrero donde se leía Corot como si aún no estuviese convencido de aquel hallazgo, y bajó las escaleras lentamente. Al llegar al último peldaño ya subía la linda camarera con la bolsa de agua caliente contra el pecho, disfrutando del calorcito.

Se dirigió al bar dando muestras de cierta torpeza. Lo mismo habían hecho los otros turistas, dos muchachas, una morena y otra rubia, sin duda modelos de casa de costura, y un señor cuya edad era muy difícil determinar. De baja estatura parecía alto al hallarse sentado. Moreno, no lo era del todo, si se tenía en cuenta que su tez aparecía castigada por el sol. Casi todos los turistas la usan así. Posiblemente les dé prestancia ir declarando aquí y allá que no pertenecen al ambiente en que se encuentran. Turista es el hombre que gusta dar la sensación de hallarse trasplantado. Aquel señor, necesitaba demostrar su ánimo de trotamundos, máxime cuando no circulaba en un automóvil con chapa extranjera. Es uno de los tildes de distinción de cierta gente.

René Garnier bebió fuerte y abundante como no era su costumbre. Los dueños del *auberge* ensayaban un barman que no sabía su oficio. De tanto en tanto la propietaria insinuaba cierta predilección por Garnier al enterarse de que su mujer no se encontraba bien. Pero Garnier no tenía ganas de entablar conversación con una dueña de hostería. Su interés estaba fijo en los tres ocupantes de una mesa vecina al bar. Más concretamente, quería estudiar a aquel trío singular. "No son hermanas —se dijo—. El tipo nada tiene

de común con la rubia y, quizás una relación superficial con la de los ojos tristes. Es de esos hombres que entristecen a las mujeres, sin que uno sepa por qué. Las marchitan con sólo estar cerca de ellas."

Pidió que le indicasen su mesa y mientras caminaba levantó los ojos y se sorprendió al verificar que los tres huéspedes lo miraban a un tiempo. No pudo menos que hacer una inclinación de cabeza y sentarse sin enterarse de haber sido correspondido.

Los vecinos hablaban en voz muy baja pero pudo enterarse que el sujeto se llamaba Pontecorvo. Este se quejó de que hacía frío en el preciso momento en que, tras de la dueña del *auberge*, avanzaba un enano de novela con un hato de leña.

—¡Bravo! . . . —dijo para disimular la plancha.

Y, no bien habló, un relámpago brevísimo acompañó como un latigazo, la entrada de un recio chubasco que zarandeó los costados de la vivienda.

La dueña del albergue caminó hasta el barómetro, golpeó en el cristal como en la jaula de un canario y meneó la cabeza.

Garnier aparecía un poco afantasmado con el rostro partido por la luz amarillenta de la lámpara de pie que le iluminaba con un raudal lechoso. La cara de Garnier se dividía en dos. La barba y la boca, en el campo claro. Los ojos, la frente, los cabellos negros, en el campo de la luz amarillenta. Todo esto por mantenerse esbelto con aire de señor presumido.

Esto era lo que veían las muchachas pues Pontecorvo no se dignaba dedicar un sólo instante a curiosear en el cuarto huésped visible. El pertenecía a esa clase de hombres físicamente inquietos, alterados por una imaginación infatigable. "Hace esfuerzos por no aburrirlas" —pensó Garnier.

En efecto, se veía obligado a distraer a las muchachas y no tenía más remedio que combatir el tedio con una locuacidad exagerada. "A mal tiempo lengua larga" . . . —se dijo Garnier. Y él también daba muestras de necesitar un poco de charla para que el whisky no le cayese mal.

Los dueños de las hosterías están obligados a tentar el acercamiento de sus clientes cuando la noche se hace tormentosa y es aconsejable cambiar ideas junto al fuego. A aquel señor le sobraba una compañera. ¿Por qué no aliviarse el trabajo de entretenerlas con un turista que se hallaba solo y que no parecía antipático? Por más que se crea que una austeridad de costumbres aconseja dejar tranquilo al vecino, es bueno observar que aquellos que hablan en

voz alta lo hacen para tentar a un tercero y para provocar una respuesta, una sonrisa, la media palabra que enciende el diálogo.

—¿No le parece que estaría más a gusto cerca del fuego? —le dijo la dueña de la hostería bajando la cabeza para hablarle casi al oído. Sin duda temía la respuesta negativa o no quería que el trío vecino se enterase de su presunta negativa.

—De buena gana —respondió Garnier.

Cogió el vaso de whisky a tiempo que la tabernera tendía la mano para que su cliente no se molestara. Y el novelista, por vez primera, al agradecer, contempló el rostro maternal, plácido y agradable de aquella mujer. Casi vuelve a mirarla para verificar su hallazgo y darle las gracias con una mayor cortesía. Pidió unas almendras para poder gozar de aquel rostro agraciado que en la noche de tormenta era particularmente maternal. "Sin duda ha subido a ver a Odette —pensó René—, y me felicita por la mujer que tengo".

En efecto, la señora había estado unos minutos antes en la *chambre Corot* porque le dijo:

—Madame se siente mejor... Acabo de hacerle probar unos bocadillos que yo preparo. No se los ofrezco porque son un poco dulces y con el whisky...

—Gracias... Me gustan las almendras —respondió Garnier.

Efectivamente, al lado del fuego se estaba muy bien y no se perdía una sola palabra de la conversación de aquel señor acompañado con dos hermosas muchachas. Hablaba sin cesar, saltando de un tema al otro, y, sin ninguna duda, ganando la atención femenina.

No se habían visto jamás y sólo los volvería a juntar unos leños, en un albergue confortable, en una noche fría, tormentosa, de esas que son propicias a la charla junto a la lumbre aún con desconocidos. Eran, a fin de cuentas cuatro, y, con Odette cinco, víctimas del mal tiempo, de algo ajeno a todo proyecto, librados al azar. Arrinconados, perseguidos por la tormenta, se debían una mutua solidaridad. Si no fuese por aquella circunstancia, jamás se hubiesen dirigido la palabra porque Pontecorvo suponía que Garnier era petulante, engreído, un poco pagado de sí mismo; y, éste, se dió cuenta que Pontecorvo era un tanto ordinario, charlatán, presuntuoso y amigo de darse tono ante extraños. Se despreciaban mutuamente pero sin que ese desdén mutuo llevase la sangre al río. No se trenzarían en ninguna discusión porque el talento del novelista no admitía competencia y, la seguridad de ser un hombre de suerte,

rico y en escala ascendente, le impediría al desconocido destinar un sólo segundo de su tiempo a un extraño, seguramente sin mucho dinero. Deslumbrarlo con algo le llenaba de satisfacción. Y ahí estaban conformadas sus miras, enseñando dos hermosas muchachas que le acompañaban en una gira por la Normandía. ¿Qué más se puede pedir? Para Garnier la cacería de aquel trío le calentaba las orejas. No iba a renunciar, por simple orgullo, al trato con los desconocidos. También en una playa, al sol, tirados en la arena, les habría prestado atención. Los novelistas no tienen que hacerle asco a nada ni a nadie. Si tienen escrúpulos que escriban ensayos sobre la influencia de las locomotoras en las relaciones conyugales, por ejemplo. Pero si pretenden entretener a los lectores, interesarlos con una trama hábilmente urdida, además de saberla realizar, hay que saberla vivir. Es lo menos que se reclama de un escritor orientado hacia un género que no perdona lo descabellado... Por lo dicho, a Garnier debían interesarle los desconocidos o renunciar a escribir novelas entretenidas. Y procedió impulsado por el oficio.

Dejó de lado la natural repugnancia por el sujeto y entró de lleno a analizar el trío, ya de por sí curioso, dejando de lado las consideraciones secundarias. Quizás fué una manera de justificar su interés por la muchacha rubia, espléndida físicamente y dotada de una voz grave y sensual que podría ser fascinante si se presentaba en un trasatlántico realizando un crucero de veinte días por lo menos... A pesar de amar plenamente a Odette, el autor de novelas policiales preparado para entrar en el dominio de los grandes tirajes, prestó oídos al relato de Pontecorvo, porque éste les contaba a los tres —él ya se sentía incluído— la aventura de un personaje que conociera en un país centroamericano.

—¡Es cosa de novela, de novela!

Fueron estas las palabras que excitaron el sentido auditivo de Garnier. Se dijo: "Me reconoció... Este sujeto me conoce"... Y se sintió halagado. Pero aquel sujeto no tenía la menor idea de quién era el vecino de mesa que varias veces, so pretexto de calentarse las manos, las estiraba hacia la llama como tanteando la tiniebla. No sabía que estaba en presencia del autor de novelas policiales en vísperas de obtener el Premio Pulitzer o cualquier otro que admitiese sus escritos. Aquel turista no leía las novelas policiales. Más bien se mostraba inclinado a vivir un amor con toda clase de riesgos o ser cómplice de un atentado por puro goce secreto. Sólo así po-

día hablar con tanto placer de un personaje novelesco que había conocido en Centroamérica.

—Yo he visto el aviso solicitando suicidas... —dijo entusiasmado—. Y... —hizo una pausa mientras echaba manos a una billetera de cuero de Rusia—. Y... ¿qué me dicen si tengo aquí el recorte?... ¡A ver, a ver!... Sí, ¡aquí está!... Miren, miren si no es cierto... —Y puso bajo los ojos maravillosos de la bella rubia el recorte de diario que conservaba ajado como el billete de una emisión centenaria.

La rubia leyó el aviso en silencio y se lo pasó a la morena que en aquel instante miraba el vacío, la nada, como si estuviese cansada de oír tonterías.

El hombre levantó la vista y descubrió a Garnier en un momento de auténtica curiosidad no disimulada. Le dedicó una sonrisa y estirando la mano hasta las de la muchacha morena que leía el aviso, sin dejar de mirar a Garnier le dirigió la palabra con naturalidad:

—Es cosa increíble... ¡Un hombre que solicita la confidencia de presuntos suicidas, que los demanda en el diario como si pidiese un empleo con fines de lo más estrambóticos!...

Y como se hallaba más próximo a Garnier, le alcanzó el recorte como lo habría hecho con un comensal de su mesa.

Garnier tomó el aviso y lo leyó. El texto era el siguiente:

Ruego a aquellas personas que estén en trance de quitarse la vida que sean tan inteligentes como para ofrecer su preciada existencia en holocausto de una obra social de incalculable valor y proyección. Dirigirse a M. A. A., Casilla de Correos 111, Managua.

El novelista no pudo menos que decir:

—¡Curioso, verdaderamente muy curioso!... Y, ¿qué se proponía?

Al fin el diálogo quedaba entablado entre dos seres que no tenían en común el más leve vínculo. Apenas si resultaban por el azar dos turistas, uno con una mujer en cama, el otro con dos a la vista.

—Les contaba a las señoras... que este personaje singular pretendía... y no se sabe si lo llevó a cabo... utilizar a los suicidas convictos... resueltos a morir en una u otra forma... de que sus muertes no fuesen estériles... Creía que ningún suicida debiera

irse al otro mundo... sin tentar por lo menos hacer torcer el curso de los acontecimientos o de la historia —hablaba haciendo unas pausas muy marcadas entre frase y frase—. Jugándose la vida en atentados... capaces de alterar la vida política de cualquier país... Aseguraba que las dictaduras... cualquier dictadura, por poderosa que fuese... se podía eliminar si diez o quince suicidas organizados... se metiesen en la aventura... Con una sociedad así... se terminaban todos los dictadores. Casi me convenció... porque yo conocí al personaje... arriesgándome en una entrevista que pareció digna de contarla en una novela... o en un reportaje. Pero...

—Un loco —comentó la rubia.

—Según desde el punto de vista que se le mire —habló Garnier—. ¡Si se trataba de una verdadera empresa criminal, no deja de ser interesante!

—Es lo que yo pienso... Imagínese que...

Y habló por el término de cinco minutos contando detalles de la organización con tanta vehemencia, tantas pausas y tanta convicción como si fuese su intención convencer a Garnier. La muchacha morena agregó ciertos detalles, entre otros, el de que el personaje resultó ser un suicida fracasado, cobarde. Con esos aportes daba a entender que conocía al dedillo el asunto o que era tan amigo suyo que había oído el relato muchas veces. Garnier comprendió que la rubia no era de la intimidad del charlatán. Aquella conclusión le satisfizo.

Con los fiambres llegó el buen vino borgoña que había pedido ligeramente eliminando el frío de la botella por una servilleta humedecida en agua caliente. El, bebía un Montrachet del 45. Dijo que era el mejor año para aquella marca. Al empinar la primera copa irguió el busto con aire de quien ha dominado a un auditorio y con la superioridad del personaje que gana respeto. Se frotó las manos desentendiéndose de los demás como puede hacerlo el buen comilón ante un plato de pescado a la crema con champignones que supera la amistad.

Aquella actitud no molestaba a Garnier. No le molestaba porque ella formaba parte del personaje, era su propia naturaleza, la atmósfera que un tipo de su catadura necesitaría para vivir en una descripción de sus novelas. El sujeto se pintaba solo. A cada instante entraba más y más en el marco en que lo había situado Garnier. Diríase que iba perfeccionándose. Acabaría por ser un arquetipo.

Comía sintiéndose admirado y, si no admirado, por lo menos merecedor de consideraciones particulares. De manera que sólo le quedaba un esfuerzo por realizar, una actitud cualquiera para conquistar definitivamente al desconocido.

"¿Estaría bien interrogarle? —pensó Pontecorvo—. ¡No, sería una imprudencia! —se respondió con un amable calor en el estómago, propio del Montrachet que rociaba un suculento pescado—. Mejor relatar otro episodio desconcertante" —se dijo mirando de soslayo al comensal vecino.

La tempestad arreciaba. Alguien, quizás el enano que trajo la leña, cerró con estrépito las ventanas exteriores. El tamborilleo del agua en los cristales predisponía a la solidaridad, al trato amistoso. La lluvia tejía una malla capaz de acercar seres que sentíanse momentáneamente aislados. Como una red el temporal los atrapó, y Garnier pudo tener la sensación de participar de una comida con extraños, cosa muy recomendable para todo novelista.

Repetidas veces se miraron, aquellos dos hombres que no se habían visto jamás. Pero, una vulgaridad de las tantas, que Garnier hubiese atribuído al personaje si el novelista fuese su creador, una vulgaridad muy al uso de los atolondrados, no estuvo ausente. El personaje levantó la vista y encarándose con Garnier, le dijo:

—Creo haberlo visto en algún lado... Usted perdone... Su cara me recuerda...

—Tengo relativa memoria visual y no recuerdo haberlo visto nunca —interrumpió Garnier—. Es posible que yo me parezca a alguien y eso le lleve a usted a pensar que nos hemos visto alguna vez...

Garnier ya empezaba a tejer un encuentro novelesco. La segunda parte de su respuesta, aquello de que "quizás él se pareciese a alguien" ya era picardía de novelista, menudo análisis de cierta importancia.

—Usted sabe discurrir, señor —le contestó—. Tiene razón... nada me sorprendería que le confundiese... ¿Ha estado usted en Nueva York? —preguntó con delicadeza.

—No, no he estado en Norteamérica jamás... Poco me tientan los viajes muy largos.

—¿Largos? Estamos frente... en el día...

—Pero quien atraviesa el océano, se supone que va a quedarse un tiempo relativamente largo. Para conocer un país como los Estados Unidos, hay que invertir más de un año —respondió Gar-

nier desagradado del tono que tomaba la charla, sobre todo por haber cometido la tontería de manifestar sus gustos. No era de él que se trataba. Era de saber *algo* de ellos... En fin, aprovechó que le servían los postres, unas "gallets normandes" de aspecto muy bueno, con esa presentación que las hace cosa popular, recién adquiridas en la panadería, para desviar la conversación sobre cuestiones culinarias.

Pero se había dirigido a la rubia y tanto las rubias como las morenas dicho sea en honor a la verdad, muy poco saben de pastelería. Ni de nada de comer. Hay cierta clase de mujeres que no les gusta hablar de lo que comen, prefiriendo más bien formularlos o prometer platos exquisitos para fomentar el buen desarrollo de los jugos gástricos.

—Tiene usted razón... —exclamó secándose la boca con ordinariez muy notable— tiene usted razón... Usted me recuerda al médico... al médico más raro que conocí en mi vida... precisamente en Nueva York... por eso hablé de Nueva York... al doctor Farrel... un médico... —al llegar a este punto de su monólogo espaciado por causas que solía aprovechar para la masticación— un médico que se dedicaba a hacer dormir a millonarios...

Miró a una y otra de las muchachas como si iniciase algo que merecía atención. Prosiguió:

—Un médico que gana... una fortuna... haciendo dormir a los millonarios de Wall Street... Algo de lo más curioso... figúrense que me dejó en el automóvil diciéndome: "Espere un instante. Subo hasta el piso 48... allí me espera... el millonario... dueño de casi todas las escafandras de buzo que hay en el mundo... el fabricante, además, de las bombas centrífugas más... precisas... del mundo... Subo, le hago dos pasadas... y bajo. Con dos pasadas alcanza para este cliente..."

—¿Qué es eso de pasadas? —preguntó la rubia.

—Justo lo que yo le pregunté... —sonrió a la rubia mirando el efecto que le producía a la morena—. "Las pasadas" consistían... en esos gestos que hacen los hipnotizadores para cumplir sus trabajos... esos ademanes como si apartasen un velo para... para mirar más lejos... Porque Farrel los hipnotizaba provocándoles un sueño reparador.

—Muy curioso —dijo Garnier para el que no era novedad semejante panacea.

—Sí... curioso... acompañar a Farrel y pensar que era co-

mo... una nodriza... que dormía a niños de sesenta y ochenta años... como al viejo Ford.

—Ganaría mucho —comentó la rubia.

—Una enormidad de dinero... y se hacía pagar por cada visita... bajaba con sus cien dólares en la mano... haciendo alarde... Creo que a las personas flacas... a las flacas... les cobraba más de trescientos dólares.

A Garnier le parecía que estaba en la obligación de retribuir con otro cuento. Pero no se animó a relatar un capítulo de alguna de sus novelas... Temía ser reconocido. Pero, el mayor temor, no era el referido, sino el contrario: que ninguno de los tres desconocidos recordase el episodio. Como no estaba de humor para deprimirse con la falta de popularidad de sus escritos, decidió callarse y ganar la batalla de la discreción. Y fué cuando el extraño lo acribilló a preguntas, como si se hubiese sentido herido con la pasividad aristocratizante de Garnier. Le hizo preguntas irónicas, frías, bien pensadas. Si viajaba en auto, si no era indiscreción el preguntarle su estado: si seguía un itinerario, si su coche era un modelo viejo, si había visto las ruinas del Hotel Continental, si no sacaba fotografías, etc., etc. No le daba tiempo para que Garnier eligiese un tema o que entablase conversación con las muchachas. Pero llegó un momento en que Garnier pudo colocar su metralla, tiempo atrás preparada. Iba a meterse con su menú tan mal elegido, cuando salió a relucir un instrumento inesperado: el sujeto extrajo del bolsillo del chaleco, un espectacular y curioso escarbadientes de pluma de ganso, que descansaba en un estuche de oro admirablemente labrado. Levantó el pequeño capuchón como si destapara una minúscula estilográfica y salió a relucir la pluma que voló hacia su fuerte dentadura. Garnier, de súbito, pensó que quizás se le habría escapado ese primor en el trance de describir un personaje de tal catadura.

Al escritor le pareció que pocas veces se podía dar con un tipo más "operable". Entre sus amigos, llamaban "operables" a aquellos sujetos que mediante un hábil interrogatorio (operación, alta cirugía) se puede lograr un arquetipo literario.

—¿El señor se llama? —preguntó Garnier iniciando la contraofensiva con un dejo de falsa humildad.

—Pontecorvo, señor —respondió con cínica sonrisa.

Pero al formular el apellido sin el nombre, el novelista comprendió que la pregunta resultaba imprudente, porque podía condu-

cir a violencias inútiles del demandado. Debía decir su profesión y qué hacía con aquellas dos hermosas muchachas.

Como Pontecorvo no se dignaba presentarse en forma, René tuvo que hacerlo. Y ya que estaba en ese plan, como un comerciante que desea hacerse conocer para imponer una mercadería que lleva su nombre, sacó su tarjeta y se la tendió, modestamente. En ella se podía leer el apellido y las señas. En el ángulo izquierdo, *Editions Pont des Arts.*

Pontecorvo aprovechó la tarjeta para posar sobre ella el escarbadientes de pluma de ganso ya sometido a la cárcel de oro labrado. Lo usaba a guisa de pisapapel sobre el mantel de colores.

Inútil fué que René mirase a una y otra muchacha. Ni ellas se daban por aludidas ni Pontecorvo tenía por qué presentárselas.

La torpeza de Garnier sólo se curaba con *armagnac*, con dos o tres golpes de *armagnac*.

La borrasca quería unirlos pero no lo conseguía.

Al no ser reconocido como escritor, Garnier perdió terreno. Su popularidad se puso a prueba. Y estas minucias suelen poner de muy mal humor a los escritores.

No tenía esperanzas de refrescar la memoria de las muchachas y que una de ellas recordase el título de una de sus novelas.

Pensó en Odette. Los escritores cuando se ven en un trance difícil se desmoralizan, se sienten fracasados y sólo ua palabra del ser querido puede volverlos a la lucha. Pidió permiso y subió a ver cómo estaba su mujer.

Odette leía a Claude Roy. En los cristales de las ventanas la bofetada del mar impresionaba. René cerró los postigos apenas entró en el cuarto.

—¡Ay, qué lástima! —dijo Odette— ¡me parecía estar embarcada! . . .

—Escucha . . . Abajo, en el comedor, encontré a un sujeto particularísimo. Lo acompañan dos muchachas. ¿Quieres bajar a ayudarme un poco? No sé si me equivoco, pero en ese personaje hay algo, algo que no sé precisar. Un aventurero, un personaje del mercado negro, un millonario enriquecido por la guerra, un traficante . . . no sé, no sé bien, pero en el tipo ese hay un misterio.

—¿Otra corazonada? . . . Si quieres, te acompaño, pero a estas horas es un poco absurdo que baje. Va a ser una entrada un tanto espectacular.

René explicó las características de Pontecorvo. El hombre na-

da le decía pero tras de aquel rostro se escondía un pasado muy extraño.

Odette se interesaba por las muchachas. René las pintaba hermosas y presumiblemente conocidas por su vestimenta y el *charme* de cierto París perfectamente diferenciado del resto. La curiosidad de Odette no llegó a tanto. Un desperezamiento muy de los suyos fué la respuesta.

—Bien, quédate. Ya veo que la tormenta te pone apática. ¡Que te haga provecho tu Valery! . . .

—No es Valery. Valery no me ha gustado nunca, mi querido. Ni cerca del mar —dijo ella apaciblemente.

—¡Ah, bueno, quédate con Claude Roy y su "perfecto amor"! A mí no me gusta ni al lado del agua.

—Estás celoso . . . Me levanto y te acompaño.

Odette hizo ademán de bajar los pies del lecho e iniciar su arreglo. Pero René la empujó con fuerza, la hizo tumbar de espaldas y, besándola nerviosamente, le dijo:

—Era una broma. Bajo y les acompaño un momento. También ellos tendrán que descansar —dijo él.

—Sí, pero hay dos mujeres, René . . . Ya no me está gustando.

—¿Y qué vas a hacer tú con la que sobra? . . . ¡Mi presencia es más importante!

—Depende —replicó Odette.

—Usted se queda y se acabó.

Era una orden de dueño de casa.

Y salió dando pasos hacia atrás, todavía indeciso. Su amada mujer ya le había dado las fuerzas suficientes para recuperar el aplomo. Abrió la puerta de la *chambre Corot* y salió apresuradamente.

Al bajar, oyó las explosiones del motor de un coche. Superaban al chubasco en los cristales. Había menos luz en el comedor y el bar tenía las luces apagadas.

Una camarera le salió al paso.

—Monsieur . . .

Garnier le preguntó por los comensales. Dijo el nombre del compañero ocasional.

—Acaban de partir —respondió la camarera.

—¿Partir? Pero si ellos me esperaban.

—No dejaron ningún recado, señor. Usted habrá escuchado el ruido del auto.

—Habrán ido a dar un paseo —dijo René.

—¡Ah, no! . . . Se han ido . . .

—¿Pero no vivían aquí?

—Llegaron ayer, sin mucho equipaje . . .

Mientras dialogaban Garnier fué alargándole un billete de cien francos sin siquiera mirar lo que tenía en las manos. Hablaban y el billete se deslizaba de una mano a otra. Y la camarera respondía por instantes con mejor voluntad. Claro que no tenía inconveniente en ayudar en la empresa galante de un pasajero bien parecido.

—¡Con este tiempo! . . . —exclamó Garnier.

—Decidieron de pronto . . . No habían avisado. Madame hizo la cuenta rápidamente. Bajaron un maletín y . . . ya lo vió . . . salieron.

La rubia normandita sonreía. Le daba mucho gusto orientar al Casanova fracasado y sobre todo, ser atenta con un cliente que anticipa cien francos.

—No creí que se fueran —dijo pensando en voz alta.

—Nosotros tampoco. Es la primera vez que viene ese señor. Las señoritas creo haberlas visto otras veces. ¡Qué bellas alhajas llevaban, señor!

René Garnier se sentía acribillado por el repiqueteo de la lluvia en los cristales.

—Es raro que el señor Pontecorvo haya hecho eso —dijo Garnier.

—No se llamaba Pontecorvo . . . señor. Aguarde usted —dijo la camarera—, voy a decirle cómo se llamaba . . . ¿o usted prefiere el nombre de las señoritas?

Se asomaron a las fichas. Los nombres podían ser fraguados. Era cierto. La camarera tenía razón. Allí aparecía Madame y monsieur Lubeck y familia.

—¿Lubeck? —se preguntó Garnier.

La camarera sonrió. René también.

—Poca suerte —dijo graciosamente—, será para otra vez.

—Y, claro, ¡será para otra vez! . . .

Cuando volvió a su cuarto Odette soportó su nervioso relato. La rubia sería seguramente la modelo de Calin.

Y ¿el sujeto?

Si era necesario dejarse llevar por las impresiones, el sujeto aquel, algo sabía de Calin.

Necesitaba urgentemente un retrato de la modelo. Era muy fácil conseguirlo.

—¡Qué tonta! ... Si yo la conozco. Con bajar ya estaba resuelto —dijo Odette.

—No seas inocente y pon un poco de atención: cuando yo bajé, ya se habían ido —dijo René de mal humor.

—¡Ah, es verdad! ... Pero yo te voy a conseguir una fotografía en la casa donde trabaja ... Tal vez algún *Elle* ... Y te sacarás el gusto.

Ella durmió muy bien. Poesía, borrasca ... Afuera un frío que hacía más muelle el lecho. La salamandra, desde la oscuridad, con sus ojos encendidos les acompañó hasta tarde.

René no quería comunicarle sus impresiones, pero aquel encuentro tan casual era significativo.

La huída del supuesto Pontecorvo, del falso Lubeck, de quien fuese, le picaba la curiosidad y le encendía la sangre.

Odette quedaba muy hermosa dormida, disparatadamente abierta de brazos, como si no hubiese abrazado nunca.

II

¿Qué había querido insinuar el Inspector Supernille de una nueva orientación de la pesquisa por el lado de los inventores? En una visita obligada que había hecho el Conde, citado por el Juez M. Bonniaud, éste lo enteró de las investigaciones del Inspector. Pero no dudaba: el señor Calin estaba muy comprometido.

Fué inútil que Supernille visitase el Concurso Lepine donde se exponían todos los supuestos adelantos en materia de invenciones. El ex Jefe de Policía de París, que creó el salón de los inventores que actualmente lleva su nombre, no previó la arremetida de los mercados extranjeros. ¿Quién inventa algo y somete su idea en un concurso Lepine? Lo inservible, lo anodino, va a caer allí, donde oxigenadas damas provectas venden el "adelanto de la ciencia" a un precio irrisorio y donde el inventor de una nueva manera de navegar por los ríos hace sonreír a las desaprensivas y escépticas multitudes. El Concurso Lepine sólo divierte a los niños. Quedan aún pequeños artefactos y pela-papas que no se ha devorado el empresario yanqui o el industrial de Detroit. La inventiva francesa, un día seriamente expuesta en aquellos anaqueles, ha quedado enmudecida por la ofensiva industrial de los Estados Unidos. Antes de caer desfallecientes en el tablado que honra la memoria de *monsieur Lepine*, los

inventores y sus trastos, han rodado por agencias y tratamientos comerciales que los manosearon hasta la ignominia. Supernille no esperaba mucho de la última muestra, pero estaba en la obligación de cerciorarse sobre la inventiva aplicada a la goma. Quizás allí apareciese alguna elaboración que permitiera descubrir una huella para dar con el extraño falsificador de impresiones digitales.

El Inspector salió insatisfecho de la visita, un tanto desilusionado, mejor dicho, no pudiendo disimular su indignación. Aquel concurso era una feria de fracasos. El pobre Lepine era un ciudadano bien intencionado, pero las invenciones actuales han caído lamentablemente. Ni entre los juguetes había uno sólo capaz de sorprender a su sobrino. Claro, pensó, para sorprender al sobrino de un detective, todavía no ha nacido inventor de juguetes.

Esta orgullosa reflexión lo quitó de las antipatrióticas meditaciones sobre la crisis en la inventiva francesa o la declinación de la mentalidad imaginativa aplicada a la pequeña industria (Podría ser el título de un ensayo del doctor Georges Duhamel o de un André Maurois). Había oído esta frase en boca de un extranjero, al trepar la rampa del borde del Sena entre canoas de goma, aparatos para cazar mariposas, sombrillas con mango articulado, plegadizas sillas de camping, cañas de pescar, etc., etc.

No daba con el signo delatador. Si sus sospechas se confirmaban, los falsificadores de impresiones digitales procedían de una elaboración o industria del *cautchou* de procedencia alemana o suiza.

"¿Guantes de goma con la palma de una mano perfectamente reproducida?" Fué el Juez señor Bonniaud que le salió con esta exageración. Supernille no creía que se llegase a tanto. Simplemente había imaginado un par de pulgares falsificados. Pero, a veces, a los menos avezados se les ocurren pistas interesantes. El Juez no lo era pero, ¿cómo esperar algo nuevo de un hombre viejo? La inventiva corre de los veinte a los cincuenta. A los setenta, se tiene miedo de inventar porque se presume que puede alterar el curso de los últimos años...

Todas estas cosas andaban por la mollera del Inspector. Los meses pasaban y para salvar a Calin sólo esperaba que surgiere lo imprevisto, lo que nunca se anuncia: el azar. No contar con él, es malo. Tenerlo en cuenta, es lo peor que le puede pasar a un detective.

Supernille no quería que el azar le pusiese por delante a Casimiro Kassin. Pero dió de buenas a primeras, con un personaje asaz perturbador: René Garnier. El novelista, sin saber que el señor Su-

pernille giraba en torno a lo fantástico, pidió para conocerle so pretexto de que le contase alguna historia difícil o que le informara sobre determinados trámites que ignoraba y que documentarían sus novelas policíacas.

—Usted comprenderá que nos falta base —dijo Garnier modestamente— y nadie mejor que un Inspector de su categoría.

—¿Quién le dijo que me viniese a ver? —preguntó el señor Supernille con una mirada inquietante y de pocos amigos.

—Varias personas. Por lo pronto quien puede darle referencias mías es el señor Juez Bonniaud.

—¡Ah, ah! ... Y ¿usted lo vió últimamente? —le preguntó como si estuviese haciendo una *enquete*.

—No, hace tiempo que le pedí ayuda. Las bases de mi novela *Por aquí pasó Margarita* me las dió el señor Juez. Usted conoce el caso, ¿no?

Garnier deseaba romper un tanto la frialdad de Supernille. Le ofreció cigarrillos turcos, de esos que ya no se usan en las novelas como huellas; se levantó para darle fuego, etc., etc. No se disminuía en lo más mínimo, no se sentía inferiorizado ante la *posse* del Inspector.

—El señor Bonniaud me contó la historia ... Creo que se inició con ese caso ... ¡Ah, recuerdo que me recomendó un libro que se había publicado con ese argumento! ... No sé si será el suyo ...

—¿Por qué? Que yo sepa, nadie ha escrito sobre ese crimen bajo el agua, entre dos buzos.

—¡Ah, ya caigo, usted es el autor de esa novela en que se atribuye a un pez la muerte de un buzo rival de otro buzo.

—¡Exactamente! —dijo Garnier.

—Un caso raro de la primera guerra mundial. Sí, sí ... De manera que es usted el autor.

Hizo una pausa.

—Pues no recordaba el nombre del autor. Me dijeron que me visitaba el señor Garnier ...

—Claro, sí, comprendo ahora. *Por aquí pasó Margarita* no lleva mi firma. Es un seudónimo. Está dedicada al Juez Bonniaud ...

—¿De manera que escribe usted con seudónimo?

—Escribía ... Ahora firmo mis novelas policiales. *El asesino desvelado* debió producirme dinero. Pero usted sabe, los editores ...

—Voy a leerla. ¿Dónde la puedo encontrar?

—Se la enviaré, Inspector. Está agotada.

—Gracias.

Lo malo de los cigarrillos turcos es que se consumen rápidamente. Se los fuma el aire. Por eso, al entrar en una pieza, se meten en las narices del recién llegado antes de que el que está en el cuarto pueda decir esta boca es mía. Supernille miraba el cigarrillo como pieza de investigación. Luego dijo:

—Y, ¿en qué puedo servirle?

Garnier le hizo algunas preguntas que al lector poco deben importarle. Si las consignásemos conocerían detalles de las investigaciones que es conveniente mantener en secreto para poder engañar mejor a la gente y prolongar las pesquisas.

Después del interrogatorio de Garnier, el Inspector estaba más amable, se notaba su buena voluntad. Sacó el tema del crimen de la Condesa de Hendebouville sin violencia alguna.

El Inspector cayó en la trampa. Ya se despedía el novelista cuando aflojó. Este, ni remotamente dió la impresión de tener algún interés sobre el caso. Se diría, más bien, que deseaba eludirlo cambiando de conversación. Supernille, preocupado, puso a consideración del novelista su hipótesis de las impresiones falsificadas.

—¿Le parece descabellada la idea? ¿La pondría usted en una de sus novelas?

—¡Absolutamente! Una idea descabellada. Hasta le diré que lo he pensado más de una vez.

—¡Ah, ah! . . . —y dando señas de satisfacción quería que Garnier hablase sin interrumpirlo.

—Sí, más de una vez se me ha ocurrido eso . . . Pero las grandes inventivas poco excitan al criminal. ¿No cree usted que casi siempre son torpes? Los ladrones me resultan más ingeniosos. El asesino no abunda en detalles de imaginación. Sus coartadas son pobres . . .

Supernille quiso impresionarlo diciendo:

—Y ¿si el asesino es además un ladrón? Casi se puede decir que en el ochenta por ciento de los crímenes el móvil es el robo. Y entonces, ¿cómo separar a unos y a otros?

—Tiene usted razón pero yo hablo de aquellos tipos realmente dotados de una gran imaginación, tipos que debemos lamentar que la sociedad los desaproveche —dijo Garnier y, deseando salirse un poco del tema para tantear la posición política del Inspector, le

agregó—: Imaginación han tenido lo que agrandaron ese crimen vulgar para distraer a la opinión pública.

A Supernille no le gustó la clasificación del crimen. Para él, no podía ser vulgar.

—No tan simple ese crimen —dijo el Inspector respondiendo a una parte de las presunciones del escritor—. Tenga en cuenta que será muy difícil dar con un falsificador de impresiones digitales, y con un asesino al mismo tiempo. Podemos dar con el que fabrica en goma tales huellas y que no sea el asesino. ¿Comprende? Se trata de un bicho muy raro en la fauna policial . . .

—¿Muy raro? —preguntó Garnier—. Pues más raros me tocan a mí, al meter las narices donde no debo . . . Hace unos días, en la Normandía precisamente, di con un sujeto de esos que vale la pena conocer a fondo.

Y Garnier le contó las aventuras del médico Farrel de Nueva York, que duerme a los millonarios, y del que reclama suicidas en Centro América . . .

—Tiene razón, ¿vale la pena dar con tipos así? ¿Se hizo amigo?

—No, lo perdí de vista.

Y, cuando el novelista contó la apresurada partida del extraño personaje, no pudo omitir el dato de que se marchaba con dos maravillosas *mannequins*.

—¿Una morocha y una rubia? —casi gritó Supernille.

—Sí, dos ejemplares únicos.

Supernille tomó por la espalda a Garnier que en el umbral de la puerta amenazaba a cada instante despedirse sin dar lugar a dudas.

—Venga, venga . . . Hágame el favor —dijo el Inspector.

Lo hizo andar unos pasos. Entrar en una sala vecina. Allí tenía una mesa cargada de diarios, recortes, etcétera. Sacó de una pila una fotografía de gran tamaño. No la había puesto aún bajo los ojos de Garnier cuando este abría la boca para decirle, con evidente turbación:

—Esa, me parece, es la modelo de Chez Grim. ¡Y con la morena frecuentan la hostería de Honfleur! Me lo dijo la camarera.

Ambos quedaron silenciosos como repartiéndose el botín por mitades y queriendo el uno robar al otro.

—Pues amigo mío —dijo el Inspector—, permita que le hable así . . . ¡porque estamos sobre una pista interesantísima!

El Inspector le contó minuciosamente la visita que había hecho

a aquellos dos ángeles de pelo opuesto y de las fotografías de Capri y Nápoles.

—Ahora no tendré más remedio que llevarlo a verlas —sonrió—. Entre los álbumes de Capri debe estar el sujeto que lo sorprendió con sus relatos. Pero, ¿con qué pretexto vamos a casa de Catalina?

—¿Qué Catalina? —preguntó Garnier.

—Catalina, la ex amante de Calin, esa modelo que reconoció usted como amiga de Pontecorvo o Lubeck...

—¡Vaya la coincidencia!... —exclamó el novelista.

—Si usted no me lo dice, lo habría sabido por un anónimo. Aquí, entre nosotros, ¿usted cree que se descubriría un solo delito si no existiesen los cultores del anónimo? A veces, pienso que podían dominar al mundo. Si a uno de esos desocupados se le ocurre mandar un anónimo a cada diputado o personaje público dudoso, diciéndole: "Se sabe todo, huya"... el gobierno se queda sin gente...

René largó una carcajada. Con aquel festejo a las ocurrencias del Inspector ya lo tenía ganado. Parecían viejos amigos mostrándose fotografías de aventuras galantes.

—No tengo un buen pretexto para ir a casa de Catalina —dijo el Inspector ensimismado.

A Garnier se le ocurrían excusas de todas clases pero se las callaba temeroso de meter la pata y perder el crédito del Inspector.

—Lo que no encuentro claro, a mi modo de ver, es el detalle de la versión de Catalina... Dijo con intención que la noticia del crimen de la Condesa los sorprendió en Sicilia, durante el crucero en yate... Si eran invitadas del personaje ese, nada tiene que ver con el asesinato... Nada de carácter material, se entiende...

Meditaban ambos sin rascarse la nuca u ordeñarse el mentón.

—¿Qué sabemos de las relaciones entre ese divulgador de rarezas que desaparece una noche de tormenta del *auberge* y Calin? ¿Qué relación hay entre ellos para que saque a pasear a su ex amante? —se preguntaba Supernille.

Garnier, que se sabía más hombre de mundo, dijo con seguridad.

—Metido entre rejas el joyero, ella debía buscar a otro amigo con dinero. Supongo que lo tiene el señor Pontecorvo.

—Mal psicólogo, amigo. Cuando un hombre cae en la mala o se va para no volver, los amigos íntimos, o sus enemigos, se ocupan de la mujer, ya para hacerles olvidar honestamente o para violentar el olvido con una nueva pasión que suele ser el desquite.

—No está mal visto. Y si esas impresiones digitales han sido falsificadas... —se animó a argumentar Garnier.

—Fácil venganza... Que Calin cargue con el delito para poder apoderarse de Catalina... —dijo sin convicciones el Inspector.

A Garnier no le gustaba mucho la hipótesis y mostró sus modestas dudas de neófito.

—Salvo que exista una gran pasión de parte de Pontecorvo. La muchacha bien vale una tormenta. Pero matar a una Condesa para que se le culpe a Calin y salir así beneficiado... Creo que estamos fantaseando.

El Inspector no era supersticioso pero creía en las corrientes perturbadoras. De pronto, comprendió que ese novelista que tenía frente suyo venía a perturbarle, simplemente a producirle dudas, y, sobre todo a fomentar su fantasía. Lo mejor era dar por terminada la entrevista y aprovecharse del dato de Garnier. Nada más que de ese dato, porque de seguir entreverado con el novelista se armaría un enredo... novelesco.

—Gracias, señor Garnier —dijo fríamente poniéndose de pie, sin la familiaridad de los últimos momentos—. Ahora a trabajar y si pesca algún cabo se lo agradeceré sinceramente.

—¿Quiere que se lo haga llegar en un anónimo? —dijo sonriendo el novelista.

—¡Dejémonos de bromas!... Hay un hombre entre rejas que puede ligarse muchos años de cárcel. ¡A trabajar, entonces!

—¿Volverá por Catalina?

—Tal vez —respondió el Inspector una vez más detenido en el umbral donde había saltado la perdiz—. Quiero reflexionar sobre la particularidad de enterarme de cuándo recibieron la noticia... Pareciera que se propuso darme la coartada de Pontecorvo. Si él estaba en las fotografías...

Sacó el carnet del bolsillo. Leyendo, dijo:

—Entre los nombres anotados no se encuentra ése, tan particular...

—¿Y Lubeck? —preguntó el novelista.

—Lubeck, tampoco.

Supernille no quería leer en voz alta los apellidos anotados. "Secreto profesional" —pensó.

Garnier, como el Inspector no lo invitaba a reconocer a los

amigos de Catalina, se sintió molesto y estiró la mano para cortar la entrevista.

—Hasta cuando usted me necesite —dijo.

—Hasta la vista —le respondió gravemente.

Cuando salió el novelista una pregunta excitó la imaginación del Inspector: ¿No podría sacársele partido a Garnier para que conquistase a Catalina? El novelista era de un físico atrayente, capaz de interesar a una mujer hermosa. Además, ya se habían visto en Honfleur. Su impulso fué llamarlo para que almorzasen juntos y proponerle ese delicado trabajo, nada desagradable.

A su vez el novelista que luchaba para vencer la frialdad del Inspector, no quería perderse el desarrollo de una pesquisa tan interesante como la de la búsqueda de un falsificador de impresiones digitales. Supernille vivía en el segundo piso de un inmueble de la calle Benoit. Garnier dubitativo se detuvo en el descanso de la escalera. El Inspector con la mano en el picaporte, dudaba.

De pronto, se abrió la puerta del departamento de Supernille en momentos en que el novelista miraba hacia arriba.

—¿Sale a almorzar? —preguntó tontamente Garnier para salir del paso.

El Inspector aprovechó la excusa.

—Salía a almorzar. ...¿Me acompaña?

—Gustoso —respondió Garnier.

El Inspector bajó lentamente. Cuando llegó al descanso Garnier le dijo discretamente, en voz baja:

—Me olvidaba decirle que conozco el número del coche de Pontecorvo o Lubeck ...

—¡Caramba! ... Eso sí que vale la pena ... Vamos andando. Yo suelo almorzar en Los Asesinos ... Aquí, en la calle Jacob.

—¡Ah, sí, Los Asesinos! ...

El nombre del restaurante había perdido todo sentido para Supernille.

Lo hallaron tan lleno de artistas y comediantes de todas las artes que Garnier propuso la *Brasserie Lipp*. Al abandonar el local como es costumbre la clientela les gritó de todo, los insultó anunciándoles devorarles el hígado, hacerlos picadillo, asesinarlos.

Supernille y Garnier sonreían como buenos parisienses.

La tabernera infidente les contó a unos turistas pascuatos cuál era el oficio del señor con cara de galgo ruso.

A pesar del aporte impagable que el novelista le proporcionó a la pesquisa, éste debió hacerse cargo de la cuenta.

Supernille había invitado en *Los Asesinos*. Garnier en *Lipp*. Ya llegaría el momento de sacarle provecho a la pesquisa de la Condesa de Hendebouville.

Las delicadas tareas de investigar en un coche, de revisar su tapizado, de seguirlo, de ingeniarse para descomponer el motor y ofrecerse a sacarlo de la *panne*, todos esos trámites había que correrlos con el mayor sigilo, sin intervención de novelistas u otra especie de indiscretos.

El Inspector y sus colaboradores montaron vigilancia al dueño del coche Citröen 15 caballos, color negro, tapizado beige, número de placa 1987 R. S.

"Ni Pontecorvo ni Lubeck". Ya este detalle era por demás significativo. Pero como aquel hombre era casado no se trataba de un gran pecado cambiarse de nombre para poder andar tranquilo en amoríos y aventuras de fin de semana.

El verdadero nombre del dueño del Citröen 1987, era Gabriel Dubech... A mucha gente le gusta jugar con las iniciales de sus apellidos cuando quieren pasar inadvertidos. A veces es el error de los *concierges*, otras lo hacen de ex profeso para despistar. Este era el caso de Gabriel Dubech en su fin de semana con la ex amante de Pierre Calin.

Garnier no había omitido las curiosas experiencias del viajero en Nueva York. Y el Inspector no echaba en saco roto aquellos dos detalles: un alquilador de suicidas, un médico que dormía millonarios. Desconfiaba que fuesen creaciones del novelista para poner a prueba al policía. Supernille no había dado mucho crédito a las creaciones de Garnier. Si creía que el Inspector era un tonto que se dejaba operar, buen fiasco se iba a llevar. Pero no estaba demás anotar aquella particularidad del misterioso sujeto. La idea de conseguir suicidas que cobran algo así como un seguro, no le pareció descabellada.

De estas dudas no hizo partícipe al novelista. Siguiendo paso a paso a Dubech esperaba inspeccionar el automóvil en un momento que consideraran oportuno.

Seguir el coche de un personaje adinerado en París no es difícil. No escapa de los conocidos restaurantes de lujo y, si hacen alguna incursión que se desvía de los grandes centros, caen en otros lugares donde una buena sopa de cebolla o un caliente "vol-au-vente"

de langosta atraen a la clientela de las grandes casas. Los Mercados para lo primero, *Les marroniers* en el *boulevar Arago*, para el segundo plato. Y cien rincones que ya están marcados como sitios caros en ambientes baratos, o, simplemente, como posibles lugares de lujo en un París que quizás venga algún día. Todas son esperanzas dentro del mayor tesón, de una insistencia rayana en la terquedad.

No se desconcertaba Supernille con las andanzas de Dubech. Sus medios de vida eran múltiples. Representaba firmas del Caribe, era agente de productos cubanos, comerciaba con Venezuela, habría hecho mercado negro cuando más negra era la situación de su patria.

Se lo dijo al abogado Moulin-de-la-Chasse: "Creo que estoy sobre una pista que vale la pena. ¡Sensacional!"

El abogado le respondió: "¡Cuidado! Hay que saber administrarla. Quizás sea útil dentro de poco para desviar la atención pública. Se proyecta un tratado con una potencia extranjera que no conviene darle mucha publicidad. Llenando las planas de los diarios con algo sensacional haremos bien a la patria".

Parecía que hablase en broma. Sin embargo, hablaba en serio. "Es una pesquisa que precipitará a los cronistas. No podría explicársela aún", aseguró Supernille y él no era hombre de precipitarse en vaticinios.

Pasaba el Inspector por la rue Mermoz, en sus habituales recorridas de los lugares frecuentados por la gente que puede gastar, cuando vió el auto de Dubech estacionado a pocos pasos del Club de París en el *Rond Point*. Lo acompañaba su ayudante, el marsellés Julio Batory Muller, un muchacho rubio, atlético, de nariz chata y orejas largas, en quien no podía confiar por sus inclinaciones demasiado pronunciadas hacia el sexo femenino. Apuesto, varonil, con un aire de perdonavidas, Batory no sería ayudante de Supernille si su acción se limitara al bajo fondo. Unas vacaciones por los medios aristocráticos lo mantenían a la zaga de Supernille, siempre esperando sacar provecho a espaldas del Inspector. Una ventaja tenía que tener aquellas trasnochadas que no siempre daban saldos a su favor. Como venía festejando a una bailarina de cierta *troupe* en boga, asidua concurrente al Club de París donde terminaba su jornada con una *gratiné* y una copa de vino tinto, al consultarle Supernille dónde estaría Dubech, Batory no titubeó:

—Aquí, en el Petit Club.

Podía estar en *Carrol*, a la vuelta en la calle Ponthier. Batory arriesgaba sus opiniones sin el más mínimo cuidado. El Jefe lo miró con rabia mientras parqueaba en la Avenida Presidente Roosevelt.

—¿Todavía no entraste en relación con el portero del Club? — Supernille, con el pretexto de hacer una pregunta técnica, hacíale un velado reproche.

—Francisco me conoce. No sé si sabe quién es Dubech.

—Malo, ya debía saberlo. Es *habitué* . . .

—De vista tal vez lo conozca.

—Trata de explorar. Yo iré más tarde. Espérame en el bar . . .

El bar del Club era algo así, un lugar soñado por Batory. Le gustaba confundirse con elementos que estaban muy lejos de la policía, simplemente vagos elegantes, vividores y candidatos a actores de cine, adulones de astros cinematográficos, técnicos de cine que desdeñaban los bares donde se reunían los verdaderos profesionales y preferían mantenerse listos para una oportunidad contando con la debilidad de un actor o de una actriz . . . Julio Batory Muller era más conocido por el sobrenombre de Coco. El apodo le daba un aire familiar que no alcanzaría "el cara de galgo" de Supernille ni Casimiro Kassin ni cualquiera de los que podían ya firmar pesquisas. Coco era útil: ataba nudos aquí y allá. Exuberante en sus conclusiones tenía en su haber algunas pistas memorables. Pero en todas intervino el amor o fué factor decisivo un lío amoroso. Para que nadie sospechara su trabajo policíaco había firmado algunas crónicas de box que le dieron crédito como experto en peleas de primera categoría. A Coco no le agradaba particularmente el box. La policía lo había impuesto como periodista. De tanto en tanto aparecían crónicas, firmadas por él, que apenas si las había leído. Eso sucedió cuando otro pesquisa oyó una conversación sobre Batory Muller del que empezaba a sospecharse como soplón policial.

La gente que rodeaba el bar del Club no tenía por qué desconfiar de Coco. El barman sabía qué puntos calzaba. Si alguien quería enterarse sobre su vida le contestaba que era cronista de box.

Cuando se recostó al mostrador tratando de ganar poco a poco el rincón junto al piano, mediante movimientos suaves, contactos inadvertidos, ademanes y gestos para buscar ceniceros, mientras se acomodaba para su trabajo que esa noche le era particularmente grato, oyó un murmullo. Con una seña se entendió con el barman.

—La hermana de la Condesa asesinada —le contestó—. Es formidable el parecido.

Coco trabajaba muy bien. Dió vuelta la cara e indiscretamente miró a la mesa donde se hallaba Mrs. Harmon-Pernill con dos señores: calvo el uno; bastante joven, de la edad de Coco, el otro.

Se inclinó a hablar al compañero ocasional que había apoyado la copa sobre el piano, distraídamente. Por eso el pianista le tocó en el dorso de la mano. El bebedor creyó que quería hablarle. El pianista le pedía que no posara la copa mojada sobre el piano. Aturdido, para salir del paso, se dirigió a Coco sin miedo de molestar.

—Victoria Harmon-Pernill, la americana de las heladeras —dijo.

El barman al oírle, le corrgió:

—¡No, no! . . . Es la hermana gemela de la que asesinaron en el *château*. ¡No es americana, es francesa!

—Caramba . . . Yo creía . . . —dijo el cliente desconocido.

La primera mujer que había visto el ayudante de Supernille había silo precisamente a esa señora. Lo que allí estaba pasando era pura comedia de Coco. Se hizo el sorprendido y miró como un neófito. Acercándose al oído del desconocido, le hizo algunas preguntas. Este a su vez exageraba su engolosinamiento al tener cerca a una millonaria americana, sin dar importancia al parecido.

—Yo no conocí a la Condesa esa —dijo como si para él no hubiese pasado nada—, creía que era yanqui.

—Yo vi las fotos . . . —dijo Coco— realmente es igual, igual . . . ¡Sorprendente el parecido!

De pronto, Coco pensó que con el desconocido podían jugar un mismo papel. ¿No estarían engañándose mutuamente? Coco disimuló no haberla visto al entrar. El otro, ignoraba los detalles del crimen más divulgado en los últimos tiempos.

—Bonita —dijo el barman—. La otra melliza estuvo aquí una noche.

¡Si se pudiese saber con quién! Esperó que el barman se desocupara. Al pedir otro vaso de champagne, dijo:

—Andaba siempre con pintores, con artistas . . . ¿no?

—No, aquí vino con el joyero de la rue de la Paix . . .

—¡Ah! . . . exclamó Coco.

—El que está con ella ahora . . . —dijo el desconocido— es el dueño de Fakir, el crack de los potrillos.

Coco giró el cuerpo para ver al dueño del caballo Fakir. Pero

se interpuso en la visual la bailarina mulata que perseguía. Se levantaba para ir al toilet. Alargó su pescuezo de cisne y levantando el pequeño bolso de mano se encaminó a la escalera que descendía al piso bajo.

Coco no podía perder la oportunidad de una rápida entrevista con la bailarina que ya otras veces le había negado un encuentro pero que esa noche no se levantaba en vano.

Se disponía a dejar la copa en un ángulo del mostrador luego de un seña al barman, cuando el cortinado que cubría la puerta de entrada lanzó, como un juego de prestidigitación, a una pareja inesperada: Dubech y Catalina. Pareciera que Supernille los hubiese arriado desde el vecino *Carrol*. Detenidos en la escalinata que bajaba hacia el salón, estuvieron unos instantes con esa indecisión propia de quienes buscan una mesa determinada o no desean sentarse al azar. El *maître* solícito les señalaba la única que disponía con sitio para dos en la banqueta. Con la copa en la mano, olvidándose por completo de la mulata, Coco observaba atentamente las reacciones de Dubech. Sin duda habría descubierto a la hermana de la Condesa asesinada. Su rostro reflejaba una preocupación muy extraña. Por lo bajo aconsejaba a Catalina que no debían quedarse. La modelo insistía con una sonrisa en los labios que agrandaba su boca jugosa. El *maître* desconcertado se dirigía a la modelo dejando de lado al señor que la acompañaba. Dubech tomó del brazo a su acompañante. Pero ella era de las personas que no dan el brazo a torcer. Evidentemente, no había una excusa para no sentarse a la mesa que, codo con codo, prometía un contacto con la hermana gemela de la Condesa de Hendebouville. Sólo faltaba la presencia de Supernille para que la batalla fuese dada en forma.

Coco ignoraba que había una persona tan interesada como él, en no perder detalle de la escena: era Garnier. El novelista estaba a su lado y con él había cruzado unas palabras nada sospechosas. Desde aquel bar dos personas que no comían, devoraban con los ojos las reacciones del personaje.

Catalina que no entendía las razones para no quedarse, bajó el último peldaño. Dubech sentía que se le escapaba como un niño travieso. Y apretando reciamente en el brazo de su compañera la hizo mirar hacia atrás.

—Te digo que debemos salir . . . ¿Entendido?

El *maître* discretamente se desentendió del pleito, atendiendo a tres personas que llegaban en ese momento.

Casi al oído, Dubech le dijo a Catalina:

—Te digo que no podemos... quedarnos... ¿Entiendes? No podemos...

Catalina hizo un gesto de desagrado, se despidió del *maître* con una sonrisa porque tan gentilmente les había ofrecido una buena mesa y salió sin disimular su cólera.

Afuera los esperaba Supernille discretamente situado entre dos coches. Detuvo a una mujer que ambulaba por allí para dar mayor naturalidad a la espera.

Dubech y Catalina discutiendo se alejaron hacia el coche.

Supernille adoptó la compañía de la *poule*.

—Necesito que no te separes de mí —dijo.

Como ella se resistiera le enseñó una medalla. Pero en seguida la tranquilizó. No iba a detenerla. Sólo quería que estuviese a su lado hasta que saliese Coco. Cuando éste se detuvo en la puerta del Club le rogó a la mujer que los acompañase un momento. Ordenó a su ayudante que fuese por el automóvil mientras él no perdía de vista a la pareja.

Hacía frío y el *Rond Point* de Champs Elysées estaba desierto. Las dos parejas caminaron en el mismo sentido. Supernille afinaba el oído para no perder alguna frase perdida. Llevaba el rostro cubierto por un echarpe oscuro. Era imposible que Catalina lo reconociera. La infeliz que llevaba al lado, tentada por la aventura se sometía complaciente al falso galanteo del Inspector.

Se adelantaron. Supernille pudo oír la resolución de Dubech:

—Te llevo a tu casa y hemos terminado. Cuando yo te digo que hay que salir de un lugar por algo debe ser... ¡Y nada de explicaciones!

—Y bueno, acabemos de una vez. ¡Yo no voy a soportar tus misterios!

Ya estaban cerca del Citröen 1987. Supernille resolvió besar a la compañera. Dubech trataba de salir pronto de la fila de coches. El Inspector vió que el automóvil de Batory asomaba en la Avenida Roosevelt.

El Inspector dió una excusa cualquiera a la mujer que no quiso entenderla. Ya por las reglas del oficio que consistían en insistir siempre, en todo momento, le pidió que la llevase. Supernille se desprendió de ella cuando vió que el auto de Dubech enfilaba hacia la Avenue Montagne en dirección al *quai de Tokio* y *Place del Alma*.

—Vamos despacio —dijo—, va a dejar a Catalina.

—¿Esa es Catalina? —preguntó Batory—. ¡Vale la pena!

—Creo que esta noche hay fiesta —le respondió—. Ella vive en un inmueble del *quai Bleriot*. Después, veremos qué hace Dubech.

Se detuvieron a prudente distancia de la casa de Catalina. La *mannequin* bajó precipitadamente, sin cerrar la portezuela como si tuviese miedo de atravesar el trecho de vereda que la separaba de la puerta de su casa. Dubech cerró la portezuela y aceleró el coche un buen trecho, enfilando en dirección a la Avenida de Versailles.

—Andando —ordenó Supernille—. Me hiciste tomar más café que el que estoy acostumbrado y esta noche no te doy descanso...

No hablaba a Coco, se dirigía a Dubech. Pero aunque a Batory se dirigiese, no habría conseguido su atención porque estaba entregado al recuerdo de la bailarina mulata tan dócil a su invitación al *toilette*...

—¡No vamos a desprendernos de este personaje hasta no verlo entre las sábanas de su cama!

Atravesaron Boulogne, a una marcha lenta de medianoche. Una tenue niebla envolvía la arboleda. El mes de noviembre persistía con unas noches frías y húmedas dramatizando el lugar que vieron como un inmenso escenario de película.

—Va nervioso —aseguró Supernille.

—¿Nervioso?... ¿Por qué va nervioso? —preguntó el ayudante que mantenía el coche a una distancia prudencial fumando su cigarrillo con la parsimonia de quien maneja desinteresado para complacer al acompañante.

—Mal observador, señor Batory Muller, muy mal observador... ¿No ves cómo ese sujeto a cada paso aprieta el freno, no ves que conduce nervioso, no ves que la luz roja de advertencia se enciende a cada instante?... ¡No ves nada, Coco!...

El cronista de box, sonrió. Supernille se lanzaba a la empresa como solía decir él: "con todas las lámparas encendidas". Pretendía medir el pulso de aquel presunto enemigo, conocer su estado de ánimo, sus intenciones.

—Ya en otra noche lo dejamos en esta dirección. No es la de su casa. Esta noche nos va a brindar una hermosa oportunidad. Ya lo verás.

Bajaron hasta Longchamp y enfilaron por el borde del Sena. El coche de Dubech disminuyó la marcha, hizo un círculo muy cerrado y entró en un parque que de fuera se veía abandonado. Tres viejos pabellones se sucedían allí como siniestros de la guerra. En el

primero que se veía a cincuenta metros de la calle, había una ventana iluminada. Pasaron de largo, lentamente, a fin de no abrir sospechas. Llegaron hasta el *Pont de Sevres* y Supernille hizo detener el auto para consultar a dos agentes de policía que marchaban en pareja. Se hizo reconocer. Preguntó quiénes vivían en la primera casa de apariencia abandonada.

—Hace un mes que se alquiló. En la comisaría tendrán el nombre.

Fueron a la comisaría. Consultaron. El nuevo inquilino era Gastón Dubech. Habían iniciado arreglos del pabellón y no se había notado ninguna irregularidad digna de tomarse en cuenta. Al parecer entraban operarios, pintores y albañiles que preparaban los andamios para empezar a trabajar. Los datos del nuevo inquilino, facilitados por él mismo entre los proveedores y vecinos, no merecían particular atención. Tenía escritorio de representaciones, comisiones y negocios con el extranjero, en la rue de Paradis; y vivía, desde la ocupación, en un inmueble del boulevard de los Italianos.

—¿Hay alguna sospecha? —preguntó el comisario del barrio, un hombre bonachón acostumbrado a lidiar con gente tranquila, salvo una que otra intervención en Clínicas de Maternidad del *quartier*—. ¿Asunto político?

—Después podré enterarlo. Como no ha despertado sospechas en su distrito, dejemos las cosas como están. Pero estreche la vigilancia.

Y salió escoltado por agentes de investigaciones. Dispuso a uno y otro en puntos estratégicos. La vigilancia podía durar unas horas o varios días. Si alguien se daba cuenta del movimiento policial existía el pretexto de que se tomaban medidas contra ciertas mujeres que solían interponer el paso a los automóviles apostados en la vecindad de las *peniches*. El coche del Inspector quedó a una prudente distancia con un chófer pronto para partir.

La cerrazón aumentaba por momentos. El tránsito se hacía poco frecuente. Pocos automóviles pasaban en dirección a Saint Cloud.

Anduvieron a paso lento. Sentían en las pestañas las gotas de la humedad que flotaba sobre el Sena.

—Hay que abrigarse, Coco. ¡Esto no es el Petit Club, joven cronista de box!

Batory debió pensar en la bailarina mulata para que la ronda se hiciese más llevadera.

La luz amarilla de la ventana a duras penas atravesaba la niebla. Cuando volvieron sobre sus pasos, había desaparecido y no sabían si era un golpe de cortina que la había eclipsado o la densidad de la niebla.

Lo que pasaba dentro de aquellos muros no era para el caletre del Inspector ni para la pesada imaginación de Batory Muller. Solamente un René Garnier, novelista, pudo sacarle partido al curioso laberinto que los detectives tenían por delante.

III

Gastón Dubech llegaba al *pavillon* en reparaciones, casi al amanecer, luego de solazarse en los cabarets nocturnos y de algunos *souper* en *Maxim's* para darse tono haciéndose presente en lugares de categoría. Los que frecuentan lugares exclusivistas, de lujo, suelen mirarse los unos a los otros con particular insistencia como si fuesen seleccionándose progresivamente.

Dubech había conquistado la sonrisa de los porteros y *chasseurs* que son capaces de historiar la vida de un cliente por las cuatro frases sueltas que pescan cuando abandonan el local con el estómago caliente.

Al amanecer los suicidas desatan el nudo de sus preocupaciones y es cuando más fácil se les puede dominar. Gaston Dubech sabe mucho de estas cosas. Cuando llega al caserón y hace sonar la puerta del coche, luego de haberlo metido bajo el cobertizo, el anuncio recorre los cuartos y su presencia se anticipa como es debido. Por lo general, los tres hombres que lo guardan juegan a los naipes sin comunicarse sus inquietudes. El juego de cartas se inventó para poner dique a la imaginación. En la mente de los huéspedes de Dubech ya se habían fijado definitivamente las últimas labores definidas en su condición de suicidas.

No fué nada fácil colocar cada "héroe" en su sitio. Cualquier variante podía echarlo todo a perder. Estaban en juego los destinos de gobiernos, países, castas, religiones...

Gastón Dubech era un hombre corpulento de unos 1.60 de estatura. Parecía afectado de modales, al disimular cierta vastedad, molesta en los lugares frecuentados por elegantes, pero cualidad conveniente para imponerse entre hombres de empresas arriesgadas. No tenía más de cincuenta años. Morocho, gastaba una barba apare-

temente descuidada porque se afeitaba con máquina eléctrica. Un bigote negro y tupido cercaba los labios de firme dibujo, tirando a carnosos. Si había una boca sensual era la suya. Le brotaba un toque de vino tinto en la piel de los labios. El mentón era voluntarioso. Las rudas orejas separadas daban un aire animal a su fisonomía. Solía abrigarse con un amplio sobretodo de pelo de camello como si bajo la hermosa tela llevase un traje viejo u ocultase un arma. Demoraba en quitárselo.

Cuando hablaba con los hombres de su empresa, esgrimía el escarbadientes de pluma de ganso jugando con el estuche de oro entre los dedos de la otra mano o haciéndolo golpear sobre la mesa.

De estos sujetos se ha abusado mucho en las películas yanquis dirigidas por extranjeros y destinadas a América Latina. Pero Dubech dejaba el sombrero en su sitio no bien entraba en la casa.

Tres suicidas aguardaban órdenes. Dubech estaba seguro de que entre ellos no se habían hecho ninguna confidencia. No debían haber expuesto las razones que tenían para ser sus huéspedes y estar a sus órdenes. Ingeniosamente les hacía saber, por separado, que tenían cerca a un enemigo capaz de echar a perder todos los planes. Habría una razón secreta para cada candidato y la fidelidad a Dubech tenía también una razón que no podían divulgar. Si uno de ellos contaba al otro algo de los planes, el Jefe llegaría a saberlo en seguida. Y se tendrían que suicidar sin su intervención como simples pobres diablos. Cuando ellos se hallaban solos conversaban de sus desdichas fatales, de sus desilusiones, de sus males como temas comunes a pensionistas de hospitales o sanatorios. De los tres, ninguno dejó de celebrar la generosidad de Dubech y aquella seguridad que les daba de poder torcer el curso de la Historia, de poder hacer cambiar radicalmente la vida de un país, de arrojar por tierra a los tiranos, de impedir que la Humanidad siguiese un curso errado. "*No morir en vano*" era el lema y eran las palabras que creían ver estampadas en los muros de aquel *pavillon* cuyas reparaciones nunca terminarían.

—Me cansé de vivir desconfiando —dijo uno de ellos—. Prefiero terminar creyendo en mí mismo.

El que así habló no tuvo respuesta de los otros dos. Como no se habían dado los nombres —de nada servía esa atención pues ya no pertenecían a este mundo—, para no dirigirse la palabra como entre fantasmas, uno de ellos decidió nombrarse Juan. El segundo dijo: Pedro. El tercero, sonriendo apenas, se nombró a sí mismo:

—Yo, yo, Diego. Juan, Pedro y Diego... ¡Uno, dos, tres! — rió grotescamente.

El Jefe los hizo sentar alrededor de la mesa. Bajó la luz de la lámpara para que la pantalla les cortase las cabezas con la sombra. Dejó en medio de la mesa una serie de paquetes de cigarrillos de distintas marcas y comenzó el sermón, el largo discurso que debía entretenerlos hasta el amanecer. Un amanecer registrado en el cansancio y en los relojes... en el reloj de oro del Jefe.

Diego había sido recogido en la gélida madrugada al borde del Sena a la altura del Puente de las Artes. El último tramo que caminó por París, fué por la *Rue de Seine*. Atravesó las arcadas próximas al pedestal donde debiera sentarse nuevamente el olvidado señor Voltaire, la noche en que en ese sitio decorativo se tomaban escenas para un film. Se detuvo para verlos trabajar. Todo le pareció tan falso, tan estúpido que las escenas de la película en lugar de distraerle, lo precipitaron en el vértigo suicida.

Atravesó el muelle y se detuvo en la cabecera del puente. El señor Dubech se acercó. Diego, al principio, creyó que era uno de los directores del film o un actor que, después del trabajo, se alejaba avergonzado. Ya se llevaban los reflectores culpables de la escena. Como eran las tres de la mañana tan solo dos enamorados pasaron unidos y friolentos. La noche gélida era propicia al tránsito de suicidas, de enamorados y de poetas. Vale decir gente de una misma casta. Los conocía a todos. Sabía que ninguno de aquellos meros trasnochadores se animaría a arrojarse al agua. Por eso lo miró con desprecio. No imaginaba que se podía pasear por el borde del Sena para mirar la bruma o ver reflejadas las luces del Louvre. Los reflejos del farol del puente del Carrousell alcanzaban a iluminar la superficie del agua, en el punto más propicio para arrojase. Diego no dió señales de querer entrar en relación con el desconocido. A ningún suicida le gusta que lo miren unos minutos antes de cumplir su propósito y menos aún, tipos que presumiblemente, son hombres desdichados, pero sin valor para acabar arrojándose sobre la superficie de un río tan duro como el Sena. La indiscreción de los desconocidos se merece el escupitajo a su sombra. Esto es lo que hacen los mendigos altivos y también los suicidas cuando se asoman los curiosos por ocasionales y espontáneos que sean. Diego escupió con rabia. Y para Dubech fué la señal de alerta. No titubeó. No se debe titubear. Es preferible equivocarse o que a uno se le envíe al infierno antes que empezar a tantear en

la mente de un suicida. El hombre que está en el trance final, no admite la exploración idiota, el avance sinuoso, la insinuación humanitaria. A los suicidas les da asco el prójimo de psicología tortuosa. Tamaña decisión no es para andarse con rodeos y soportar sandeces. O bien el que se acerca es un hombre de penetrante agudeza y se da cuenta del trance, o bien es un pazguato evangelista. Nada de mencionar al Señor que en esos momentos está cerca del suicida, o lejos, como mejor le parezca al lector. Nada de palabras timoratas, de tartamudeos en la sombra. No. El extraño se percata que se halla frente a un suicida o se deja de amolar. La antesala de la muerte no es para cualquiera. Imagínese a un soldado que se acerca a otro en el momento de entrar en batalla y le pregunta: "¿Qué clase de muerte prefiere?" Es como para mandarlo a rodar. Cuando se está frente a un verdadero suicida el prójimo debe notarlo y entrar de lleno en el tema, sin el menor titubeo. Es algo así como avanzar con una bomba en la mano al encuentro de la muerte disfrazada de enemigo.

La Muerte es una y única, esté del otro lado de la trinchera, en el tanque o en la retaguardia. Cuando los hombres se baten, en el instante decisivo ya no hay campo de batalla ni ideología ni sentido político. Existe un solo y único objetivo: la muerte. Uno se dice: ¡o matan o muero!

Matar o morir. Morir, dice el suicida y entonces, sólo admite a su lado a un ser que le adivine el pensamiento y, le espete, como Dubech a Diego:

—Su muerte, amigo, puede ser útil. No se mate usted sin antes llevarse un gajo de laurel. Una muerte debe ser siempre fecunda. Debe dejar abonada la tierra... No morir en vano... ¿Qué le parece?

Fué así como Diego confió en Dubech y fué así como Dubech conquistó a Diego. Sin preámbulos, sin introducciones estúpidas, sin pensamientos humanitarios y regresivos. Se puso frente a frente, cara a cara y ahora estaba en la casona del Bois de Boulogne, perfectamente convencido que al sonar la hora debía sonar con dignidad. Estaba a servicio del señor Dubech, y sentíase tranquilo, organizado y heroico.

Pedro, era un hombre maduro no un adolescente como Diego. Era tristemente miope. Trabó relaciones con Dubech en la Torre Eiffel. Ambos estaban apoyados en la barandilla del piso más alto, una tarde violeta, atrozmente melancólica. A Dubech le fué mucho

más fácil atrapar a Pedro, porque un ascensorista le dijo: "éste, hace días que viene al atardecer y no escribe ni saca apuntes para un cuadro". Se sospechaba que era uno de esos que dan disgustos a los empleados de la Tour Eiffel. A ninguno le gusta trabajar en un lugar donde a cada rato aparece un cuerpo estrellado a los pies del edificio. La torre del ingeniero famoso se parece a esos árboles que van perdiendo las hojas lentamente, sobre todo en otoño. En verano, son escasos los suicidios. Hay mucho control, la gente necia, sube y baja las escaleras, los ascensores. No dan ganas de suicidarse con buen tiempo, sobre todo desde lo alto de la Torre. Pero en invierno y en otoño, es otra cosa. Tal vez esa atracción del vacío, data desde los tiempos en que se cumplió la gran aventura de ingeniería. Quienes subieron tan alto, para satisfacer a la ciencia y a la mecánica, sintieron la atracción del espacio. Pedro, no hacía más que comprobar la tentación de aquellos abnegados obreros. Se iba a arrojar al vacío. Alcanzaría la crónica de los diarios, siempre que en esos días no se hubiese arrojado otro. Porque tres suicidios seguidos, jamás se registró en la Torre Eiffel. Es una imprudencia y las autoridades, como tantos periódicos cautos, no dan esa clase de noticias. Cuando él pensó en suicidarse arrojándose desde la popular cúspide francesa hacía tiempo que los diarios no daban esas funestas noticias.

Para Dubech fué una adquisición muy afortunada. Un brevísimo diálogo y al poco rato el suicida viajaba con él camino a la casa en ruinas. Convenció a Pedro porque argumentaba que debía cumplir un alto destino justiciero. Estaba destinado a liquidar a un *leader* político. Claro que Pedro preguntó de qué partido político era el condenado. Se le dijo, para tranquilizarlo, que era "un enemigo de Francia". Y él no opuso resistencia. Allí estaba con dos desconocidos con los que se guardaría muy bien de hablar de su plan. No sólo por pudor de suicida. Quería cumplir con su palabra. En el trayecto había dicho que una de las razones de su resolución era el haber empeñado un juramento. "Uno nunca se suicida por una sola razón. Se van sumando, ¿sabe?" —dijo con la mirada tendida en el vacío. Se trataba de un enamorado que juró matarse si su novia lo dejaba. Al fin, ella iba a saber quién era él. Le daría una lección desde ultratumba. Ella había dicho que él no servía para nada. Y lo dejó por un diputado de los Pirineos. La ingrata se enteraría por los diarios de su hazaña al eliminar heroicamente a un enemigo de Francia. De un golpe se transformaría en un héroe. Era eso lo que necesitaba, un acto de valor que lo sacase del anonimato. Pasaba

a ser un soldado de la Justicia evitando así el entrar "al cielo nauseabundo de los suicidas". Eran estas palabras de Dubech las que lo habían convencido.

El tercero, que dijo llamarse Juan, era un estudiante. Había llegado de Brest dispuesto a conquistar París pero la pobreza lo acercó a la locura. Era flaco, de pequeña estatura con frente olímpica. Dubech lo había descubierto en una manifestación que terminó en trifulca con muchos heridos. Lo había seguido, observando su fogosidad. Lo probó después, en una huelga. Parecía que buscase la muerte entre las patas de los caballos de la policía. Y era así. Juan buscaba a la muerte. Dubech nunca había visto, en tiempos de paz, pelear con tanto espíritu bélico. Le pareció un ser de otras épocas y trató de entrar amistosamente en su vida. Vinieron las confidencias. Juan le presentó los problemas sin solución sádicamente agrandados por Dubech hasta que insensiblemente éste le hizo ocupar el lugar que le correspondía. Estaba en el *pavillon* esperando el día, el minuto de entrar en acción. Lo destinó para que se abriera paso en un *mitin*, a tiros de revólver, a fin de facilitar la acción final de Pedro que daría el tiro de gracia.

El ambiente de aquella casa no era en absoluto tétrico. No se podría imaginar un lugar menos diferenciado de los lugares donde se reúnen hombres solos. Existían las huellas habituales: barro, escupitajos, diarios y colillas de cigarrillos y algunas hojas doradas bastante decorativas. Ya se sabe que un suicida fumador fuma hasta la muerte. Con el pretexto de que la casa se hallaba en ruinas los muebles y útiles de servicio no tenían por qué ser nuevos. Y, como casa amueblada con desechos, en ella andaban bien todos los estilos, todas las manías, todos los gustos. Era agradable, familiar. Podría ser la casa de Juan, de Pedro o de Diego. Como unos a otros se ocultaban sus medios de vida, las condiciones en que se encontraban, los antecedentes, les resultaba una aventura averiguar lo que había hecho cada uno antes de conocer a Dubech. Se mintieron muy poco porque los auténticos suicidas, son extremadamente reservados. La menor indiscreción les quita su excepcional calidad, haciéndoles perder el valor. Estaban allí para cumplir una misión y no podían confiar en nadie.

Los tres huéspedes se tornaban pensativos, cada uno por su lado, ante unas palabras que no alcanzaron a comprender de cuanto les había dicho el salvador. Dijo Dubech, en tono confidencial: "Solo una vez fuí engañado. Engañado por un marsellés al que encargué

una delicada misión confiándole una suma de dinero. Cumplió en parte lo que le encomendé, pero en el manejo del dinero no estuvo a la altura de la misión".

En realidad ni Juan ni Pedro ni Diego llegaron a entender lo que había querido expresar Dubech en aquella confidencia. No esperaban dinero que pudiesen hacerles variar la firme convicción. Estaban por arriba de toda miseria. El cuento del marsellés resultaba inexplicable. Por otra parte, bastaba observar el acento, para convencerse de que ninguno de ellos venía del Mediodía.

IV

El novelista rechazó la tentación de seguir el personaje de la hostería de Honfleur. No le costó mucho vislumbrar el oficio de Batory Muller. Lo vió salir tras de Dubech a pesar de la mulata y de las tentaciones de una noche sugestiva en el Club de París. Seguir la pista de la policía le resultaba fácil. Garnier prefería las deducciones, a la acción directa de los pesquisantes. Ya volverían a las páginas de su novela, el sospechoso Dubech, la bella Catalina, Casimiro Kassin y toda la pacotilla. Una presa inesperada se le ofrecía a pocos pasos del mostrador del bar, apenas separada por el piano incesante que repetía giros populares en una mescolanza de canciones fáciles a todos los idiomas del mundo. Aquello era una elegante marea cosmopolita.

Victoria Harmon Pernill recuperaba el tono parisiense que creyó perdido con la compañía espectacular de un hermoso caniche de pura raza. La deformación del carácter francés atribuído a su permanencia en Nueva York, le permitió soportar con naturalidad una rara característica del perro. Habríale producido escalofríos antes de su viaje al país de las extravagancias. Al bello caniche le habían extirpado las cuerdas vocales. Con ello se lograba, según las experiencias, una mayor expresividad en la cola tan elocuente en el perro de la millonaria que sus amigos se entretenían en observar los peculiares detalles.

Pasaban las horas y Garnier no adelantaba en su aproximación a la mesa de la señora. Acabó por ocupar una pequeña mesa de esas que nunca se les ofrece a los clientes distinguidos. Quedaban muy pocos *habitués*. Perdidas en los rincones, dos parejas de desconocidos, ajenas al ambiente, daban el espectáculo grosero de un amor frené-

tico y momentáneo. La calidad de aquellos clientes no satisfacía mucho al *maître d'hotel*.

Observó que los dos caballeros que acompañaban a Victoria consultaban el reloj.

De pronto el verde cortinado de la entrada se abrió para dar paso a Blais Borjac. Con una sonrisa y la mano estirada como si se dejase conducir por un invisible perro lazarillo, se adelantó a la mesa de Victoria. Dos jóvenes desaliñados, uno no llevaba corbata, le seguían no con el paso resuelto del poeta. Titubeantes, indecisos, cruzaban palabras entre sí para llenar la pausa embarazosa. El de trazos negligentes tenía aire varonil aunque un tanto singular. El otro, pálido y ojeroso, dejábase crecer el pelo al que acompañaba graciosamente una corbata de nudo suelto, generoso.

Cuando Borjac hubo saludado a la señora y sus amigos, levantó la vista para invitar a los jóvenes rezagados. Ambos comprendieron que debían adelantarse hasta la mesa donde una descomunal botella de champagne en un balde inclinaba el pico como un obús de la guerra del 14.

—Les voy a presentar a mis amigos —dijo el poeta.

Y, de pie, los cinco caballeros se cruzaron las presentaciones.

—Jean Maribateau... —dijo Borjac cuando el joven de aspecto varonil se inclinó a besar la mano de Victoria.

—Jules Dinnard —cuando el de los cabellos largos se inclinó para reverenciarla. Y prosiguió:

—Maribateau interpretará un importante papel en la pieza que estrenaré en el *Marigny*. Dinnard, como ustedes saben, es el poeta de más porvenir en Francia...

—Muy generoso —dijo el joven apenas enrojecidas las mejillas por el efecto de inclinarse más que por razones de modestia herida.

Demoraron unos instantes en sentarse, en encontrar las sillas, en elegir los sitios, en colocarse de acuerdo a la jerarquía, a los gustos, a las categorías... Borjac se sentó a la derecha de la señora Harmon Pernill y empezó a hablarle en voz tan baja al punto de que nadie podía escucharle. Hablaba gravemente, quizás de la puesta en escena de la pieza poética que había confiado a un gran director. La gente se preguntaba si Victoria iba a correr con los gastos del fracaso o si a Borjac le gustaba hacer creer que estaba respaldado por la hermana de la Condesa de Hendebouville. El perro los miraba, situado entre dos de los acompañantes de la millonaria, como un apuntador en la concha. El diálogo se hizo más íntimo. Hablarían

de un tercero. Maribateau y el joven poeta se miraron para transmitirse sus mutuas impresiones de desconcierto.

René Garnier comprendió que llegaba la ocasión de ser presentado a la señora. Conocía a Borjac y buscaba su mirada para saludarle. Lo encontró envejecido. En los bigotes del poeta una levísima nevada hacía su rostro más grave. No lo veía, desde hacía bastante tiempo. Los retratos que acompañaban a sus libros de poemas eran de una época menos castigada por la celebridad. Desde la muerte de la Condesa de Hendebouville habían aparecido tres nuevas ediciones de sus obras y, en esos días, se asomaban a las gacetillas las noticias de los ensayos de su primera obra teatral. "Borjac ¿habrá cambiado tanto que evita saludarme?" —se preguntó Garnier. En vano cambió de lugar para entrar en la visión del poeta que rendía pleitesía a la franco-americana. El comediante Dinnard lo miró una y otra vez y sin duda su agudísima sensibilidad descubrió las intenciones del novelista. Este, temía que su soledad inusitada en un hombre como él, causara cierta sorpresa o desconcierto. Se levantó, fué al toilet y, al regresar consiguió lo que se proponía. Borjac lo había visto, lo saludaba afectuosamente levantando el brazo al punto de llamar la atención de Victoria. Cuchicheó ella a la oreja del poeta y éste, con un tono de voz fraternal, invitó a Garnier a que se acercara.

—Aquí tiene usted a una lectora, Garnier —dijo Borjac—. Se la voy a presentar.

Por arriba del caniche el novelista consiguió estrechar la mano de Victoria. Los caballeros no se movieron hasta que Borjac dijo en voz alta su nombre. Entonces algunos sonrieron, otros repitieron el apellido, los caballeros no se negaron a rendir homenaje al escritor.

Y Garnier consiguió sentarse a la izquierda de la señora. Prefirió tácticamente dirigirse al actor que se mostraba simpático. Victoria no se sintió molesta por aquella deferencia particularmente extraña estando ella delante. Pero Garnier se salvó con el perro. Siempre los perros salvan a los tímidos o a los que quieren hacerse pasar por tales. Entre los seis hombres el séptimo personaje era el caniche.

—¿Le gustan los perros? —preguntó Victoria a Garnier.

—Mucho, mucho . . . Pero éste, tiene algo que me llama la atención . . . Mira en una forma muy curiosa . . . ¡qué hermoso animal!

Garnier miraba al perro con aguzado ojo clínico, el seño fruncido, fija la atención. Quería representar la comedia a fondo. Había oído hablar de las características del animal. Con el barman comen-

taron el caso. Le resultaba fácil jugar la farsa para llamar la atención de Victoria.

—A ver, a ver... —dijo alegremente Borjac acomodándose en su silla como para presenciar un espectáculo—. ¿Qué descubre en ese perro usted, novelista?

—Descubro... no se... Pero pocas veces he visto un animal con una mirada tan rara.

—¿Humana? —preguntó Victoria.

—No, humana no. Una mirada... —levantó la mano para llamar la atención del animal—. ¡Tiene en los ojos una angustia inmensa!

Hubo carcajadas significativas. Luego silencio. Todos aguardaban el parecer del novelista pero aprovecharon para beber el exquisito champagne que el *maître* vertía en las copas con una generosidad de francés conquistador de extranjeros.

—Tiene mirada de animal, pero de animal que reprocha— hizo una pausa—. ¡Este perro tiene un hambre... canina!

Rieron unos, los otros terminaron de beber.

—Haga usted la prueba —lo desafió Victoria—. Pida comida y ofrézcasela.

—No, no... —respondió Garnier— ganaría usted la partida. Por eso me desafía... ¡Ah! —exclamó— ya sé, este perro no es entero.

—¿Entero? —preguntó Victoria vivamente— ¿qué quiere usted decir?

Borjac se lo explicó al oído. Ella largó una carcajada un poco americanizada, todavía.

—¿No es eso? —preguntó Garnier.

—No hay Abelardos en la fauna canina, Garnier —dijo Borjac.

Victoria volvió a cuchichear con el poeta. Supongamos que quiso saber algo de Abelardo.

—Bueno —respondió cínicamente Garnier—. A este perro deben haberle extirpado algo... algo... —encendió un cigarrillo y, con el humo en la boca ladró violentamente, ladró a la perfección.

Se hizo otra pausa, un silencio bien curioso. El perro puso una cara tan desolada, tan amarga, que Garnier dijo:

—Este animal ha perdido las cuerdas vocales... ¡Curioso!... no debe tener cuerdas vocales...

—Formidable —exclamó el más anodino de los amigos de Victoria.

—Quiero que me acompañen a beber por Garnier —dijo Bor-

jac alzando la copa—. Ha hecho un diagnóstico que lo acredita como novelista de temas policiales.

Borjac sonrió ligeramente irónico. Los dos jóvenes hablando en voz baja se hacían preguntas, desconcertados.

Victoria miró a Garnier fijamente. Había algo así como una secreta admiración mezclada a un aire de preversidad. Reaccionaba como tanta gente que no soporta la neutralización de un capricho, a la que le molesta la intervención de los indiscretos.

Se bebió, charlando livianamente sobre teatro hasta que Garnier comentó la muerte repentina del gran Cristiam Berard, al que acababan de enterrar.

—Anoche estuvo sentado aquí, precisamente aquí... Y lo vimos salir con sus hermosas barbas, seguido de su perrito blanco, con un andar torpe que hacía resaltar sus zapatos de charol. Caminó hasta el Marigny y media hora después moría en el teatro.

La nota patética los desconcertó. Nadie la esperaba, sobre todo cuando Garnier señaló la silla en que se hallaba sentado el mimado Berard y que ocupaba el joven poeta de cabellos largos.

Victoria dijo que estaba fatigada y que debían retirarse. Aprovechó que los señores que la acompañaban estaban arreglando las cuentas para dirigirse con marcada ironía en los labios al novelista. Este le sostuvo la mirada. Una leve sonrisa mordaz terminó por hacer bajar la vista a Garnier.

Cuando estuvieron en la calle, Victoria lo tomó del brazo y, alejándose juntos en dirección al Rond Point, mientras Borjac respondía a las indiscretas preguntas de aquellos señores que querían saber el tiraje de sus libros, le dijo, sin más rodeos:

—Usted es un cínico, señor Garnier. Usted sabía que a este perro le faltan las cuerdas vocales. Toda la noche no ha hecho otra cosa que mirarme y escuchar lo que hablábamos. Usted dirige y anima la pesquisa sobre la muerte de mi hermana. Lo sé. Y va a escribir sobre ella, sobre el misterio de su muerte, porque es un buen tema policial...

—Señora —exclamó Garnier—. Pero señora...

—No me interrumpa... Usted me gusta, me gusta mucho. Más que estos falderos qeu me siguen. Me han gustado siempre los cínicos como usted. Y para demostrarle que somos de la misma familia, le voy a decir un secreto: ¡Yo mandé matar a mi hermana porque no podía vivir con un doble sobre la tierra! ¡Nadie puede saber lo espantoso que es vivir sabiendo que existe otra persona que produce

el mismo efecto, que inspira las mismas cosas! ¡Es una tortura, señor! Yo la mandé matar. Haga la novela de mi vida. En esa forma todos creerán que es pura fantasía. Me rendirá un servicio.

—Gracias, señora, por su confianza, pero no está en mis planes escribir ninguna novela policial, por el momento. Usted es mucho más que... ¡que lo que quiere ser!

—No le creo. Y lamento que sea en la calle y a estas horas, que me vea obligada a contarle mi secreto. Por el momento no puedo acceder a ninguna cita de su parte...

—Yo... —dijo Garnier.

—Por supuesto que usted me pide una cita. A mí me gustaría mucho tenerla. ¿Para qué engañarnos? Pero en estos días es imposible. Más adelante, cuando la novela esté por la mitad irá al hotel, ¡a leérmela!

Sonrió diabólicamente. Sus hermosos ojos hundidos en los pliegues del visón le buscaban como los de una perra a la que hubiesen arrancado las cuerdas vocales.

—¿De manera que usted quiere que yo escriba una novela sobre su caso?

—Exactamente. Yo me encargaría de que se publicase en Nueva York. Mi marido tiene acciones en una editorial. ¿Me promete leerme algún capítulo? Sí, sí... nos reuniremos para leer...

Garnier sonrió, francamente seducido.

—Sí, me llamará al hotel. ¡Hasta la vista!

Se detuvieron bajo un farol... El perro supo aprovecharlo largamente. La luz era misteriosa y la favorecía. El gran coche de Victoria calentaba el motor, a pocos pasos. Respetaban aquel diálogo o las necesidades perrunas.

—Usted me gusta mucho y no es para que ponga esa cara...

Fueron las últimas palabras de Victoria. El coche se acercó. Podían invitarlo pero lo dejaron en la rue Mermoz y el Rond Point haciendo señas con la mano. El automóvil subió rápidamente por Champs Elysées.

A Odette le gustó mucho el relato de la entrevista. Claro, Garnier no le contó las halagadoras palabras de la presunta instigadora.

—Si hubiésemos salido juntos, no se me da este juego— dijo él.

—Estás abusando —respondió Odette.

Y rieron a la par como dos niños.

V

El Inspector Supernille no se atrevió a allanar el *pavillon*, aunque en aquellos momentos no se necesitaban pretextos para meterse en cualquier casa. No había peligros ulteriores porque eran admitidos los errores de cualquier naturaleza. Hacía tiempo que nada en el mundo resultaba regular. Las normas consagradas se van perdiendo hacia una oscura convivencia. Supernille aguantaba la dura noche de vigilancia casi por falta de carácter. Dudaba a cada instante, y al fin, se convenció que era prudente en este caso aguardar los antecedentes de Dubech. El comisario del barrio había tomado la responsabilidad de conseguirlos antes de la madrugada. Debía consultar legajos y fichas personales de muchos Dubech que durante la ocupación habían colaborado con el enemigo. Y esos documentos aparecían muy embrollados.

El Inspector cabeceaba atacado por el sueño. El frío le taladraba los huesos. No pasaba nada notable, nada irregular en torno al *pavillon*. Sombras por un lado, vagas claridades por el este, ni un solo rumor, ni un ruido para distraer al sueño.

No supo si estaba dormido cuando lo despertó el paso raudo de un coche de la policía. Alcanzó a reconocerlo a la distancia. Le dijo a Batory:

—En ese coche van los antecedentes de nuestro hombre. Vaya a ver si me equivoco.

Contempló a su ayudante que, arropado, se alejaba por el sendero que bordea el Sena. De atrás, hasta perderse en las sombras, tenía un impresionante aire de suicida. Parecía que de un momento a otro iba a arrojarse al agua. La ribera del río se estiraba como avanzando en la dudosa claridad del alba, estriada entre los árboles y libre sobre la superficie del Sena que levantaba vapores que a Batory se le antojaron gasas nupciales. Se perdió en la bruma en un final de misteriosa belleza plástica. Si Dubech, el cercado Jefe de suicidas, salía en ese momento en busca de nuevos candidatos, seguramente que le juzgaría como una pieza codiciable.

¿Ya salía el sol? En invierno no sale el sol en París. El invierno se lo lleva a otros lugares más afortunados. El sol se licúa entre las nubes perezosas y baja disuelto hasta lavarse un poco en el Sena y echar a andar por el Bois de Boulogne dando la sensación de amanecer que necesitan los noctámbulos para irse a la cama. La Torre Eiffel es el sol del invierno. Es ella que sale en el cielo, es ella que se

inclina sobre París, es ella que golpea en las ventanas, es ella que levanta los frascos de leche y saca de bajo los felpudos de las casas, los diarios doblados y las tarjetas postales que deja el correo. No sale el sol, sale la Torre Eiffel, lo que es exactamente lo mismo para todo París. Y nadie se molestó jamás por este truco que viene desde muchos años dando un resultado satisfactorio.

Con la Torre Eiffel, de la casa vigilada salió el primer suicida. Y, no bien se largó a caminar achacoso, miserable, camino hacia la muerte segura, pero heroica, se le vió colocarse las gafas. Como Supernille le seguía sin ser visto, a medida que andaba, el Inspector empezó a caminar más rápidamente hasta precipitarse sobre el sujeto. La claridad iba perfilando una silueta que no le era en absoluto desconocida. El hombre marchaba apresurado, en dirección al Pont de Sevres.

"¿Qué misión lleva a estas horas? Obrero, no es" —se decía Supernille. Su imaginación se encendía en mil suposiciones desde la del simple ciudadano que hace *footing* al amanecer, hasta la del empleado que camina para economizar. Pero, fuese quien fuese y anduviese o no en malos pasos, cuando un pesquisa se gasta una noche de invierno en un trabajo como aquél, lo lleva a término. La cuestión era trabar relaciones, y, mientras Batory conseguía los antecedentes y los subalternos vigilaban el *pavillon*, Supernille debía atrapar al primer personaje sospechoso.

Al acercarse al puente unos camiones que entraban a París aclararon la cerrazón. Con la luz vino el apetito. No veía la hora de meterse en el primer café, seguramente en el mismo que el extraño personaje.

Batory regresaba en el auto del comisario. Se cruzó con Supernille y su presa, al atravesar la Avenida de Versailles. Levantando la mano Coco saludó al perseguido y, metros después, detuvo el coche para levantar al Inspector.

—¡Pero si es Kassin! . . . —dijo Coco como despertando de un sueño.

—¿Kassin? —preguntó Supernille— ¿Qué Kassin?

—¡Kassin, Inspector!

—¿Kassin? . . . —Supernille, ya en el coche, inclinaba el cuerpo hacia delante como para hacerlo arrancar a prisa.

—¡Vamos, adelante, alcánzalo!

Kassin, que era la prudencia misma cuando se trataba de reconocer a colegas en trances difíciles, no se había dado vuelta para ave-

riguar qué rumbo llevaba Batory. Apretó el paso y entró en un café, en el primer café que encontró abierto.

El Inspector y su ayudante parquearon el coche y corrieron a su encuentro.

Cuando Kassin los vió entrar, les hizo una seña de rechazo. Esperaron unos instantes para saber qué debían hacer, ante la advertencia y la discreción de Casimiro.

El detective, mirando hacia afuera, les preguntó en voz muy baja, aprovechando que el mozo manipuleaba en la cafetera:

—¿No los han seguido?

—¿Seguirnos? —respondió Supernille—. Soy yo que lo vengo siguiendo. Salió usted de casa de Dubech.

El asombro se pintó en la cara del detective.

—¿Me han seguido? —preguntó— ¿A mí?

—¡Por supuesto! Toda la noche frente a la casa, ¡cómo para perderme la primera presa! . . . ¡Qué mala cara trae! . . .

—Pero ¿a usted se le comisionó en esta pesquisa?

—No se de cuál está hablando, Kassin. Yo sigo a Dubech . . .

—¡Pero si es él, el que dirige los atentados!

—¡Y es Dubech el que tenemos entre manos —respondió vivamente Supernille—, por el crimen de la Condesa!

—¡Ah, no creo que éste sea su rumbo! . . . Se trata de un degenerado, de un peligroso agitador que prepara atentados políticos. ¡Es otra cosa!

—Y, usted ¿cómo consiguió meterse ahí?

—Pues yo soy uno de los designados para matar a cierto personaje —dijo Kassin sorbiendo una taza de *crème*—. Por ahora, pertenezco a la banda.

—¿Se metió en el complot? ¿Cómo? —el Inspector tenía sed, sed de todas clases.

—Sería largo explicarle. Este personaje organiza atentados con pobres diablos que sorprende al borde del suicidio. No se si los tres que estábamos allí, lo engañábamos . . . Pero de que nuestra misión es eliminar a tres políticos, ¡de eso sí que estoy seguro! ¡Yo he salido para liquidar a un *leader!* ¡Creo que esta misma mañana lo voy a prender! —terminó jactancioso.

—¡Yo no espero otra cosa! ¡Lo quiero atrapar por otras razones! —dijo el Inspector.

—Aquí tiene los antecedentes de Dubech —habló Batory, al que habían dejado al margen.

—Son los que yo tengo . . . Inspector . . . Ex nazi destacado, saboteador, agente secreto que se enriqueció con la guerra, técnico en organizaciones de pandillas de todo orden. Influyente, peligrosísimo influyente . . . ¡Debemos andar con pies de plomo!

—¿Nada más? —preguntó Supernille.

—Nada más. Ya es bastante. Haremos tanto escándalo que ya nadie pensará en el crimen de la Condesa —dijo Kassin desquitándose.

—¿Sabe usted que anoche se disgustó con su amante . . . y que la amante de Dubech es Catalina?

—¡Ah, ah! . . . —Kassin recuperaba el ánimo con el café pero se le embarullaba la plana.

—Hemos montado guardia porque ese hombre sabe más que nadie del crimen del castillo de Hendebouville —dijo Supernille.

—¿Le parece? Mi impresión es que es más siniestro, más peligroso que un estrangulador y no debemos demorar en apresarlo. ¡Yo puedo hacerlo! ¡He sido contratado para matar a una persona!

—De manera que yo estaba por una razón y usted ahí dentro, por otra. ¡Como si en París no hubiese ningún otro delincuente que vigilar! . . . Bueno, bueno . . . Yo me voy a dormir porque no he pegado los ojos.

Se oyó el suspiro de Batory.

—Tú has dormido, imbécil —dijo el Inspector—. ¡No te quejes!

El ayudante sonrió pero en su cara de calavera, la sonrisa era el affiche del cansancio.

—¡A dormir! . . . —ordenó Supernille. Y dijo gravemente Kassin:

—Pase por la comisaría y de orden de detener a Dubech si intenta salir del *pavillon*. Yo voy a seguir mi farsa. Tengo cita con un estudiante suicida a las 6 y 30. El me indicará el lugar del *mitin* donde habla esta noche el *leader* que debemos eliminar. Y, por favor, váyanse en seguida que todo puede echarse a perder.

Se cumplieron las órdenes de Kassin porque el detective ya era el dueño indiscutido de Dubech. Supernille apenas lo había contratado hasta el amanecer. Perdía la batalla.

VI

Pedro, "el suicida de la Torre Eiffel" (Casimiro Kassin), se había comprometido para estar a las seis de la tarde en la puerta

del local donde se realizaría el mitin. Esperó a Juan, el estudiante de Brest, escondido en un camión estacionado a pocos pasos. Desde allí pudo observarlo. El joven suicida vestía ropa liviana a pesar del frío glacial. Lo dejó que mirase a uno y otro lado, buscándolo para cerciorarse de que llegaba solo. Cuando se le acercó por la espalda comprobó la nerviosidad del muchacho y, al dar vuelta la cara, vió su frente cubierta de sudor. En voz baja como conspirando:

—Estás sudando, muchacho —le dijo—. No conviene que te vean en ese estado. Debes dominarte.

—No son momentos para hablar, señor —respondió el estudiante suicida—. ¡En ocasiones como ésta nunca se habla! Sígame hasta que yo ocupe uno de los primeros puestos y usted, detrás. Pero no muy cerca, ¿de acuerdo?

Juan hablaba con los ojos húmedos, encendida la mirada. Las manos en los bolsillos del pantalón. Fué fácil para Kassin darse cuenta de que era zurdo en el manejo de las armas, pues abultaba el bolsillo izquierdo del saco. Como el muchacho hiciera ademán de avanzar Kassin le colocó la mano sobre el antebrazo. En ese mismo instante un relámpago de desconfianza atravesó la mirada del estudiante. Kassin mantenía su aspecto lamentable de flaco galgo ruso, la barba crecida, la ropa ajada, pero su tranquilidad y un aplomo sospechoso, lo vendía. Juan no vió en él la angustia de quien está a pocos minutos de jugarse la vida, de morir heroicamente.

Fué el aire frío, policíaco, traicionero, que Kassin no podía disimular, lo que provocó las primeras palabras altaneras del muchacho:

—¡Usted está aflojando! Si no se atreve, dígamelo de una vez y déjeme solo. ¡No lo necesito!

Al hablar inclinó el cuerpo como para echarse a andar sin él.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. Usted ha cambiado. ¿Se arrepintió? ¡Hable!

La energía del estudiante desconcertó a Kassin. No contaba con una vehemencia semejante. Balbuceó algunas palabras. Dijo: "No... No..." Y, luego, "*sí*", en forma titubeante. Como entraba público hizo una seña que Juan creyó qeu era para separarse de la puerta.

—Perderemos la plaza— dijo el muchacho con indignación.

Pero la seña no era para él. Se dirigía a los tres pesquisas que le acompañaban.

Se acercaron demasiado, tanto que Juan descubrió a los tres

policías como en las películas yanquis, de un golpe. La rápida mirada del acorralado ahorró a Kassin una explicación.

—¡Traidor! —gritó el suicida a tiempo que sacaba el revólver.

Kassin que estaba prevenido le atrapó la zurda con violencia. Pero el rápido movimiento no fué suficiente para evitar el disparo. La bala perforó el muslo del estudiante. Cayó como muerto a tierra produciendo un desbande general. A los pocos segundos no quedaba en la puerta del local una sola persona.

Se aproximó el carro celular que se hallaba estacionado en las inmediaciones. Y cargaron con Juan el suicida.

Un torbellino de voces y comentarios se engolfó en la puerta del local. Sólo la potente voz del *leader* condenado a muerte pudo limpiar las puertas de la sala.

Pero no las manchas de sangre en las lozas.

Ningún periódico dió la noticia del episodio. No valía la pena porque la captura del siniestro Dubech iba a cubrir las primeras planas.

A esas horas detuvieron al jefe que intentó escapar revólver en mano.

VII

La captura de Gastón Dubech se demoró en la esperanza de atrapar a sus cómplices. A mediodía dejó de ser un sospechoso cercado por las fuerzas policiales. Se estrechaba la vigilancia del Jefe de un vasto complot para atentar contra la vida de determinados *leaders* políticos.

Dubech salió al jardín y paseó lentamente por uno de los senderos hasta asomarse a la puerta cochera con su escarbadientes de pluma de ganso esgrimido con parsimonia. Atravesó la calle en dirección al amarre de la *peniche*. Los cuidadores de la barca no habían observado nada sospechoso desde el día que Dubech ocupara la casa en ruinas. No habían visto entrar más que a obreros, a gente de trabajo y suponían que la casa estaba habitada por serenos o guardianes.

"El hombre del sobretodo de pelo de camello" —tal era Dubech para el vecindario— se acercó a la *peniche*, como un simple paseante que se escarba los dientes después del tardío desayuno. Había ajustado la martingala del abrigo, lo suficiente para no ceñir dema-

siado su talle de cincuentón. Caminó al borde del Sena mirando las aguas con el aire melancólico de los suicidas.

El detective que lo observaba desde dentro de la *peniche* temió que se produjese un mutis teatral por el agua del río.

Dubech no se alejó de los aledaños del *pavillon*.

Se sentía dueño de sí mismo. Sus cómplices gobernaban a la muerte, la tenían de la mano, doméstica, pero heroica. Eso le hacía sentirse fuerte. El plan de ese día era uno de los más importantes de los últimos tiempos. Un *leader* iba a ser eliminado en pleno *mitin*. Juan intentaría cumplir su propósito. Confiaba a ciegas en el adolescente pero el tiro de gracia se lo daría Pedro, el suicida de la Torre Eiffel. No dudaba de la ejecución porque Juan era un magnífico ejemplar de suicida, era un místico sin estériles patetismos. Inmediatamente de eliminado el *leader*, Pedro debía apretar con los dientes una ampolla de finísimo cristal conteniendo el veneno que usaron los heroicos nazis. Moriría sin articular palabra. Los instigadores quedarían a salvo. Dubech había sometido a rigurosos exámenes psíquicos a sus candidatos y había llegado a la conclusión de que un auténtico suicida es un espléndido asesino. Aún quedando con vida no peligraría la organización.

Caminó lentamente. Se detuvo un instante. Limpió el escarbadientes en la bocamanga del sobretodo, lo metió en su estuche y atravesó la calle.

Eran las seis y media de la tarde. El Sena ya se había cubierto con el misterioso manto invernal. Las luces del Mont Valerien y de Suresnes pestañeaban afiebradas. Antonio Supernille dejó la *peniche* y un cuarto de hora después de la llegada de Kassin, se procedió a la detención. Las declaraciones del infeliz estudiante de Brest bastaban para justificar la medida. Dubech quiso resistirse pero lo sometieron en pocos minutos.

Pero nada impresionó tanto al malhechor como la infidelidad del suicida marsellés. El conocía el secreto de la trágica muerte acaecida a la mañana siguiente en la *gare Saint Lazare*. Un hombre de estatura poco común se había arrojado a las vías del tren. "*Drama de miseria*", dijeron los diarios. Perfectamente individualizado se supo que la víctima era un ex campeón ciclista de Marsella. Los lectores doblarían las páginas de los diarios con la fotografía del suicida sin pensar que aquel desesperado era el autor material de un crimen que había servido para disimular una crisis política. Existen

héroes anónimos pero el anonimato del marsellés escapaba a cualquier cálculo.

Bien lejos estaba el Jefe de la banda terrorista, de la educación esmerada, de la natural discreción de la gente noble. Esta fué la última lección que recibió de su mortal enemigo el Conde de Hendebouville. Si con él se había educado en un colegio frecuentado por la nobleza, el Jefe de los suicidas asesinos tenía perdido su tiempo. *El Gran Normando* se mantenía inalterable y, desde lejos, le dió la última bofetada.

Entre rejas el malhechor tejía la trama que colmaría el bochorno del noble. Esperaba el momento decsivo de su venganza final. No se contentó con los golpes de puño que le aplicara en plena ruta delante de la dama que lo acompañaba.

La desgracia de Dubech se debió a una indiscreción suya. Y ésta se había producido nada menos que con un escritor. Los novelistas son los seres más peligrosos de la creación. Su memoria no tiene límites y el poder que mantienen en sus manos, va más allá del rayo jupiteriano. La órbita del que escribe novelas escapa a toda previsión humana. Dubech ignoraba que Garnier, aquel desconocido del *auberge Saint-Simeon* era un autor de novelas policiales. Un argumento expuesto al azar por el que nada sabe de narraciones, puede transformarse en tema de novela. Las dos historias qeu contó Dubech para entretener a la ex amante de Calin y su amiga y para sorprender a Garnier, le valieron la cárcel. Las deducciones del novelista orientaron las investigaciones hacia las postrimerías de la segunda guerra mundial. Dubech cayó víctima de su propia imaginación. Sus sorprendentes anécdotas en manos de un urdidor de tramas fueron su perdición.

Las deducciones de René Garnier quedaron escritas en una novela y no está demás que las conozca el lector:

Gastón Dubech, hijo de un terrateniente alsaciano, recibe la misma educación que el Conde de Hendebouville pero no sabe despreciar a la nobleza lo suficiente como para liberarse de la desigualdad de una convivencia circunstancial. Todo lo que hace el Conde en su vida, resulta para su condiscípulo insinuaciones y desafíos. Le sigue paso a paso con rencor, apenas guardando las distancias impuestas por el rango de su enemigo. Dubech, cuyo padre fué socio del de Pierre Calin, pretende la mano de María Cristina de la que se enamora locamente. Llega a imaginar la ruina del Conde y planea ejecutarlo por deudas, hasta que se interpone el difunto padre de

Calin. María Cristina, entre piedras preciosas y collares de perlas que no vienen acompañados de títulos de nobleza y aquellas mismas joyas pero con abolengo, prefiere las del Conde y se convierte en Condesa de la mañana a la noche. Al despreciar a Dubech lo hiere por partida doble. Y éste se pierde por los caminos de una frondosa y cruel fantasía. Su perversidad se agranda con la guerra. Detesta a la nobleza que permanece impasible, mas se entrega a la colaboración con el enemigo, sirviendo a los alemanes como perro de presa. Aguarda la ocasión de conquistar a María Cristina. La cerca. Llega a saber algunos detalles de su vida por el garagista Morand. Otros chismes los recoge en boca de los amigos de Hendebouville. La Condesa tiene amistades dudosas. La vigila más que su marido y acaba por centrar sus celos en Pierre Calin, culpable en parte de que su padre se alejase de la firma Pierre Calin, Dubech y Cía., de la *rue de la Paix*. Convencido de que Pierre tiene relaciones con la Condesa aprovecha de sus siniestros medios: la Gestapo le ha confiado la jefatura de una siniestra banda de criminales dirigida contra gobernantes y políticos. La banda de Dubech es responsable de numerosos atentados atribuídos a diversos partidos políticos. Y un día, Dubech, para probar a un marsellés, planea su crimen personal, ambicionando superar al mismo Goebbels. Cree que un gestapista francés debe caracterizarse por su refinamiento. En el terreno pasional se siente superior a sus predecesores. Va a dar muerte a la amante de su enemigo y hundir en la cárcel a Pierre Calin, de quien heredará su amante, invitándola a un crucero por el Mediterráneo. La coartada se cumple perfectamente. Días antes, logra salvar al marsellés en momentos en que se arrojaba a las vías del tren, allá por la rue Lisbonee, en una noche tenebrosa en que el humo de las locomotoras que maniobran en *Saint Lazare* se resiste a trepar por la atmósfera de París y los penachos de vapor corren paralelos a los automóviles como seres vivos en loca rebeldía. Es el marsellés el que va a ejecutar el plan que él prepara desde el día que tomó los moldes de las llaves del Conde en el garage de Morand, cuando se extravió el llavero con la tapa del tanque de la nafta del viejo Delage. En el lavabo sacó los moldes de las llaves, incluída la de la única llave de la caja fuerte. Desde los tiempos de la ocupación lleva consigo un montón de plastilina en el bolsillo por consejo de técnicos arios. La estatura del marsellés suicida, coincide con la de Pierre Calin. Esta coincidencia, tan favorable, no hace sonreír a Dubech. Lejos está de tomar ventajas y abusar del destino. Procede con espíritu científico. El marsellés de-

bió regresar en bicicleta pero no pudo hacerlo porque Rosa, la criada del castillo, para poder escuchar los aires eslavos que tocaba Velardi, se sentó en los últimos peldaños de la escalinata aromada por la brisa del jardín. Desde allí podía ver al asesino. Rosa escuchó el concierto mientras estrangulaban a su patrona. El marsellés (nunca debe darse el nombre de un suicida, sea este soldado, poeta o noble) abandona la bicicleta y se retira a pie comprometiendo involuntariamente a Pierre Calin. Respetuoso de la muerte como muy pocas personas, Dubech no se burla de la policía ante el error en que incurre y que la prensa amarilla insiste folletinescamente. En su memoria de malhechor existen coincidencias mucho más curiosas. A él le interesa saber el efecto de la bofetada que va a asentar al Conde. Sabe que Calin irá a la cárcel pero su venganza permanece oculta. Ha preferido ver muerta a María Cristina que transformada en la querida de un Calin. El cruel propósito de herir al noble en lo más sensible y colocarlo en ridículo ante sus relaciones, no se lleva a cabo por razones que él ignora y que no son otras que la esmerada educación del noble. La intervención de Delia de Gómez es decisiva. Y Dubech, que siempre temió que alguna de sus debilidades lo llevasen a la ruina, nunca pensó que un escarbadientes de pluma metido en un estuche de oro, terminase por ser su desdicha al hacerse memorable en la mente de un autor de novelas policiales. Para Dubech resulta un enigma por qué el marsellés deja en suspenso la ofensa mayor que la de la muerte. ¿Habría creído, el muy estúpido marsellés, que con matar a la Condesa bastaba para torcer el curso de la Historia como se lo había demostrado en otra tentativa de asesinato? Gastón Dubech seguía terriblemente intrigado. Contestaba a medias al Inspector, porque le hacía preguntas de menor calibre; y, enmudecía ante Kassin, "el suicida de la Torre Eiffel", abochornado por haberle elegido entre tantas otras presas. Pero prefería que se le condenase como *último gestapista* a caer por un crimen pasional. Cuando Supernille le interrogaba sobre las impresiones digitales de Calin, Dubech sonríe y responde: "Se morirán sin saber como falsificarlas". Se supone una reverencia a los secretos del nazismo. Luego, asegura orgulloso, de que "desde la invasión alemana, muchos *tontos* cayeron por sus impresiones digitales falsificadas". Kassin y Supernille se hacen fintas. Uno opina que no es entre artistas y gente que se cree superior que hay que buscar al asesino. El otro presume de científico. Sonríe René Garnier desde las páginas de su novela porque la real pesquisa se inicia con un anónimo y con una anécdota.

Al juez M. Bonniaud le disgusta el epílogo y al abogado *maître* Paul Moulin-de-la-Chasse le parece grotesco que termine desairadamente la defensa de Pierre Calin, sin una sola nota jurídica digna de mención y capaz de hacerle subir un peldaño más en su carrera de criminalista.

No había en aquel momento, ningún acontecimiento sucio para disimular. La atmósfera política, aparentemente clara, no necesitaba de una "saludable" desviación de la opinión pública. Ya muchos franceses habían adquirido Heladeras Polo Sur; los potentados, se entiende. Victoria empezaba a ganar la atención del tout París por sus excentricidades. Tenía una *remarcable* proposición para montar una *boîte* en la rue Ponthieu . . .

Gastón Dubech pedía con insistencia un careo con el Conde de Hendebouville si se quería obtener datos sobre falsificaciones de impresiones digitales. El Juez rogó al Conde que se molestara y facilitase una entrevista con el que había mandado asesinar a su esposa.

No lo consintió. Su buena educación le impedía conceder una entrevista a una malhechor de baja naturaleza. La ley no le podía exigir el sacrificio.

Pierre Calin y Antonio Supernille fueron a convencerle, comisionados por el Juez.

Encontraron al Conde haciendo las maletas, preparándose para salir de viaje.

—Es ridículo —protestó—; sencillamente ridículo. ¡No puedo ni debo prestarme al juego de un asesino! ¡No iré, de ninguna forma!

El Conde no había consultado a Delia de Gómez. Evitaba amargarle las vísperas de su permanencia en Francia. Ella debía abandonar el territorio por invitación policial, y él, dejaba Francia, por amor.

—No iría a ver a ese monstruo —contestó rotundamente— ni aunque estuviese en mis manos la salvación de Francia.

"Exagera un poco —pensó Calin—. Seamos indulgentes con los enamorados".

La oscura resolución del Conde no llegó a conocimiento de Delia, ni por desgracia, de la prensa amarilla, a veces tan útil. Ella era la única que sabía por qué el Conde se resistía a la entrevista.

Ante su firme decisión el temible Gastón Dubech, gran estirpe

de canalla moderno, le dijo al Juez con el mondadientes de pluma entre los dientes:

—Pregúntele al Conde dónde metió los trescientos mil francos. Porque yo nunca he dudado de la palabra de un suicida . . . marsellés o de cualquier otro lugar de Francia.

Sus ojos brillaban encolerizados.

El Juez M. Bonniaud meneó la cabeza, lanzó un suspiro muy propio de un Juez de su edad en trances embarazosos y quedó pensativo mirando por una ventana que abarcaba los techos más hermosos del mundo. Una finísima neblina los humedecía. Los tejados le ayudaron a pensar sobre el caso.

A un centenar de amigos podría contarles la feroz arremetida de Dubech. Quizás algún personaje del gran mundo, supiese aclararle el sentido de aquellas palabras. Volvió sobre el rostro del acusado pero éste no le dejó hablar. Insistió:

—¡Vamos a ver si se atreve a decirles algo sobre esa suma de dinero!

Con estas palabras en los oídos, el Juez dió sus espaldas al temible delincuente.

Al Juez le pareció imprudente insistir. No le gustaba profundizar en los asuntos de la gente chic y complicada. El protegía a una prolífica familia que le pagaba bastante bien para ello.

El Conde de Hendebouville había dejado París. "Quizás René Garnier —pensó— con su imaginación novelística podría ayudarnos". Pero temió que el *affaire* volviese a la primera plana de los diarios y se contuvo.

Esteban Hendebouville, pasajero en un transatlántico rumbo a la América del Sur, aprovechaba la calma de los trópicos para ordenar su vida. Le dijo a Delia que en ese momento miraba hacia el cielo y le señalaba las nuevas constelaciones:

—Cuando uno jura, en Francia, debe oír esta frase: Decir la Verdad, siempre la Verdad y nada más que la Verdad. . . —hizo una pausa tendido en la reposera—. Me persigue esa fórmula clásica.

Delia sonrió, alzó los hombros y golpeando con su mano tibia en el dorso de la diestra de Esteban, contestó:

—Me gustaría ver qué efecto te produce el descubrir las nuevas constelaciones. Este es un cielo totalmente distinto. Deja, por favor, esas fórmulas consagradas y vamos a descubrir estrellas fugaces. ¿Sabes que si alcanzas a pedir algo mientras ellas corren por el cielo, se te conceden los deseos?

Esteban sonrió con una sonrisa muy europea. No se oponía a buscar estrellas nuevas, nuevas sensaciones, mundos nuevos. Descubrió un astro de primera magnitud que aparecía casi posado sobre el curvo horizonte. Delia no veía la estrella al comparar el horizonte con un inmenso vientre inflado.

El mar golpeaba en el casco del barco. El horizonte, a veces, desaparecía. La borda cortaba los nubarrones marinos.

Muchas noches las pasaron silenciosos en la cubierta tan llenos de dudas como de certidumbre. El mar es imparcial y hermoso...

* * *

En París, René Garnier entregaba a la casa editora donde trabajaba Gaby Borjac una novela con este título: FERIA DE FARSANTES. Estaba dedicada a Odette porque se había quedado leyendo versos en la *chambre Corot* de la hostería de Honfleur, la tormentosa noche decisiva.

F I N

Salto, Uruguay, Octubre de 1951.

Se terminó de imprimir el día 12 Septiembre de 1952, en los Talle. Gráficos Editorial MAYO Callao 335 Buenos Aires.

OTRAS PUBLICACIONES DE ESTA EDITORIAL

CARTAS DE LISANDRO DE LA TORRE

La correspondencia sostenida por el gran luchador antiimperialista con amigos íntimos, ordenada según la continuidad de los episodios fundamentales de una época crítica de nuestra vida nacional. Un testimonio valioso que interesa tanto al historiador como al hombre de la calle preocupado por los destinos del país.

EL PATRON
por *Máximo Gorki*

Un cuadro subyugante y enternecedor de la propia vida del autor, que no fué sino la vida vagabunda y dura de miles de hombres comunes de la antigua Rusia, y en el que se destaca junto con su bella construcción literaria una profunda intención social.

EL DESIERTO ENTRA A LA CIUDAD
por *Roberto Arlt*

Obra póstuma, nunca estrenada, y que por primera vez llega al conocimiento del público. Con un prólogo de Mirta Arlt.

JUDÍOS SIN DINERO
por *Michael Gold*

Una bella novela, desgarradora y profunda, que pone al descubierto las lacras de un caduco sistema social y que es, también, un canto de esperanza en el futuro.

FÁBRICA DE SUEÑOS
por *Ilia Erenburg*

La otra cara del fabuloso mundo del cinematógrafo: la que maniata al arte y destruye bellas esperanzas en holocausto del comercio y la industria.

ECHEVERRÍA
por *Héctor P. Agosti*

Una obra que desmenuza con riguroso método científico los problemas vitales de la nacionalidad, que tanto afectan al plano de la cultura como al económico-social.

EDITORIAL FUTURO
GIBSON 4024 — BUENOS AIRES